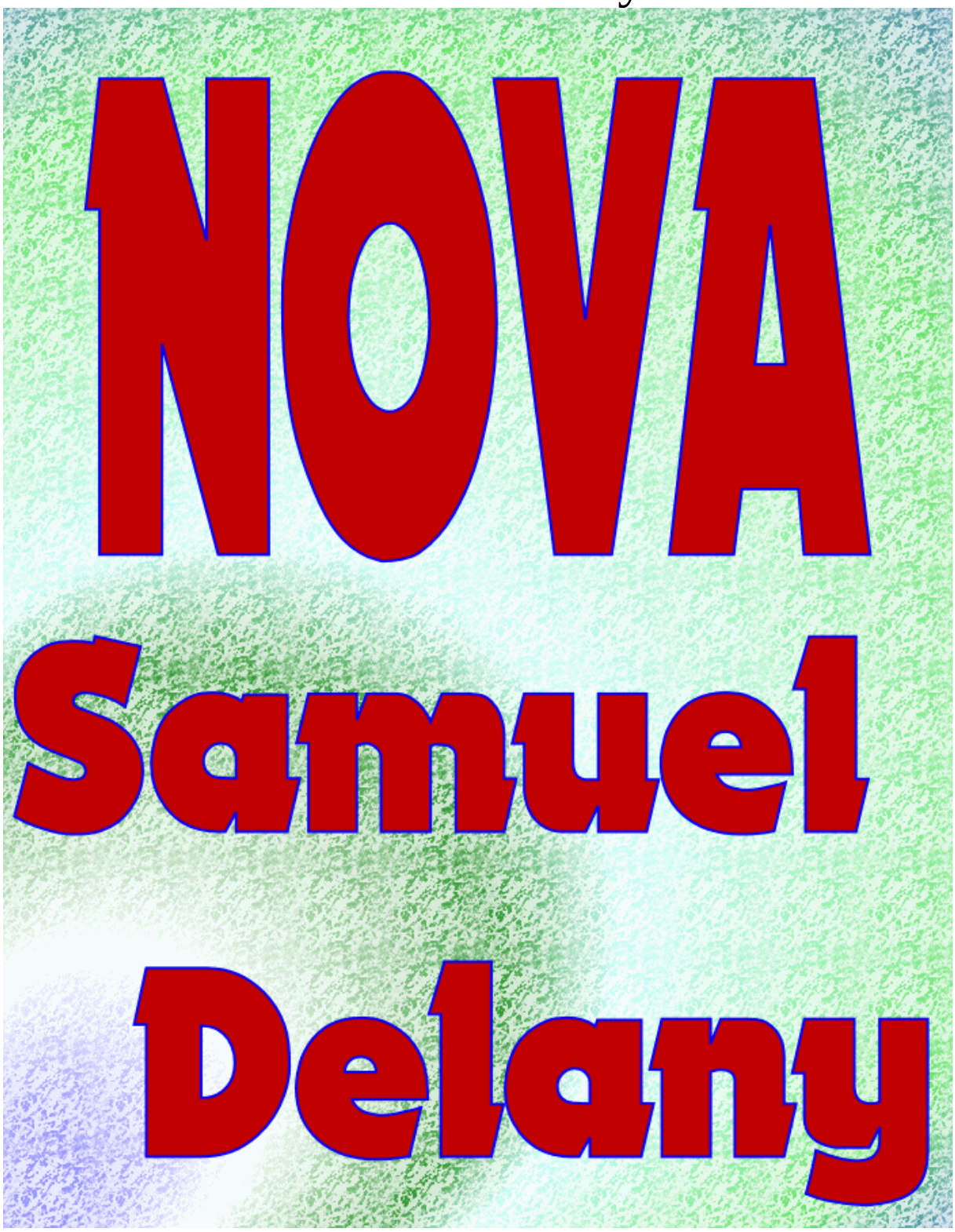
NOVA

Samuel Delany



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para
Bernard e Iva Kay

Librodot

1

-¡Eh, Ratón! Tócanos algo. -Uno de los mecánicos gritó desde el bar.

-¿Todavía no te enrolaste en ningún barco? -refunfuñó el otro-. Se te va a oxidar el enchufe espinal. A ver, haznos un número.

El Ratón dejó de pasar el dedo por el borde del vaso. Queriendo decir «no» empezó un «sí». En ese momento frunció el entrecejo.

Los mecánicos también.

Era un hombre viejo.

Era un hombre duro.

Cuando el Ratón puso la mano en el canto de la mesa, el despojo se tambaleó hacia delante. La cadera golpeó con ruido el mostrador. Largos dedos de pie chocaron contra una pata de silla: la silla bailó sobre el embaldosado.

Viejo. Duro. La tercera característica que el Ratón advirtió: ciego.

Se bamboleó frente a la mesa del Ratón. Una mano subió en el aire: unas uñas amarillentas golpearon la mejilla del Ratón. (¿Patas de araña?)

-Tú, muchacho...

El Ratón escudriñó las perlas detrás de los párpados trémulos, rugosos.

-Tú, muchacho. ¿Sabes cómo fue?

Tiene que ser ciego, pensó el Ratón. Se mueve como un ciego. La cabeza implantada en el cuello hacia delante como los ciegos. Y los ojos...

El viejo chiflado alargó a tientas la mano, tomó una silla, y la arrastró hasta él. Cuando se dejó caer en el asiento, la silla rechinó.

-¿*Sabes* cómo era, cómo era a la vista, al tacto, qué olor tenía... lo sabes?

El Ratón negó con la cabeza; los dedos tamborilearon sobre la mejilla.

-Estábamos zarpando, muchacho, con los trescientos soles de las Pléyades centelleando a nuestra izquierda como una charca de leche enjoyada, y todo el manto de negrura a nuestra derecha. La nave era yo; yo era la nave. Con estos artefactos... -hizo sonar contra la mesa los enchufes de las muñecas: *clic*- yo estaba acoplado a mi pala proyectora. Entonces -la pelambre de la barbilla subía y bajaba junto con las palabras- en el centro mismo de la oscuridad ¡una luz! Irrumpió en las cámaras de proyección donde yacíamos, se adueñó de nuestros ojos y no los soltó más. Fue como si el Universo se desgarrase y el día todo bramase alrededor. No quise desconectar el alimentador sensorio. No quise apartar la mirada. Todos los colores que te puedas imaginar estaban allí, pintarrajeando la noche. Y por último las ondas de choque: ¡hasta las paredes cantaron! La inductancia magnética osciló por encima de la nave, y poco faltó para que nos hiciera saltar en pedazos. Pero ya era demasiado tarde. Yo estaba ciego. -Se reclinó en la silla-. Estoy ciego, muchacho. Pero es una ceguera muy extraña; puedo verte. Soy sordo; pero si me hablases, podría comprender casi todo. Las terminaciones de los nervios olfativos están muertas, y las papilas de mi lengua. -La mano se apoyó de plano en la mejilla del Ratón-. No puedo sentir la textura de tu cara. También mató casi todas las terminaciones de los nervios táctiles. Tu piel es tersa, ¿o cerdosa y cartilaginosa como la mía? -

Rió mostrando dientes amarillos en encías rojas, muy rojas-. Dan es un ciego muy raro. -La mano se deslizó por el jubón del Ratón, se prendió a los cordones-. Muy raro, sí. La mayoría de los ciegos vive en tinieblas. Yo tengo fuego en los ojos. Tengo en mi cabeza todo ese sol en explosión. La luz fustigó los conos y barras de mi retina con un estímulo incesante, redondeó un arco iris y me colmó cada una de las cuencas. Eso es lo que ahora veo, y ahora tú, aquí apenas tu contorno, allí tu relieve, un espectro solarizado a través de mi infierno. ¿Quién eres?

-Pontichos. -La voz del Ratón chirrió, como lana con arena-. Pontichos Provechi.

El semblante de Dan se torció en una mueca.

-Tu nombre es... ¿cómo dijiste? Me parte la cabeza en mil pedazos. Tengo un coro emboscado en los oídos que me grita en el cráneo veintiséis horas al día. Las terminaciones nerviosas emiten estática, el estertor postrero de ese sol que agoniza desde entonces. Por encima de eso, apenas puedo oír tu voz, como el eco de alguien que vocifera a cien metros. -Dan tosió y se reclinó con fuerza en el respaldo-. ¿De dónde eres? -Se limpió la boca.

-De aquí de Draco -dijo el Ratón-. Tierra.

-¿Tierra? ¿Dónde? ¿América? ¿Vienes de una casita blanca en una calle arbolada con una bicicleta en el garaje?

Oh, sí, pensó el Ratón. Es ciego, y sordo por añadidura.

La dicción del Ratón era buena, pero nunca se había preocupado por el acento.

-Yo. Yo soy de Australia. De una casa blanca. Vivía justo en las afueras de Melbourne. Árboles. Tenía una bicicleta. Pero eso fue hace mucho tiempo. Mucho tiempo ¿no, muchacho? ¿Conoces Australia, en Tierra?

-De paso.

El Ratón se removió en la silla, pensando cómo podría escabullirse.

-Sí. Así fue la cosa. ¡Pero tú no sabes, muchacho! No puedes saber lo que es andar a tientas toda la vida con una nova clavada en el cerebro, recordando Melbourne, recordando la bicicleta. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

El Ratón miró la ventana a la izquierda, la puerta a la derecha.

-No puedo recordarlo. El sonido de ese sol borra todo lo demás.

Los mecánicos, que hasta entonces habían estado escuchando, volvieron al bar.

-¡Ya no recuerdo nada!

En otra mesa una mujer de cabellos negros reanudó un juego de naipes con el compañero rubio.

-¡Oh, me han mandado a los médicos! Ellos dicen que si extirpan los nervios, ópticos y auditivos, los cortan al ras en el cerebro, el rugido, la luz... ¡podría cesar! *¡Podría!* -Se llevó las manos a la cara-. Y las sombras del mundo que percibo, ellas cesarían también. ¡Tu nombre! ¿Qué nombre tienes?

El Ratón preparó las palabras en la boca junto con, discúlpeme, ¿eh? tengo que marcharme.

Pero Dan tosió, se agarró las orejas.

-¡Ahhh! ¡Aquel fue un viaje cochino, un viaje perro, un viaje para moscas! La nave era el *Roc* y yo iba como ciborg del Capitán Lorq Von Ray. El Capitán nos llevó -Dan se inclinó sobre la mesa- así de cerca -el pulgar

rozó al índice-, así *de cerca* del infierno. Y nos trajo de vuelta. Lo puedes maldecir, y maldecir al ilirión por eso, muchacho, quienquiera que seas. ¡De dondequiera que seas!

Dan ladró, se echó hacia atrás; las manos le saltaban sobre la mesa.

El cantinero echó una mirada. Alguien pidió por señas un trago. La boca del cantinero se endureció, pero se volvió, meneando la cabeza.

-El dolor -la barbilla de Dan se hundió-, cuando has vivido con él un tiempo suficiente, ya no es dolor. Es otra cosa. ¡Lorq Von Ray está loco! Nos llevó tan cerca del borde de la muerte como le fue posible. Ahora me ha abandonado, nueve décimas de cadáver, aquí en los confines del Sistema Solar. Y adonde se ha ido. -Dan resolló. Algo le trepidó en los pulmones-. ¿Dónde irá ahora el ciego Dan?

Aferró bruscamente los bordes de la mesa.

-¿Adónde podría ir Dan?

El vaso del Ratón rodó, se hizo añicos en la piedra.

-¡Dímelo!

Sacudió la mesa otra vez. El cantinero se acercaba.

Dan se puso de pie, derribando la silla, y se frotó los ojos con los nudillos. Dio dos pasos vacilantes a través del torrente de sol que bañaba el piso. Dos más. Los últimos dejaron largos rastros parduscos.

La mujer de cabellos negros contuvo el aliento. El hombre rubio recogió las cartas.

Uno de los mecánicos iba a adelantarse, pero el otro le tocó el brazo.

Los puños de Dan golpearon con fuerza las puertas de vaivén. Se había marchado.

El Ratón miró alrededor. Vidrio contra piedra otra vez, pero más débil. El cantinero se había enchufado la aspiradora a la muñeca y la máquina siseaba sobre la suciedad y los fragmentos ensangrentados.

-¿Quieres otro trago?

-No -murmuró desde la estropeada laringe la voz del Ratón-. No, suficiente. ¿Quién era ése?

-Fue uno de los acoples-ciborg a bordo del *Roc.* Hace una semana que anda molestando por aquí. En muchos lugares lo echan ni bien asoma. ¿Por qué te cuesta tanto enrolarte?

-No tengo antecedentes en travesías largas -sonó en un áspero murmullo la voz del Ratón-. Hace apenas dos años que obtuve mi certificado. Desde entonces estuve en una pequeña empresa carguera haciendo el recorrido triangular de cabotaje del Sistema Solar.

-Podría darte toda clase de consejos. -El cantinero se desenchufó la aspiradora de la muñeca-. Pero me abstendré. Que Ashton Clark te acompañe.

Sonrió, torciendo la cara y volvió a instalarse detrás del mostrador.

El Ratón no se sentía cómodo. Enganchó un pulgar moreno bajo la correa de cuero que le cruzaba el hombro, se puso de pie y fue hacia la puerta.

-Eh, Ratón, a ver. Tócanos algo.

La puerta se cerró detrás de él.

El sol encogido yacía como oro mellado sobre las montañas. Neptuno, inmenso en el cielo, derramaba luces de color en la llanura. Y un kilómetro más allá las moles de las naves estelares descansaban en los fosos de reparación.

Librodot

El Ratón echó a andar a lo largo de la rambla de bares, hoteles baratos y sitios para comer. Desocupado y sin ilusiones, había estado en casi todos, tocando a cambio de albergue, durmiendo en el rincón de un cuarto cualquiera cuando lo arrastraban a amenizar una de esas fiestas que duran toda la noche. De acuerdo con su certificado, no era lo que tendría que estar haciendo. Tampoco era lo que él quería hacer.

Caminó a lo largo del entarimado que bordeaba Infierno-3.

Para que la superficie del satélite fuera habitable, la comisión de Draco había instalado hornos de ilirión que fundían el núcleo de la luna. Con la temperatura de un otoño moderado en la superficie, las rocas generaban espontáneamente la atmósfera. Una ionosfera artificial la retenía. Las otras manifestaciones de esa reciente fusión del núcleo eran los Infiernos-3 a 52, grietas volcánicas que se habían abierto en la corteza de la luna. Infierno-3 tenía casi cien metros de ancho, el doble de profundidad (un gusano flamígero se asaba en el fondo), y diez kilómetros de longitud. Bajo la pálida noche, el cañón chisporroteaba y humeaba.

Cuando el Ratón pasó junto al abismo, el aire caliente le acarició la mejilla. Iba pensando en el ciego Dan. Iba pensando en la noche que se extendía más allá de Plutón, más allá de las estrellas llamadas Draco. Y tenía miedo. Palpó el morral de cuero que le colgaba del hombro.

A los diez años, el Ratón había robado ese morral. El morral guardaba lo que él más amaría en la vida.

Aterrorizado, huyó de los quioscos de música bajo las bóvedas blancas, entre los tenderetes malolientes de piel de cordero. Apretando el morral contra el vientre, saltó por encima de una caja rota de pipas de espuma de mar, desparramadas sobre la piedra polvorienta; pasó por debajo de otra arcada, y corrió veinte metros como una flecha entre la muchedumbre que iba y venía por la Alameda Áurea, donde unos escaparates de terciopelo resplandecían de oro y de luz. Esquivó a un muchacho que balanceando una bandeja cargada de vasos de té y tazas de café le iba pisando los talones. En el momento en que el Ratón apartaba el cuerpo, la bandeja voló por los aires; el té y el café se sacudieron, pero no se derramó una sola gota. El Ratón siguió corriendo.

Un poco más adelante, pasó junto a una montaña de zapatillas bordadas.

Luego los zapatos de lona del Ratón volvieron a pisar el empedrado roto, y el barro lo salpicó. Se detuvo, jadeando, y miró hacia arriba.

No más bóvedas. Una llovizna flotaba a la deriva entre los edificios. Apretó con más fuerza el morral, se ensució la cara mojada con el dorso de la mano, y empezó a subir por la calle, que se perdía en una curva.

La Torre Quemada de Constantino, podrida, las costillas al aire, y negra, emergió repentinamente del parque de automóviles. El Ratón llegó a la calle principal; la gente iba y venía chapoteando en la fina película de agua sucia que cubría las piedras. El cuero del morral le sudaba sobre la piel.

¿Buen tiempo? Habría ido retozando por los atajos de las callejas menos frecuentadas. Pero en cambio siguió por la avenida principal, aprovechando en parte la protección del monorriel. Se abrió paso entre los hombres de negocios, los estudiantes, los mandaderos.

Una zorra retumbó sobre el empedrado. El Ratón se arriesgó y de un salto subió a la plataforma amarilla. El conductor le sonrió (medialuna creciente salpicada de oro en una cara morena) y lo dejó quedarse.

Diez minutos después, con el corazón todavía agitado, el Ratón saltó del vehículo y se escabulló por el atrio de la Nueva Mezquita. Bajó la llovizna, unos pocos hombres se lavaban los pies en las bateas de piedra del muro. Dos mujeres salieron por la puerta de vaivén de la entrada, rescataron sus zapatos, y bajando los peldaños relucientes se alejaron deprisa bajo la lluvia.

Una vez, el Ratón le había preguntado a Leo cuándo exactamente había sido construida la Nueva Mezquita. El pescador de la Federación de las Pléyades, que siempre caminaba con un pie descalzo, se había rascado la espesa cabellera rubia, contemplando los muros ahumados que se elevaban hasta las cúpulas y minaretes espigados.

-Alrededor de unos mil años atrás fue. Pero eso sólo un cálculo aproximado es.

Ahora el Ratón iba en busca de Leo.

Salió del atrio a la carrera y se escabulló entre los camiones, automóviles, palanquines y carretillas que pululaban a la entrada del puente. En el cruce, bajo un farol, entró por un portón de hierro y bajó deprisa los escalones. Embarcaciones pequeñas se entrechocaban en el lodo. Más allá de los botes, el agua color mostaza del Cuerno de Oro se henchía entre los pilotes y los muelles de los aliscafos. Más allá de la boca del Cuerno, a través del Bósforo, las nubes se habían abierto.

Unos sesgados rayos de luz iluminaban la estela de un trasbordador que surcaba las aguas rumbo a otro continente. El Ratón se detuvo en los escalones y contempló el estrecho rutilante cada vez más inundado de luz.

En el Asia brumosa las ventanas resplandecían sobre los muros de color arena. Eran los preliminares del fenómeno que dos mil años antes indujera a los griegos a llamar Crisópolis al sector asiático de la ciudad: Ciudad de Oro. Ahora se llamaba Uskudar.

-¡Eh, Ratón! -lo saludó Leo desde la cubierta de marquesina roja. Leo había entoldado la barca, y había instalado unas mesas de madera y unas barricas alrededor, como sillas. En una tina hervía el aceite ennegrecido, calentado por un viejo generador chorreado de grasa. Al lado, en un escurridor amarillo, había un montón de pescado. Les habían enganchado las agallas a la mandíbula inferior, de modo que cada pescado tenía en la cabeza una flor escarlata-. Eh, Ratón, ¿qué te traes?

En días más apacibles los pescadores, los trabajadores portuarios y los estibadores comían allí. El Ratón saltó por encima de la barandilla mientras Leo echaba dos pescados en la caldera. Una espuma amarilla burbujeó sobre el aceite.

-Lo conseguí... eso de que tú me hablabas. Lo conseguí... Es decir, creo que es eso de lo que tú me hablabas.

Las palabras se atropellaban, ahogadas, vacilantes, ahogadas otra vez.

Leo, cuyo nombre, pelo y cuerpo fornido le habían sido otorgados por abuelos germanos (y que había adquirido esta elocución peculiar durante una infancia en las costas pesqueras de un mundo cuyas noches tenían diez veces más estrellas que las noches terrestres), pareció confundido. La confusión se transformó en asombro cuando el Ratón le tendió el morral de cuero.

Leo lo tomó con unas manos cubiertas de pecas.

-¿Seguro estás? Dónde tú...

Dos trabajadores subieron a la barca. Leo vio cruzar por el asombro del Ratón una sombra de alarma y pasó del turco al griego.

-¿Dónde tú esto encontraste?

La estructura de la frase era siempre igual en todas las lenguas.

-Lo robé.

Pese a que las palabras salían con bocanadas de aire a través de unas cuerdas vocales desencajadas, a los diez años el gitanillo huérfano hablaba una media docena de lenguas de la costa mediterránea con mucha mayor fluidez que la gente como Leo, que había aprendido con un hipnoinstructor.

Los albañiles, cubiertos por la suciedad de las herramientas electrónicas (y ojalá sólo conocieran el turco) se sentaron a la mesa masajeándose las muñecas y frotándose los enchufes espinales donde habían tenido conectadas las máquinas. Pidieron pescado.

Leo se inclinó y tiró hacia arriba. El aire relampagueó de plata, y el aceite rugió. Luego Leo se recostó contra la barandilla y abrió el respiradero.

-Sí. -Hablaba pausadamente-. Ninguno de la Tierra, mucho menos aquí, que existiera sabía. ¿De dónde tú lo sacaste?

-Lo conseguí en el bazar -explicó el Ratón-. Si se lo puede encontrar en la Tierra, se lo encuentra en el Gran Bazar.

No hacía más que repetir el adagio que había atraído a millones y millones a la Reina de las Ciudades.

-Eso decir oí -dijo Leo. Luego volvió al turco-: A estos caballeros el almuerzo tú dales.

El Ratón tomó la espumadera y sirvió el pescado en platos de plástico. Lo que fuera plata salió como oro. Los hombres sacaron pedazos de pan de las canastas de debajo de la mesa y comieron con las manos.

El Ratón extrajo del aceite los otros dos pescados y se los llevó a Leo, que seguía sentado en la barandilla, sonriéndole a la boca del morral.

-¿De esto imagen coherente puedo sacar? No sé. Desde que calamares-metano yo en las Colonias Lejanas pescaba, una de éstas en mis manos no he tenido. En ese entonces yo bastante bien tocar sabía. -El morral se abrió y Leo se quedó sin aliento-. ¡Hermosa es!

En las rodillas de Leo, sobre el cuero arrugado, podía ser un arpa, podía ser una computadora. Superficie de inductancia como en una teremina, trastes como en una guitarra, abajo y a un costado roncones cortos como de una cítara. En el otro lado sobresalían los largos roncones de bronce de una guitarrina. Algunas piezas estaban talladas en palo de rosa. Otras, fundidas en acero inoxidable. Las incrustaciones eran de plástico negro, y las almohadillas de felpa. Leo dio vuelta el instrumento.

Las nubes se habían abierto un poco más.

La luz del sol se deslizó sobre las vetas de madera pulida, relampagueó en el acero.

En la mesa los obreros hicieron tintinear sus monedas, luego miraron de soslayo. Leo inclinó la cabeza, afirmando. Los obreros pusieron el dinero sobre las tablas grasientas, e intrigados dejaron la barca.

Leo hizo algo con las clavijas. Se oyó un campanilleo cristalino; el aire tremoló; y desplazando el olor fétido de las sogas mojadas y la brea, una fragancia... ¿orquídeas? Hacía mucho tiempo, quizá a los cinco o seis años, el Ratón las había olido en los campos, a la orilla de un camino. (Había a la sazón una mujer corpulenta de falda floreada que quizá fuese Mamá, y tres

hombres descalzos de grandes mostachos, y a uno de ellos tenía que llamarlo Papá, le habían dicho...). Sí, orquídeas.

La mano de Leo se movió; el trémolo fue un centelleo. Cascadas de luz caían del aire, se fundían en una luminosidad azul cuya fuente estaba allí, en algún lugar, entre ellos dos. El aroma se humedeció y fue rosas.

-¡Funciona! -roncó el Ratón.

-Mejor que la que yo tenía -asintió Leo-. La batería de ilirión casi muy nueva es. Esas cosas que en la barca tocar solía, todavía tocar podré, me pregunto. -Arrugó la cara-. No demasiado bueno será. Fuera de práctica estoy.

La perplejidad recompuso las facciones de Leo en una expresión que el Ratón nunca le había visto. La mano de Leo se cerró sobre la clavija de tonos.

Allí donde la luz había inundado el aire, la luminosidad se transformó en *ella,* hasta que ella volvió la cabeza y los miró por encima del hombro.

El Ratón parpadeó.

Era translúcida; y, sin embargo, mucho más real, pues el Ratón tenía que concentrarse para definir la barbilla, el hombro, el pie, el rostro, hasta que ella giró sonriendo, y le arrojó unas flores sorprendentes. Bajo la lluvia de pétalos el Ratón se agazapó y cerró los ojos. Había estado respirando con naturalidad, pero cuando inhaló esta vez, no pudo contenerse. Abrió la boca a los aromas, prolongando la inspiración hasta que el diafragma se le estiró bajo las costillas. El dolor entonces se arqueó debajo del esternón, y él tuvo que soltar el aire. De golpe. Luego comenzó el lento retorno...

Abrió los ojos.

Aceite, las amarillas aguas del Cuerno, légamo; pero ya no había capullos en el aire. Leo, la bota apoyada en el último travesaño de la baranda, jugueteaba con una perilla.

Ella se había ido.

-Pero... -El Ratón dio un paso adelante, se detuvo balanceándose sobre los dedos de los pies, la garganta convulsa-. ¿Cómo...?

Leo levantó la vista.

-¡Enmohecido estoy! Antaño, bastante bueno era. Pero mucho hace. Mucho tiempo. Una vez, una vez, esta cosa yo de veras tocar podía.

-Leo... ¿podrías...? Quiero decir tú me dijiste... yo no sabia... yo no me imaginaba...

-¿Qué?

-¡Enseñarme! ¿Podrías... enseñarme?

Leo miró al confundido gitano a quien había favorecido aquí en los muelles, contándole cuentos de océanos y puertos de una docena de mundos. Estaba sorprendido.

Los dedos del Ratón se movían, nerviosos.

-¡Enséñame, Leo! ¡Ahora tienes que enseñarme! -La mente del Ratón saltó del alejandrino al árabe berberisco para encontrar por fin en el italiano la palabra exacta-. ¡Bellísimo, Leo! ¡Bellísimo!

-Bueno... -Ante la avidez del chico, Leo sintió lo que hubiera sido miedo si hubiese estado más familiarizado con el miedo.

El Ratón miró al objeto robado, con reverencia y terror.

-¿Puedes enseñarme a tocarlo? -Y entonces se atrevió. Lo levantó, delicadamente, de las rodillas de Leo. Y el miedo era una emoción con la que el Ratón había convivido durante toda su corta y azarosa vida.

Al inclinarse hacia el instrumento, no obstante, había iniciado el intrincado proceso de convertirse en él mismo. Perplejo, el Ratón volvió una y otra vez la siringa sensoria.

En lo alto de una calle enfangada que subía serpeando por una colina detrás de un portón de hierro, el Ratón trabajaba de noche llevando bandejas de café y salep desde la casa de té y entre las manadas de hombres que iban y venían junto a las estrechas puertas de vidrio y se agazapaban acechando a las mujeres que entraban.

Ahora el Ratón llegaba al trabajo cada vez más tarde. Se quedaba en la barca todo el tiempo que podía. Las luces del puerto parpadeaban en los muelles a lo largo de más de un kilómetro, y Asia se irisaba en la niebla mientras Leo le enseñaba dónde se ocultaba cada olor, color, forma, textura y movimiento en la siringa pulida. Los ojos y las manos del Ratón empezaron a abrirse.

Dos años más tarde, cuando Leo le anunció que había vendido la barca y estaba pensando en trasladarse al otro lado de Draco, quizás a Nuevo Marte para pescar rayas-polvo, ya el Ratón superaba al maestro en el arte de conjurar ilusiones.

Un mes después también el Ratón abandonaba Estambul; bajo las piedras chorreantes del Edernakapi esperó a que un camión quisiera llevarlo a la ciudad fronteriza de Ipsala. Atravesó a pie la frontera y entró en Grecia, se unió a un carromato rojo repleto de gitanos y durante el viaje volvió al romani, su lengua natal. Había estado tres años en Turquía. Al marcharse, lo único que llevaba consigo, además de la ropa que tenía puesta, era un pesado anillo-acertijo de plata demasiado grande para cualquiera de sus dedos... y la siringa.

Dos años y medio más tarde, cuando salió de Grecia, todavía conservaba el anillo. Se había dejado crecer dos centímetros la uña de un meñique, como los otros muchachos que pululaban por las calles sucias próximas al mercado de las pulgas de Monasteraiki, vendiendo alfombrillas, chucherías, o cualquier cosa que los turistas pudiesen comprar, justo a las puertas de la cúpula geodésica que techaba los dos kilómetros cuadrados del Mercado de Atenas; y llevaba la siringa.

El barco en el que era marinero zarpó del Pireo rumbo a Port Said, cruzó el canal y siguió viaje hacia su puerto de origen, Melbourne.

Cuando el Ratón volvió a embarcarse, esta vez con destino a Bombay, era uno de los números en el club nocturno del barco: Pontichos Provechi recrea para deleite de usted grandes obras de arte, musicales y gráficas, con acompañamiento perfumado. En Bombay desertó, se emborrachó a fondo (ya tenía dieciséis años), y anduvo por el sórdido malecón a la luz de la luna, tembloroso y enfermo. Juró que nunca más volvería a tocar sólo por dinero («¡Vamos, chico! Danos otra vez esos mosaicos de la cúpula de Santa Sofía antes de hacer el friso del Partenón... ¡y que se meneen!»). Regresó a Australia como marinero. Bajó a tierra con el anillo-acertijo, la uña larga, y un arete de oro en la oreja izquierda. Los marineros que cruzaban el Ecuador por el Océano Índico tenían derecho a usar ese arete desde hacía mil quinientos años. El piloto le había perforado el lóbulo con hielo y una aguja para lona. Todavía conservaba la siringa.

Otra vez en Melbourne, tocó por las calles. Pasaba muchas horas en una cafetería frecuentada por estudiantes de la Academia de Astronáutica

Cooper. Una muchacha de veinte años con la que entonces vivía le sugirió que asistiera a algunas de las clases.

-Vamos, consíguete algunos enchufes. Tarde o temprano los necesitarás, y te convendría aprender a usarlos en algo mejor que un empleo en una fábrica. A ti te gusta viajar. Mejor recorrer las estrellas que manejar una recolectora de basura.

Cuando al cabo rompió con la muchacha y se marchó de Australia llevaba su certificado de acople-ciborg para naves de cabotaje e intergalácticas. Todavía tenía el arete de oro, la uña del meñique, el anillo-acertijo... y la siringa.

Aun con un certificado era difícil engancharse en un viaje estelar directamente desde Tierra. Durante un par de años trabajó en una pequeña línea comercial que recorría el Triángulo Mutante: Tierra a Marte, Marte a Ganimedes, Ganimedes a Tierra. Pero ya entonces en los ojos negros del Ratón centelleaban las estrellas distantes. Pocos días después de su decimoctavo cumpleaños (o al menos el día que la muchacha y él habían elegido como fecha de cumpleaños, allá en Melbourne) se embarcó furtivamente en un viaje a la segunda luna de Neptuno; de allí las grandes líneas comerciales zarpaban hacia los mundos de todo Draco, la Federación de las Pléyades, y las Colonias Lejanas. Ahora el anillo-acertijo le quedaba justo.

El Ratón caminaba por el borde de Infierno-3, haciendo repiquetear el tacón de la bota, el pie descalzo silencioso (como en otra ciudad, en otro mundo, había caminado Leo). Esta era la adquisición del último viaje. Los tripulantes de caída libre de las naves interplanetarias aprendían a manejar los dedos de un pie, algunas veces de los dos, hasta rivalizar con las manos desmañadas de otros marineros, y ese pie lo llevaban siempre descalzo. Los cargueros comerciales interestelares tenían gravedad artificial, que no ayudaba al desarrollo de esas habilidades.

Cuando el Ratón pasó balanceándose por debajo de un plátano, las hojas rugieron en el viento tibio. De pronto, el Ratón tropezó, se tambaleó, se sintió atrapado, y lo hicieron girar en redondo.

-Cara de ratón atolondrado...

Una mano le aferraba el hombro y lo mantenía de viva fuerza a una brazada de distancia.

El Ratón alzó los ojos y encontró la mirada parpadeante del hombre.

Alguien había intentado partirle la cara de una cuchillada. La cicatriz zigzagueaba desde el mentón, rozaba la comisura de los gruesos labios, subía por los músculos de la mejilla -el ojo amarillo estaba milagrosamente vivo- y atravesaba la ceja izquierda; allí donde desaparecía en pelambre roja y ensortijada, ardía una llamarada de un amarillo más sedoso. La carne se incrustaba en la cicatriz como cobre batido en una veta de bronce.

-¿Por qué no miras por donde caminas, muchacho?

-Disculpe...

El jubón del hombre lucía el disco de oro de un oficial.

-Supongo que iba distraído...

Una masa de músculos se movió en la frente. Los tendones de la mandíbula inferior se dilataron. El ruido empezó a formarse detrás de la cara, se derramó. Era una carcajada, poderosa y despectiva.

El Ratón sonrió, odiándose.

-Supongo que no miraba por donde iba.

-Supongo que no.

Dos veces más cayó la mano sobre el hombro del Ratón. El Capitán meneó la cabeza y se alejó deprisa.

Turbado y alerta, el Ratón reanudó la marcha.

Luego se detuvo y volvió la cabeza. En el disco de oro que el Capitán llevaba en el hombro izquierdo, estaba inscrito el nombre de Lorq Von Ray. La mano del Ratón tanteó el morral que le colgaba del hombro.

Se echó hacia atrás el pelo negro que le había caído sobre la frente, miró alrededor, y trepó a la baranda. Enganchó la bota y el pie en el travesaño inferior, y sacó la siringa.

Llevaba el jubón ceñido a medias, y apoyó el instrumento contra los músculos pequeños y definidos del pecho. La cara del Ratón se inclinó; las largas pestañas se cerraron, la mano anillada y de dedos juntos avanzó hacia las superficies de inductancia.

El aire se pobló de imágenes trémulas...

2

Katin, largo y brillante, avanzaba bamboleándose hacia Infierno-3, la mirada en el suelo, el pensamiento en las lunas altas.

-¡Eh, muchacho!

-¿Mmm?

El hirsuto despojo se apoyó en la empalizada, aferrando la barandilla con manos escamosas.

-¿De dónde eres?

Los ojos del náufrago estaban velados por una nebulosa.

-Luna -dijo Katin.

-¿De una casita blanca, en una calle arbolada, con una bicicleta en el garaje? Yo tenía una bicicleta.

-Mi casa era verde -dijo Katin-. Y bajo una cúpula de aire. Sin embargo, tenía una bicicleta.

El náufrago se tambaleó junto a la barandilla.

-Tú no sabes, muchacho. Tú no sabes.

Uno tiene que escuchar a los locos, pensó Katin. Son cada vez más escasos. Y acuérdate de tomar notas.

-¡Hace tanto tiempo... tanto tiempo!

El viejo se alejó haciendo eses.

Katin meneó la cabeza y echó a andar otra vez.

Era desgarbado y absurdamente alto; casi dos metros diez. Había crecido de pronto hasta esa altura a los dieciséis años. Nunca del todo convencido de que era tan alto, diez años más tarde aún encorvaba los hombros. Llevaba las manos enormes metidas bajo el cinturón de los pantalones. Caminaba a las zancadas, aleteando con los codos.

Y el pensamiento de Katin volvió a las lunas.

Katin, nacido en *la* luna, amaba las lunas. Siempre había vivido en lunas, excepto la época en que había convencido a sus padres, taquígrafos de los Tribunales de Draco en Luna, de que le permitiesen estudiar en una universidad de la Tierra, en ese centro del saber del misterioso e inescrutable Occidente, Harvard, todavía puerto de recalada para los ricos, los excéntricos y los brillantes -él pertenecía a las dos últimas categorías.

Los cambios que diversifican la superficie de un planeta, desde las cumbres del Himalaya hasta las dunas suaves y ardientes del Sahara, sólo los conocía de oídas. Los helados bosques de líquenes de los casquetes polares marcianos o los rugientes ríos de polvo en el ecuador rojo del planeta; y la secuencia de las noches y los días mercurianos... sólo los había visto en los viajes en psicorama.

No era eso lo que Katin conocía, lo que Katin amaba.

¿Las lunas?

Las lunas son pequeñas. La belleza de una luna está en las variaciones de las semejanzas. De Harvard, Katin había vuelto a Luna, y de allí había ido a la Estación Fobos, donde se había enchufado a una batería de unidades grabadoras, computadoras de baja capacidad y exposógrafos: un archivista glorificado. En los ratos libres, con traje oruga y gafas polarizadas, exploraba Fobos, mientras Deimos, una mole de roca brillante de quince kilómetros de ancho, giraba junto a un horizonte que parecía demasiado próximo. Por fin

Librodot

logró reunir un grupo para aterrizar en Deimos y exploró la luna diminuta. Luego se trasladó a las lunas de Júpiter. Io, Europa, Ganimedes, Calisto giraron bajo los ojos castaños de Katin. Las lunas de Saturno, bajo la difusa iluminación de los anillos, rotaron ante su mirada solitaria cuando se paseaba lejos de los campamentos. Exploró los cráteres grises, las montañas grises, los valles y cañones durante días y noches de enceguecedora intensidad. ¿Las lunas son todas iguales?

Si a Katin lo hubiesen puesto en cualquiera de ellas, y de pronto le hubiesen quitado la venda de los ojos, hubiese identificado enseguida la estructura petrológica, la formación cristalina y la topografía general. El alto Katin estaba acostumbrado a hacer distinciones sutiles tanto en materia de paisajes como de caracteres. Las pasiones que se manifiestan en la diversidad de un mundo completo, o de un hombre entero, las conocía... pero no le gustaban.

Resolvía este desagrado de dos maneras.

Para las manifestaciones interiores, estaba escribiendo una novela.

Un grabador enjoyado que los padres le habían regalado cuando ganara la beca, le colgaba de la cintura. Hasta ese momento contenía unas cien mil palabras de notas. No había empezado aún el primer capítulo.

Para las manifestaciones externas, había elegido esta vida solitaria por debajo de su capacidad intelectual, y ni siquiera muy adecuada a su temperamento. Estaba alejándose más y más de ese foco de actividad humana que aún era para él el mundo llamado Tierra. Había terminado el curso de acople-ciborg hacía sólo un mes. Y había llegado a esta última luna de Neptuno -la última luna del Sistema Solar- aquella misma mañana.

El pelo castaño de Katin era sedoso, y lo llevaba desgreñado y bastante largo como para que se lo tironeasen en una pelea (si había alguien de esa estatura). Las manos, bajo el cinturón, masajeaban el vientre plano. Al llegar a la pasarela se detuvo. Alguien estaba sentado en la barandilla tocando una siringa sensoria.

Varias personas se habían detenido a mirar.

Los colores rociaban el aire con diseños fugaces cada vez que una forma envolvía la brisa y caía, para crear nuevas formas, un esmeralda más brillante, un amatista más apagado. Los aromas inundaban el viento de vinagre, nieve, océano, jengibre, amapolas, ron. Otoño, océano, jengibre, océano, otoño; océano, océano, otra vez el oleaje del océano, mientras la luz se movía en espumas sobre el azul evanescente que iluminaba desde abajo la cara del Ratón. Los arpegios eléctricos de una neorraga centelleaban en el océano.

Encaramado en la barandilla, el Ratón miraba entre imagen e imagen, implosión tras implosión, y sus propios dedos morenos que volaban sobre los trastes; y la luz del instrumento le fluyó por el dorso de las manos. Y los dedos se aquietaron. Las imágenes salieron de debajo de las palmas, saltando.

Se había congregado una veintena de personas. Parpadeaban, volvían las cabezas. La luz de las imágenes ilusorias estremecía los techos de las cuencas de los ojos, se deslizaba por las líneas que les enmarcaban las bocas, llenaba las arrugas que les surcaban las frentes. Una mujer se frotó la oreja y tosió. Un hombre golpeó con los puños el fondo de sus bolsillos.

Katin miraba por encima de muchas cabezas.

Alguien avanzaba, vacilante. Sin dejar de tocar, el Ratón levantó la mirada.

El ciego Dan dio un paso torcido, se detuvo, se tambaleó a la lumbre de la siringa.

-Eh, vamos, sal de ahí...

-Vamos, viejo, córrete...

-No nos dejas ver lo que está haciendo el chico...

En medio de la ilusión creada por el Ratón, Dan se balanceaba, bamboleando la cabeza.

El Ratón se echó a reír; luego cerró la mano morena sobre el mango de proyección, y la luz y los sonidos y los olores se unieron en la llamativa figura de un demonio que se detuvo frente a Dan, balando, haciendo morisquetas, batiendo unas alas escamosas que cambiaban de color a cada movimiento. Aullaba como una trompeta, torcía la cara imitando a Dan, pero tenía un tercer ojo giratorio.

La gente empezó a reírse.

El espectro dio un salto y se sentó en cuclillas sobre los dedos del Ratón. El gitano sonrió malévolamente.

Dan se adelantó, trastabillando, agitando un brazo en el aire.

Con un chillido, el demonio se volvió de espaldas, se agachó. Hubo un sonido, como de válvula de escape, y los espectadores se taparon las narices y ulularon.

Katin, que estaba apoyado en la barandilla cerca del Ratón, sintió que el bochorno le quemaba el cuello. El demonio hizo una cabriola.

Entonces Katin estiró el brazo y puso la palma de la mano sobre el campo de inductancia visual y la imagen se borroneó.

El Ratón levantó bruscamente la cabeza.

-Eh...

-No tienes derecho -dijo Katin, empujando con la manaza el hombro del Ratón.

-Es ciego -dijo el Ratón-. No oye, no huele... no sabe lo que pasa...

Las cejas negras bajaron. Pero él ya no tocaba.

Dan estaba solo en el centro del gentío, ajeno a todo. De pronto lanzó un grito. Y volvió a gritar. El sonido le retumbó en los pulmones. La gente retrocedió. El Ratón y Katin miraron al mismo tiempo a donde señalaba el brazo de Dan.

En su jubón azul marino con el disco de oro, la cicatriz flameando bajo la llamarada del pelo, el Capitán Lorq Von Ray se separó del grupo de curiosos.

Dan, a pesar de su ceguera, lo había reconocido. Dio media vuelta, salió del círculo con paso inseguro. Haciendo a un lado a un hombre, golpeando a una mujer en el hombro con el canto de la mano, se perdió entre la multitud.

Al marcharse Dan, al callar la siringa, la atención recayó en el Capitán. Von Ray se golpeó el muslo con la palma de la mano, haciéndola sonar como una tabla sobre el pantalón negro.

-¡Detente! ¡Basta de gritos!

La voz era potente.

-Estoy aquí para seleccionar una tripulación de acoples-ciborgs para una prolongada travesía, probablemente a lo largo del brazo interno. -Tan

ardientes, los ojos amarillos. Los rasgos alrededor de la cicatriz acordonada, bajo el áspero cabello color herrumbre, intentaron una sonrisa. Pero no era fácil dar un nombre a la expresión de la boca y el entrecejo contraídos-. Muy bien, ¿quién de ustedes quiere engancharse para un viaje a mitad de camino de la orilla de la noche? ¿Son marineros de tierra o escaladores de estrellas? ¡Tú! -Señaló al Ratón, todavía sentado en la barandilla-. ¿Quieres venir?

El Ratón bajó del travesaño.

-¿Yo?

-¡Tú y tu organillo infernal! Si te parece que eres capaz de mirar por donde caminas. Me gustaría que alguien hiciera malabarismos en el aire delante de mis ojos y me hiciera cosquillas en los lóbulos de las orejas. Engánchate.

Una extraña sonrisa abrió los labios del Ratón y le desnudó los dientes.

-Seguro -y la sonrisa desapareció-. Iré. -Las palabras brotaron del joven gitano como el susurro aguardentoso de un viejo-. Seguro que iré, Capitán.

El Ratón asintió y el arete de oro relampagueó por encima de la grieta volcánica. Un viento cálido sopló sobre la barandilla sacudiéndole contra la cara las guedejas de pelo renegrido.

-¿Tienes un camarada que quieras llevar contigo? Necesito toda una tripulación.

El Ratón, que no gustaba de nadie en particular en este puerto, alzó los ojos hacia el joven increíblemente alto que había interrumpido el acoso a Dan.

-¿Qué le parece el bajito? -Señaló con el pulgar al sorprendido Katin-. No lo conozco, pero como camarada hay bastante.

-De acuerdo. Así que tengo... -el Capitán Von Ray entornó un momento los ojos, aquilatando los hombros encorvados de Katin, el pecho sumido, los pómulos altos y los débiles ojos azules que flotaban detrás de los lentes de contacto-... dos.

A Katin le ardieron las orejas.

-¿Quién más? ¿Qué pasa? ¿Les da miedo alejarse de este pequeño pozo de gravedad embutido en esa media pinta de sol? -Señaló con la barbilla las siluetas de las montañas-. ¿Quién nos acompaña a donde la noche significa para siempre y la mañana es un recuerdo?

Un hombre dio un paso al frente: la tez del color de una uva emperador, la cabeza alargada y las facciones rotundas.

-Yo estoy por el viaje.

Mientras hablaba, le rolaban los músculos de los maxilares y el cráneo velludo.

-¿Tienes un camarada?

Un segundo hombre se adelantó. La carne era translúcida como el jabón. El pelo como lana blanca. No se advertía al principio la semejanza sorprendente de las facciones. Las mismas curvas marcadas en las comisuras de los labios gruesos, la misma depresión debajo de las fosas nasales acampanadas, la misma ancha separación de los pómulos: mellizos. Cuando el segundo hombre volvió la cabeza, el Ratón vio los rosados ojos parpadeantes, velados de plata.

El albino dejó caer la mano ancha -un saco de nudillos y uñas estropeadas, atado al antebrazo por venas gruesas, lívidas- sobre el hombro del hermano.

-Nosotros navegamos juntos.

Las voces, con el lento canturreo colonial, eran idénticas.

-¿Alguien más?

El Capitán Von Ray recorrió el círculo con la mirada.

-¿A mí, Capitán, quiere llevar?

Un hombre se abrió paso.

Algo aleteaba sobre su hombro.

El pelo amarillo del hombre se agitó con un viento que no soplaba desde el abismo. Unas alas húmedas se replegaron susurrando, volvieron a abrirse, y eran ónix y mica.

El hombre levantó la mano hasta donde las garras se le prendían al hombro nudoso formando una charretera, y con un pulgar espatulado le acarició las patas.

-¿Tienes algún otro compañero aparte de tu mascota?

Una mano pequeña en la del hombre, la mujer lo siguió a la distancia de los dos brazos extendidos.

¿Rama de sauce? ¿Ala de pájaro? ¿Viento en ráfagas primaverales? El Ratón repasó su archivo sensorio buscando algo comparable a la dulzura de aquella cara. Y fracasó.

Los ojos tenían el color del acero. Los pechos pequeños subían y bajaban regularmente bajo los lazos del jubón. De pronto, cuando ella miró en torno, el acero centelleó. (Es una mujer fuerte, pensó Katin, capaz de percibir esas sutilezas).

El Capitán Von Ray cruzó los brazos.

-¿Vosotros dos, y el pajarraco que tienes en el hombro?

-Seis, Capitán, tenemos -dijo ella.

-Siempre que sepan convivir en una nave, está bien. Pero al primer diablo volador con que tropiece lo echaré por la borda.

-Justo, Capitán -dijo el hombre. Los ojos rasgados en el rostro curtido se arrugaron en una sonrisa. Apretó con la mano libre el bíceps del otro brazo y deslizó los dedos por el vello rubio del antebrazo, el dorso de cada nudillo, hasta aprisionar con las dos manos la mano de la mujer. Eran la pareja que había estado jugando a las cartas en el bar, comprobó el Ratón-. ¿Cuándo a bordo usted nos quiere?

-Una hora antes del amanecer. Mi nave sube al encuentro del sol. Es el *Roc,* en el Embarcadero Diecisiete. ¿Cómo te llaman tus amigos?

-Sebastián.

El animal aleteó sobre el hombro dorado.

-Tyy. -La sombra del pájaro cruzó la cara de la mujer.

El Capitán Von Ray se inclinó y los escudriñó con ojos de tigre por debajo de la herrumbre de las cejas.

-¿Y tus enemigos?

El hombre rió.

-Maldito Sebastián y esos negros secuaces alados.

Von Ray miró a la mujer.

-¿Y a ti?

-Tyy. -Eso con suavidad-. Todavía.

-Vosotros dos. -Von Ray se volvió a los mellizos-. ¿Nombres?

-Él es Idas... -dijo el albino, y otra vez puso la mano sobre el brazo del otro.

-...y él es Lynceos.

-¿Qué me dirían vuestros enemigos si yo les preguntase quiénes sois?

El mellizo de tez oscura se encogió de hombros.

-Sólo Lynceos…

-…e Idas.

-¿Tú? -Von Ray señaló al Ratón.

-Puedes llamarme Ratón, si eres mi amigo. Si eres mi enemigo, nunca conocerás mi nombre.

Los párpados de Von Ray cayeron hasta la mitad de las pupilas amarillas cuando miró al alto.

-Katin Crawford. -Al propio Katin le sorprendió la espontaneidad de su respuesta-. Cuando mis enemigos me digan cómo me llaman, se lo haré saber, Capitán.

-Tenemos por delante un largo viaje -dijo Von Ray-. Y encontrarán enemigos ignorados. Estamos enfrentándonos a Prince y Ruby Red. Nos remontamos con una nave carguera vacía y regresamos, si los timones de la máquina funcionan como se espera, con las bodegas repletas. Quiero que sepáis que este viaje ya se intentó dos veces. Una, apenas pudimos zarpar. Otra, llegué a tener la meta a la vista. Pero eso fue demasiado para algunos hombres de mi tripulación. Esta vez, tengo el firme propósito de llegar a destino, llenar las bodegas, y regresar.

-¿Adónde yendo estamos? -preguntó Sebastián. El ave que llevaba posada en el hombro se apoyaba alternativamente en una y otra pata, aleteando para mantener el equilibrio. La envergadura era de casi dos metros *y* medio-. ¿Qué allá lejos, Capitán, hay?

Von Ray echó la cabeza hacia atrás como si pudiese ver su punto de destino. Luego la bajó lentamente.

-Allá lejos…

El Ratón sintió algo raro en la nuca, como si el pellejo fuese de trapo y alguien hubiese tironeado de una hebra suelta y destejiera la trama.

-…en algún lugar -dijo Von Ray- hay una nova.

¿Miedo?

El Ratón escudriñó un instante las estrellas y encontró los ojos devastados de Dan.

Y Katin desanduvo el camino entre los cráteres de muchas lunas, los ojos saltones bajo la mascarilla protectora, mientras en alguna parte, combándose hacia dentro, un sol se hundía.

-Estamos persiguiendo una nova. Así que esto es el miedo *verdadero,* pensó el Ratón. Algo más que ese mero aleteo de la bestia en el pecho, acechando entre las costillas.

Es el comienzo de un millón de viajes, reflexionó Katin, con los pies clavados en el suelo.

-Tenemos que llegar al filo incandescente de ese sol en el momento de la implosión. Todo el continuo en el área de una nova es espacio que ha sido arrancado violentamente. Tenemos que llegar al borde del caos y traer con nosotros un puñado de fuego, con el menor número posible de escalas en la travesía. Allí a donde vamos no hay ninguna ley.

-¿A qué ley se refiere? -preguntó Katin-. ¿La del hombre, o las leyes naturales físicas, psíquicas y químicas?

Von Ray hizo una pausa.

-A todas ellas.

El Ratón cruzó sobre el hombro la correa de cuero y metió la siringa en el morral.

-Esto es una carrera -dijo Von Ray-. Lo vuelvo a repetir. Prince y Ruby Red son nuestros rivales. No conozco ley humana que valga para ellos. Y a medida que nos acerquemos a la nova, irán cesando las otras leyes.

Con un movimiento de cabeza el Ratón se sacudió de la frente la espesa mata de pelo.

-Va a ser un viaje un poco movido ¿eh, Capitán? -Los músculos de la cara morena saltaron, se estremecieron, acabaron por inmovilizarse en una sonrisa destinada a dominar el temblor. La mano dentro del morral, acarició las incrustaciones de la siringa-. Un viaje realmente movido. -La voz algodonosa paladeó el peligro-. Sospecho que ese viaje me dará motivos para cantar. -Y otra vez se pasó la lengua por los labios.

-A propósito de este... puñado de fuego que traeremos con nosotros -empezó a decir Lynceos.

-Una carga completa -corrigió Von Ray-. Eso quiere decir siete toneladas. Siete cartuchos de una tonelada cada uno.

Idas dijo:

-No es posible transportar siete toneladas de fuego...

-...así que ¿cuál es la carga, Capitán? -terminó Lynceos.

La tripulación aguardó. Los curiosos que rodeaban a la tripulación aguardaron también.

Von Ray levantó el brazo y se frotó el hombro derecho.

-Ilirión -dijo-. Y lo obtendremos en la fuente. -La mano cayó-. Dadme vuestros números de clasificación. La próxima vez quiero veros a bordo del *Roc,* una hora antes del alba.

-Tómate un trago...

El Ratón se sacó la mano de encima y siguió bailando. La música repiqueteaba en los carillones metálicos mientras unas luces rojas se perseguían unas a otras alrededor del bar.

-Tómate un...

Las caderas del Ratón se sacudían contra la música. Tyy se sacudía contra él, moviendo el cabello oscuro sobre un hombro rutilante. Tenía los ojos cerrados, los labios le temblaban.

Alguien le decía a algún otro:

-Toma, no puedo beber esto. Termínalo por mí.

Tyy golpeó las manos, acercándosele. El Ratón parpadeó.

Tyy empezó a destellar.

El Ratón parpadeó de nuevo.

Entonces vio a Lynceos con la siringa en las manos blancas. Detrás de él se asomaba su hermano; se reían. La Tyy real estaba sentada a una mesa en un rincón, barajando las cartas.

-Epa -dijo el Ratón, y corrió hacia ellos-. No juguéis con mi salamandra, por favor. Si sabéis tocarla, está bien. Pero antes pedidme permiso.

-Sí -dijo Lynceos-, ningún otro advirtió...

-...que estaba sobre un rayo direccional -dijo Idas-. Discúlpenos.

-Está bien -dijo el Ratón recuperando la siringa. Se sentía borracho y cansado. Salió del bar, zigzagueó a lo largo del labio resplandeciente del Infierno-3, y cruzó por último el puente que conducía al Embarcadero Diecisiete. El cielo estaba negro. Al pasar la mano por la barandilla, una luz naranja le iluminó desde abajo los dedos y el antebrazo.

Un poco más lejos había alguien apoyado en la barandilla.

Aminoró el paso.

Katin soñaba mirando más allá del abismo; la luz del Infierno le pintaba en el rostro una máscara diabólica.

Al principio el Ratón pensó que Katin estaba hablando solo. Luego vio en su mano el aparato enjoyado.

-Intérnate en el cerebro humano -le decía Katin al grabador-. Centrado entre el encéfalo y la médula, encontrarás una red de nervios que reproduce la figura humana, sólo que de pocos centímetros de altura. Esa red conecta las impresiones sensoriales que se originan fuera del cerebro con las abstracciones cerebrales que se forman adentro; equilibra la percepción del mundo exterior con el conocimiento del mundo interior.

»Se abre paso por la maraña de intrigas, esa red que une un mundo a otro mundo...

-Eh, Katin.

Katin le echó una mirada fugaz mientras el aire caliente brotaba convulsivo de la lava.

-...que une una galaxia a otra galaxia, que mantiene aislados, cada uno de ellos una entidad, el sector de Draco del Sistema Solar, la Federación de las Pléyades, y las Colonias Lejanas: encontrarás un torbellino de diplomáticos, de funcionarios elegidos o autonominados, honestos o corruptos según las exigencias de sus puestos, en suma la matriz gubernamental que reproduce la forma del mundo que ella misma representa. La función de esa matriz consiste en responder a las presiones sociales, económicas y culturales que corren y se renuevan a través del imperio, y neutralizarlas.

»Y si uno pudiera penetrar directamente en una estrella, centrada en el gas incandescente encontraría una fragua de pura materia nuclear, condensada y volátil, reducida a ese estado por el peso de la materia que la rodea, esférica o achatada en los polos de acuerdo con la forma de ese mismo sol. En una perturbación solar, ese centro transmite las vibraciones directamente a la masa de la estrella, para neutralizar así los movimientos que acompañan a las fluctuaciones de la marea en la superficie del sol.

»De tanto en tanto algo falla en los cuerpos diminutos que equilibran las presiones perceptivas sobre el cerebro humano.

»A menudo las matrices gubernamentales y diplomáticas no son capaces de dominar las presiones de los mundos que ellas mismas gobiernan.

»Y cuando algo falla en el mecanismo que mantiene el equilibrio dentro de un sol, la dispersión de una cantidad inverosímil de polvo estelar desencadena las fuerzas titánicas que llevan a un sol a convertirse en nova...

-¿Katin?

Katin apagó el grabador y miró al Ratón.

-¿Qué estás haciendo?

-Notas para mi novela.

-¿Tu qué?

-Una forma de arte arcaica sustituida por el psicorama. Con posibilidades, ay, de sutilezas hoy inexistentes, tanto espirituales como artísticas, que otras formas más inmediatas no han igualado aún. Yo soy un anacronismo, Ratón. -Katin sonrió-. Gracias por conseguirme trabajo.

El Ratón se encogió de hombros

-¿De qué hablabas?

-Psicología. -Katin se guardó el grabador en el bolsillo-. Política y física.

-¿Psicología? -preguntó el Ratón-. ¿Política?

-¿Sabes leer y escribir? -le preguntó Katin.

-En turco, griego y árabe. Pero no muy bien en inglés. Las letras no tienen ninguna relación con los ruidos que uno hace.

Katin asintió. También él estaba un poco borracho.

-Profundo. Es por eso que el inglés era una lengua tan maravillosa para la novela. Pero estoy esquematizando.

-¿Qué pasa con la psicología y la política? Yo conozco la física.

-Particularmente -dijo Katin dirigiéndose a la fluida, resplandeciente franja de roca mojada que serpenteaba doscientos metros más abajo-, la psicología y la política de nuestro Capitán. Me intrigan.

-¿Qué hay con ellas?

-La psicología es por ahora sólo una rareza, pues no la conozco. Tendré oportunidad de observarla durante la travesía. Pero la política está grávida de posibilidades.

-¿De veras? ¿Y eso qué quiere decir?

Katin entrelazó los dedos y balanceó la barbilla sobre un nudillo.

-Yo iba a una institución de altos estudios en las ruinas de lo que antaño fue un gran país. Un poco más allá del patio había un edificio llamado Laboratorio de Psicociencia Von Ray. Era un agregado bastante reciente, de quizá unos ciento cuarenta años.

-¿El Capitán Von Ray?

-El abuelo, sospecho. Fue donado a la Universidad en homenaje al trigésimo aniversario de la soberanía otorgada a la Federación de las Pléyades por las Cortes de Draco.

-¿Von Ray es de las Pléyades? No habla como si lo fuese. ¿Estás seguro? Sebastián y Tyy me parece que son de allí.

-Allí están los bienes familiares, por lo menos. Él, probablemente, ha pasado buena parte de su vida por todo el Universo, viajando en el estilo al que nos gustaría estar acostumbrados. ¿Cuánto quieres apostar a que es el propietario de esa nave carguera?

-¿No trabaja para un grupo de compañías?

-No, a menos que pertenezcan a la familia. Los Von Ray son tal vez la familia más poderosa de la Federación de las Pléyades. No sé si este Capitán es un primo hermano que tiene la suerte de llevar el mismo nombre, o si es descendiente y heredero directo. Pero sé que ese nombre está vinculado al Gobierno y la organización de todas las Pléyades; son el tipo de familia con una casa *de* veraneo en las Colonias Lejanas y una o dos casas en ciudades de Tierra.

-Entonces es un hombre importante. -El Ratón hablaba con voz bronca.-Lo es.

-¿Qué sabes de ese Prince y Ruby Red de quienes hablaba?

-¿Eres lerdo, o nada más que un producto de la súper-especialización del siglo XXXI? -preguntó Katin-. A veces sueño con el retorno de las grandes figuras renacentistas del siglo XX: Bertrand Russell, Susanne Langer, Pejt Davlin. -Miró al Ratón-. ¿Quién maneja todos los sistemas de transportes que puedas imaginarte, tanto interplanetarios como interestelares?

-*Transportes Red Limitada*... -El Ratón se detuvo en seco-. ¿*Esos* Red?

-Si no fuese un Von Ray, supondría que hablaba de otra familia. Puesto que lo es, es muy probable que se refiera precisamente a esos Red.

-Demonios -dijo el Ratón. *Transportes Red* era un rótulo tan familiar que uno ni siquiera lo tomaba en cuenta. *Transportes Red* fabricaba todos los elementos para todas las naves del espacio concebibles, las herramientas para desmantelarlas, las máquinas de reparación y mantenimiento, los repuestos.

-Red es una familia industrial cuyos orígenes se remontan a los albores de las travesías espaciales; están muy firmemente arraigados sobre todo en Tierra y en general en todo el Sistema de Draco. Los Von Ray son una familia no tan antigua, pero muy poderosa, de la Federación de las Pléyades. Y ahora están empeñados en una carrera para obtener siete toneladas de ilirión. ¿El posible resultado no estremece tu sensibilidad política?

-¿Por qué habría de hacerlo?

-Claro está -dijo Katin-, el artista que busca cómo expresarse, y cómo proyectar su mundo interior, ante todo tendría que ser apolítico. Pero Ratón, *por favor.*

-¿*De qué* estás hablando, Katin?

-Ratón ¿qué significa ilirión para ti?

El Ratón reflexionó.

-Una pila de ilirión hace funcionar mi siringa. Sé que lo usan para mantener caliente el núcleo de esta luna. ¿No tiene algo que ver con los viajes a velocidad ultralumínica?

Katin cerró los ojos.

-Tú eres, como yo, un acople-ciborg registrado, probado, competente ¿no? -Al decir «no», abrió los ojos.

El Ratón asintió.

-Ah, si se pudiera volver a ese sistema educativo en el que la comprensión era parte esencial del conocimiento -impetró Katin a la fluctuante oscuridad-. ¿Dónde hiciste tu aprendizaje ciborg, en todo caso? ¿En Australia?

-Aja.

-Números. Ratón, hay muchísimo menos ilirión en la pila de tu siringa, por un coeficiente de veinte o veinticinco, que radium, por ejemplo, en la pintura fluorescente de un reloj luminoso. ¿Cuánto dura una pila?

-Se supone que cincuenta años. Cara como el demonio.

-El ilirión necesario para derretir el núcleo de esta luna se mide en gramos. La cantidad que se necesita para impulsar una nave espacial es del mismo orden. La existencia de ilirión en minas y en estado libre en todo el Universo puede cuantificarse en ocho o nueve mil kilogramos. ¡Y el Capitán Von Ray va a traer *siete toneladas*!

-Se me ocurre que *Transportes Red* estaría muy interesado en eso.

Katin asintió con un profundo movimiento de cabeza.

-Podría ser.

-Katin ¿qué es el ilirión? Lo pregunté muchas veces en Cooper, pero me decían que era demasiado complicado para mí.

-A mí me decían lo mismo en Harvard -dijo Katin-. Psicofísica 74 y 75. *Yo* fui a la biblioteca. La mejor definición es la que da el Profesor Plovnievsky en su trabajo presentado en Oxford en 2238 ante la sociedad de física teórica. Cito:

«Básicamente, señores, el ilirión es otra cosa».

-Uno se pregunta si esto fue un feliz accidente a causa de dificultades en el manejo del idioma, o si el profesor mostró una profunda comprensión de las sutilezas del inglés. La definición del diccionario, creo, dice más o menos así:

«...nombre que designa genéricamente y a partir del número trescientos, a aquellos elementos de propiedades psicomórficas; heterotrópicos con muchos de los elementos comunes y también con las series imaginarias entre el 107 y el 255 de la tabla periódica».

-¿Cómo estás en física subatómica?

-No soy más que un pobre acople-ciborg.

Katin alzó una ceja aleteante.

-Tú sabes que a medida que asciendes en la tabla de los números atómicos, después del 98 los elementos son cada vez menos estables, hasta que encontramos bromas como el einsteinium, el californium, el fermium con períodos de desintegración de centésimas de segundo... y en escala ascendente, centésimas de milésimas de segundo. Cuanto más alto es el lugar en la tabla, más inestables son. Por este motivo, a toda la serie comprendida entre el 100 y el 298 se le dio el nombre incorrecto de elementos imaginarios. Son absolutamente reales. Lo que sucede es que tienen una vida muy efímera. Sin embargo, a partir del 296, poco más o menos, la estabilidad empieza a aumentar otra vez. Al llegar al trescientos, volvemos a encontrar períodos de desintegración de décimas de segundo, y cinco o seis números más adelante se inicia toda una nueva serie de elementos con períodos de desintegración de millones de años. Estos elementos tienen núcleos inmensos, y son muy raros. Pero ya en 1950 se habían descubierto los hiperones, partículas elementales mayores que los protones y neutrones. Estas son las partículas que transportan la energía aglutinante de esos supernúcleos, así como los mesones ordinarios aglutinan los núcleos de los elementos más conocidos. Este grupo de elementos superpesados, superestables, se clasifica bajo el acápite general de ilirión. Y para citar otra vez al eminente Plovnievsky:

«Básicamente, señores, el ilirión es otra cosa».

-Como dice el *«Webster»*, es al mismo tiempo psicomórfico y heterotrópico. Supongo que esa es una manera caprichosa de decir que el ilirión es muchas cosas para muchos hombres. -Katin se puso de espaldas a la barandilla y cruzó los brazos sobre el pecho-. Me gustaría saber qué es para nuestro Capitán.

-¿Qué es *heterotrópico*?

-Ratón -dijo Katin-, a fines del siglo XX la humanidad había asistido a la desintegración total de lo que entonces se denominaba la «ciencia moderna». El *continuum* se llenó de «quasares» y de fuentes de radio no identificables. Había más partículas elementales que elementos creados por esas partículas. Y compuestos perfectamente durables que durante años habían sido considerados como imposibles de obtener empezaron a formarse a diestra y siniestra, tales como el KrI_4, el H_4XeO_6, el RrF_4; los gases nobles, después de todo, no eran tan nobles. El concepto de energía encarnado en la

Teoría Cuántica einsteiniana era aproximadamente tan exacto, y llevó a tantas contradicciones, como la teoría formulada trescientos años antes según la cual el fuego era un desprendimiento líquido llamado flogisto. Las ciencias puras (¿no es un nombre encantador?), en pleno delirio, se habían desbocado. El campo del conocimiento abierto por la experiencia psicodélica hacía que todo el mundo dudase de todo, y tuvieron que transcurrir ciento cincuenta años para que pudiera ponerse cierto orden coherente en ese caos; esto gracias a los grandes nombres de las ciencias sintéticas e integradoras que a ambos nos son demasiado familiares para que te ofenda repitiéndolos. Y tú, a quien le han enseñado qué botón tiene que apretar, ¿quieres que yo, el producto de un sistema educativo varias veces centenario, fundado no sólo en la divulgación de información sino también en toda una Teoría de la Adaptación Social, te dé en cinco minutos un panorama completo de la evolución del conocimiento humano en los últimos diez siglos? ¿Quieres saber lo que es un elemento heterotrópico?

-El Capitán dice que tenemos que estar a bordo una hora antes del alba -aventuró el Ratón.

-No te preocupes, no te preocupes. Tengo un don especial para esta clase de síntesis extemporáneas. Veamos. En primer término, tenemos los trabajos de De Blau en Francia en 2000, cuando presentó la primera escala burda y un método básicamente exacto para medir el desplazamiento psíquico de la energía...

-No me sirve de mucho -gruñó el Ratón-. Lo que quiero saber es qué pasa con Von Ray y el ilirión.

Tomados de la mano, Sebastián sonrió, y Tyy lo miró. Un suave revoloteo de alas en el aire. Unas formas oscuras. Tyy se espantó una del brazo; la forma se elevó. Dos luchaban por posarse en el hombro de Sebastián. Uno cedió y la otra replegó las alas, satisfecha, rozando la cabeza rubia del oriental.

-¡Eh! -raspó el Ratón-. ¿Van a la nave ahora?

-Vamos.

-Un segundo. ¿Qué significa para vosotros Von Ray? ¿Conocéis ese nombre?

Sebastián sonrió y Tyy lo miró de soslayo con sus ojos grises.

-Nosotros de la Federación de las Pléyades somos -dijo Tyy-. Yo y estas aves, bajo la Oscura, bajo la Hermana Muerta, bandada y amo, nacimos.

-¿La Oscura, la Hermana Muerta?

-En tiempos remotos a las Pléyades se las llamaba las Siete Hermanas, porque sólo siete de ellas eran visibles desde Tierra -explicó Katin al desconcertado Ratón-. Unos pocos siglos antes de Cristo una estrella visible entró en nova y se extinguió. Ahora hay ciudades en el interior de los planetas calcinados. Todavía hay calor suficiente para que sean habitables, pero prácticamente nada más.

-¿Una nova? -dijo el Ratón-. ¿Y Von Ray?

Tyy extendió el brazo en un amplio ademán.

-Todo. Gran buena familia es.

-¿Y a este Capitán Von Ray en particular, alguien lo conoce? -preguntó Katin.

Tyy se encogió de hombros.

-¿Y el ilirión? -preguntó el Ratón-. ¿Qué se sabe de eso?

Sebastián se agachó entre los pajarracos. Las alas se abrían apartándose. La mano velluda iba de una cabeza a otra, apaciguadora.

-La Federación de las Pléyades nada tiene. El sistema Draco tampoco nada tiene.

Frunció el ceño.

-Von Ray pirata algunos dicen -aventuró Tyy.

Sebastián le clavó una mirada severa.

-¡Von Ray grande y buena familia es! ¡Von Ray espléndido es! Por eso nosotros con él vamos. Tyy, en tono más suave, dulcificando la voz detrás de las facciones delicadas-: Von Ray espléndida familia es.

El Ratón vio a Lynceos que se acercaba por el puente. Y diez segundos más tarde, a Idas.

-¿Vosotros sois de las Colonias Lejanas?

Los mellizos se detuvieron, un hombro rozando otro hombro. Los ojos rosados parpadeaban más que los castaños.

-De Argos -dijo el mellizo pálido.

-Argos en Tubman B-12 -precisó el moreno.

-Las Colonias Lejanas -enmendó Katin.

-¿Qué sabéis del ilirión?

Idas se apoyó en la barandilla, arrugó el ceño, y luego trepó y se sentó.

-¿Ilirión? -Separó las rodillas y dejó caer entre ellas las manos nudosas-. Nosotros tenemos ilirión en las Colonias Lejanas.

Lynceos se sentó a su lado.

-Tobias -dijo-. Tenemos un hermano, Tobias. -Lynceos se corrió por la barandilla para acercarse al moreno Idas-. Tenemos un hermano en las Colonias Lejanas que se llama Tobias. -Miró de soslayo a Idas, ojos coral velados de plata-. En las Colonias Lejanas, donde hay ilirión.

Juntó las muñecas, pero con los dedos abiertos, como pétalos de un lirio encallecido.

-¿Los mundos de las Colonias Lejanas? -dijo Idas-. Balthus, con hielo y pantanos e ilirión. Cassandra, con desiertos de vidrio tan grandes como los océanos terrestres, selvas de plantas innumerables, todas azules, con ríos espumosos de galena, e ilirión. Salinus, entrecruzado de cavernas y cañones de más de mil metros de altura, con un continente de moho rojo letal, y mares con ciudades enormes, construidas en la plataforma oceánica con el cuarzo arrastrado por las mareas, e ilirión...

-Las Colonias Lejanas son mundos de estrellas mucho más jóvenes que las estrellas de aquí, de Draco, muchas veces más jóvenes que las Pléyades -acotó Lynceos.

-Tobias está en... una de las minas de ilirión de Tubman -dijo Idas. Las voces de los mellizos se habían puesto tensas; bajaban los ojos, o intercambiaban miradas furtivas. Cuando las manos negras se abrían, las blancas se cerraban.

-Idas, Lynceos y Tobías, crecimos en las piedras secas y ecuatoriales de Tubman en Argos, bajo tres soles y una luna roja...

-...y en Argos también hay ilirión. Éramos salvajes. Nos llamaban salvajes. Dos perlas negras y una blanca, brincando y alborotando por las calles de Argos...

-...Tobias, él era negro como Idas. Yo era el único blanco de la ciudad...

-...pero no menos salvaje que Tobias pese a la blancura. Y dicen que una noche, pues éramos como salvajes, y decían que éramos salvajes, llevados por el éxtasis...

-...ese polvillo de oro que se acumula en las grietas de las rocas; cuando lo inhalas los ojos chisporrotean con colores innominados y unas armonías nuevas resuenan en el hueco del oído, y la mente se abre...

-...llevados por el éxtasis hicimos una efigie del alcalde de Argos, y le pusimos un mecanismo de relojería, y la remontamos sobre las calles recitando a voz en cuello abominaciones rimadas acerca de los personajes eminentes de la ciudad...

-...por eso nos desterraron de Argos a los desiertos de Tubman...

-...y fuera de la ciudad hay una sola manera de vivir, y es descender bajo el mar y soportar el ostracismo trabajando en las minas submarinas de ilirión...,

-...y nosotros tres, que en éxtasis nunca habíamos hecho nada más que saltar y reír, y no nos habíamos burlado de nadie...

-...nosotros, que éramos inocentes...

-...fuimos a las minas. Allí trabajamos con máscaras de aire y trajes empapados en las minas subacuáticas de Argos, durante un año...

-...un año en Argos dura tres meses más que un año de Tierra, con seis estaciones en lugar de cuatro...

-...y al comienzo de nuestro segundo otoño del color de las algas, nos preparamos para partir. Pero Tobias no quiso acompañarnos. Tenía en las manos ahora el ritmo de las mareas, el peso del mineral le acariciaba las palmas...

-...así que abandonamos a nuestro hermano en las minas de ilirión, y subimos a las estrellas, temiendo...

-...ya veis, temiendo que así como nuestro hermano, Tobias, encontró algo que lo separó de nosotros, también uno de nosotros pueda encontrar algo que un día nos separe...

-...porque pensábamos que nosotros tres nunca podríamos vivir separados. -Idas miró al Ratón-. Y ahora no conocemos el éxtasis.

Lynceos parpadeó.

-Eso significa el ilirión para nosotros.

-Paráfrasis -dijo Katin desde el otro lado de la calle-. En las Colonias Lejanas, que hasta la fecha comprenden cuarenta y dos mundos y alrededor de siete mil millones de habitantes, prácticamente toda la población, en algún momento, tiene algo que ver con la adquisición directa del ilirión. Y creo que aproximadamente uno de cada tres trabaja toda su vida en alguna fase del desarrollo o la producción del ilirión.

-Esas son las estadísticas -dijo Idas- de las Colonias Lejanas.

Alas negras se elevaron cuando Sebastián se puso de pie y tomó la mano de Tyy.

El Ratón se rascó la cabeza.

-Bueno, escupamos en este río y vayamos a la nave.

Los mellizos bajaron de la barandilla. El Ratón se inclinó sobre la hondonada ardiente y escupió.

-¿*Qué* estás haciendo?

-Escupiendo en Infierno-3. Un gitano tiene que escupir tres veces en todo río que cruza -le explicó el Ratón a Katin-. De lo contrario, cosas malas.

-Vivimos en el siglo XXXI. ¿Qué cosas malas?

El Ratón se encogió de hombros.

-*Yo* nunca escupo en ningún río.

-A lo mejor es sólo para gitanos.

-Yo una bonita idea pienso es -dijo Tyy, y se inclinó sobre la barandilla junto al Ratón. Sebastián se asomó por encima del hombro de ella. Arriba, una de las aves quedó atrapada en una ráfaga ascendente de aire cálido y se perdió en la oscuridad.

-¿Qué eso es?

Tyy arrugó el ceño, y señaló.

-¿Dónde? -El Ratón miró bizqueando.

Tyy señaló la pared del cañón.

-¡El que te echó a perder el espectáculo!

-¡Eh! -dijo Katin-. ¡Es el ciego!

Lynceos se metió entre los dos.

-Está enfermo. -Entornó los ojos color sangre-. Ese hombre está enfermo.

Transformado en un demonio entre los reflejos del fuego, Dan se tambaleaba por los arrecifes hacia la lava.

-¡Va a quemarse! -Katin se unió a ellos.

-¡Pero no siente el calor! -exclamó el Ratón-. ¡No puede ver... probablemente ni siquiera sabe dónde está!

Idas, luego Lynceos, se separaron de la barandilla y echaron a correr por el puente.

-¡Vamos! -gritó el Ratón, siguiéndolos.

Sebastián y Tyy fueron tras ellos, con Katin en la retaguardia.

Diez metros por debajo del borde, Dan se detuvo sobre una roca, con los brazos extendidos hacia delante, preparándose para una zambullida infernal.

Cuando llegaban a la cabecera del puente -los mellizos ya estaban trepándose a la barandilla- una figura apareció, por encima del viejo, en los labios del cañón.

-¡Dan! -La cara de Von Ray llameó cuando lo abanicó la luz. Dio un salto. Bajó por la pendiente escabrosa, arrancando con las sandalias trozos de pizarra que se hacían añicos delante de él-. ¡Dan, no!...

Dan lo hizo.

El cuerpo, retenido un momento por un crestón veinte metros más abajo, giró sobre sí mismo, saltó y cayó al torrente.

El Ratón se aferró a la barandilla, lastimándose el pecho.

Un momento después Katin estaba a su lado, asomándose más aún sobre el precipicio.

-¡Ahhh! -susurró el Ratón y se enderezó para no mirar.

El Capitán Von Ray llegó a la roca desde donde Dan había saltado. Se dejó caer sobre una rodilla, ambos puños sobre la piedra, mirando a lo lejos. Unas formas cayeron sobre él (los pájaros de Sebastián), y se elevaron de nuevo, sin proyectar sombra alguna. Los mellizos se habían detenido varias salientes de roca más arriba.

El Capitán Von Ray se puso de pie. Levantó la vista y miró a su tripulación. Respiraba entrecortadamente. Dio media vuelta y empezó a ascender la cuesta.

-¿Qué pasó? -preguntó Katin cuando todos estuvieron otra vez en el puente-. ¿Por qué...?

-Estuve hablando con él hace apenas unos minutos -explicó Von Ray-. Fue durante años uno de mis tripulantes. Pero en el último viaje, quedó... quedó ciego.

El gran Capitán; el Capitán estigmatizado. Y qué edad tendría, se preguntó el Ratón. Antes, el Ratón le había dado cuarenta y cinco, cincuenta. Pero esta confusión lo había llevado a equivocarse en diez o quince años. El Capitán no era viejo, estaba avejentado.

-Acababa de decirle que todo estaba arreglado y podía regresar a su casa en Australia. Se había dado vuelta para cruzar el puente hacia el albergue donde yo le había reservado una habitación. Volví la cabeza... no estaba en el puente. -El Capitán miró a todos de hito en hito-. Vamos al *Roc.*

-Supongo que usted tendrá que informar acerca de esto a la Patrulla -dijo Katin.

Von Ray los guió hacia el portalón que daba al campo de despegue, donde Draco retorcía arriba y abajo en la oscuridad sus cien metros de columna.

-Hay un teléfono justo aquí en la cabecera del puente...

La mirada de Von Ray enmudeció a Katin.

-Quiero marcharme de esta roca. Si llamamos desde aquí nos obligarán a quedarnos para que cada uno de nosotros dé su versión por triplicado.

-Supongo que podrá llamar desde la nave -sugirió Katin-, en el momento de zarpar.

Por un instante el Ratón no supo otra vez qué edad podría tener el Capitán.

-Ya no podemos hacer nada por ese pobre infeliz.

El Ratón echó una mirada contrita al abismo, luego siguió caminando junto a Katin.

Más allá de las ráfagas calientes, la noche era fría, y la niebla colgaba coronas en los faroles de luz fluorescente que jalonaban el campo.

Katin y el Ratón iban a la cola del grupo.

-Me pregunto qué significa exactamente el ilirión para ese buen mozo que va allí adelante -comentó el Ratón en voz baja.

Katin gruñó y metió las manos debajo del cinturón. Al cabo de un rato preguntó:

-Dime, Ratón ¿qué era eso que dijiste a propósito del viejo y que le habían matado todos los sentidos?

-La última vez que intentaron llegar a la nova -dijo el Ratón- miró la estrella demasiado tiempo a través de la carga sensoria, y las terminaciones nerviosas se le insensibilizaron. No murieron. Se enredaron en una estimulación constante. -Se encogió de hombros-. Da lo mismo. Casi.

-Oh -dijo Katin, y miró el pavimento.

Alrededor, los cargueros estelares, anclados en los fondeaderos. Entre uno y otro, mucho más pequeñas, las naves de cabotaje de cien metros de eslora.

Luego de un momento de reflexión, Katin dijo:

-Ratón, ¿se te ha ocurrido pensar cuánto puedes perder en este viaje?

-Aja.

-¿Y no tienes miedo?

Los dedos delgados del Ratón apretaron el antebrazo de Katin.

-Tengo un miedo de todos los infiernos -graznó. Sacudió la cabeza hacia atrás mirando a su alto compañero de viaje-. ¿Quieres que te lo diga? No me gustan cosas como la de Dan. Tengo miedo.

Librodot

3

Uno de los acoples había tomado una tiza negra y garabateado «Olga» en la cara delantera de la pala de proyección.

-De acuerdo -le dijo el Ratón a la máquina-. Tú eres Olga. -La máquina ronroneó y parpadeó, tres luces verdes, cuatro rojas. El Ratón inició la tediosa tarea de verificar la distribución de presión y la lectura de las fases.

Para desplazar una nave más veloz que la luz de estrella a estrella, hay que aprovechar al máximo las más pequeñas desviaciones en el espacio, las distorsiones reales que la materia crea en el *continuum* mismo. Decir que la velocidad de la luz es la velocidad límite de un objeto equivale a decir que quince o veinte kilómetros por hora es la velocidad límite de un nadador en el mar. Pero tan pronto uno empieza a utilizar las corrientes marinas, así como también los vientos de superficie, como en el caso de un velero, el límite desaparece. La nave estelar tiene siete palas de energía, que pueden compararse con velámenes. Seis impulsores controlados por computadoras mueven las palas a través de la noche. Y cada acople-ciborg controla una computadora. El Capitán controla la séptima. Las palas de energía tuvieron que ser adaptadas a las frecuencias variables de las presiones estáticas, y la nave misma fue suavemente lanzada desde este plano del espacio por la energía del núcleo de ilirión. Esa era la tarea que cumplían Olga y sus hermanas. Pero el control de la forma y el ángulo de las palas era mejor confiarlo a un cerebro humano. Ese era el trabajo del Ratón, bajo las órdenes del Capitán.

El Capitán controlaba además muchas de las capacidades de las subpalas.

Las paredes del cubículo estaban cubiertas con *graffitis* de tripulantes anteriores. Había una cucheta de contorno. El Ratón ajustó el reductor de inductancia a una hilera de bobinas condensadoras de setenta microfaradios, introdujo la bandeja en la pared, y se sentó.

Llevó un brazo atrás y con la mano debajo del jubón tanteó buscando el enchufe espinal. Se lo habían injertado en la base de la columna vertebral allá en Cooper. Recogió el primer cable de reflejos, que corría enroscándose por el suelo y desaparecía en el frente de la computadora, y lo movió delicadamente hasta que los doce dentículos se le deslizaron en el enchufe dorsal. Tomó la pieza más pequeña, la de seis dentículos, y se la insertó en el enchufe del dorso de la muñeca izquierda; y la otra en la derecha. Ambos nervios radiales estaban conectados con Olga. Tenía otro enchufe en la nuca. Metió en él la última pieza -el cable era pesado y le tironeaba un poco el cuello- y vio unas chispas. Este cable enviaba al cerebro los impulsos directos que podían escapar al oído y a la vista. Ya empezaba a bordonear un débil zumbido. Estiró el brazo, movió una perilla en la cara de Olga, y el zumbido cesó. El cielorraso, las paredes y el suelo estaban cubiertos de controles. La habitación era bastante pequeña como para que pudiera alcanzarlos a casi todos desde la cucheta. Pero una vez que la nave zarpara no tocaría ninguno; controlaría la pala directamente por medio de los impulsos nerviosos.

-Siempre me siento como si me estuviese preparando para el Gran Retorno -sonó en su oído la voz de Katin. Enchufados en sus respectivos

Librodot

cubículos distribuidos por la nave, los ciborg entraban todos en contacto-. La base de la columna vertebral siempre me pareció un sitio contra natura para arrastrar un cordón umbilical. Parecemos un interesante espectáculo de marionetas. ¿Sabes de veras cómo manejar esto?

-Quien no lo sepa a estas alturas -dijo el Ratón- peor para él.

Idas:

-Esta función está dedicada al ilirión…

-…al ilirión y a una nova. -Lynceos.

-Oye, Sebastián ¿qué estás haciendo con tus avechuchos?

-Un plato de leche dándoles estoy.

-Con tranquilizantes -llegó, suave, la voz de Tyy-. Ellos ahora duermen.

Y las luces se amortiguaron.

El Capitán entró en contacto. Los *graffitis*, las cicatrices de las paredes, se desvanecieron. Sólo quedaron las luces rojas persiguiéndose unas a otras por el cielorraso.

-Comienza una partida de dados -dijo Katin- con piedras iridiscentes.

El Ratón empujó con el pie el estuche de la siringa bajo la cucheta y se acostó. Estiró el cable dorsal, el de la nuca.

-¿Todo listo? -La voz de Von Ray retumbó en la nave-. Abran las palas de proa.

En los ojos del Ratón oscilaron unas imágenes nuevas…

…el espacio-puerto: luces sobre el campo, las fisuras lávicas de la costra se diluían en trémolos violetas en el extremo del espectro. Pero por encima del horizonte, los «vientos» eran rutilantes.

-Abran siete grados la pala lateral.

El Ratón flexionó lo que tendría que ser el brazo izquierdo. Y la pala de babor descendió como una aleta de mica.

-Eh, Katin -murmuró el Ratón-. ¡Qué maravilla! ¡Mírala…!

El Ratón se estremeció, acurrucado en un escudo de luz. Olga estaba cuidando de que respirara y de que le latiera el corazón mientras las sinapsis de la médula eran aplicadas a las maniobras de la nave.

-¡Por ilirión y Prince y Ruby Red! -la voz de uno de los mellizos.

-¡Sujeta tu pala! -ordenó el Capitán.

-Katin, mira…

-Quédate acostado y descansa, Ratón -murmuró Katin-. Yo haré lo mismo y pensaré en mi vida de antes.

El vacío rugió.

-¿Es eso lo que tienes ganas de hacer, Katin?

-Si te empeñas, no hay nada que no termine por aburrirte.

-Ustedes dos, atención -la voz de Von Ray.

Miraron.

-Conecten los alternadores de éxtasis.

Por un momento las luces de Olga le aguijonearon la visión. Y desaparecieron; contra él soplaron los vientos.

Y venían girando desde el sol. -Adiós, Luna -susurró Katin.

Y la luna cayó en Neptuno; Neptuno cayó en el Sol.

Y el Sol empezó a caer. Ante ellos estalló la noche.

¿Cuáles fueron las cosas primeras?

Se llamaba Lorq Von Ray y vivía en Extol Park 12, en la mansión de la colina; New Ark (NW 73), Ark. Eso es lo que uno decía en la calle si llegaba a perderse, para que lo ayudaran a volver. Las calles de Ark estaban protegidas contra el viento por mamparas transparentes, y sobre las noches, desde los meses de abril a iumbra, pesaba la maldición de las humaredas de colores que se desgarraban, volaban en hilachas, y se retorcían por encima de la ciudad en los despeñaderos de Tong. Se llamaba Lorq Von Ray y vivía… Aquellas eran las cosas de la infancia, las que perduraban, las primeras. Ark era la ciudad más grande de la Federación de las Pléyades. Papá y mamá eran gente importante y a menudo no estaban en casa. Cuando estaban en casa hablaban de Draco, su mundo capital Tierra; hablaban de la realineación, la posibilidad de obtener la soberanía para las Colonias Lejanas. Los huéspedes de la casa eran el senador fulano, el diputado zutano. Cuando el Secretario Morgan se casó con la Tía Cyana, vinieron a cenar y el Secretario Morgan le regaló un mapa holográmico de la Federación de las Pléyades que parecía una hoja de papel común; pero cuando se lo miraba bajo el rayo tensor, era como mirar la noche a través de una ventana, con puntos de luz que titilaban a distancias diferentes, y nebulosas de gases que se agitaban en espiral.

-Tú vives en Ark, el segundo planeta de aquel sol -le dijo su padre, señalando un punto del mapa que Lorq había extendido sobre la mesa de roca junto a la pared de cristal. Afuera, unos delgados arbustos de tilda se retorcían en el viento nocturno.

-¿Dónde está Tierra?

En el comedor el padre lanzó una carcajada, sonora, solitaria.

-No la puedes ver en ese mapa. Es de la Federación de las Pléyades solamente.

Morgan apoyó una mano en el hombro del niño.

-Yo un mapa de Draco la próxima vez traigo.

El Secretario de ojos almendrados, sonrió.

Lorq se volvió a su padre.

-¡Quiero ir a Draco! -Y luego, hablándole una vez más al Secretario Morgan-: ¡Yo algún día a Draco ir quiero!

El Secretario Morgan hablaba como mucha de la gente de la escuela de Causby; como la gente de la calle que le había ayudado a encontrar el camino de vuelta, cuando se había perdido a los cuatro años (pero no como su padre o Tía Cyana) y mamá y papá se habían asustado tanto. («¡Estábamos tan afligidos! Pensábamos que te habían secuestrado. ¡Pero no te juntes con esos jugadores de naipes callejeros, aunque te hayan traído a casa!»). Los padres sonreían cuando él les hablaba de esa forma, pero no sonreirían ahora, pues el Secretario Morgan era un invitado.

El padre refunfuñó.

-¡Un mapa de Draco! ¡Lo único que le faltaba! ¡Ah, sí, Draco!

Tía Cyana se rió; entonces también mamá y el Secretario Morgan se rieron.

Vivían en Ark pero a menudo iban en grandes naves a otros mundos. Uno tenía una cabina donde podía pasar la mano por paneles de colores y comer en cualquier momento todo cuanto se le antojase, o podía bajar al puente de observación y contemplar los vientos del vacío transmutados en visibles diseños de luz en lo alto del cielorraso de la burbuja, llamas de

colores entre las estrellas que pasaban a la deriva; y uno sabía que navegaba a una velocidad mucho mayor que todo lo demás.

A veces sus padres iban a Draco, a Tierra, a ciudades llamadas Nueva York y Pekín. Lorq se preguntaba cuándo lo llevarían a él.

Pero año tras año, en la última semana de salario, partían en una de las grandes naves hacia otro mundo que tampoco aparecía en el mapa. Se llamaba Nueva Brazillia y estaba en las Colonias Lejanas. Él también había vivido en Nueva Brazillia, en la isla de São Orini, pues sus padres tenían allí una casa cerca de la mina.

La primera vez que oyó los nombres de Prince y Ruby Red fue en la finca de São Orini. Estaba acostado en la oscuridad, y gritaba pidiendo luz.

Al fin llegó su madre, y apartó el mosquitero (no era necesario porque la casa tenía ondas ultrasónicas para ahuyentar los minúsculos bichitos rojos que de tanto en tanto lo picaban a uno afuera y lo hacían sentirse raro durante algunas horas, pero mamá quería estar tranquila). Lo alzó.

-Calla. Todo está bien. ¿No quieres dormirte? Mañana es la fiesta. Vendrán Prince y Ruby. ¿No quieres jugar con Prince y Ruby en la fiesta?

Lo paseó por el cuarto, deteniéndose para apretar el conmutador junto a la puerta. El cielorraso empezó a rotar hasta que el panel polarizado fue transparente. A través del follaje de las palmeras que lamían el tejado, dos lunas gemelas derramaban una luz naranja. Lo volvió a acostar, le acarició el áspero pelo rojo. Luego de un rato se dispuso a marcharse.

-¡No la apagues, mamá!

La mano de mamá se apartó de la llave. Le sonrió. Lorq se sintió seguro y se dio vuelta en la cama para mirar las lunas a través del ramaje.

Prince y Ruby Red venían de Tierra. Él sabía que los padres de mamá estaban en Tierra, en un país llamado Senegal. Los bisabuelos del padre también eran de Tierra, de Noruega. Ahora, desde hacía varias generaciones, los Von Ray, rubios y turbulentos, especulaban en las Pléyades. No sabía muy bien con qué especulaban, pero tenía que ser algo muy productivo. La familia era dueña de una mina de ilirión un poco más allá del cabo norte de São Orini. El padre bromeaba a veces con él diciéndole que lo nombraría pequeño capataz de la mina. Eso era probablemente lo que significaba «especulación». Y las lunas se alejaban a la deriva. Tenía sueño.

No recordaba que le hubiesen presentado al niño de ojos azules y cabello negro con el brazo derecho ortopédico, ni a la hermana larguirucha. Pero sí se acordaba de ellos tres -él, Prince y Ruby- jugando juntos en el jardín a la tarde siguiente.

Les enseñó el lugar detrás de los bambúes por donde se podía trepar hasta las bocas talladas en la piedra.

-¿Qué es eso? -preguntó Prince.

-Esos son los dragones -explicó Lorq.

-No hay dragones -dijo Ruby.

-Estos son dragones. Eso es lo que dice papá.

-¡Oh! -Prince se aferró con la mano ortopédica al labio inferior de la boca tallada y trepó-. ¿Para qué sirven?

-Para subir. Y después bajar. Papá dice que los talló la gente que vivió aquí antes que nosotros.

-¿Quiénes vivieron antes aquí? -preguntó Ruby-. ¿Y qué tenían que ver con dragones? Ayúdame a subir, Prince.

-Me parecen tontos.

Prince y Ruby estaban ahora de pie por encima de él, entre los colmillos de piedra. (Con el tiempo, Lorq llegaría a saber que «la gente que había vivido antes allí» era una raza extinguida en las Colonias Lejanas veinte mil años atrás; las tallas habían perdurado, y sobre esas ruinas Von Ray había erigido su mansión).

Lorq intentó saltar hasta la mandíbula, se prendió con los dedos al labio inferior y empezó a gatear.

-¿Me das la mano?

-Un momento -dijo Prince.

Luego, con lenta deliberación, puso el pie sobre los dedos de Lorq y se los aplastó. Lorq ahogó un grito y cayó de espaldas al suelo, apretándose la mano. Ruby aguantaba la risa.

-¡Eh! -La indignación le latía en el cuerpo, la confusión lo desbordaba. El dolor le palpitaba en los nudillos.

-Hiciste mal en burlarte de su mano -le dijo Ruby-. No le gusta.

-¿Mmm? -Por primera vez Lorq miró directamente la garra de metal y plástico-. ¡Yo no me burlé!

-Sí que te burlaste -dijo Prince con frialdad-. No me gusta que la gente se burle de mí.

-Pero yo... -La mente de siete años de Lorq trató de comprender esta irracionalidad. Volvió a ponerse de pie-. ¿Qué le pasa a tu mano?

Prince se puso de rodillas, extendió el brazo y lo sacudió apuntando a la cabeza de Lorq.

-¡Cuidado...!

Lorq dio un salto atrás. El brazo mecánico se había movido con tanta rapidez que el aire siseó.

-¡No hables más de mi mano! ¡No le pasa nada! ¡Absolutamente nada!

-Si dejas de reírte de él -comentó Ruby, mirando las estrías del paladar de piedra- será tu amigo.

-Bueno, de acuerdo -dijo Lorq con recelo.

Prince sonrió.

-Entonces ahora seremos amigos.

Tenía la tez muy pálida y dientes pequeñísimos.

-Está bien -dijo Lorq. Decidió que Prince no le gustaba.

-Si dices algo como «estrecha esos cinco» -dijo Ruby-, te dará una paliza. Y puede hacerlo, aunque seas más grande que él.

O que Ruby.

-Sube -lo invitó Prince.

Lorq trepó a la boca junto a los otros dos niños.

-¿Qué hacemos ahora? -Preguntó Ruby-. ¿Bajamos?

-Desde aquí pueden ver el jardín -dijo Lorq-. Y mirar la fiesta.

-¿A quién le interesa mirar una fiesta de viejos? -dijo Ruby.

-A mí -dijo Prince.

-Oh -dijo Ruby-. A ti. Bueno, entonces está bien.

Detrás de los bambúes, los invitados paseaban por el jardín. Reían levemente, comentaban el último psicorama, hablaban de política, bebían de copas esbeltas. El padre de Lorq, junto a la fuente, discutía con varias personas la proyectada soberanía para las Colonias Lejanas; a fin de cuentas poseía una casa aquí y no podía descuidar la situación. Era el año en que fuera asesinado el Secretario Morgan. Aunque habían apresado a

Underwood, circulaban varias teorías acerca de cuál era la facción responsable.

Una mujer de cabellos plateados coqueteaba con una pareja joven que había venido con el Embajador Selvin, que también era primo. Aarón Red, un caballero majestuoso, formal, había arrinconado a tres jovencitas y pontificaba sobre la degradación moral de los jóvenes. Mamá iba de un lado a otro entre los invitados, rozando el césped con el ruedo de su vestido rojo, seguida por el zumbante buffet. Se detenía aquí y allá para ofrecer bocadillos, bebidas, y alguna opinión sobre la reciente propuesta de reorganización política. Ahora, luego de un año de extraordinario éxito popular, la intelligentzia había aceptado el *Tohu-bohus* como música genuina; los ritmos discordantes rodaban por el parque. En el rincón, una escultura de luz ondulaba, parpadeaba, se encendía al ritmo de la música.

De pronto su padre soltó una carcajada estruendosa y todos se volvieron a mirarlo.

-¡Escuchad! ¡Oíd lo que Lusuna acaba de decirme!

Sujetaba por el hombro a un estudiante universitario que había venido con la pareja joven. Al parecer, las fanfarronadas de Von Ray habían inducido al joven a polemizar. Papá lo invitó con un gesto a repetir sus argumentos.

-Lo único que dije es que vivimos en una época en que los cambios económicos, políticos y tecnológicos han destruido todas las tradiciones culturales.

-Mi Dios -rió la mujer del cabello plateado-, ¿eso es todo?

-¡No, no! -Papá la hizo callar con un ademán-. Tenemos que escuchar lo que piensa la joven generación. Continúe, señor.

-No hay un patrimonio de solidaridad nacional, mundial, ni siquiera en Tierra, el centro de Draco, y no puede haberlo. La última media docena de generaciones ha sido testigo de muchas migraciones de pueblos, de un mundo a otro. Esta sociedad seudointerplanetaria que ha reemplazado a las tradiciones auténticas, aunque muy atractiva, es totalmente hueca y enmascara una increíble maraña de decadencia, intrigas, corrupción...

-Por favor, Lusuna -dijo la joven esposa-, la erudición se te escapa por todos los poros. -A instancias de la mujer de cabellos plateados, acababa de servirse otra copa.

-...y piratería.

(Con esta última palabra, y, por la expresión de las caras de los invitados, hasta los tres niños agazapados en las fauces del saurio tallado comprendieron que Lusuna había ido demasiado lejos).

Mamá se acercó a través del parque; el vaivén de la larga túnica roja desnudaba las uñas doradas. Sonriendo, le tendió ambas manos a Lusuna.

-Venga, continuaremos esta vivisección social durante la cena. Tenemos un *mango-bongúu* totalmente corrompido acompañado de *loso ye mbiji a meza* nada tradicional y *mpati a nsengo* peligrosamente decadente. -Su madre siempre preparaba para las reuniones los antiguos platos senegaleses-. Y si el horno coopera, remataremos con un *tiba yoka flambé* horrorosamente seudointerplanetario.

El estudiante miró alrededor, comprendió que lo que se esperaba de él era una sonrisa, e hizo algo mejor: soltó una carcajada. Del brazo del estudiante, mamá encabezó la marcha al comedor.

-¿No me comentó alguien que había obtenido usted una beca para la Universidad de Draco en Centauri? Usted ha de ser muy inteligente. Por el acento, deduzco que es oriundo de Tierra. ¿Senegal? ¡Bueno! Yo también. ¿De qué ciudad...?

Y papá, tranquilizado, se echó atrás el pelo color roble y siguió a todo el mundo hasta el pabellón-comedor cerrado por celosías.

Sobre la lengua de piedra, Ruby le decía a su hermano:

-No me parece bien que hagas eso.

-¿Por qué no? -dijo Prince.

Lorq se volvió a mirar a los hermanos. Con la mano ortopédica, Prince había recogido una piedra de la boca del dragón. Del otro lado del parque estaba el jaulón de las cacatúas blancas que mamá había traído de Tierra en el último viaje.

Prince tomó puntería. El metal y el plástico se borronearon.

Doce metros más allá, los pájaros chillaron y se alborotaron en la jaula. Cuando uno cayó al suelo, Lorq alcanzó a ver, a esa distancia, sangre en las plumas.

-¡Justo al que le apunté! -Prince sonrió.

-Eh -dijo Lorq-. A mamá no le va a... -Volvió a mirar el apéndice mecánico sujeto al hombro de Prince por encima del muñón-. Oye, tiras mejor con...

-Cuidado con lo que dices. -Las cejas negras de Prince ensombrecieron las esquirlas de vidrio azul-. Te dije que no te rieras de mi mano ¿no? -La mano retrocedió, y Lorq oyó los motores (ronroneo, clic, ronroneo) en la muñeca y el codo.

-Él no tiene la culpa de haber nacido así -dijo Ruby-. Y es mala educación hacer comentarios sobre los huéspedes. De todas maneras, Aarón dice que aquí todos son bárbaros ¿no es cierto, Prince?

-Claro que sí. -Prince bajó la mano.

Una voz llegó al jardín por el altoparlante.

-¿Niños, dónde estáis? Entrad y venid a cenar. Deprisa.

Los tres descendieron de un salto y cruzaron por entre los bambúes.

Lorq se fue a la cama todavía excitado por la fiesta. Se acostó bajo las sombras dobles que proyectaban las palmeras sobre el techo del cuarto, transparente desde la víspera.

Un susurro:

-¡Lorq!

Y:

-¡Shhh! No tan alto, Prince.

Más quedo:

-¿Lorq?

Apartó el mosquitero y se sentó en la cama. Incrustados en el piso de plástico, resplandecían los tigres, los elefantes y los monos.

-¿Qué quieres?

-Los oímos salir por el portón. -Prince, en pantalón corto, estaba de pie en el umbral de la puerta-. ¿Adónde fueron?

-Nosotros también queremos ir -dijo Ruby pegada al codo de su hermano.

-¿Adónde fueron? -volvió a preguntar Prince.

-Al pueblo. -Lorq se levantó y caminó descalzo por entre el rutilante zoológico de juguete-. Mamá y papá siempre llevan a sus amigos a la aldea cuando vienen a pasar las vacaciones.

-¿Qué hacen?

Prince se recostó contra el marco de la puerta.

-Van... bueno, van al pueblo. -Donde había habido ignorancia, rebosaba ahora la curiosidad.

-Le hicimos la zancadilla a la niñera -dijo Ruby.

-No vale gran cosa la que tienen; fue fácil. Aquí todo es tan anticuado. Aarón dice que sólo los bárbaros de las Pléyades pueden pensar que vivir en estas lejanías es maravilloso. ¿Nos llevarás a ver adónde fueron?

-Bueno, yo...

-Nosotros queremos ir -dijo Ruby.

-¿Tú no quieres ver?

-Está bien. -Había tenido la intención de negarse-. Tengo que ponerme las sandalias. -La curiosidad infantil por saber qué hacían los adultos cuando los niños no estaban cerca echaba ya los cimientos sobre los que se levantaría el yo del adolescente, y más tarde el del adulto.

El jardín cuchicheaba alrededor del portón. Durante el día la cerradura respondía siempre a la palma de la mano de Lorq, pero le sorprendió que también ahora se abriera.

El camino se internaba en la noche húmeda. Más allá de las rocas y del otro lado del agua una luna baja transformaba la península en una lengua de marfil que lamía el mar. Y a través de los árboles, las luces de la aldea se apagaban y encendían como en la consola de una computadora. Rocas, de un blanco tiza bajo la alta luna más pequeña, bordeaban el camino. Un cacto elevaba al cielo unas palmas erizadas de espinas.

Al llegar a la primera cafetería de la aldea, Lorq le dijo «hola» a un minero sentado a una de las mesas de la acera.

-Senhorinho. -El minero lo saludó a su vez con una inclinación de cabeza.

-¿Sabes dónde están mis padres? -preguntó Lorq.

-Pasaron por aquí. -El minero se encogió de hombros-. Las señoras con los bonitos vestidos, los hombres con jubones y camisas oscuras. Pasaron por aquí, hace media hora, una hora.

-¿En qué idioma está hablando? -inquirió Prince.

Ruby ahogó una carcajada.

-¿Tú entiendes *eso*?

Otro descubrimiento había sorprendido a Lorq: él y sus padres le hablaban a la gente de São Orini con palabras completamente distintas de las que usaban para conversar entre ellos y con los huéspedes. En la nebulosa de la primera infancia, Lorq había aprendido el canturreado y escurridizo dialecto de los portugueses bajo las luces parpadeantes de un hipnoinstructor.

-¿Adónde fueron? -volvió a preguntar.

El minero se llamaba Tavo; el año anterior, cuando se cerró la mina, había sido enchufado durante un mes a una de las destartaladas jardineras que trazaron el parque de los fondos de la finca. Entre los adultos torpes y los niños vivaces se crean vínculos particularmente tolerantes. Tavo era

Librodot

sucio y estúpido; Lorq lo aceptaba tal cual era. Pero su madre había puesto fin a esa relación cuando, el año anterior, Lorq volvió de la aldea y le contó que había visto cómo Tavo mataba a un hombre que había negado la capacidad del minero para la bebida.

-Vamos, Tavo. Dime adónde fueron.

Tavo se encogió de hombros. En lo alto de la puerta de la cafetería los insectos se estrellaban contra las letras luminosas.

Guirnaldas de papel crepé, rezagos del Festival de la Soberanía, revoloteaban en los postes que sostenían la marquesina. Era el aniversario de la Soberanía de las Pléyades, pero los mineros la celebraban aquí, en los Confines, tanto por la esperanza de conquistar la propia, como por mamá y papá.

-¿Sabe adónde fueron? -preguntó Prince.

Tavo estaba bebiendo leche agria de un tazón rajado, junto con el ron. Se palmeó la rodilla, y Lorq, mirando de soslayo a Prince y Ruby, se sentó en ella.

Los hermanos se miraron desconcertados.

-Sentaos también vosotros -dijo Lorq-. En las sillas.

Se sentaron.

Tavo le ofreció a Lorq su leche agria. Lorq bebió la mitad, luego se la pasó a Prince.

-¿Quieres un poco?

Prince se llevó el tazón a la boca, y le sintió el olor.

-¿Tú bebes esto? -Hizo una mueca de asco y dejó bruscamente el tazón sobre la mesa.

Lorq tomó el vaso de ron.

-¿Preferirías...?

Pero Tavo le sacó el vaso de la mano.

-Esto no es para ti, Senhorinho.

-Tavo, ¿dónde están mis padres?

-Más lejos, en el bosque, en lo de Alonza.

-Llévanos, Tavo.

-¿A quiénes?

-Queremos ir a verlos.

Tavo reflexionó.

-No podremos ir a menos que tú tengas dinero. -Revolvió el pelo de Lorq-. A ver, Senhorinho, ¿tienes dinero?

Lorq sacó del bolsillo unas monedas.

-No alcanza.

-Prince, ¿tú o Ruby tienen dinero?

Prince tenía dos libras en el pantalón.

-Dáselas a Tavo.

-¿Por qué?

-Así nos llevará a ver a nuestros padres.

Tavo extendió el brazo por encima de la mesa y tomó el dinero de Prince, y enarcó las cejas.

-¿Me dará todo esto?

-Si nos llevas -le dijo Lorq.

Tavo le hizo cosquillas en el pecho. Ambos se rieron. Tavo dobló uno de los billetes y se lo metió en el bolsillo. Luego pidió otro ron y leche agria.

-La leche es para ti. ¿Querrán un poco tus amigos?

-Vamos, Tavo. Dijiste que nos llevarías.

-Cállate -dijo el minero-. Estoy pensando si es conveniente que vayamos allí. Tú sabes que tengo que trabajar mañana a la mañana. -Se palmeó el enchufe de una de las muñecas.

Lorq le echó sal y pimienta a la leche y bebió un sorbo.

-Yo quiero probarla -dijo Ruby.

-Tiene un olor espantoso -dijo Prince-. No tendrías que beberla. ¿Nos va a llevar?

Tavo llamó con un ademán al dueño de la cafetería.

-¿Mucha gente esta noche en lo de Alanza?

-Es viernes ¿no? -dijo el dueño.

-El chico quiere que lo lleve allí -dijo Tavo-, a la velada.

-¿Vas a llevar al chico de los Von Ray a lo de Alonza?

La marca purpúrea de nacimiento se arrugó en la cara del dueño.

-Sus padres están allí. -Tavo alzó los hombros-. El chico quiere que los lleve. Me pidió que los lleve ¿entiendes? Y será más divertido que estarse aquí sentado matando niguas. -Se agachó, entrelazó los cordones de las sandalias que había dejado a un lado, y se las colgó alrededor del cuello-. Vamos, Senhorinho. Diles al manco y a la niña que se porten bien.

Ante la alusión al brazo de Prince, Lorq tuvo un sobresalto.

-Vayamos ahora mismo.

Pero Prince y Ruby no comprendieron.

-Vamos -explicó Lorq-. A lo de Alonza.

-¿Qué es lo de Alonza?

-¿Es como los lugares adónde Aarón lleva siempre a esas mujeres bonitas en Pekín?

-Aquí no hay nada que pueda parecerse a lo de Pekín -dijo Prince-. Tonta. Ni siquiera tienen nada que se parezca a París.

Tavo estiró el brazo y tomó la mano de Lorq.

-No te alejes de mí. Dile a tus amigos que tampoco ellos se alejen.

La mano de Tavo era toda sudor y callos. Por encima de sus cabezas cloqueaba y siseaba la selva.

-¿Adónde vamos? -preguntó Prince.

-A ver a papá y a mamá. -La voz de Lorq sonó insegura-. A lo de Alonza.

Tavo rumió la palabra y asintió. Señaló a través del follaje, moteado por la luz de dos lunas.

-¿Queda lejos, Tavo?

Tavo se limitó a palmearle el cuello, volvió a tomarlo de la mano, y siguió andando.

En lo alto de la colina, un claro: bajo una tienda se filtraba luz.

Un grupo de hombres bromeaba y bebía con una mujer gorda que había salido a tomar aire. Tenía la cara y los hombros mojados. Los pechos relucían antes de hundirse bajo el vestido de flores anaranjadas. Jugueteaba distraídamente con su trenza.

-No se muevan de aquí -cuchicheó Tavo. Empujó a los niños hacia atrás.

-Eh, por qué...

-Tenemos que quedarnos aquí -le tradujo Lorq a Prince que se adelantaba detrás del minero.

Prince miró alrededor, luego retrocedió y se quedó junto a Lorq y Ruby.

Uniéndose a los hombres, Tavo detuvo la botella envuelta en rafia que volaba de mano en mano.

-Eh, Alonza ¿están los Senhores Von Ray...? -Señaló la tienda con el pulgar.

-A veces caen por aquí. A veces traen a sus huéspedes -dijo Alonza-. A veces quieren ver...

-Ahora -dijo Tavo-. ¿Están aquí ahora?

La mujer tomó la botella y asintió. Tavo dio media vuelta y con un movimiento de cabeza llamó a los niños.

Lorq, seguido por los cautelosos hermanos, se acercó a Tavo. Los hombres continuaron hablando con voces farfullantes que subrayaban los gritos y risas que llegaban desde la tienda. La noche era calurosa. La botella dio tres vueltas más. Lorq y Ruby participaron de la ronda. Y en la última vuelta, Prince puso cara de repugnancia, pero también bebió.

Por fin, Tavo empujó a Lorq por el hombro.

-Adentro.

Tavo tuvo que agacharse para entrar. Lorq era el más alto de los niños y rozó la lona con la cabeza.

Del poste central colgaba una linterna: un resplandor crudo en el techo, una luz cruda en el pabellón de una oreja, en las aletas de las narices, en las arrugas de unas caras ajadas. Una cabeza se echó hacia atrás entre la multitud estallando en risotadas e interjecciones. Una boca mojada centelleó al separarse del cuello de una botella. Cabellos sueltos, sudorosos. Por encima del ruido, alguien tañía una campana. Lorq sintió que las palmas de las manos le hormigueaban de excitación.

La gente empezó a agacharse. Tavo se acuclilló. Prince y Ruby lo imitaron. Y también Lorq, pero aferrado al cuello de la camisa de Tavo, empapado en sudor.

En el foso, un hombre de botas altas taconeaba de un lado a otro, pidiendo a la multitud que se sentara.

Del otro lado, detrás de la barandilla, Lorq reconoció de pronto a la mujer de cabellos plateados. Estaba apoyada en el hombro del estudiante senegalés, Lusuna. El flequillo se le pegaba a la frente como cuchillos retorcidos y entrecruzados. El estudiante se había abierto la camisa. El jubón había desaparecido.

En el foso, el hombre volvió a tironear de la cuerda de la campana. Una pelusa le había caído en el brazo reluciente, y allí seguía adherida a pesar de las sacudidas y ademanes con que azuzaba a la multitud; ahora golpeaba insistentemente la empalizada de latón con el puño cetrino, reclamando silencio.

El público metía dinero entre las tablillas de la baranda. Los apostadores se apiñaban en el entarimado. Al recorrer con la mirada la baranda que rodeaba la pista, Lorq descubrió un poco más allá a la pareja de jóvenes. Él estaba inclinado hacia delante y trataba de hacerle ver algo a su compañera.

El maestro de ceremonias -calzado con botas negras hasta las rodillas- pisoteaba con fuerza la mezcla de escamas y plumas.

Cuando consiguió que el público callara en parte, fue hacia el extremo más cercano del foso, que Lorq no alcanzaba a ver, se agachó...

La puerta de una jaula se cerró con estrépito. Aullando, el maestro de ceremonias dio un salto mortal sobre la empalizada y se aferró al poste

central. Los espectadores gritaron y se removieron en los asientos. Los que estaban en cuclillas empezaron a ponerse de pie. Lorq intentó adelantarse a los empellones.

En el otro lado del foso el padre de Lorq se incorporaba, la cara perlada de sudor contraída bajo el cabello rubio; Von Ray agitó violentamente el puño apuntando a la arena. Mamá, la mano en el cuello, se apretaba contra él. El Embajador Selvin trataba de abrirse paso entre dos mineros que vociferaban junto a la barandilla.

-¡Allí está Aarón! -exclamó Ruby.

-¡No! -replicó Prince.

Pero ahora había tanta gente de pie que Lorq ya no podía ver nada. Tavo se puso de pie y gritó que la gente se sentase, hasta que alguien le pasó una botella.

Lorq se corrió a la izquierda para tratar de ver; luego a la derecha cuando le bloquearon la izquierda. Una excitación inexplicable le martillaba el pecho.

El maestro de ceremonias estaba encaramado en la barandilla por encima de la multitud. Al saltar, había golpeado la linterna con el hombro, haciendo bailotear sombras sobre la lona. Apoyándose en el poste, frunció el entrecejo a la luz oscilante, se frotó los brazos musculosos. Entonces reparó en la pelusa. Con sumo cuidado se la sacó, y luego empezó a explorarse el pecho velludo, los hombros.

El griterío estalló en el borde del foso, cesó un instante, se convirtió en rugido. Alguien agitaba un jubón en el aire.

El maestro de ceremonias, al no encontrar nada, volvió a recostarse contra el poste.

Excitado, fascinado, y al mismo tiempo un poco enfermo a causa del ron y el hedor, Lorq le gritó a Prince:

-¡Ven, subamos un poco, así veremos mejor!

-No me parece bien -dijo Ruby.

-¿Por qué no? -Prince dio un paso adelante. Pero parecía asustado.

Lorq, impetuosamente, tomó la delantera.

De pronto alguien le aferró el brazo y lo hizo girar en redondo.

-¿Qué haces aquí? -Von Ray, sorprendido y furioso, hablaba entre jadeos-. ¡Quién te dijo que podías traer aquí a los niños!

Lorq miró en torno buscando a Tavo. Tavo no estaba allí.

Aarón Red apareció detrás de su padre.

-Te *dije* que teníamos que haber dejado a alguien con ellos. Vuestras niñeras son tan anticuadas. ¡Cualquier niño avispado hace con ellas lo que quiere!

Von Ray se volvió bruscamente.

-Oh, los niños están perfectamente bien. ¡Pero Lorq sabe que no puede salir solo de noche!

-Yo los llevaré a casa -dijo mamá, acercándose-. No te preocupes, Aarón. Están bien. Lo siento mucho, de veras. -Se volvió a los niños-. ¿Cómo se les ocurrió la locura de venir aquí?

Los mineros se habían reunido alrededor.

Ruby se echó a llorar.

-Por Dios, ¿qué pasa ahora? -Mamá parecía preocupada.

-No le pasa nada -dijo Aarón Red-. Piensa en lo que le va a pasar cuando la lleve a casa. Saben muy bien que hicieron mal.

Ruby, que no había pensado para nada en lo que iba a sucederle, empezó a llorar en serio.

-¿Por qué no hablamos de esto mañana por la mañana?

Mamá lanzó una mirada desesperada a Von Ray. Pero papá estaba demasiado trastornado por el llanto de Ruby y enfadado por la presencia de Lorq para poder responderle.

-Sí, llévalos a casa, Dana. -Levantó la mirada y vio a los mineros que observaban la escena-. Llévalos a casa ahora. Ven, Aarón, tú no tienes por qué preocuparte.

-A ver -dijo mamá-. Ruby, Prince, dadme las manos. Vamos, Lorq, vamos...

Mamá ofreció las manos a los niños.

Entonces Prince alargó el brazo ortopédico, y dio un tirón...

Mamá gritó, se tambaleó hacia delante, y le golpeó la muñeca con la mano libre. Los dedos de metal y plástico apretaban como tenazas.

-¡Prince! -Aarón se abalanzó sobre él, pero el niño lo esquivó, se escabulló, y escapó zigzagueando.

Mamá cayó de rodillas sobre el piso sucio, jadeando, sollozando débilmente. Papá la tomó con suavidad por los hombros.

-¡Dana! ¿Qué te hizo? ¿Qué pasó?

Mamá sacudió la cabeza.

Prince se topó con Tavo.

-¡Deténgalo! -gritó papá en portugués.

Y Aarón rugió.

-¡Prince!

Al oír la voz de Aarón, el niño abandonó toda resistencia; se desplomó sin fuerzas en los brazos de Tavo, la cara demudada.

Mamá, ya otra vez de pie, hacía muecas apoyada en el hombro de papá.

-...y uno de mis pájaros blancos... -le oyó decir Lorq.

-¡Prince, ven aquí! -le ordenó Aarón.

Prince regresó, con movimientos convulsivos y eléctricos.

-Bien -dijo Aarón-. Ahora vuelves a la casa con Dana. Ella lamenta haber mencionado tu mano. No quiso herir tus sentimientos.

Mamá y papá miraron a Aarón, estupefactos. Aarón Red se volvió a ellos: un hombre de baja estatura. La única cosa roja que Lorq veía en él eran las comisuras de los ojos.

-Se dan cuenta... -Aarón parecía cansado y preocupado- ...nunca le menciono esa deformidad. Nunca... No quiero que se sienta inferior. No permito que nadie lo señale como diferente. Nunca hablen de eso en presencia de él, entienden. Nunca.

Papá empezó a decir algo. Pero el primero que se había sentido preocupado aquella noche había sido él.

Mamá miró alternativamente a uno y otro hombre; luego le miró la mano. La tenía encerrada en la otra y se la masajeaba con suavidad.

-Niños -dijo-. Venid conmigo.

-Dana, estás segura...

Mamá lo interrumpió con la mirada.

-Venid conmigo, niños -repitió.

Salieron de la tienda.

Afuera estaba Tavo.

-Voy con usted, Senhora. Volveré a la casa con usted, si así lo quiere.

-Sí, Tavo -dijo mamá-. Gracias.

Se sostuvo la mano contra la cintura del vestido.

-Ese niño de la mano de hierro. -Tavo meneó la cabeza-. Y la niña, y ese hijo de usted. Yo los traje aquí, Senhora. Pero ellos me lo pidieron, sabe. Me dijeron que los trajera aquí.

-Comprendo -dijo mamá.

Esta vez no fueron por la selva, sino que tomaron la carretera más ancha, más allá de la plataforma de los acuaturbos, que transportaban a los trabajadores a las minas submarinas. Las altas estructuras se mecían en el agua, proyectando sombras dobles sobre el oleaje.

Al llegar al portón del parque, Lorq, repentinamente, sintió náuseas.

-Sosténgale la cabeza, Tavo -le indicó mamá-. Ves, esta excitación no es buena para ti, Lorq. Y otra vez estuviste bebiendo de esa leche. ¿Te sientes mejor?

Lorq no había mencionado el ron. El olor de la tienda, así como el olor que envolvía el cuerpo de Tavo, le guardaron el secreto. Prince y Ruby lo observaban en silencio, intercambiando miradas. Arriba, mamá puso de nuevo en funcionamiento a la niñera, y dejó a Prince y Ruby seguros en su habitación. Por último, fue al cuarto de Lorq.

-¿Todavía te duele la mano, mamá? -preguntó él desde la almohada.

-Me duele. No tengo nada roto, aunque no sé por qué. En cuanto me vaya de aquí llamaré a la unidad médica.

-¡Ellos quisieron ir! -estalló Lorq-. Dijeron que querían ver dónde habíais ido todos vosotros.

Mamá se sentó y le frotó la espalda con la mano sana.

-¿Y tú mismo no querías ver, siquiera un poco?

-Sí -dijo Lorq luego de un momento.

-Eso pensé. ¿Cómo te sientes del estómago? Por mucho que digan, sigo creyendo que la leche agria no puede hacerte ningún bien.

Lorq todavía no había mencionado el ron.

-Ahora duérmete.

Fue hacia la puerta.

La recordaba tocando el interruptor.

Recordaba una luna ensombreciéndose del otro lado del techo giratorio.

Lorq siempre asociaba a Prince Red con la aparición y la desaparición de la luz.

Estaba desnudo, sentado junto a la piscina de la terraza, estudiando para el examen de petrología, cuando las hojas purpúreas de la entrada de piedra se sacudieron. La lucerna canturreó con el huracán que soplaba afuera; las torres de Ark, que rotaban con el viento, aparecían deformadas bajo la escarcha centelleante.

-¡Papá! -Lorq apagó el lector y se puso de pie-. Oye, tercero en matemáticas superiores. ¡Tercero!

Von Ray, envuelto en una parka orlada de piel, se abrió paso entre las hojas.

-Y supongo que esto es lo que llamas estudiar. ¿No sería más fácil en la biblioteca? ¿Cómo te puedes concentrar aquí con todas estas distracciones?

-Petrología -dijo Lorq, levantando el grabador de apuntes-. En realidad no necesito estudiar para eso. Ya tengo menciones en esta materia.

Hasta los últimos años, Lorq no había aprendido a tomar con serenidad las exigencias perfeccionistas de sus padres. Luego de ese aprendizaje, había descubierto que ahora esas exigencias eran sólo rituales y aparentes, y servían para establecer una buena comunicación si las dejaba pasar sin poner objeciones.

-Oh -dijo su padre-. Es cierto. -De pronto sonrió. La escarcha del cabello se le transformó en agua cuando se desató la parka-. Por lo menos has estado estudiando en lugar de arrastrarte por las entrañas del *Calibán.*

-Eso me recuerda, papá. Lo inscribí para la Regata de New Ark. ¿Irán mamá y tú a ver la llegada?

-Si podemos. Tú sabes que mamá no se siente muy bien desde hace un tiempo. Este último viaje ha sido un poco penoso para ella. Y tú la preocupas con tus carreras.

-¿Por qué? No interfieren en mis estudios.

Von Ray se encogió de hombros.

-Ella piensa que son peligrosas. -Dejó la parka sobre la roca-. Leímos lo de tu premio en Trantor el mes pasado. Felicitaciones. Puede que se preocupe por ti, pero estaba orgullosa como un pavo real cuando les pudo decir a esas mujeres estiradas del club que tú eras hijo de ella.

-Me habría gustado que estuvieseis allí.

-Queríamos ir. Pero no había manera de interrumpir el viaje todo un mes. Ven, tengo algo que mostrarte.

Lorq siguió a su padre contorneando el arroyo que caracoleaba desde la piscina. Von Ray rodeó con el brazo los hombros de su hijo cuando pisaron el primer peldaño de la escalera junto a la cascada que descendía hasta la casa. Bajo el peso de los dos, la escalera mecánica se puso en movimiento.

-Hicimos escala en Tierra, en ese viaje. Pasamos un día con Aarón Red. Creo que lo conociste hace mucho tiempo. *Transportes Red Limitada*.

-Allá en Nueva Brazillia -dijo Lorq-. En la mina.

-¿Tienes recuerdos de hace tanto tiempo? -Los peldaños, transformados en una cinta, los llevaron a través del invernadero. Por entre el follaje saltaron las cacatúas, chocaron contra la pared transparente donde la nieve se acumulaba por fuera en los paneles inferiores, y se posaron en las casias, sembrando de pétalos la arena-. Prince estaba con él. Un muchacho de tu edad, quizá un poco mayor.

Lorq había oído comentarios vagos acerca de Prince a lo largo de los años, como todo niño que oye comentar las actividades de los hijos de los amigos de los padres. Algún tiempo atrás, Prince había cambiado cuatro veces de escuela en un corto lapso, y el rumor se había filtrado hasta las Pléyades: sólo la fortuna de *Transportes Red Limitada* había impedido que esos traslados fuesen abiertamente calificados de expulsión.

-Lo recuerdo -dijo Lorq-. Tenía un solo brazo.

-Ahora usa un guante negro hasta el hombro con un brazalete enjoyado en la parte superior. Es un joven fuera de lo común. Dijo que te recordaba. En aquel entonces vosotros dos hicisteis no sé qué barrabasada. Él por lo menos, parece haberse serenado un poco.

Lorq se desprendió del brazo de su padre y pisó las alfombras blancas que tapizaban el jardín de invierno.

-¿Qué quieres mostrarme?

Papá se encaminó a una de las columnas visoras. Era una columna transparente de un metro veinte de espesor que sostenía el techo con un

capitel de cristal tallado.

-Dana, ¿quieres mostrarle a Lorq lo que has traído para él?

-Un momento. -La silueta de la madre se formó en la columna. Estaba sentada en la silla-cisne. Tomó un paño verde de la mesa que tenía al lado y lo abrió sobre el brocado acolchado de la falda.

-¡Son hermosas! -exclamó Lorq-. ¿Dónde encontraste cuarzo heptadino?

Las piedras, básicamente silíceo, se habían formado bajo presiones geológicas, y en cada cristal, casi del tamaño del puño de un niño, la luz fluía por las desmenuzadas líneas azules encerradas en las formas poliédricas.

-Las recogí cuando nos detuvimos en Cygnus. Nos alojábamos en las cercanías del Desierto Explosivo de Krall. Desde las ventanas del hotel, lo veíamos relampaguear más allá de los muros de la ciudad. Era tan espectacular como dicen. Una tarde, cuando tu padre estaba en una conferencia, hice la excursión. Cuando las vi, pensé en tu colección y las compré para ti.

-Gracias. -Lorq le sonrió a la figura de la columna.

Ni él ni su padre habían visto a su madre en persona desde hacia cuatro años. Víctima de una enfermedad mental y física degenerativa que a menudo la incomunicaba por completo, se había recluido con todo un equipo de medicamentos, computadoras de diagnóstico, cosméticos, máquinas gravotérmicas y máquinas lectoras. Ella -o más a menudo uno de los androides, programado de acuerdo con las pautas generales de respuesta de ella misma- aparecía en las columnas visoras y presentaba una réplica de aspecto y personalidad normales. Del mismo modo, merced a los androides y el comunicador telerama, «acompañaba» a Von Ray en los viajes de negocios, mientras ella seguía confinada físicamente en las alcobas misteriosas y aisladas donde a nadie se le permitía entrar excepto al psicotécnico que una vez por mes la visitaba en secreto.

-Son hermosas -repitió Lorq, acercándose un paso más.

-Esta noche las dejaré en tu cuarto. -La imagen tomó una piedra con los dedos morenos y la hizo girar-. También a mí me parecen fascinantes. Casi hipnóticas.

-Ven. -Von Ray se volvió a otra de las columnas-. Quiero mostrarte algo más. Al parecer Aarón había oído hablar de tu interés por las regatas, y estaba enterado de tus éxitos. -Algo se estaba formando en la segunda columna-. Dos de sus ingenieros acaban de inventar un acoplador iónico. Nos dijeron que era demasiado sensible y que no tenía uso práctico comercial. Pero Aarón dijo que el nivel de respuesta era excelente para naves pequeñas de regata. Le propuse comprárselo para ti. No quiso ni oír hablar, te lo envía de regalo.

-¿De veras? -Lorq sintió que la excitación saltaba por encima de la sorpresa-. ¿Dónde está?

En la columna, en el ángulo de una plataforma de carga, apareció un cajón de embalaje. La empalizada del Amarradero de Nea Limani se perdía a la distancia entre las torres de orientación.

-¿Allá, en el campo? -Lorq se sentó en la hamaca verde que colgaba del cielo raso-. ¡Maravilloso! Le echaré un vistazo cuando vaya allí esta noche. Todavía tengo que conseguir la tripulación para la regata.

-¿Eliges a tus tripulantes entre la gente que vagabundea por el espacio-puerto? -Mamá meneó la cabeza-. Eso siempre me preocupa.

-Mamá, la gente aficionada a las carreras, los muchachos que se interesan en naves de regatas, los que saben navegar, vagabundean cerca de los astilleros. De todos modos, conozco a la mitad de los habitantes de Nea Limani.

-Así y todo me gustaría que eligieras tus tripulantes entre tus compañeros de clase, o gente así.

-¿Qué de malo tiene la gente que así habla? -Esbozó una sonrisa.

-No dije absolutamente nada contra ellos. Lo único que quise decir fue que emplearas a gente que conoces.

-Después de la regata -intervino el padre-, ¿qué piensas hacer con el resto de tus vacaciones?

Lorq se encogió de hombros.

-¿Quieres que vuelva a trabajar como capataz en la mina de São Orini, como el año pasado?

Las cejas de su padre se separaron, luego se enmarañaron por encima de los surcos que le coronaban la nariz.

-Después de lo que ocurrió con la hija de ese minero... -Las cejas se desenmarañaron-. ¿*Quieres* volver a ir?

Lorq se encogió de hombros una vez más.

-¿Has pensado en algo que te gustaría hacer? -Esto lo dijo la madre.

-Ya Ashton Clark me mandará algo. En este momento tengo que ir a elegir a mis tripulantes. -Se levantó de la hamaca-. Mamá, gracias por las piedras. Hablaremos de las vacaciones cuando las clases hayan terminado realmente.

Se encaminó al puente que se arqueaba sobre el agua.

-¿No volverás demasiado...?

-Antes de medianoche.

-Lorq. Otra cosa.

Se detuvo en la cresta del puente, recostado contra el pasamanos de aluminio.

-Prince da una fiesta. Te mandó una invitación. Es en Tierra, París, en la Isla St. Louis. Pero es sólo tres días después de la Regata. No llegarás a tiempo...

-*Calibán* puede llegar a Tierra en tres días.

-¡No, Lorq! No harás esa larga travesía a Tierra en esa minúscula...

-Nunca fui a París. La última vez que estuve en Tierra fue cuando tú me llevaste, a los quince años, y fuimos a Pekín. Será fácil llegar a Draco. -Mientras se alejaba, les gritó-: Si no consigo reunir mi tripulación, ni siquiera volveré a clase la semana próxima.

Desapareció del otro lado del puente.

La tripulación consistía en dos hombres que se ofrecieron para ayudarle a desembalar el acoplador iónico. Ninguno de los dos era de la Federación de las Pléyades.

Brian, un muchacho de la edad de Lorq, que había interrumpido por un año sus estudios en la Universidad de Draco y había volado a las Colonias Lejanas, estaba trabajando ahora para pagar el viaje de regreso; había desempeñado tanto funciones de Capitán como de acople en yates de carrera, pero sólo en el club de regatas cooperativo patrocinado por la universidad. Fundada en un interés común por las naves de carrera, la

relación que se entabló entre ellos era de mutuo deslumbramiento. Lorq sentía una admiración muda por el modo en que Brian había volado hasta el otro confín de la Galaxia y se las ingeniaba para seguir viajando sin dinero y sin itinerario deliberado; en tanto Brian había encontrado por fin, en Lorq, uno de esos magnates míticos, dueño de una nave, y cuyo nombre fuera para él, hasta entonces, una mera abstracción en los carretes de cintas deportivas: Lorq Von Ray, uno de los más jóvenes y más espectaculares de la nueva carnada de Capitanes de Regatas.

Dan, que completaba la tripulación de la pequeña nave de tres palas, era un hombre cuarentón, nacido en Australia, Tierra. Lo habían conocido en el bar donde llegó a contarles una interminable serie de historias de los tiempos en que trabajaba como acople comercial en los grandes cargueros, así como también acerca de los Capitanes de las naves de carreras que alguna vez había tripulado, aunque nunca capitaneado. Dan andaba descalzo y una cuerda le sujetaba los andrajosos pantalones que le llegaban a las rodillas: un ejemplar más que típico de los acoples que rondaban por las climatizadas callejas de Nea Limani. Las altas cúpulas paravientos rechazaban las ráfagas huracanadas que soplaban desde Tong y a través de la centelleante Ark. Corría el mes de iumbra, en que sólo había tres horas de luz diurna en el día de veintinueve horas. Los mecánicos, oficiales y acoples hablaban de regatas y cosas del día en los bares y los baños saunas, en las oficinas de enrolamiento y en los diques secos.

Reacción de Brian a la propuesta de seguir viaje a Tierra luego de la regata:

-Magnífico. ¿Por qué no? De todos modos tengo que volver a Draco a tiempo para los cursos de verano.

La de Dan:

-¿París? Eso queda terriblemente cerca de Australia ¿no? Tengo un chico y dos esposas en Melbourne, y no tengo muchas ganas de que me echen el guante. Supongo que si no nos quedamos demasiado tiempo...

Cuando la Regata dejó atrás, como una ráfaga, el satélite de observación en órbita alrededor de Ark, cruzó al borde interno de la constelación hacia la Oscura Hermana Muerta, y regresó una vez más a Ark, se anunció que el *Calibán* se había clasificado segundo.

-Muy bien. Partamos. ¡A la fiesta de Prince!

-Ten cuidado ahora... -La voz de su madre llegó a través del parlante.

-Dale nuestros recuerdos a Aarón. Y una vez más, felicitaciones, hijo -dijo papá-. Si estropeas esa mariposa de lata en este viaje estúpido, no esperes que te compre una nueva.

-Hasta pronto, papá.

El *Calibán* se elevó entre las naves apiñadas en la estación visora donde los espectadores se habían reunido a presenciar el final de la Regata. Ventanales de quince metros relampaguearon debajo a la luz de las estrellas. (Detrás de uno de esos ventanales el padre y un androide de la madre estaban de pie junto a la barandilla, mirando la nave que se alejaba). Un momento después el *Calibán* giraba cruzando la Federación de las Pléyades, hacia el Sol.

Al día siguiente perdieron seis horas en el remolino de una nébula. (-Con una nave de verdad en vez de este juguete -se quejó Dan por el

intercomunicador-, en un soplo saldríamos de este embrollo. -Lorq aumentó la frecuencia del radar en el acoplador iónico-. Punto dos-cinco abajo, Brian. Luego arranca a toda velocidad... ¡ya!)*;* pero recuperaron el tiempo y algo más aprovechando la Marea de Reflujo.

Otro día, y Sol fue una luz rutilante, creciente en la furia del cosmos.

De la forma del número ocho de un escudo micenio, el Campo De Blau se empinaba kilómetros y kilómetros por debajo de las palas enormes. De aquí partían los cargueros de cabotaje hacia el gran astropuerto de la segunda luna de Neptuno. Los paquebotes de quinientos metros de eslora relucían del otro lado de las plataformas. Descendiendo como una cometa triple, el *Calibán* se dirigió a la parte más profunda del amarradero para yates. Lorq se levantó de la cucheta en el momento en que los captaban los rayos de orientación.

-Muy bien, marionetas, a cortar las cuerdas.

Un momento después del aterrizaje, desconectó las ronroneantes entrañas de *Calibán.* Las luces de orientación se extinguieron alrededor.

Brian entró en la cabina de control saltando en un pie, mientras se ataba la sandalia izquierda. Dan, la barba crecida, el jubón desprendido, llegó desde la cámara de proyección, bamboleándose como un marinero.

-Parece que llegamos, Capitán. -Se inclinó para sacarse la mugre de entre los dedos de los pies-. ¿Qué fiesta es esa a la que ustedes, chicos, piensan ir?

Cuando Lorq tocó el botón de desembarco, el piso se inclinó y la planchada de listones se deslizó hacia atrás hasta que el borde inferior golpeó el suelo.

-No sé muy bien -le dijo Lorq-. Me imagino que lo sabremos cuando lleguemos allí.

-*Ohhh,* no -masculló Dan cuando llegaban a la orilla-. Yo no la voy con esas cosas de alta sociedad. -Empezaron a alejarse de la sombra del casco-. A mí, búsquenme un bar y recójanme a la vuelta.

-Si ninguno quiere venir -dijo Lorq, recorriendo el campo con la mirada- nos detendremos a comer algo, y podrían esperar aquí.

-Yo... bueno, tenía ganas de ir. -Brian parecía decepcionado-. Nunca estaré más cerca de poder asistir a una fiesta de Prince Red.

Lorq miró a Brian. El fornido muchacho de pelo castaño y ojos color café se había cambiado el jubón de fajina con puños de cuero por uno impecable con flores iridiscentes. Lorq sólo ahora empezaba a reconocer hasta qué punto deslumbraba a este joven, que había recorrido el universo a dedo, la riqueza, visible e implícita, que aureolaba a un Capitán de diecinueve años, dueño de su propio yate, y que podía ir sin más ni más a una fiesta en París.

A Lorq ni se le había ocurrido cambiarse de ropa para la ocasión.

-Entonces ven conmigo -dijo Lorq-. De regreso, recogeremos a Dan.

-Eso sí, no se emborrachen tanto que no puedan llevarme *a mí* de vuelta a bordo.

Lorq y Dan se rieron.

Brian miraba fascinado los otros yates amarrados en el embarcadero.

-¡Mira esto! ¿Navegaste alguna vez en un *Zephyr* de tres alerones? -Tocó el brazo de Lorq, y le señaló, un poco más lejos, un esbelto casco dorado-. Te

apuesto a que uno de éstos gira de veras.

-La aceleración es lenta en las frecuencias bajas. -Lorq se volvió a Dan-. Asegúrate de estar de regreso a bordo mañana a la hora de zarpar. No voy a andar dando vueltas de un lado a otro tratando de encontrarte.

-¿Estando yo tan cerca de Australia? No se preocupe, Capitán. De paso ¿no se enojará si me da por llevar una dama a bordo? -Le sonrió, y luego le hizo una guiñada.

-Oye -dijo Brian-, ¿qué tal esos *Boris-27*? Nuestro club de estudiantes estuvo tratando de hacer un trueque con otro club que tenía un *Boris* de diez años. Pero querían dinero encima.

-Siempre que no se lleve de la nave nada que no haya traído -le dijo Lorq a Dan. Una vez más se volvió a Brian-: Nunca estuve a bordo de un *Boris* de más de tres años. Un amigo mío tenía uno, hace un par de años. Funcionaba bastante bien, pero no estaba a la altura del *Calibán.*

Transpusieron el portón del campo de aterrizaje, bajaron los escalones que llevaban a la calle, y cruzaron la sombra de las columnas de la serpiente enroscada.

París seguía siendo una ciudad más o menos horizontal. Las únicas estructuras que se elevaban hasta cierto punto por encima del horizonte eran la Torre Eiffel a la izquierda y la estructura en caracol de Les Halles: siete plantas de mercados encerrados en paneles transparentes, taraceados con volutas metálicas; era el centro de alimentos y productos para los veintitrés millones de habitantes de la ciudad.

Tomaron por la Rué de Les Astronauts dejando atrás las marquesinas de los restaurantes y los hoteles. Dan metió la mano bajo la cuerda que le rodeaba la cintura para rascarse el estómago; luego se apartó las mechas largas de la frente.

-¿Dónde se emborracha uno aquí si no es más que un acople-ciborg? -Señaló de pronto una calle más estrecha-. ¡Allí!

En la curva de la calle en forma de L, se veía un pequeño café-bar con una rajadura que le atravesaba el escaparate: *Le Sideral*. La puerta se cerraba en ese momento detrás de dos mujeres.

-Fantástico -farfulló Dan, y al trote se alejó de Lorq y Brian.

-Algunas veces envidio a la gente como él -le dijo Brian a Lorq, en voz baja.

Lorq pareció sorprendido.

-¿De veras no te importa? -prosiguió Brian-. Quiero decir ¿que lleve una mujer a bordo?

Lorq se encogió de hombros.

-Yo también lo haría.

-Oh. Tú eres afortunado con las chicas, sin duda, sobre todo, teniendo un yate de carrera.

-Supongo que ayuda.

Brian se mordisqueó la uña del pulgar y asintió.

-Sería muy bueno. A veces pienso que las chicas se han olvidado de que existo. Probablemente sería igual, con yate o sin él. -Se rió-. ¿Alguna vez... llevaste una chica a tu barco?

Durante un momento Lorq permaneció callado. Luego dijo:

-Tengo tres hijos.

Ahora era Brian el sorprendido.

-Un niño y dos niñas. Las madres son mineras en un pequeño mundo

de las Colonias Lejanas: Nueva Brazillia.

-Ah, quieres decir que tú...

Lorq ahuecó la mano izquierda sobre el hombro derecho, la derecha sobre el izquierdo.

-Llevamos un género de vida muy diferente tú y yo, me parece -dijo Brian lentamente.

-Eso es lo que estaba pensando. -Entonces Lorq sonrió.

Una sonrisa forzada reapareció en los labios de Brian.

-¡Deténganse, ustedes! -a espaldas de ellos-. ¡Esperen!

Se dieron vuelta.

-¿Lorq? ¿Lorq Von Ray?

El guante negro que su padre le había descrito, ahora era plateado. El brazalete, en lo alto del bíceps, tenía incrustaciones de diamantes.

-¿Prince?

Jubón, pantalón, botas, todo plateado.

-¡Casi te me escapas! -El rostro marfileño se animó bajo los cabellos renegridos-. Pedí al campo que me avisaran tan pronto como te dieran vía libre en Neptuno. Yate de carrera ¿eh? Te llevó tu tiempo, es claro. Oh, antes que me olvide. Aarón me dijo que si llegabas a venir, te pidiese que le dieras sus recuerdos a tu tía Cyana. El mes pasado estuvo con nosotros un fin de semana en la playa del Mundo de Chobe.

-Gracias. Se los daré si la veo -dijo Lorq-. Si estuvo con vosotros el mes pasado, la habéis visto más recientemente que yo. Ya no va a Ark con mucha frecuencia.

-Cyana... -empezó a decir Brian- ...Morgan? -concluyó, asombrado.

Pero ya Prince seguía diciendo:

-Mira -dejó caer ambas manos sobre los hombros del jubón de cuero de Lorq (Lorq trató de notar una diferencia entre la presión de los dedos enguantados y los dedos desnudos)-, tengo que ir a Monte Kenyuna y regresar antes de la fiesta. Tengo todos los medios de transporte disponibles ocupados en traer a la gente de distintos rincones de las galaxias. Aarón no quiere cooperar. No quiere tener nada que ver con la fiesta; dice que se me está escapando de las manos. Me temo que para conseguir lo que me hacía falta he estado utilizando su nombre en ciertos lugares que él no aprobaría. Pero se ha marchado a no sé dónde en Vega. ¿Me quieres acercar hasta el Himalaya?

-Bueno. -Lorq iba a sugerir que Prince se acoplara junto con Brian. Pero quizá Prince, con ese brazo, no estuviese en condiciones de enchufarse correctamente-. ¡Hey, Dan! -gritó calle abajo-. Todavía estás de servicio.

El australiano acababa de abrir la puerta. Ahora dio media vuelta, meneó la cabeza, y regresó.

-¿A qué vamos? -preguntó Lorq cuando se acercaban al campo.

-Te lo diré en el camino.

Cuando trasponían el portón (y la columna de Draco con la Serpiente enroscada brillaba a la luz del atardecer), Brian aventuró unas palabras.

-Llevas un traje magnífico -le dijo a Prince.

-Habrá mucha gente en la Île. Quiero que todo el mundo pueda ver dónde estoy.

-¿Ese guante es una moda de aquí, de Tierra?

A Lorq se le hizo un nudo en el estómago. Lanzó rápidas miradas de soslayo a uno y otro joven.

-Ese tipo de cosas -prosiguió Brian- nunca llegan a Centauri hasta un mes después, cuando todo el mundo dejó de usarlas en Tierra. De todos modos, hace diez meses que falto de Draco.

Prince se miró el brazo, dio vuelta la mano. La luz crepuscular lavaba el cielo. De pronto en lo alto de la empalizada se encendieron los reflectores: la luz mostró los pliegues del guante de Prince.

-Mi estilo personal. -Miró a Brian-. No tengo brazo derecho. Éste -cerró un puño de dedos plateados- es puro metal y plástico y mecanismos chirriantes. -Rió ásperamente-. Pero a mí me sirve... casi tan bien como uno de verdad.

-Oh -la turbación temblequeó en la voz de Brian-. Yo no sabía.

Prince se echó a reír.

-A veces yo mismo casi me olvido. A veces. ¿Por dónde está tu nave?

-Allí.

Mientras señalaba, Lorq tuvo clara conciencia de los doce años pasados entre el primer encuentro con Prince y el presente.

-.¿Todo listo?

-Usted es quien paga, Capitán -llegó, áspera, la voz de Dan-. Dé la orden y partimos.

-Listo, Capitán -dijo Brian.

-Abran las palas inferiores...

Prince se sentó detrás de Lorq, y le apoyó una mano en el hombro (la mano natural).

-Todo el mundo y sus hermanos vienen esta noche. Tú acabas de llegar, pero hace una semana que está cayendo gente. Invité a un centenar de personas. Habrá por lo menos trescientas. ¡Crece, crece!

Cuando penetraron en el campo de inercia, De Blau quedó atrás, y el sol, que ya se había puesto, se elevó en el oeste y envolvió al mundo en un creciente de fuego. El borde azul ardía.

-De algún modo Che-ong se apareció con un puñado de salvajes perfectos de algún lugar de los confines de Draco...

Llegó por el parlante la voz de Brian:

-¿Che-ong, la estrella del psicorama?

-El estudio le dio una semana de vacaciones, así que decidió venir a mi fiesta. Anteayer se le metió en la cabeza la idea de salir a escalar montañas, y voló a Nepal.

El sol pasó por encima de ellos. Para viajar entre dos puntos de un planeta, sólo se necesita ascender, y luego aterrizar en el sitio apropiado. En una nave impulsada por pantallas, había que ascender, circunnavegar la Tierra tres o cuatro veces, y descender con suavidad. Se tardaba los mismos siete u ocho minutos en ir de un lado a otro de la ciudad que en volar al extremo del mundo.

-Che me avisó por radio esta tarde que estaban a tres cuartas partes del camino a la cumbre del Kenyuna. Hay una tormenta de nieve más abajo, así que no pueden llegar al puesto de salvamento de Katmandú para pedir un helicóptero que vaya a recogerlos. Naturalmente, la tormenta no le impide recorrer una tercera parte del mundo para contarme sus problemas. Como quiera que sea, le prometí inventar algo.

-¿Cómo demonios se supone que los vamos a rescatar de la montaña?

-*Tú* vuelas a unos seis metros de la cara de la roca y planeas. Entonces *yo* desciendo y los subo.

-¡Seis metros!

Debajo, el mundo borroso se deslizaba lentamente.

-¿Quieres llegar con vida a tu fiesta?

-¿Recibiste el acoplador iónico que te mandó Aarón?

-Lo estoy usando ahora.

-Se supone que es bastante sensible para ese tipo de maniobras. Y tú eres uno de los ases de las regatas. ¿Sí o no?

-Lo intentaré -dijo Lorq con cautela-. A loco, loco y medio. -Se echó a reír-. ¡Lo intentaremos, Prince!

Retículos de nieve y roca se deslizaban por debajo. Lorq ordenó las coordenadas lorán de la montaña que le había dado Prince. Prince pasó el brazo por encima del de Lorq y sintonizó la radio...

Una voz de mujer rodó por la cabina:

-...¡Oh, allí! Miren ¿les parece que son ellos? ¡Prince! Prince, querido, ¿has venido a rescatarnos? Aquí estamos sosteniéndonos con las manitas congeladas y sintiéndonos muy infelices. ¿Prince...?

Se oía música por detrás de la voz, y la cháchara de otras voces.

-Ten un poco de paciencia, Che -dijo Prince en el micrófono-. Te dije que algo haríamos. -Se volvió a Lorq-. ¡Allí! Tendrían que estar justo allí abajo.

Lorq bajó el filtro de frecuencia hasta que *Calibán* empezó a deslizarse suavemente por la distorsión gravitatoria de la montaña. Los picos se elevaron cincelados y espejeantes.

-¡Oh, miren, todos! ¿No les dije que Prince no dejaría que languideciéramos aquí y perdiéramos la fiesta?

Y en el trasfondo:

-Oh, Cecil. No puedo dar este paso...

-Pon la música un poco más fuerte...

-Pero es que no me *gustan* las anchoas...

-¡Prince -gritó Che-, a ver si te das prisa! Ha empezado a nevar otra vez. Bien sabes que esto no habría ocurrido nunca, Cecil, si no te hubieses empeñado en hacer juegos de salón con los clavos de montaña.

-¡Vamos, amor, bailemos!

-¡Te dije que no! ¡Estamos demasiado cerca del borde!

A los pies de Lorq, en la pantalla del piso, que transmitía con luz natural, el hielo, el pedregullo y los peñascos brillaban a la luz de la luna a medida que el *Calibán* descendía.

-¿Cuántos son? -preguntó Lorq-. Esta nave no es tan grande.

-Tendrán que apretujarse.

Sobre la cornisa de hielo que pasaba velozmente por la pantalla, se veía a algunos sentados en un poncho verde, con botellas de vino, quesos, y cestas de vituallas. Algunos bailaban. Unos pocos estaban sentados en sillas de lona alrededor del grupo. Uno había trepado a una cornisa un poco más arriba y se protegía los ojos, observando la nave.

-Che -dijo Prince-, aquí estamos. Empaquen todo. No podemos esperarlos el día entero.

-¡Cielo santo! Eres tú, realmente. ¡Vamos, pronto, todo el mundo en marcha! ¡Sí, es Prince!

Hubo una explosión de actividad en la cornisa. Los jóvenes corrían de un lado a otro, recogiendo las cosas, guardándolas en las mochilas; dos de ellos doblaban el poncho.

-¡Edgar! ¡*No* tires eso! Es del cuarenta y ocho y ya no encuentras botellas pasablemente añejas en ninguna parte. Sí, Hillary, *puedes* cambiar la música. ¡Ato! ¡No apagues el calefactor *todavía*! ¡Oh, Cecil, *eres* un tonto! ¡Brrrr!... Bueno, supongo que pronto estaremos en marcha. Claro que bailaré contigo, encanto. Sólo que no tan cerca del borde. Espera un segundo. ¿Prince? ¡Prince...!

-¡Che! -llamó Prince mientras Lorq se ponía cada vez más cerca-. ¿Tienen algo de cuerda ahí? -Cubrió el micrófono con la mano-. ¿La viste en *«Las Hijas de Mayham»,* donde hacía el papel de una chiflada de dieciséis años, hija de un botánico?

Lorq asintió.

-No estaba actuando. -Volvió a sacar la mano del micrófono-. ¡Che! ¡Cuerda! ¿Tienen un poco de cuerda?

-¡Mucha! Edgar, ¿dónde está la cuerda? ¡Pero con *algo* escalamos hasta aquí! ¡Ahí está! Y ahora ¿qué debo hacer?

-Átale grandes nudos cada medio metro. ¿A cuántos metros por encima de vosotros estamos?

-¿Doce metros? ¿Diez metros? ¡Edgar! ¡Cecil! ¡José! Ya lo oyeron. ¡Haced nudos!

En la pantalla del piso, Lorq vio cómo la sombra del yate se deslizaba sobre los témpanos; dejó que la nave descendiera todavía más.

-Lorq, abre la escotilla de la sala de máquinas cuando lleguemos a...

-Estamos a cinco metros de la cornisa -anunció Lorq por encima del hombro-. ¡Listo, Prince! -Extendió el brazo-. Y está abierta.

-¡Magnífico!

Prince entró, encorvándose, en la sala de máquinas. Una ráfaga fría azotó la espalda de Lorq. Dan y Brian mantenían la nave firme contra el viento.

En la pantalla del piso, Lorq vio que uno de los jóvenes arrojaba la cuerda hacia la nave. Prince estaría de pie en la escotilla abierta listo para atraparla con el guante plateado. Tuvo que lanzarla tres veces. Luego la voz de Prince dominó el rugido del viento:

-¡Bien! ¡La até! ¡Subid!

Uno tras otro treparon por la cuerda anudada.

-Ya está. Cuidado...

-¡Caramba, qué frío hace allá afuera! Ni bien se sale del campo climatizado...

-Te alcancé. Entra...

-No creí que lo lográsemos. Oye, ¿quieres un poco de *Chateauneuf du Pape* cuarenta y ocho? Che dice que no se puede conseguir...

Las voces llenaron la sala de máquinas. Luego:

-¡Prince! ¡Qué divino es que me hayas rescatado! ¿Va a haber música turca del siglo XIX en tu fiesta? No pudimos sintonizar ninguna emisora local, pero oímos ese programa educativo que irradian desde Nueva Zelandia. ¡Genial! Edgar inventó un paso nuevo. Te pones de manos y rodillas en el suelo y te sacudes arriba y abajo. ¡José, no vuelvas a caerte en esta montaña estúpida! Ven aquí ahora mismo y te presentaré a Prince Red. Es el que da la fiesta, y su padre tiene muchísimos más millones que el tuyo. Ahora cierra la escotilla y salgamos de la sala de máquinas. Todos estos aparatos y cosas raras. No son para mí.

-Ven adentro, Che, e importuna un poco al Capitán. ¿Conoces a Lorq

Librodot

Von Ray?

-Dios mío, ¿el muchacho que gana todas las carreras? Si hasta tiene más dinero que tú...

-¡Chisss! -dijo Prince con un susurro teatral mientras entraban en la cabina-. No quiero que *él* lo sepa.

Lorq separó la nave de la montaña, luego se volvió.

-¡Tú *tienes que* ser el que ganó todos esos premios: eres tan buen mozo!

Che-ong vestía un conjunto para el frío completamente transparente.

-¿Los ganaste con esta nave?

Echó una mirada alrededor de la cabina, todavía jadeante después de subir por la cuerda. Los pezones pintados de rojo se aplastaban contra el vinilo en cada inspiración.

-¡Qué hermosura! Hacía días que no subía a un yate.

Y el grupo entró detrás de ella como una avalancha.

-¿Alguien quiere un poco de este cuarenta y ocho...?

-No puedo sintonizar ninguna música aquí. ¿Por qué no hay música?...

-Cecil ¿te queda todavía algo de ese polvillo de oro?

-Estamos por encima de la ionosfera, estúpida, y las ondas electromagnéticas ya no se refractan. Además, estamos avanzando demasiado...

Che-ong se volvió a todos.

-Oh, Cecil, ¿adónde fue a parar ese maravilloso polvo de oro? Prince, Lorq, ustedes tienen que probarlo. Cecil es el hijo de un alcalde...

-Gobernador...

-...en uno de esos mundos minúsculos de los que siempre hemos oído hablar, muy muy lejos. Él tenía de ese polvo de oro que recogen allí en las grietas de las rocas. ¡Oh, miren, todavía tiene montones y montones!

Abajo, el mundo empezó a rotar.

-Mira, Prince, lo inhalas, así. ¡Ahhhh! Te hace ver los colores más maravillosos en todo lo que miras y oír los sonidos más increíbles en todo lo que escuchas, y tu mente se extiende y llena los espacios entre las palabras con frases enteras. Toma, Lorq...

-¡Ojo! -rió Prince-. ¡Nos tiene que llevar de vuelta a París!

-Oh -exclamó Che-, no le hará nada. Llegaremos apenas un poco más rápido, nada más.

Detrás de ellos, los otros decían:

-¿Dónde dijo que era esa maldita fiesta?

-Île St. Louis. Eso queda en París.

-¿Dónde...?

-París, nene, París. Vamos a una fiesta en...A mediados del siglo IV el Emperador bizantino Juliano, cansado del ajetreo social de la Cité de París (cuyos habitantes, en aquel entonces, menos de mil, vivían casi todos en cabañas de pieles, apiñadas alrededor de un templo de piedra y madera consagrado a la Gran Madre), cruzó el río para instalarse en la isla más pequeña.

En la primera mitad del siglo XX, la reina de una industria cosmética multinacional, para escapar de la pompa de la *Rive Droite* y de los excesos bohemios de la *Gauche*, estableció aquí su *pied à terre* de París, un edificio cuyas paredes estaban tapizadas con una fortuna en obras de arte (mientras que al otro lado del río, una catedral de torres gemelas había reemplazado el templo de madera).

En las postrimerías del siglo XXXI, la avenida central resplandeciente de luces, los callejones laterales colmados de música, circos de animales, bebida, y tenderetes de juegos de azar, mientras los fuegos de artificio resonaban en la noche, la Île St. Louis celebraba la fiesta de Prince Red.

-¡Por aquí! ¡Crucen por aquí!

Atravesaron en tropel el puente montado sobre pilares. El Sena negro chisporroteaba. Del otro lado del agua, el follaje caía en racimos sobre las balaustradas de piedra. Las esculturas de los contrafuertes de *Notre Dame*, ahora inundadas de luz, se alzaban detrás de los árboles del jardín de la *Cité*.

-¡Nadie puede entrar sin máscara en mi isla! -gritó Prince.

Cuando llegaron al centro del puente, se encaramó de un salto en la balaustrada, se abrazó a una de las vigas, y saludó con la mano plateada a la multitud.

-¡Están en una fiesta! ¡Están en la fiesta de Prince! ¡Y todo el mundo tiene que ponerse una máscara!

Esferas de fuegos de artificio, azules y rojos, florecieron en la oscuridad detrás de la cara angulosa.

-¡Genial! -chilló Che-ong, corriendo hasta la balaustrada-. Pero si me pongo máscara, ¡nadie podrá reconocerme, Prince! ¡El estudio me dio permiso para venir sólo si había publicidad!

Prince saltó, le aferró la mano enguantada en vinilo, y la llevó escaleras abajo. Allí, alineadas en perchas, centenares de máscaras les hacían muecas.

-¡Pero para ti tengo una especial, Che!

Bajó una transparente cabeza de rata de sesenta centímetros, orejas orladas de piel blanca, cejas de lentejuelas, gemas temblando en los extremos de cada bigote de alambre.

-¡Genial! -chilló Che mientras Prince le aseguraba la careta sobre los hombros.

Por detrás de la mueca transparente, el rostro delicado de ojos verdes se retorcía de risa.

-¡Aquí tienes, una para ti! -Una cabeza de pantera con dientes como sables bajó para Cecil; un águila para Edgar, con plumas iridiscentes; el pelo oscuro de José desapareció bajo la cabeza de un lagarto.

Un león para Dan (que había venido a regañadientes porque todos habían insistido, aunque lo olvidaron no bien aceptó con aire belicoso), y un grifo para Brian (a quien hasta entonces todos habían ignorado, pese a que los había seguido de cerca).

-¡Y para ti! -Prince se volvió a Lorq-. ¡También para ti tengo una especial! -Con una carcajada, bajó una cabeza de pirata, con parche en el ojo, pañuelo floreado, cicatriz en la mejilla, y daga entre los dientes. Entró con facilidad por la cabeza de Lorq; podía espiar por los orificios disimulados en el cuello. Prince le palmeó el hombro-. ¡Un pirata, justo para Von Ray! -gritó mientras Lorq empezaba a cruzar la calle empedrada.

Nuevas risas a medida que otros iban llegando al puente.

Desde los balcones, muchachas con peinados altos y empolvados, estilo pre-Ashton Clark del siglo XXIII, arrojaban confeti a la multitud. Un hombre subía por la calle con un oso. Lorq pensó que era alguien disfrazado hasta que la piel le rozó el hombro y olió el almizcle. El animal se alejó y las zarpas chasquearon en la calle. Lorq se unió a la multitud.

Lorq era todo oídos.

Lorq era todos ojos.

El éxtasis pulía hasta la tersura del cristal la superficie receptiva de cada uno de los sentidos. De pronto, la percepción se replegó (como podrían replegarse las palas de una nave) mientras caminaba por la calle empedrada, bajo el bombardeo de papel picado. Sentía la presencia de su propio ser. El mundo se le centró en el ahora de las manos y la lengua. Las voces que lo rodeaban le acariciaban la conciencia, que despertaba del todo.

-¡Champagne! ¿No es genial? -La rata de plástico transparente había arrinconado al grifo del jubón floreado junto a la mesa de los vinos-. ¿No te diviertes? ¡A mí me encanta!

-Claro que sí -respondió Brian-. Pero nunca estuve en una fiesta como esta. Lorq, Prince, tú... sois la clase de gente que yo sólo conocía de oídas. Es difícil convencerse de que existen de verdad.

-Entre nosotros: de vez en cuando yo tengo el mismo problema. Es bueno que estés tú aquí para recordarlo. Ahora no dejes de repetirnos...

Lorq se unió a otro grupo.

-...en el crucero de Port Said a Estambul, iba ese pescador de las Pléyades que tocaba las cosas más maravillosas en una siringa sensoria...

-...y entonces tuvimos que hacer dedo todo el camino hasta Irán, pues el mono no funcionaba. La verdad, creo que Tierra se está viniendo abajo...

-...Preciosa fiesta. Absolutamente genial...

Los muy jóvenes, pensó Lorq; los muy ricos; y se preguntó qué límites de diferencias correspondían a esas condiciones.

Descalzo, con un cinturón de cuerda, el león se apoyaba en el marco de una puerta, observando.

-¿Qué tal le está yendo, Capitán?

Lorq saludó a Dan levantando una mano, y se alejó.

Especioso, cristalino, el ahora estaba en él. La música le invadía la máscara y el sonido de la respiración le acunaba la cabeza. Sobre una plataforma, un hombre tocaba en un clavicordio una pavana de Byrd. Voces en otra clave se alzaron sobre el sonido cuando siguió avanzando; en una plataforma del otro lado de la calle, dos muchachos y dos chicas vestidos a la moda del siglo XX recreaban una fluida antifonía de los *«Mammas and the Pappas».* Al tomar por una calle lateral, Lorq se mezcló con una multitud que lo empujó hacia delante, hasta que se encontró frente a la imponente consola de instrumentos electrónicos que estaban reproduciendo los silencios discordantes, texturados del *Tohu-Bohus.* Respondiendo con la nostalgia producida por aquella música popular de hacía diez años, los invitados, con cabezotas de papel maché y plástico, se separaban en grupos de dos, tres, cinco y siete para bailar. Una cabeza de cisne osciló a la derecha. A la izquierda, una cara de rana se bamboleaba sobre hombros bordados de lentejuelas. Se adelantó y le entraron en el oído las modulaciones en tercera menor que oyera en el parlante del *Calibán,* cuando planeaba sobre el Himalaya.

Aparecieron a la carrera entre los bailarines.

-¡La consiguió! ¡Este Prince es maravilloso! -Gritaban y hacían cabriolas-. ¡Consiguió esa vieja música turca!

Caderas y pechos y hombros resplandecían bajo el vinilo (el material tenía poros que se abrían cuando hacía calor, para que el vestido transparente fuera fresco como la seda). Che-ong giraba en redondo,

agarrándose las orejas peludas.

-¡Al suelo todo el mundo! ¡Todos en cuatro patas! ¡Les vamos a enseñar nuestro nuevo paso! Así: meneen sólo los...

Bajo la noche restallante Lorq se volvió, un poco cansado, un poco excitado. Cruzó la calle que bordeaba la isla y se apoyó en la piedra cercana a uno de los reflectores que brillaban sobre los edificios de la Île. A través del agua, en el muelle opuesto, la gente paseaba, en parejas o a solas, contemplando los fuegos de artificio o simplemente observando la algarabía en las orillas.

Detrás, una muchacha lanzó una aguda carcajada. Lorq se dio vuelta...

...cabeza de ave de paraíso, plumas azules rodeando los ojos de papel de estaño rojo, pico rojo, rizada cresta roja...

...en el momento en que ella se apartaba del grupo para mecerse contra el muro bajo. La brisa le agitó los gajos del vestido, tironeando de los alfileres de bronce trabajado que se lo sujetaban al hombro, la muñeca y el muslo. Apoyó la cadera en la piedra, un pie calzado con sandalia tocando el suelo, el otro pocos centímetros más arriba. Con brazos largos (las uñas eran carmesíes) se quitó la máscara. En el momento en que la ponía sobre el muro, la brisa le sacudió la cabellera negra, se la volcó sobre los hombros, la levantó. Bajo el puente, una lluvia de arena parecía caer en la retícula del agua.

Lorq desvió los ojos. Volvió a mirar. Arrugó el ceño.

Hay dos bellezas (el rostro de ella despertó en él el pensamiento, articulado y completo): en la primera, las facciones y las formas del cuerpo responden a un canon que no ofende a nadie; era la belleza de las modelos y las actrices populares; era la belleza de Che-ong. La segunda era esta: los ojos eran discos estriados de jade azul; los pómulos angulosos coronaban las blancas oquedades de la cara ancha; la barbilla era ancha; la boca, fina, roja, y más ancha. La nariz descendía recta desde la frente para luego ensancharse en las aletas, aspiraba con avidez el viento (y al observarla, Lorq despertó al olor del río, a la noche parisina, al viento de la ciudad); esos rasgos eran demasiado austeros y violentos en la cara de una mujer tan joven. Pero la autoridad que de ellos emanaba lo obligarían a mirarla de nuevo, lo supo, ni bien apartó los ojos; lo obligarían a recordarla, cuando ella se hubiese marchado. Era un rostro con esa fascinación que enferma de celos a las mujeres meramente hermosas.

Lo miró:

-¿Lorq Von Ray?

La arruga del entrecejo se ahondó bajo la máscara.

Ella se inclinó hacia delante, sobre el pavimento que bordeaba el río.

-Están todos tan lejos. -Señaló con un movimiento de cabeza a la gente apiñada en el muelle-. Están tanto más lejos de lo que nosotros creemos o ellos creen. ¿Qué podrían hacer en nuestra fiesta?

Lorq se quitó la máscara y puso al pirata junto al pájaro crestado. Ella se volvió a mirarlo.

-De modo que eres así. Eres apuesto.

-¿Cómo me conocías?

Pensando que quizá no la había visto en la multitud del puente, Lorq esperó que ella mencionase las fotos que de vez en cuando aparecían en toda la Galaxia cuando ganaba una carrera.

-Tu máscara. Por ella te reconocí.

Librodot

-¿De veras? -Sonrió-. No comprendo.

Las cejas de ella se arquearon. Hubo unos segundos de risa, demasiado suave, y demasiado pronto ahogada.

-Tú. ¿Quién eres tú? -preguntó Lorq.

-Soy Ruby Red.

Todavía era delgada. En algún lugar una niñita se había asomado por encima de él desde las fauces de una bestia...

Ahora Lorq reía.

-¿Qué tenía mi máscara que me delató?

-Prince ha estado regodeándose con la idea de que te la pondrías, aun desde que mandó la invitación por medio de tu padre y existió una mínima posibilidad de que vinieras. Dime una cosa ¿es por cortesía que toleras esa jugarreta maligna?

-Todo el mundo lleva una máscara. Me pareció una idea ingeniosa.

-Ya veo. -La voz de ella flotó un instante por encima del tono impersonal-. Mi hermano me dice que nos conocimos hace mucho tiempo. -Volvió al tono anterior-. Yo... no te habría reconocido. Pero me acuerdo de ti.

-Yo me acuerdo de ti.

-Prince también. Él tenía siete años. Eso quiere decir que yo tenía cinco.

-¿Qué has estado haciendo estos últimos doce años?

-Envejeciendo con gracia, mientras tú eras el *enfant terrible* en las regatas de las Pléyades, jactándote de las mal habidas riquezas de tus padres.

-¡Mira! -Lorq le señaló a la gente que los observaba desde la orilla opuesta. Algunos pensaron al parecer que el saludaba con la mano y le respondieron. Ruby se rió y también saludó.

-¿Se darán cuenta de lo especiales que somos? Esta noche me siento muy especial. -Alzó el rostro cerrando los ojos. Unos fuegos azules de artificio le tiñeron los párpados.

-Esa gente está demasiado lejos para ver lo hermosa que eres.

Ella se volvió a mirarlo.

-Es verdad. Eres...

-Somos...

-...muy hermosos.

-¿No te parece peligroso decirle una cosa así a tu anfitriona, Capitán Von Ray?

-¿No te parece peligroso haberle dicho eso a tu invitado?

-Somos únicos, joven Capitán. Si lo deseamos, hasta podemos flirtear con el peli...

Alrededor de ellos se extinguieron los faroles.

Desde la calle lateral llegó un clamor; las guirnaldas de lamparillas multicolores también se habían apagado. En el momento en que Lorq dio la espalda al malecón, Ruby lo tomó por el hombro.

A lo largo de la isla, las luces y las ventanas parpadearon dos veces. Alguien gritó. Entonces la luz volvió, y con ella las risas.

-¡*Mi* hermano! -Ruby meneó la cabeza...- Todos le decían que tendría problemas, pero él insistió en tender cables eléctricos por la isla. Pensaba que la luz eléctrica iba a ser más romántica que los infalibles tubos de fluorescencia inducida que había aquí ayer, y que de acuerdo con las ordenanzas municipales tendrán que estar otra vez aquí mañana. Lo

hubieras visto a la pesca de un generador. Es una preciosa pieza de museo de seiscientos años que ocupa todo un cuarto. Me temo que Prince es un romántico incurable...

Lorq puso su mano sobre la de ella.

Ella lo miró. Retiró la mano.

-Tengo que irme ahora. Prometí ayudarlo. -La sonrisa no era nada feliz. La expresión acerada se grabó en los sentidos afinados de Lorq-. No uses más la máscara de Prince. -Levantó de la balaustrada el ave del paraíso-. Que haya querido insultarte no justifica que exhibas ese insulto delante de todos.

Lorq miró la cabeza de pirata, confundido.

Ojos de papel de estaño lo observaron centelleantes, desde las plumas azules.

-Además -ahora la voz de ella sonaba ahogada- eres demasiado hermoso para esconderte detrás de algo tan ruin y horrible.

Y ya cruzaba la calle, ya desaparecía en el atestado callejón.

Lorq paseó la mirada por la orilla, y no quiso quedarse allí.

Cruzó tras ella, se perdió en la misma multitud, y no se dio cuenta de que la estaba siguiendo hasta que llegó a la mitad de la calle.

Era hermosa.

No era una proyección del éxtasis.

No era la excitación de la fiesta.

Era su rostro y la forma en que ella cambiaba y se transformaba con las palabras.

Era el vacío que quedaba en él, tan evidente ahora, pues momentos antes, en un diálogo breve y trivial, había estado colmado del rostro y la voz de ella.

-...La dificultad de todo esto es que nos falta un sólido fundamento cultural. -(Lorq miró hacia un costado donde el grifo peroraba para un grupo de serios armadillos, simios y nutrias)-. Ha habido tantas migraciones de mundo a mundo que ya no existe un arte verdadero, sólo un seudoarte interplane...

En el suelo, a la entrada, había una cabeza de león y una de rana. Otra vez en la oscuridad, Dan, la espalda sudorosa por el baile, se restregaba con la joven de los hombros recamados de lentejuelas.

Y en la calle, Ruby subió un tramo de escalones detrás de una puerta de hierro labrado.

-¡Ruby!

Corrió hacia delante...

-Eh, cuidado...

-Atención. Dónde cree que...

-No tanto apuro...

...dio vuelta por el pasamanos, y subió a la carrera.

-¡Ruby Red! -y a través de una puerta-: ¿Ruby...?

Unos tapices anchos entre espejos angostos quitaban a la voz todos los ecos. La puerta junto a la mesa de mármol estaba entornada. Lorq cruzó el vestíbulo, la abrió.

Ruby se volvió en un remolino de luz.

Bajo el piso, mareas de color inundaban la sala, reflejándose en las patas macizas y diamantinas del mobiliario de la República de Vega. Sin sombra, ello dio un paso atrás.

-¡Lorq! ¿*Qué* haces aquí?

Acababa de colocar la máscara de pájaro en uno de los anaqueles circulares que flotaban a distintos niveles alrededor de la sala.

-Quería hablar un poco más contigo.

Las cejas de ella eran arcos sombríos sobre los ojos.

-Lo siento. Prince ha preparado una pantomima para la balsa que baja a la isla a medianoche. Tengo que cambiarme de ropa.

Uno de los anaqueles se había acercado a él. Antes de que reaccionase a la temperatura de su cuerpo y se alejase flotando, Lorq tomó del panel de cristal veteado una botella de licor.

-¿Tienes mucha prisa? -Levantó la botella-. Quiero saber quién eres, qué haces, qué piensas. Quiero contarte todo lo mío.

-Discúlpame.

Ruby se fue hacia el ascensor en espiral que llevaba a la galería. La risa de Lorq la detuvo. Se volvió a ver por qué se había reído.

-¿Ruby?

Y siguió girando hasta enfrentarlo otra vez.

Lorq avanzó sobre las reverberaciones del piso, y apoyó las manos en la tela suave que le caía a Ruby de los hombros. Los dedos se le cerraron sobre los brazos desnudos.

-Ruby Red -la inflexión de la voz de Lorq puso en el rostro de ella una expresión de desconcierto-, vete de aquí conmigo. Podemos ir a otra ciudad, a otro mundo, bajo otro sol. ¿No te aburren las constelaciones que ves aquí? Conozco un mundo donde las constelaciones se llaman la Cría de la Marrana Loca, Lince Mayor y Menor, el Ojo de Vahdamin.

Ello tomó dos vasos de un anaquel que pasaba.

-¿De qué estás ebrio, en todo caso? -Le sonrió-. No sé qué es, pero te sienta bien.

-¿Vendrás?

-No.

-¿Por qué no?

Lorq sirvió ámbar espumoso en copas diminutas.

-Primero. -Le tendió la copa cuando él colocaba la botella en otro anaquel flotante-. Porque es una horrible grosería, no sé cómo actuáis vosotros en Ark, que una anfitriona huya de una fiesta antes de medianoche.

-¿Después de medianoche, entonces?

-Segundo. -Probó la bebida y arrugó la nariz (Lorq se sorprendió, le horrorizó que esa piel límpida, tan límpida, pudiese soportar algo tan humano como una arruga)-. Prince ha estado preparando esta fiesta durante meses, y no quiero inquietarlo no apareciendo como prometí. -Lorq le rozó la mejilla con los dedos-. Tercero. -La mirada de ella saltó del borde de la copa para clavarse en la de Lorq-. Soy la hija de Aarón Red y tú eres el hijo moreno, pelirrojo, alto y apuesto -desvió la mirada- de un ladrón rubio.

Aire frío en las yemas de los dedos, allí donde habían tocado el brazo tibio.

Lorq apoyó la palma en la cara de Ruby, le deslizó los dedos entre los cabellos. Ella apartó la mano y subió al ascensor en espiral. Se elevó alejándose, mientras agregaba:

-Y no tienes mucho orgullo si permites que Prince se burle así de ti.

Lorq saltó al borde cuando el ascensor dio la vuelta. Ruby retrocedió, sorprendida.

-¿Qué significa toda esa cháchara de ladrones, piratería y burlas? -Furia, no contra ella sino por la confusión que ella creaba-. No comprendo y no sé si es algo que quiera comprender. No sé cómo es en Tierra, pero en Ark uno no se burla de sus invitados.

Ruby miró su copa, los ojos de Lorq, otra vez su copa.

-Lo siento. -Y luego los ojos de él-. Vete de aquí, Lorq. Prince llegará dentro de pocos minutos. Yo no tendría que haber hablado ni una sola palabra contigo...

-¿Por qué? -La habitación giraba, caía-. ¿Con quién puedes, con quién no puedes hablar? No sé a qué se debe todo esto, pero tú estás hablando como si fuésemos gente común. -Volvió a reír, un sonido lento y bajo en el pecho, que subía a sacudirle los hombros-. ¿Tú eres Ruby Red? -La tomó por los hombros y la arrastró. Por un instante, los ojos azules de Ruby relampaguearon-. ¿Y tú tomas en serio esas tonterías que dice la gente vulgar?

-Lorq, sería mejor que...

-¡Yo soy Lorq Von Ray! ¡Y tú eres Ruby, Ruby, Ruby Red!

El ascensor ya había pasado por la primera galería.

-Lorq, por favor. Tengo que...

-¡Tienes que venir conmigo! ¿Cruzarás los confines de Draco conmigo, Ruby? ¿Irás a Ark, donde tú y tu hermano no han estado nunca? O ven conmigo a São Orini. Hay allí una casa que recordarás si la viste alguna vez, a orillas de la Galaxia. -Llegaron a la segunda galería, rotaron hacia la tercera-. Jugaremos detrás de los bambúes sobre las lenguas de piedra de los saurios...

Ella lanzó un grito. Porque el cristal veteado había golpeado el cielorraso del ascensor y sobre ellos llovían esquirlas afiladas.

-¡Prince!

Ruby se separó bruscamente de Lorq y se asomó al borde del ascensor para mirar hacia abajo.

-*¡Apártate de ella!* -El guante de plata arrancó otro de los anaqueles del campo de inductancia en que flotaban alrededor de la sala y lo arrojó hacia ellos-. Maldito seas tú, maldito... -La furia le enronqueció la voz hasta el silencio, luego estalló-: ¡Apártate!

El segundo disco pasó siseando junto a los hombros de Lorq y Ruby y se hizo trizas en la galería. Lorq sacudió los brazos para quitarse las esquirlas.

Prince cruzó el piso a todo correr hacia la escalera que subía a la izquierda de la sala. Lorq se precipitó desde el ascensor a través de la galería alfombrada hasta el rellano superior de la misma escalera, y Ruby tras él, y empezó a bajar.

Se encontraron en la primera galería. Prince se apoyó en los dos pasamanos, jadeante de furia.

-Prince, qué demonios pasa con...

Prince se abalanzó sobre él. El guante de plata resonó contra la barandilla donde Lorq se había detenido. La barra de bronce cedió, el metal se quebró.

-¡Ladrón! ¡Tránsfuga! -siseó Prince-. ¡Asesino! ¡Escoria...!

-¿De qué estás hablando...?

-...hijo de la escoria. Si tocas a mí... -El brazo volvió a azotar.

-¡*No,* Prince! -Esta era Ruby.

Lorq saltó de la galería al suelo, tres metros y medio más abajo. Cayó sobre manos y rodillas en un charco rojo que cambió al amarillo, cruzado por un oleaje verde.

-¡Lorq...! -Otra vez Ruby.

Lorq se sacudía, mientras rodaba por el oleaje policromo (y vio a Ruby junto a la barandilla, cubriéndose la boca con las manos; entonces Prince se soltó de la barandilla, estaba en el aire, caía sobre él). Prince golpeó el lugar donde había estado la cabeza de Lorq con el puño de plata. *¡Crac!*

Lorq, tambaleante, se puso de pie y trató de recuperar el aliento. Prince seguía en el suelo.

La policromía se había hecho pedazos bajo el guante. A un metro del impacto zigzagueaban unas grietas. El diseño se había inmovilizado en un estallido de sol alrededor del núcleo.

-Tú... -empezó a decir Lorq. Las palabras se le entrecortaban con el jadeo-. Tú y Ruby ¿estáis locos...?

Prince, balanceándose, se puso de rodillas. La furia y el dolor le retorcían la cara. Los labios temblaban sobre los dientes menudos, los párpados alrededor de los ojos turquesa.

-¡Payaso, cerdo, vienes a Tierra y te atreves a poner tus manos, tus *manos* en mi...!

-¡Prince, *por favor...*! -Allá arriba la voz era tensa, angustiada. La belleza violenta se quebró en un grito.

Prince se bamboleó hasta ponerse de pie, tomó otro anaquel flotante, y lo lanzó, rugiendo.

Lorq gritó cuando el disco le abrió el brazo y fue a estrellarse contra las puertas-ventanas.

Los batientes se abrieron de par en par y entró una bocanada de aire fresco. Las risas de la calle se volcaron en la habitación.

-¡Te alcanzaré, te atraparé y... -se precipitó hacia Lorq- te mutilaré!

Lorq dio media vuelta, saltó la puerta de hierro forjado y cayó como una tromba sobre la multitud.

Todos gritaron cuando se desplomó en medio de ellos. Manos le golpearon la cara, lo empujaron por el pecho, le apretaron los brazos. Los gritos -y las risas- se hicieron más estruendosos. Prince lo seguía de cerca.

-¿Quiénes son...? Eh, con cuidado...

-¡Están peleando! ¡Miren, es Prince...!

-¡Sujétenlos! ¡Deténganlos! ¿Qué están...?

Lorq se libró de la multitud y se tambaleó contra la balaustrada. Por un momento el oleaje del Sena y las rocas mojadas estuvieron a sus pies. Retrocedió y se dio vuelta para ver.

-¡Suéltenme! -La voz de Prince aullaba desde la multitud-. ¡Suéltenme la mano! ¡Mi *mano,* suéltenme la mano!

Los recuerdos lo golpearon, lo sacudieron. Lo que antes era confusión, ahora era miedo.

Los escalones de piedra descendían hasta el malecón del río. Lorq los bajó a la carrera, y oyó pasos que lo seguían.

De pronto, unas luces le golpearon los ojos. Sacudió la cabeza. Luz a través del pavimento mojado, el mohoso murallón de piedra junto a él... alguien había movido un reflector.

-Suéltenme la... -Oyó la voz de Prince, elevándose por encima de las otras-. ¡Que no se me escape!

Prince se precipitó escalones abajo; unos reflejos centellearon desde las rocas. Al llegar al último peldaño se balanceó, entornando los ojos ante el río inundado de luz.

Le habían arrancado el jubón desde un hombro. En la escaramuza había perdido el guante largo.

Lorq retrocedió.

Prince levantó el brazo.

Engranajes de cobre y condensadores enjoyados recubrían como una membrana el hueso negro de metal; en la envoltura transparente zumbaban los engranajes.

Lorq dio otro paso atrás.

Prince atacó.

Lorq le esquivó acercándose al murallón; los dos jóvenes giraron, uno alrededor del otro.

Los invitados se amontonaban contra la balaustrada, empujaban el pasamanos. Zorros y lagartos, águilas e insectos se codeaban unos a otros para ver.

Alguien tropezó con el reflector, y la galería invertida onduló en el agua.

-¡Ladrón! -El angosto pecho de Prince se sacudió en un espasmo-. ¡Pirata! -Un cohete estalló allá arriba. El estampido retumbó largamente-. ¡Eres basura, Lorq Von Ray! Eres menos que...

Ahora atacó Lorq.

La furia le estalló en el pecho, en los ojos, en las manos. Un puño golpeó el costado de la cabeza de Prince, el otro se hundió en el estómago. Atacaba movido por un orgullo ciego, una furia instigada por el desconcierto, y una espesa humillación que le apretaba las costillas mientras luchaba, a los pies de aquellos espectadores fantasmagóricos. Volvió a golpear, sin saber dónde.

El brazo ortopédico de Prince giró con violencia.

Alcanzó a Lorq bajo la barbilla, los dedos brillantes de plano. Despedazó la piel, arañó el hueso, siguió hacia arriba, partiendo el labio, la mejilla y la frente, desgarrando la grasa y el músculo.

Lorq gritó, la boca llena de sangre, y se desplomó.

-¡Prince! -Ruby (forcejeando para ver, había sido ella quien moviera la luz) estaba de pie sobre el murallón. El vestido rojo y la cabellera negra le azotaban la espalda sacudidos por el viento del río-. ¡Prince, *no*!

Jadeando, Prince dio un paso atrás, otro. Lorq yacía de cara al suelo, un brazo en el agua. Por debajo de su cabeza la sangre embadurnaba la piedra.

Prince giró bruscamente, y se encaminó a la escalinata. Alguien volvió a enfocar el reflector hacia arriba. La gente que miraba desde el muelle en la otra orilla del Sena quedó momentáneamente iluminada. Luego la luz siguió subiendo, y se inmovilizó en el edificio.

La gente empezó a alejarse de la balaustrada.

Alguien bajó los escalones, enfrentó a Prince. Luego de un segundo dio media vuelta. La cara de plástico de una rata se apartó del balaustre. Alguien tomó los hombros de vinilo transparente, se los llevó. La música de una docena de épocas golpeaba a lo largo de la isla.

La cabeza de Lorq oscilaba junto al agua oscura. El río le chupaba el brazo.

De pronto un león trepó al muro, se dejó caer descalzo sobre la piedra.

Un grifo corrió escaleras abajo y se arrodilló junto a él.

Dan se arrancó la cabezota y la arrojó contra los escalones. Sonó a hueco, y rodó un corto trecho. La cabeza del grifo la siguió.

Brian dio vuelta a Lorq.

Dan contuvo el aliento en la garganta, luego lo soltó en un silbido.

-Se diría que hizo papilla al Capitán ¿mmm?

-Dan, tenemos que llamar a la patrulla o algo. ¡No pueden hacer una cosa así!

Las cejas hirsutas de Dan se arquearon.

-¿Qué demonios te hace pensar que no? He trabajado para hijos de puta con mucho menos dinero que *Transportes Red*, y podían hacer cosas peores.

Lorq gimió.

-¡Una unidad médica! -dijo Brian-. ¿Dónde se consigue aquí una unidad médica?

-No está muerto. Llevémoslo a la nave. ¡Cuando vuelva en sí, recogeré mi paga y me iré de este planeta maldito! -Paseó la mirada por el río, desde las torres gemelas de *Notre Dame* hasta la orilla opuesta-. Tierra no es bastante grande como para contenernos a mí y a Australia al mismo tiempo. Estoy ansioso por partir.

Pasó un brazo por debajo de las rodillas de Lorq, el otro por debajo de los hombros, y se irguió.

-¿Lo vas a llevar tú mismo?

-¿Se te ocurre alguna otra forma? -Dan fue hacia la escalera.

-Pero tiene que haber... -Brian lo siguió-. Tenemos que...

Algo siseó en el agua. Brian miró hacia atrás.

El ala de una lancha rozó la orilla.

-¿Adónde llevan al Capitán Von Ray? -Ruby, en el asiento delantero, vestía ahora una capa oscura.

-De regreso a su nave, señora -dijo Dan-. No parece que sea bienvenido aquí.

-Tráiganlo al bote.

-No creo que debamos dejarlo en manos de nadie de este mundo.

-¿Ustedes son su tripulación?

-Así es -dijo Brian-. ¿Pensaba llevarlo al médico?

-Lo iba a llevar al Campo De Blau. Tendrían que marcharse de Tierra cuanto antes.

-Totalmente de acuerdo -dijo Dan.

-Pónganlo ahí atrás. Hay un equipo de primeros auxilios debajo del asiento. Vean si pueden detener la hemorragia.

Brian subió a bordo y metió la mano debajo del asiento entre las velas y cadenas para sacar la caja de plástico. La lancha se sacudió bajo el peso de Dan y su carga. En el asiento delantero Ruby tomó el cable de control y se lo enchufó en la muñeca. La nave arrancó, con un silbido. La pequeña embarcación se elevó sobre sus patines por encima de la espuma y se alejó velozmente. Pont St. Michel, Pont Neuf y Pont des Arts proyectaron sus sombras sobre la lancha. París fulguraba en las costas.

Minutos más tarde los puntales iluminados de la Torre Eiffel se destacaron entre los edificios de la izquierda. A la derecha, encima de la piedra sesgada y detrás de los sicómoros, los últimos noctámbulos iban y venían por la Allée des Cygnes bajo los faroles.

-Está bien -dijo su padre-, te lo diré.

-Yo creo que tendría que hacer algo con esa cicatriz -dijo la imagen de su madre desde la columna visora-. Ya han pasado tres días, y cuanto más tiempo la deje...

-Si quieres rondar por ahí como si hubiera pasado por un terremoto, es cosa de él -dijo papá-. Pero lo que yo quiero ahora es contestar a su pregunta. -Se volvió a Lorq-. Pero para poder decírtelo -fue hasta la pared y contempló, pensativo, la ciudad- tengo que contarte algo de historia. Y no la que tú aprendiste en Causby.

Era pleno verano en Ark.

Del otro lado de los muros de cristal, el viento agitaba en el cielo nubes color salmón. Cuando una ráfaga era demasiado intensa, las venas azules de las paredes que giraban con el viento se contraían en brillantes mándalas, para dilatarse cuando el viento amainaba.

Los dedos de la madre, morenos y enjoyados, acariciaban el borde de la copa.

El padre cruzó las manos detrás de la espalda mientras miraba las nubes que se deshilachaban en andrajos y huían precipitadamente de Tong.

Lorq se reclinó contra el respaldo del sillón de caoba, esperando.

-¿Cuál es para ti el factor más importante en la sociedad de hoy?

Lorq aventuró, luego de un momento:

-¿La falta de una sólida tradición cultu...?

-Olvídate de Causby. Olvídate de los balbuceos que intercambia la gente cuando se siente obligada a decir algo serio. Tú eres un joven que quizá un día llegue a manejar una de las fortunas más grandes de la Galaxia. Si te hago una pregunta, quiero que recuerdes quién eres al contestarme. Esta es una sociedad en donde la mitad de un producto, cualquiera que sea, puede ser cultivada en un mundo, y la otra mitad extraída de minas a un millar de años luz de distancia. En Tierra, diecisiete de los centenares de elementos posibles constituyen el noventa por ciento del planeta. Toma cualquier otro mundo, y encontrarás que una docena de elementos diferentes constituyen del noventa al noventa y nueve por ciento. Hay doscientos sesenta y cinco mundos y satélites habitados en los ciento diecisiete sistemas solares que forman Draco. Aquí, en la Federación, tenemos las tres cuartas partes de la población de Draco diseminadas en trescientos doce mundos. Los cuarenta y dos mundos poblados de las Colonias Lejanas...

-Transporte -dijo Lorq-. Transporte de un mundo a otro. ¿Es eso lo que quieres decir?

Su padre se apoyó contra la mesa de piedra.

-Es al costo del transporte a lo que me refiero. Y durante muchísimo tiempo el factor más importante en el costo del transporte fue el ilirión, una fuente de energía que podía mover las naves entre los mundos, entre las estrellas. Cuando mi abuelo tenía tu edad, el ilirión se producía artificialmente, unos billones de átomos por vez, a un costo muy elevado. Por ese entonces se descubrieron otras estrellas, más jóvenes, mucho más alejadas del centro galáctico, y en cuyos planetas había aún cantidades minúsculas de ilirión natural. Y hasta que tú naciste no fue posible una explotación minera en gran escala en esos planetas que ahora son las Colonias Lejanas.

-Lorq está enterado de todo eso -dijo su madre-. Creo que debería...

-¿Sabes por qué la Federación de las Pléyades es una entidad política independiente de Draco? ¿Sabes por qué las Colonias Lejanas pronto serán una entidad política independiente tanto de Draco como de las Pléyades?

Lorq se miró la rodilla, el pulgar, la otra rodilla.

-Tú me preguntas cosas y no me contestas lo que yo pregunté, papá.

El padre suspiró.

-Estoy tratando. Antes de que hubiera en las Pléyades ningún tipo de colonización, la expansión a través de Draco estaba a cargo de los Gobiernos nacionales de Tierra, o de Corporaciones, algunas comparables a *Transportes Red*, Corporaciones y Gobiernos que podían soportar el costo inicial del transporte. Las nuevas colonias eran subvencionadas y administradas por Tierra y propiedad de Tierra. Pasaron a ser parte de Tierra, y Tierra pasó a ser el centro de Draco. En aquel entonces, otro problema técnico que los primeros ingenieros de *Transportes Red Limitada* empezaban a resolver, era la construcción de naves del espacio con gamas de frecuencia más sensibles y capaces de atravesar las áreas relativamente «polvorientas», como las nébulas flotantes interestelares, y regiones de densa población estelar como las Pléyades, donde había una concentración mucho más elevada de resaca interestelar. Algo así como una nébula arremolinada todavía le crea problemas a tu pequeño yate. A una nave construida doscientos cincuenta años atrás, la habría inmovilizado por completo. Tu tatarabuelo, cuando la exploración de las Pléyades había empezado apenas, previo con absoluta claridad lo que acabo de explicarte: el costo del transporte es el factor más importante en esta sociedad. Y dentro de la misma Federación de las Pléyades, el costo del transporte es sustancialmente menor que en Draco.

Lorq frunció el entrecejo.

-¿Quieres decir que las distancias...?

-El sector central de las Pléyades tiene sólo treinta años luz de ancho y ochenta y cinco de largo. En este espacio hay amontonados unos trescientos soles, muchos de ellos separados por menos de un año luz. Los soles de Draco están diseminados a lo largo de todo un brazo de la Galaxia, casi dieciséis mil años luz de extremo a extremo. Hay una gran diferencia de costo cuando se trata de salvar distancias ínfimas dentro de la constelación de las Pléyades, o recorrer las inmensas extensiones de Draco. Por esa razón, la gente que vino a las Pléyades era muy diferente: pequeñas empresas que querían prosperar y trasladarse con armas y bagajes; grupos comunitarios de colonos; hasta particulares, particulares ricos, pero particulares al fin. Tu tatarabuelo vino aquí con tres cargueros comerciales repletos de chatarra, refugios prefabricados para el calor y el frío, equipos de rezago de minería y agricultura para una gran variedad de climas. Por la mayor parte, le habían pagado para que la sacara de Draco. Dicho sea de paso, dos de los cargueros eran robados. También se había apropiado de un par de cañones atómicos. Recorría todas las colonias nuevas y ofrecía sus mercancías. Y todos le compraban.

-¿Les obligaba a comprar a punta de cañón?

-No. También les ofrecía un servicio gratuito que hacía que valiera la pena comprarle la chatarra. Te das cuenta, el hecho de que los costos de transporte fueran más bajos no había impedido que los Gobiernos y las grandes Corporaciones tratasen de meter mano. Cualquier nave que llegase de Draco ostentando un nombre multimillonario en dólares, cualquier

emisario de algún monopolio draconiano que tratase de expandirse en nuevos territorios... mi bisabuelo los hacía volar por los aires.

-¿También los saqueaba? -preguntó Lorq-. ¿Recogía los despojos?

-Nunca me lo dijo. Lo único que sé es que tenía una visión, egoísta, mercenaria, egocéntrica, que hacía realidad por cualquier medio y a expensas de quien fuese. Durante los primeros años de su carrera, no permitió que las Pléyades se convirtiesen en una prolongación de Draco. En la independencia de las Pléyades veía la oportunidad de convertirse en el hombre más poderoso de una entidad política que algún día podría rivalizar con Draco. Antes de que mi padre tuviese tu edad, mi bisabuelo lo había conseguido.

-Todavía no comprendo qué tiene que ver todo esto con *Transportes Red*.

-*Transportes Red* era uno de los monopolios que más se esforzaba por introducirse en las Pléyades. Intentaron reclamar derechos sobre las minas de torio que ahora explota el padre de tu compañero de clase, el doctor Setsumi. Trataron de producir líquenes plásticos en Circe IV. Cada vez, el abuelito los hacía volar por el aire. *Transportes Red es* transporte, y cuando el costo del transporte baja en relación con el número de naves construidas, *Transportes Red* se siente ahogado.

-¿Y es por eso que Prince Red nos llama piratas?

-Un par de veces Aarón Red primero (el padre de Prince es el tercero) envió a uno de sus sobrinos más desalmados a la cabeza de una expedición a las Pléyades. Tres de ellos, creo. Nunca regresaron. Incluso en tiempos de mi padre el litigio era una cuestión mas bien personal. Hubo represalias, y continuaron hasta mucho después de que las Pléyades se proclamaran soberanas, en el veintiséis. Uno de mis proyectos personales, cuando era un joven de tu edad, era el de acabar con esa situación. Mi padre hizo importantes donaciones de dinero a Harvard en Tierra, les construyó un laboratorio, y luego me mandó a la universidad. Yo me casé con tu madre, oriunda de Tierra, y hablé largamente con Aarón, el padre de Prince. No fue demasiado difícil, ya que la soberanía de las Pléyades era un hecho reconocido desde hacía una generación, y *Transportes Red* no se sentía amenazado por nosotros desde hacía mucho tiempo. Mi padre adquirió la mina de ilirión allá en Nueva Brazillia (fue la época en que se iniciaron las operaciones mineras en las Colonias Lejanas), principalmente como pretexto para entrar en tratativas formales con *Transportes Red*. Nunca te hablé de esa enemistad entre nuestras familias porque me parecía innecesario.

-Entonces Prince está loco, volviendo a despertar viejos rencores que tú y Aarón habían aclarado antes que naciéramos nosotros.

-Sobre el estado mental de Prince no puedo opinar. Pero una cosa has de tener presente: ¿Qué factor principal afecta hoy el costo del transporte?

-Las minas de ilirión en las Colonias Lejanas.

-Nuevamente una mano se cierra sobre la garganta de *Transportes Red* -le dijo su padre-. ¿Te das cuenta?

-Extraer el ilirión natural es mucho más barato que fabricarlo.

-Aun cuando ello signifique enchufar a una población de millones y millones. Aun cuando tres docenas de compañías rivales tanto de Draco como de las Pléyades hayan abierto minas en todas las Colonias Lejanas y apoyen enormes migraciones de mano de obra desde distintos rincones de la Galaxia. ¿Qué es lo que a primera vista te parece diferente en las Colonias

Lejanas comparado con Draco y las Pléyades?

-Tienen comparativamente todo el ilirión que quieren al alcance de la mano.

-Sí. Pero hay algo más: Draco creció gracias a las clases adineradas terrestres. Las Pléyades fueron pobladas por un movimiento más bien de clase media. Y aunque las Colonias Lejanas han sido impulsadas por los plutócratas tanto de las Pléyades como de Draco, la población de las colonias proviene de los estratos económicos más bajos de la Galaxia. La combinación de diferencias culturales, y no me importa lo que digan en Causby tus profesores de sociología, y la diferencia en el costo del transporte es lo que asegura la inminente soberanía de las Colonias Lejanas. Y de súbito *Transportes Red* empieza una vez más a atacar a cualquiera relacionado con el ilirión. -Von Ray señaló a su hijo con un gesto-. A ti mismo te ha tocado.

-Pero nosotros tenemos una sola mina de ilirión. Nuestro dinero proviene del control de unas cuantas docenas de negocios diferentes en todas las Pléyades, y ahora de unos cuantos en Draco; la mina de São Orini es una insignificancia...

-Es cierto. ¿Pero alguna vez te has puesto a pensar en los negocios que *no* manejamos?

-¿Qué quieres decir, papá?

-Tenemos muy poco dinero invertido en la producción de refugios y alimentos. Vendemos computadoras, pequeñas piezas técnicas, hacemos las carcasas para las baterías de ilirión; fabricamos tomas y enchufes; iniciamos importantes explotaciones mineras en otras áreas. La última vez que vi a Aarón, en mi viaje reciente, le dije, en broma, por supuesto: «Sabes una cosa, si el precio del ilirión bajara a sólo la mitad del que tiene ahora, dentro de un año yo podría estar construyendo naves del espacio a menos de la mitad de tu precio». ¿Y sabes lo que me dijo, en broma?

Lorq meneó la cabeza.

-«Eso lo sé desde hace diez años».

La imagen de su madre dejó la taza.

-Creo que tiene que hacerse arreglar la cara. Eres un muchacho tan hermoso. Lorq, hace tres días que ese australiano te trajo de vuelta a casa. Esa cicatriz te va...

-Dana -dijo el padre-. Lorq ¿tienes alguna idea de cómo se podría hacer para rebajar a la mitad el precio del ilirión?

Lorq frunció el entrecejo.

-¿Para qué?

-He calculado que a la actual tasa de expansión, dentro de veinte años las Colonias Lejanas estarán en condiciones de reducir el costo del ilirión en casi una cuarta parte. Durante ese período, *Transportes Red* tratará de liquidarnos. -Hizo una pausa-. Tratará de arrebatar a los Von Ray todas sus posesiones, y por último, arrasar con la Federación de las Pléyades. Será una caída lenta. La única forma en que podremos sobrevivir es adelantándonos; y para eso hay que encontrar un modo de reducir el precio del ilirión a la mitad antes que baje a las tres cuartas partes, y construir esas naves. -Su padre se cruzó de brazos-. No quería mezclarte en esto, Lorq. Veía todo el asunto terminado antes de mi muerte. Pero ocurre que Prince ha tomado la responsabilidad de darte a ti el primer golpe. Es justo entonces que sepas lo que está sucediendo.

Lorq se miraba las manos. Al cabo de un momento, dijo:

-Le devolveré el golpe.

-No -le dijo su madre-, no es esa la forma de resolverlo, Lorq. No puedes tomarte la revancha con Prince. No puedes pensar en vengarte de...

-No pienso vengarme. -Se puso de pie y caminó hasta el cortinado-. Mamá, papá, voy a salir.

-Lorq -dijo el padre descruzando los brazos-. No tuve la intención de preocuparte. Sólo quise que supieras...

Lorq corrió las cortinas de brocado.

-Voy hasta el *Calibán.* Hasta luego. -El cortinado volvió a caer.

-Lorq...

Se llamaba Lorq Von Ray y vivía en 12 Extol Park, en Ark, la ciudad capital de la Federación de las Pléyades. Caminó por el borde de la carretera rodante. Más allá de los paravientos florecían los jardines de invierno de la ciudad. Iba pensando en el ilirión. La gente lo miraba, a causa de la cicatriz. Lo miraban y apartaban enseguida los ojos cuando él también los miraba. Aquí en el centro de las Pléyades, él mismo era un centro, un foco. Una vez había tratado de calcular la cantidad de dinero que manejaban sus familiares más cercanos. En él, en Lorq, se concentraban miles de millones, pensó, mientras caminaba junto a los muros transparentes de las calles techadas de Ark, y escuchaba el ulular de los líquenes lustrosos en los jardines de invierno. Uno de cada cinco transeúntes -así le había informado uno de los contadores de su padre- percibía, directa o indirectamente, un sueldo de los Von Ray. Y *Transportes Red* se estaba preparando para declarar la guerra a toda la estructura que eran los Von Ray y que se centraba en él, como heredero de los Von Ray. En São Orini, animales semejantes a lagartos con melenas de plumas blancas, vagabundeaban y siseaban en las selvas. Los mineros los capturaban, los mataban de hambre y los arrojaban al foso azuzándolos a unos contra otros para apostar al supuesto vencedor. Muchos millones de años atrás, los antepasados de esos lagartos de un metro de largo habían sido bestias enormes de más de cien metros, y la raza inteligente que habitaba Nueva Brazillia les había rendido culto, tallando cabezas de tamaño natural alrededor de los cimientos de los templos. Pero la raza -esa raza- se había extinguido. Y los descendientes de los dioses de esa raza, empequeñecidos por la evolución, servían ahora de diversión a mineros borrachos, cuando luchaban en los fosos clavándose las garras, aullando y mordiéndose. Y él era Lorq Von Ray. Y de una manera u otra el precio del ilirión tendría que bajar a la mitad. Se podría inundar el mercado con el producto. ¿Pero adónde se podía ir en busca de la que era quizá la sustancia más rara del universo? Imposible volar al centro de un sol y sacarlo a cucharadas de ese crisol de materia nuclear en bruto, donde se funden todas las sustancias de la Galaxia por unidades de cuatro. Sorprendió su propia imagen en una de las columnas de espejos, y se detuvo justo antes de tomar el desvío a Nea Limani. La fisura le dislocaba los rasgos, los labios llenos, los ojos amarillos. Pero donde la cicatriz se internaba en el rojo ensortijado, notó algo. El pelo que ahora le creciera del mismo color y la misma textura que el de su padre, suave y amarillo como la llama.

¿Dónde conseguir todo ese ilirión? (Se apartó de la columna de espejos). ¿Dónde?

-¿Me lo pregunta a mí, Capitán? -Desde la plataforma giratoria del piso, Dan levantó el pichel hasta la rodilla-. Si lo supiera, no andaría ahora vagabundeando por este campo. -Se estiró, tomó el asa de entre los dedos del pie, y bebió la mitad-. Gracias por el trago. -Con la muñeca se restregó la boca cercada de púas de barba recién crecida y embigotada de espuma-. ¿Cuándo se hará arreglar la cara...?

Pero Lorq se había reclinado en su asiento y miraba a través del cielorraso. Las luces del espacio-puerto sólo permitían ver un centenar de las estrellas más brillantes. En el cielo raso, el iris caleidoscópico del viento se estaba cerrando. En el centro mismo, entre las veletas azules, bermejas y purpúreas, había una estrella.

-Oiga, Capitán, si quiere subir a la galería...

En el segundo nivel del bar, visible a través de la cascada, los oficiales de los cargueros y parte de los tripulantes de las naves de línea se confundían con los deportistas que discutían las condiciones cósmicas y las corrientes. El nivel inferior estaba atestado de mecánicos y acoples comerciales. En uno de los rincones se jugaba a las cartas.

-Tengo que conseguirme un trabajo, Capitán. Que me deje dormir en la cabina de popa del *Calibán,* y emborracharme todas las noches no me sirve de mucho. Tengo que dejarlo a usted en libertad.

Volvió a pasar el viento; el iris parpadeó alrededor de la estrella.

-Dan, ¿has reparado alguna vez -reflexionó Lorq en voz alta- que cada astro, cuando navegamos entre ellos, es un crisol donde se amalgaman los mundos mismos del imperio? Cada elemento de los centenares que existen puede separarse del núcleo central de materia. Toma ése, por ejemplo... -señaló el techo transparente- ...u otro cualquiera: en este preciso momento se fusionan en él oro y radio, nitrógeno, antimonio, en cantidades inmensas, más grandes que Ark, más grandes que Tierra. Y también hay ilirión allí, Dan. -Se rió-. Supongamos que haya alguna forma de sumergirse en una de esas estrellas y de extraer una colada de lo que a mí se me antoje. -Volvió a reírse; el sonido se ahogaba en el pecho y era una mezcla de angustia, furia y desesperación-. Supongamos que pudiésemos permanecer al borde de una estrella en estado de nova y esperar a que arroje lo que buscamos, y que pudiéramos recogerlo en plena incandescencia, en el momento mismo de la explosión... pero una nova es una implosión, no una explosión ¿verdad, Dan?

En son de broma, empujó al acople por el hombro. La bebida desbordó del pichel.

-Yo, Capitán, estuve una vez en una nova. -Dan se lamió el dorso de la mano.

-¿De veras? -Lorq apretó la mano contra el almohadón. La estrella aureolada parpadeó.

-Mi nave encontró una nova... unos diez años atrás quizá.

-¿No estás contento de no haber estado allí?

-Estaba. Además, salimos.

Lorq bajó la vista del cielorraso.

Dan, sentado en el banco verde, adelantó el torso, los codos nudosos apoyados en las rodillas, las manos rodeando el pichel.

-¿Salieron?

-Seguro. -Dan se miró de reojo el hombro donde se había anudado torpemente la cinta rota del jubón-. Caímos en ella, y salimos.

Librodot

La perplejidad afloró al rostro de Lorq.

-¡Eh, Capitán! ¡Tiene una cara que asusta!

Para ese entonces Lorq ya había pasado cinco veces delante de un espejo, creyendo que tenía una expresión, para descubrir que la cicatriz la había transformado en algo desconcertante.

-¿Qué pasó, Dan?

El australiano miró el pichel. En el fondo, sólo quedaba espuma. Lorq apretó el botón de pedidos en el brazo del banco. Dos nuevos picheles giraron hacia ellos, burbujeantes.

-¡Justo lo que necesitaba, Capitán! -Dan estiró el pie-. Uno para usted. Aquí tiene. Y uno para mí.

Lorq sorbió su bebida y se descalzó para apoyar los pies en los talones de las sandalias. Nada se le movió en la superficie del rostro. Nada se movió bajo la superficie.

-¿Conoce el Instituto Alkane? -Dan levantó la voz por encima de los vítores y las risas del rincón donde dos mecánicos habían empezado a luchar sobre el trampolín. Los espectadores agitaban en el aire las bebidas-. En Vorpis de Draco está ese gran museo con laboratorios y todo lo demás, y estudian cosas como las novas.

-Mi tía es curadora allí. -La voz de Lorq era grave, las palabras se abrían paso en medio de los gritos.

-¿De veras? Como quiera que sea, mandan gente cada vez que reciben informes de que una estrella está cambiando...

-¡Miren! ¡Ella ganando está!

-¡No! ¡Él del brazo tira miren!

-Eh, Von Ray ¿quién el hombre o la mujer que gana es?

Un grupo de oficiales había descendido por la rampa para seguir de cerca la lucha. Uno de ellos palmeó a Lorq en el hombro y luego dio vuelta la mano. Tenía en la palma un billete de diez libras @.

-Esta noche apuestas no hago. -Lorq apartó la mano que lo invitaba.

-Lorq, por la mujer la apuesta dobló...

-Mañana yo tu dinero tomo -dijo Lorq-. Ahora tú vete.

El joven oficial hizo un ruido de fastidio y se pasó el dedo por la cara, mirando a sus compañeros y meneando la cabeza.

Pero Lorq estaba esperando a que Dan prosiguiera su historia.

Dan dejó de mirar la lucha.

-Según parece un carguero se perdió en una marea a la deriva y notó que algo raro pasaba con las líneas espectrales de cierta estrella, un par de sistemas solares más allá. Las estrellas son casi hidrógeno puro, claro, pero había una gran acumulación de sustancias pesadas en los gases de la superficie; eso quiere decir que pasaba algo raro. Cuando por fin reencontraron el rumbo, informaron acerca de las condiciones de la estrella a la Sociedad Cartográfica de Alkane, que conjeturó la inminente formación de una nova. Como la preparación de la nova no produce cambios en el exterior de la estrella, no es posible estudiarla por medio del espectroanálisis o algo similar. El Alkane envió un equipo a observar la estrella. Han estudiado unas veinte o treinta en los últimos cincuenta años. Instalaron anillos de estaciones de control remoto tan cercanas a la estrella como lo está Mercurio de Sol y televisaron fotos de la superficie de la estrella. Estas

estaciones se queman ni bien el sol entra en combustión. Ponen anillos de estaciones cada vez más cerca de la estrella y envían informes continuos de todo el proceso. Al cabo de una semana-luz ya funcionan las primeras estaciones controladas por hombres; también éstas son abandonadas por otras más distantes tan pronto como la nova entra en actividad. Sea como fuere, yo estaba en una nave destinada a abastecer a una de esas estaciones que hacían tiempo esperando a que el sol estallara. Usted sabe que el tiempo real que tarda el sol para pasar de la luminosidad normal a la magnitud máxima veinte o treinta mil veces mayor es de apenas dos o tres horas.

Lorq asintió.

-Todavía no han podido determinar exactamente cuándo va a estallar una nova que tienen en observación. Bueno, yo no lo entiendo del todo, pero de alguna forma el sol al que nos acercábamos estalló antes que llegásemos a la estación terminal. Quizá fue una desviación en el espacio mismo, o una falla de los instrumentos, pero dejamos atrás la estación y nos metimos de cabeza en la estrella durante la primera hora de implosión. -Dan agachó la cabeza para sorber la espuma.

-Bien -dijo Lorq-. Por el calor, tendrían que haberse atomizado antes de llegar tan cerca de ese sol. No hubieran podido resistir el impacto físico del astro ni las mareas gravitacionales. La cantidad de radiación a que estaba expuesta la nave tendría que haber destruido, primero, todos los compuestos orgánicos que había en la nave, y segundo, fisionado los átomos en hidrógeno ionizado...

-Capitán, yo puedo pensar sin esfuerzo en siete cosas más. Las frecuencias de ionización tendrían que haber... -Dan se detuvo-. Pero nada de eso ocurrió. Nuestra nave atravesó como por un tubo el centro del sol... y salió por el otro lado. Dos semanas-luz más allá, éramos devueltos sanos y salvos. El Capitán, tan pronto se dio cuenta de lo que sucedía, metió la cabeza en la cabina y apagó todos los radares de alimentación sensoria, de modo que caímos a ciegas. Una hora más tarde espió y se sorprendió mucho al ver que aún estábamos con vida... punto. Pero los instrumentos registraron el itinerario. Habíamos atravesado la nova de parte a parte. -Dan vació el vaso. Miró a Lorq de reojo-. Capitán, otra vez tiene una cara que da miedo.

-¿Cuál es la explicación?

Dan se encogió de hombros.

-Hubo muchas conjeturas cuando el Alkane nos echó mano. Se habló de esas burbujas, sabe, que estallan en la superficie de cualquier sol, dos o tres veces más grandes que un planeta mediano, donde la temperatura es de apenas cuatrocientos a quinientos grados. Una temperatura como esa no puede destruir una nave. Quizá entramos en una de esas burbujas y atravesamos el sol. Algún otro dijo que quizá las frecuencias de energía de una nova están todas polarizadas en una dirección, y si las energías de la nave se polarizaran en otra dirección, una podría pasar por la otra como si no se tocasen. Pero otra gente apareció con otras tantas teorías que destruían las anteriores. Lo que parece más probable es que cuando el tiempo y el espacio están sometidos a tensiones tan violentas como las de una nova, las leyes que gobiernan los mecanismos naturales, los fenómenos físicos y psíquicos, dejan de cumplirse. -Dan volvió a encogerse de hombros-. Nunca lo aclararon.

-¡Miren! ¡Miren, él la derribó!

-Uno, dos... no, ella otra vez pelea...

-¡No! ¡Él la tiene! ¡Él la tiene!

En el trampolín, el mecánico sonriente pasó tambaleándose por encima de su adversaria. Ya la alcanzaban media docena de tragos; por tradición, tenía que terminar tantos como pudiese, y el perdedor bebía el resto. Otros oficiales habían bajado a felicitarlo y hacer las apuestas para el próximo encuentro.

-Me pregunto... -Lorq frunció el entrecejo.

-Capitán, ya sé que no puede evitarlo, pero *no tendría* que poner esa cara.

-Me pregunto si el Alkane tendrá algún informe sobre ese viaje, Dan.

-Supongo que sí. Como le dije, eso fue hace unos diez años...

Pero Lorq estaba mirando el cielorraso. El iris se había cerrado bajo el viento que asolaba la noche de Ark. El mándala cubrió por completo la estrella.

Lorq se llevó las manos a la cara. Apretaba los labios mientras hurgaba buscando las raíces de la idea que le venía a la mente.

La carne fisurada le transformó la expresión en una mueca de beatífica tortura.

Dan empezó a hablar de nuevo. Luego se alejó, el rostro barbudo colmado de asombro.

Se llamaba Lorq Von Ray. Tuvo que repetírselo en silencio, convencerse de ello mediante las repetición; porque una idea acababa de traspasarlo de arriba abajo. Mientras estaba allí sentado, la mirada perdida, algo vital lo había partido en dos tan violentamente como la mano de Prince le había partido la cara. Parpadeó para ver más claramente las estrellas. Y se llamaba...

-¿Sí, Capitán Von Ray?

-Recojan las palas laterales.

El Ratón las recogió.

-Estamos llegando a la corriente estable. Las palas laterales adentro. Lynceos e Idas, quédense y tomen la primera guardia. El resto de ustedes puede descansar. -La voz de Lorq tronó sobre los ruidos del espacio.

Apartando la mirada del torrente bermejo en que estaban suspendidas las estrellas calcinadas, el Ratón parpadeó y una vez más tuvo conciencia de la cabina.

Olga parpadeó.

El Ratón se sentó en la cucheta para desenchufarse.

-Los veré en la sala común -continuó el Capitán-. Y tú, Ratón, trae contigo...

4

El Ratón sacó de debajo de la cucheta el morral de cuero y se lo colgó del hombro.

-...tu siringa sensoria.

Se abrió la puerta corrediza y el Ratón quedó de pie en el último de los tres escalones, por encima de la alfombra azul de la sala común del *Roc.*

Una escalera ascendía en espiral en medio de una cascada de sombras: bajo las luces del cielorraso, unas retorcidas lenguas de metal enviaban relámpagos a los tabiques y a las hojas de los filodendros que se reflejaban en los mosaicos.

Katin ya estaba sentado delante del tablero de ajedrez tri-D y colocaba las piezas. Una última torre se insertó en su rincón con un chasquido, y la silla burbuja, un globo de glicerina gelatinizada que se adaptaba al cuerpo, rebotó muellemente.

-Bueno, ¿quién será el primero en jugar conmigo?

El Capitán Von Ray apareció en lo alto de la escalera de caracol. Cuando empezó a bajar, una imagen refleja triturada se derramó por el mosaico.

-¿Capitán? -Katin levantó la barbilla-. ¿Ratón? ¿Quién acepta la primera partida?

Tyy y Sebastián entraron por la puerta abovedada y cruzaron la rampa sobre la piscina de bordes de piedra caliza que ocupaba un tercio del salón.

Una brisa.

El agua onduló. Un aleteo de oscuridad sobre ellos.

-¡Abajo! -La voz de Sebastián.

El brazo de Sebastián saltó en la articulación y las bestias giraron en las trabillas de acero. Los pajarracos cayeron como piltrafas a sus pies.

-¿Sebastián? ¿Tyy, juegas? -Katin se volvió hacia la rampa-. En otros tiempos me apasionaba, pero le he perdido un poco la mano. -Miró hacia lo alto de la escalera, volvió a tomar la torre y examinó el cristal de núcleo negro-. Dígame una cosa, Capitán, ¿estas piezas son originales?

Al pie de la escalera, Von Ray arqueó las cejas rojas.

-No.

Katin sonrió.

-Oh.

-¿De qué son? -El Ratón cruzó la alfombra y miró por encima del hombro de Katin-. Nunca había visto piezas semejantes.

-Un estilo muy curioso para piezas de ajedrez -observó Katin-. República de Vega. Pero se lo ve a menudo en muebles y arquitectura.

-¿Dónde queda la República de Vega?

El Ratón levantó un peón; dentro del cristal, un sistema solar, una gema en el centro, alrededor de un plano inclinado.

-Ya no está en ninguna parte. Hubo una insurrección en el dos mil ochocientos, cuando Vega intentó separarse de Draco. Y fracasó. El arte y la arquitectura de ese período han sido adoptados por nuestros intelectuales más exquisitos. Supongo que hubo un cierto heroísmo en todo el asunto. Sin duda hicieron lo imposible por ser originales, el último baluarte de la autonomía cultural y esas cosas. Pero ha terminado por convertirse en una

especie de amable juego de salón para descubrir influencias. -Tomó otra pieza-. A mí, sin embargo, me gusta. No se puede negar que tuvieron tres músicos de oro y un poeta increíble. Aunque sólo uno de los músicos tuvo algo que ver con la insurrección. Pero la mayoría de la gente no lo sabe.

-¿Fuera de broma? -dijo el Ratón-. Está bien. Jugaré contigo una partida. -Fue al otro lado del tablero y se sentó en la glicerina verde-. ¿Cuál eliges, negro o amarillo?

Von Ray pasó la mano por encima del hombro del Ratón para alcanzar el dispositivo que había aflorado en el brazo del asiento, y apretó un microconmutador.

Las luces del tablero se apagaron.

-Eh, ¿por qué...? -El áspero murmullo del Ratón se apagó en una nota de contrariedad.

-Toma tu siringa, Ratón -Lorq se volvió a la roca tallada sobre los azulejos amarillos-. Si te pidiera una nova, Ratón, ¿qué harías? -Se sentó sobre una saliente de piedra.

-No sé. ¿Qué quiere decir?

El Ratón sacó el instrumento del morral. El pulgar recorrió el teclado. Los dedos tantearon la placa de inductancia; la larga uña titubeó sobre el rosado.

-Te lo pido ahora. Haz una nova.

El Ratón reflexionó un instante. Luego:

-Está bien -y su mano saltó.

Un rumor sordo y prolongado siguió al resplandor. Los colores tras la postimagen enturbiaron la vista, giraron en una esfera cada vez más pequeña, desaparecieron.

-¡Abajo! -decía Sebastián-. Ahora abajo...

Lorq se echó a reír.

-No está mal. Ven aquí. No, trae tu arpa infernal. -Se corrió en la roca para hacerle sitio-. Enséñame cómo funciona.

-¿Que le enseñe a tocar la siringa?

-Eso es.

Hay expresiones que se forman en la cara; hay otras que se forman dentro, y los labios y los párpados se estremecen apenas.

-No acostumbro a permitir que la gente juegue con ella. -Labios y párpados temblaron.

-Enséñame.

La boca del Ratón se estiró. Dijo:

-Déme la mano. -Cuando ponía los dedos del Capitán sobre el puente del teclado de imagen-resonancia, una luz azul brilló delante de ellos-. Ahora mire aquí. -El Ratón le señaló el frente de la siringa-. Detrás de estas tres clavijas lenticulares hay rejillas holográmicas. Enfocan la luz azul y dan una imagen tridimensional. Desde aquí se controla la luminosidad y la intensidad. Adelante la mano.

La luz aumentó...

-Ahora retroceda.

...y se atenuó.

-¿Cómo consigues una imagen?

-A mí me llevó un año aprenderlo, Capitán. Ahora bien, estas cuerdas controlan el sonido. No son notas diferentes; son diferentes texturas sonoras. El tono se cambia acercando o alejando los dedos. Así. -Tañó una

cuerda de bronce y unas voces humanas se diluyeron, glissando, en discordancia subsónica-. ¿Quiere oler el lugar? Aquí atrás. Esta clavija controla la intensidad de la imagen. Puede conseguir que el conjunto sea altamente direccional mediante...

-Supongamos, Ratón, que es el rostro de una muchacha lo que quiero recrear; el sonido de su voz pronunciando mi nombre; también su perfume. Ahora tengo tu siringa en mis manos. -Levantó el instrumento del regazo del Ratón-. ¿Qué he de hacer?

-Practicar. Mire, Capitán, en realidad no me gusta que otra gente ande tocando mi siringa... -Extendió la mano.

Lorq la puso fuera del alcance del Ratón. Luego se echó a reír.

-Aquí la tienes.

El Ratón tomó la siringa y volvió deprisa al tablero de ajedrez. Sacudió el morral y guardó el instrumento.

-Practicar -repitió Lorq-. No tengo tiempo. No si quiero llegar antes que Prince Red a ese ilirión, ¿eh?

-¿Capitán Von Ray?

Lorq alzó la mirada.

-¿Nos explicará qué pasa?

-¿Qué quieren saber?

La mano de Katin pendía sobre el interruptor que activaba el tablero de ajedrez.

-¿Adónde vamos? ¿Cómo llegaremos? ¿Y por qué?

Al cabo de un momento, Lorq se incorporó.

-¿Qué me estás preguntando, Katin?

El tablero se encendió, iluminando la barbilla de Katin.

-Usted disputa una carrera, y el adversario es *Transportes Red Limitada*. ¿Cuáles son las reglas? ¿Cuál es el premio?

Lorq sacudió la cabeza.

-Prueba otra vez.

-Está bien. ¿Cómo conseguimos el ilirión?

-Sí, ¿cómo lo conseguimos? -La voz suave de Tyy les hizo volver la cabeza. Al pie del puente, junto a Sebastián, había estado barajando el mazo de cartas. Se interrumpió cuando la miraron-. ¿En el incandescente sol, zambullirnos? -Meneó la cabeza-. ¿Cómo, Capitán?

Las manos de Lorq cubrieron los nudos óseos de sus rodillas.

-¿Lynceos? ¿Idas?

De dos paredes opuestas colgaban dos marcos dorados de unos dos metros. En el que estaba sobre la cabeza del Ratón, Idas yacía de costado bajo las luces de la computadora. Del otro lado de la sala, en el otro marco, el cabello y las pestañas relucientes, el pálido Lynceos estaba enroscado sobre los cables.

-Mientras navegamos, no dejéis de escuchar.

-Está bien, Capitán -masculló Idas, como un hombre que habla en sueños.

Lorq se puso de pie y cruzó las manos.

-Hacía muchos años que no preguntaba eso. El que me dio la respuesta fue Dan.

-¿El ciego Dan? -dijo el Ratón.

-¿Dan el que saltó? -Katin.

Lorq asintió.

-En vez de este enorme carguero -miró hacia arriba, las estrellas falsas que tachonaban el cielorraso alto y oscuro para recordarles que aunque rodeados de piscinas, helechos y figuras de piedra, navegaban entre mundos- yo tenía entonces un yate de carrera en el que Dan trabajaba de acople. Una noche, en París, me demoré demasiado en una fiesta, y Dan me llevó de vuelta a Ark. Hizo el vuelo a solas conmigo. Mi otro acople, un muchacho universitario, tuvo miedo y huyó. -Sacudió la cabeza-. Mejor así. Pero en eso estaba. ¿Cómo conseguir ilirión suficiente para derrocar a *Transportes Red* antes que ellos nos derroquen a nosotros? ¿Cuánta gente hubiera querido saberlo? Se lo mencioné a Dan una noche mientras bebíamos cerca del amarradero de yates. ¿Sacarlo de un sol? Dan se metió el pulgar en el cinturón y miró uno de los iris de viento que se dilataba sobre el bar y dijo: «Una vez estuve en una nova». -Lorq paseó una mirada por la sala-. Me hizo saltar de mi asiento y escuchar.

-¿Qué le pasó a Dan? -preguntó el Ratón.

-¿Cómo fue que duró lo bastante para meterse en otra? Eso es lo que quiero saber. -Katin devolvió la torre al tablero y se repantigó en la gelatina-. A ver: ¿cómo asistió Dan a esos fuegos de artificio?

-Era tripulante de una nave que llevaba provisiones a un puesto de estudio del Instituto Alkane, cuando estalló la estrella.

El Ratón se volvió para mirar a Tyy y a Sebastián que escuchaban desde los escalones al pie de la rampa. Tyy barajaba otra vez los naipes.

-Al cabo de mil años de estudio, de cerca y de lejos, es un poco exasperante ver qué poco sabemos de lo que ocurre en el centro de la catástrofe estelar más calamitosa. La estructura misma de la estrella se mantiene invariable, sólo que la organización de la materia dentro de la estrella se desbarata en un proceso que todavía no comprendemos. Bien podría ser el efecto de mareas sucesivas. Hasta podría ser una travesura del demonio de Maxwell. Los procesos más prolongados que han podido observarse han sido de un año y medio, pero siempre se los descubrió cuando ya estaban en marcha. El tiempo real que tarda una nova en alcanzar la intensidad máxima a partir del momento en que estalla es de unas pocas horas. En el caso de una supernova (y sólo hay dos en los anales de nuestra Galaxia, una en el siglo XIII en Cassiopeia, y una estrella innominada en el dos mil cuatrocientos y ninguna pudo ser estudiada de cerca), el estallido dura quizá dos días; en una supernova la luminosidad aumenta varios centenares de miles de veces. La perturbación de luz y radio resultante de una supernova es mayor que la luz conjunta de todas las estrellas de la Galaxia. El Instituto Alkane pudo descubrir otras galaxias sólo porque una supernova estalló en medio de ellas, y la aniquilación de un solo astro hizo visible toda una galaxia de varios miles de millones de estrellas.

Las cartas de Tyy volaban de una mano a la otra.

Sebastián preguntó:

-¿Qué a Dan le sucedió? -Tironeó de las riendas de los pajarracos para acercarlos a sus rodillas.

-La nave dejó atrás la estación y atravesó el centro del sol en la primera hora de implosión, y luego salió por el otro lado.

Los ojos amarillos se clavaron en Katin. En aquellas facciones desfiguradas no era fácil descifrar las emociones de Lorq.

Katin, acostumbrado a las lecturas difíciles, dejó caer los hombros y trató de hundirse en la silla.

-Sólo contaron con unos pocos segundos. Todo cuanto el Capitán pudo hacer fue interrumpir la alimentación sensoria que recibían los acoples.

-¿A ciegas volaban? -preguntó Sebastián.

Lorq asintió.

-Esa fue una de las novas en que estuvo Dan antes de conocerlo a usted, la primera -confirmó Katin.

-Así es.

-¿Qué sucedió en la segunda?

-Algo más acerca de lo que sucedió en la primera. Yo fui al Alkane y estudié todo el asunto. En el casco de la nave se veían las cicatrices del bombardeo de materia flotante, que ocurrió en el momento en que atravesaban el centro de la nova. La única sustancia capaz de desprenderse y flotar en el área de protección de la nave tiene que haber sido materia nuclear casi sólida del centro del sol. Elementos de núcleos inmensos, por lo menos tres o cuatro veces mayores que el del uranio.

-¿Quiere decir que la nave fue bombardeada con meteoros de ilirión? -preguntó el Ratón.

-Lo que ocurrió en la segunda nova -Lorq volvió a mirar a Katin-, fue que después de organizar nuestra expedición en el secreto más absoluto (ya el Alkane, con la ayuda de mi tía, había localizado una nueva nova, sin que nadie sospechara el móvil del viaje), y una vez la nave lanzada y en camino, traté de recrear con la mayor fidelidad posible las condiciones originales del primer accidente, cuando la nave de Dan cayó en el sol, y volaba a ciegas. Ordené a los tripulantes que desconectaran la alimentación sensoria en las cabinas de percepción. Dan desobedeció las órdenes; decidió echar una ojeada a lo que no había visto la primera vez. -Lorq se puso de pie y dio la espalda a los tripulantes-. Ni siquiera estábamos en una área peligrosa. De pronto, advertí que una de las palas batía como enloquecida. Luego oí gritar a Dan. -Dio media vuelta y los enfrentó-. Salimos de allí y volvimos rengueando a Draco y nos dejamos llevar hasta Sol por la marea en reflujo y aterrizamos en la Estación Tritón. El secreto dejó de serlo hace dos meses.

-¿Secreto? -preguntó Katin.

El rictus que era la sonrisa de Lorq afloró en los músculos de la cara.

-Ya no. Preferí descender en la Estación Tritón de Draco en vez de buscar refugio en las Pléyades. Despedí a la tripulación con instrucciones de contar todo lo que sabían al mayor número posible de personas. Dejé que ese loco merodeara por el puerto hablando con todos hasta que Infierno-3 se lo tragó. Esperé. Esperé, y al fin lo que yo esperaba llegó. Entonces os enganché en las afueras del puerto. Dije lo que iba a hacer. ¿A quién se lo contasteis? ¿Cuántos oyeron lo que dije? ¿A cuántos murmurasteis mientras os rascabais las cabezas: ¿«Cosa rara lo que quiere hacer, mmm»? -La mano de Lorq se anudó alrededor de una espiga de piedra.

-¿Qué esperaba?

-Un mensaje de Prince.

-¿Le llegó?

-Sí.

-¿Qué decía?

-¿Importa acaso? -Lorq dejó escapar un ruido cercano a la risa. Sólo que le subía del estómago-. Todavía no lo he escuchado.

-¿Por qué no? -preguntó el Ratón-. ¿No quiere saber qué le dice?

-Yo sé lo que hago. Eso me basta. Regresaremos al Alkane y

localizaremos otra... nova. Mis matemáticos han pergeñado unas dos docenas de teorías que podrían explicar el fenómeno que nos permite entrar en el sol. En todas ellas el efecto se invertirá al final de esas pocas primeras horas en que la luminosidad de la estrella alcanza su intensidad máxima.

-¿Cuánto una nova en extinguirse tarda? -preguntó Sebastián.

-Unas pocas semanas, tal vez dos meses. Una supernova puede demorar hasta dos años en consumirse.

-El mensaje -dijo el Ratón-. ¿No quiere saber lo que dice Prince?

-¿*Vosotros* queréis?

De pronto Katin se inclinó sobre el tablero.

-Sí.

Lorq rió.

-Está bien.

Cruzó la sala a grandes trancos. Una vez más tocó el panel en el sillón del Ratón.

En el marco más grande, la fantasía lumínica se apagó en un óvalo de dos metros, bordeado de hojas doradas.

-Aja. ¡Así que esto estuviste haciendo todos estos años! -dijo Prince.

El Ratón observó las mandíbulas descarnadas, y las suyas se le cerraron de golpe; alzó la vista hasta el cabello fino que coronaba la frente ancha de Prince, y su propia frente se puso tensa. Adelantó el torso en el sillón, retorciendo los dedos, modelando, como en una siringa, la nariz afilada, los abismos de azul.

Los ojos de Katin se dilataron. Los talones de sus sandalias se clavaron en la alfombra cuando, involuntariamente, quiso retroceder.

-No sé qué te propones conseguir. Ni me importa. Pero...

-¿Ese Prince es? -murmuró Tyy.

-...fracasarás. Créeme. -Prince sonrió.

Y el murmullo de Tyy se transformó en un jadeo.

-No. Ni siquiera sé adonde vas. Pero, alerta. Yo llegaré primero. Entonces... -levantó la mano enguantada de negro-...atención. -Adelantó la mano hasta que la palma ocupó toda la pantalla. Los dedos se agitaron; hubo un tintineo de vidrios...

Tyy ahogó un grito.

Prince había chasqueado el dedo contra la lente de la cámara de mensajes, haciéndola añicos.

El Ratón miró de soslayo a Tyy; la mujer había dejado caer los naipes.

Las bestias sujetas a las trabillas aletearon; el viento diseminó los naipes por la alfombra.

-Espera -dijo Katin-. ¡Yo las recogeré! -Se inclinó hacia delante y con sus brazos desgarbados las levantó del suelo.

Lorq había empezado a reírse otra vez.

Una carta se dio vuelta sobre la alfombra, a los pies del Ratón. Tridimensional dentro del metal laminado, un sol fulguraba sobre un mar negro. Por encima del malecón, el cielo era una llama viva. En la playa, dos niños desnudos se tomaban de las manos. El moreno guiñaba los ojos contra el sol, el rostro sorprendido y luminoso. El rubio miraba las sombras sobre la arena.

La risa de Lorq, como explosiones múltiples, resonaba en la sala.

-Prince ha aceptado el desafío. -Palmeó la piedra-. ¡Bien! ¡Muy bien! Oíd, ¿nos encontraremos un día bajo el sol en llamas? -Levantó la mano, un

puño-. Puedo sentir la garra de Prince. ¡Bueno! ¡Sí, bueno!

El Ratón recogió el naipe con presteza, miró al Capitán y luego a la pantalla visora donde las cambiantes tonalidades policromáticas habían reemplazado la cara, la mano. (Y allí, en paredes opuestas, estaban el umbrío Idas y el pálido Lynceos en marcos más pequeños). Los ojos del Ratón volvieron a posarse en los dos niños bajo el sol en erupción.

Mientras miraba, los dedos de su pie izquierdo se aferraron a la alfombra, los del derecho se engancharon a la suela de la bota; el miedo le hincó los dientes en el dorso de los muslos, se le enredó en los nervios de la columna. De pronto, deslizó el naipe en el morral de la siringa. Los dedos se le demoraron dentro del cuero, rezumaron sudor sobre el laminado. Invisible, la imagen era aun más aterradora. Sacó la mano y se la enjugó en la cadera; luego miró para ver si alguien lo observaba.

Katin estaba examinando las cartas que había recogido.

-¿Con esto estabas jugando, Tyy? ¿El Tarot? -Alzó la vista-. Tú eres gitano, Ratón. Apuesto a que las has visto antes. -Levantó las cartas para que el Ratón pudiera verlas.

Sin mirarlas, el Ratón asintió. Trataba de mantener la mano lejos de la cadera. (Hubo en un tiempo una mujerona sentada detrás del fuego, la de la sucia falda floreada, y hombres bigotudos sentados en círculo bajo los reflejos en la saliente de roca observaban el incesante relampagueo de los naipes en las manos regordetas. Pero eso había sido...).

-A ver -dijo Tyy-. Tú a mí dalas. -Extendió la mano.

-¿Puedo mirar todo el mazo? -preguntó Katin.

Los ojos grises de Tyy se dilataron.

-No. -Había sorpresa en su voz.

-Per... dona -empezó a decir Katin, turbado-. No pretendía...

Tyy tomó las cartas.

-¿Tú... tiras las cartas? -Katin trató de evitar que la cara se le endureciera.

Ella asintió.

-Leer el Tarot es común en toda la Federación -dijo Lorq. Estaba sentado en la escultura-. ¿Del mensaje de Prince tus cartas algo que decir tienen? -Cuando se volvió, los ojos le centellearon como el jaspe, como el oro-. ¿Quizá tus cartas de Prince y de mí hablarán?

Al Ratón le asombró la facilidad con que el Capitán saltaba de su lengua al dialecto de las Pléyades. Dentro, la expresión fue una breve sonrisa.

Lorq se alejó de la piedra.

-¿Qué de este vuelo hacia la noche las cartas dicen?

Sebastián, atisbando por debajo de las cejas rubias y espesas se acercó como una forma oscura.

-Yo las cartas ver quiero. Sí. ¿Dónde Prince y yo en las cartas salimos?

Si ella las tiraba, tendría la oportunidad de verlas un poco más: Katin sonrió para sus adentros.

-Sí, Tyy, haznos una lectura de la expedición del Capitán. ¿Qué tal las lee, Sebastián?

-Tyy nunca errores comete.

-Ustedes sólo unos segundos la cara de Prince vieron. En las líneas de la cara de un hombre el destino trazado está. -Lorq se puso los puños en las caderas-. Por la línea de la mía, ¿cuál mi destino es puedes decirme?

-No, Capitán... -Se miró las manos. Los naipes parecían demasiado grandes para sus dedos quietos-. Yo sólo las cartas tiro y leo.

-No he visto a nadie tirar el Tarot desde que estaba en la universidad. -Katin miró al Ratón-. Había un hombre raro de las Pléyades en mi seminario de filosofía que las conocía bien. Supongo que en una época podían haberme considerado todo un amateur aficionado del «*Libro de la Verdad»,* como se las llamaba erróneamente en el siglo XVII. ¿O tendría que decir -hizo una pausa esperando la confirmación de Tyy- el *«Libro del Grial»*?

No obtuvo ninguna.

-A ver. Échamelas, Tyy. -Lorq dejó caer los puños a los lados del cuerpo.

Las puntas de los dedos de Tyy tocaban los dorsos dorados. Desde su asiento al pie de la rampa, los ojos grises partidos por epicantos, miraba el vacío entre Katin y Lorq.

Dijo:

-Lo haré.

-Ratón -llamó Katin-, acércate y mira esto. Danos tu parecer sobre la actuación...

El Ratón se puso de pie iluminado por la luz del tablero de juego.

-¡Ehh...!

Todos se volvieron al escuchar la voz quebrada.

-¿*Vosotros* creéis en eso?

Katin levantó una ceja.

-¿Y soy yo el supersticioso porque escupí en el río? ¡Y ahora leeréis el futuro en las cartas! *¡Ajjj!* -que no es exactamente el sonido que hizo. De todos modos expresaba asco. El arete de oro se sacudió y relumbró.

Katin frunció el ceño.

La mano de Tyy pendía sobre el mazo.

El Ratón avanzó, desafiante, hasta el centro de la alfombra.

-¿De veras trataréis de ver el futuro en las cartas? Es ridículo. ¡Es superstición!

-No, Ratón, no lo es -rebatió Katin-. Uno imaginaría que tú más que nadie...

El Ratón hizo un ademán despectivo y ladró una ronca carcajada.

-Tú, Katin, y esas cartas. ¡Eso sí que está bueno!

-Ratón, las cartas en realidad no predicen nada. Son sólo un comentario atinado sobre situaciones actuales...

-¡Las cartas no tienen inteligencia! Son metal y plástico. No saben...

-Ratón, las setenta y ocho cartas del Tarot son símbolos e imágenes mitológicos que han estado siempre presentes a lo largo de cuarenta y cinco siglos de historia humana. Alguien que comprende esos símbolos puede componer un diálogo acerca de una cierta situación. No hay nada supersticioso en ello. *«El Libro de las Mutaciones»,* hasta la *«Astrología Caldea»* sólo son superstición cuando se los desvirtúa, cuando se los emplea más para dirigir que para guiar y sugerir.

El Ratón ladró otra carcajada.

-¡Vamos, Ratón! Es perfectamente lógico; hablas como alguien que vivió hace mil años.

-¡Eh, Capitán! -El Ratón cruzó la otra mitad de la alfombra, y asomándose por encima del codo de Lorq miró bizqueando el mazo que Tyy tenía en el regazo-. ¿Usted cree en esas cosas? -Su mano cayó sobre el

antebrazo de Katin, como si al apoyarse en él pudiera inmovilizarlo.

Bajo las cejas herrumbrosas, los ojos angustiados de un tigre; Lorq sonrió:

-Tyy, las cartas a mí lee.

Ella dio vuelta el mazo y pasó las figuras...

-Capitán, usted una elige...

-...de mano a mano.

Lorq se agachó para ver. De pronto interrumpió a Tyy señalando con el índice la carta que pasaba.

-El *Cosmos,* me parece. -Nombró la carta sobre la que había caído su dedo-. En esta carrera el Universo el premio es. -Miró al Ratón y a Katin-. ¿Está bien elegir el *Cosmos* para iniciar la lectura?

Enmarcada por la masa de los hombros, la «angustia» se sutilizó.

El Ratón respondió con una mueca de los labios oscuros.

-Adelante -dijo Katin.

Lorq sacó la carta.

La niebla matutina entretejía abedul, tejo y acebo; en el claro una figura desnuda saltaba y brincaba en el amanecer azul.

-Ah -dijo Katin-, el Hermafrodita que Danza, la unión de todos los principios masculinos y femeninos. -Se frotó la oreja con dos dedos-. Durante trescientos años, desde 1890 hasta después de iniciados los viajes espaciales, hubo un Tarot muy cristianizado, diseñado por un amigo de William Butler Yeats; se popularizó tanto que casi desplazó las imágenes verdaderas.

Cuando Lorq inclinó la carta, imágenes difractadas de animales relampaguearon y desaparecieron en el boscaje místico. La mano del Ratón oprimió el brazo de Katin. Levantó la barbilla, interrogando.

-Las bestias del Apocalipsis -respondió Katin. Por encima del hombro del Capitán señaló los cuatro ángulos del bosquecillo-: Toro, León, Águila, y esa pequeña criatura ridícula que parece un mono, el dios enano Bes, venido de Egipto y Anatolia, protector de las parturientas, flagelo de los avarientos; un dios generoso y terrible. Hay una estatua de él que es bastante famosa: acuclillado, sonriente, colmilludo, copula con una leona.

-Hmm -murmuró el Ratón-. He visto esa estatua.

-¿De veras? ¿Dónde?

-En algún museo. -Se encogió de hombros-. En Estambul, creo. Un turista me llevó allí cuando era chico.

-Dichoso tú -suspiró Katin-. Yo tuve que contentarme con hologramas tridimensionales.

-Sólo que no es enano. Tiene -el ronquido del Ratón se interrumpió mientras medía a Katin con la mirada- tal vez el doble de tu estatura. -Recordó de pronto y las pupilas giraron mostrando blancos surcados de venillas.

-Capitán Von Ray ¿usted el Tarot bien conoce? -preguntó Sebastián.

-Me he hecho leer las cartas tal vez media docena de veces -explicó Lorq-. A mi madre no le gustaba que me detuviese en las mesillas de los cartomantes, bajo los paravientos de las esquinas. Una vez, cuando tenía cinco o seis años, me las ingenié para perderme. Mientras vagabundeaba por una parte de Ark que nunca había visto, me detuve y me hice decir la buenaventura. -Se rió; el Ratón, que no había interpretado correctamente la expresión, había esperado cólera-. Cuando volví a casa y se lo conté a mi

madre, ella se enojó y me dijo que no lo hiciera nunca más.

-¡Porque sabía que era pura estupidez! -murmuró el Ratón.

-¿Qué decían las cartas? -preguntó Katin.

-Algo acerca de una muerte en mi familia.

-¿Y murió alguien?

Los ojos de Lorq se entrecerraron.

-Más o menos un mes más tarde mi tío murió asesinado.

Katin reparó en el sonido de las emes. ¿El tío del Capitán Lorq Von Ray?

-¿Pero bien las cartas usted no conoce? -preguntó Sebastián una vez más.

-Sólo los nombres de unas pocas: el *Sol,* la *Luna,* el *Ahorcado.* Pero los significados nunca estudié.

-Ah. -Sebastián asintió con un gesto-. La primera carta elegida siempre usted es. Pero el Cosmos una carta de los Arcanos Mayores es. Un ser humano representar no puede. Elegir ésa no puede.

Lorq arrugó el entrecejo. La perplejidad pareció furia. Sebastián se detuvo.

-Lo que pasa -siguió diciendo Katin- es que en el Tarot hay cincuenta y seis cartas de los Arcanos Menores, lo mismo que en el juego de cincuenta y dos naipes, sólo que con pajes, caballeros, reinas y reyes en los naipes cortesanos. Éstos tienen que ver con los asuntos humanos: amor, muerte, impuestos... ese tipo de cosas. Hay otras veintidós cartas: los Arcanos Mayores, con cartas como el *Loco* y el *Ahorcado.* Representan entidades cósmicas primigenias. Usted no puede elegir un Arcano Mayor para que lo represente.

Lorq observó la carta unos segundos.

-..¿Por qué no? -Miró a Katin. Ahora toda expresión había desaparecido de su rostro-. Me gusta esta carta. Tyy dijo elija, y yo elegí.

Sebastián levantó la mano.

-Pero...

Los delicados dedos de Tyy asieron los nudillos velludos de su compañero.

-Él eligió -dijo. El metal de sus ojos pasó como un relámpago de Sebastián al Capitán, y de éste a la carta-. Allí póngala. -Le indicó dónde con un gesto-. El Capitán la carta que quiere elegir puede.

Lorq depositó la carta sobre la alfombra, la cabeza del bailarín hacia él, los pies apuntando a Tyy.

-El *Cosmos* invertido -murmuró Katin.

Tyy lo miró.

-Invertido para ti, para mí al derecho está. -La voz era cortante.

-Capitán, la primera carta que usted elige no predice nada -dijo Katin-. En realidad, la primera carta que usted toma elimina de la lectura de usted todas las posibilidades que ella representa.

-¿Qué representa? -preguntó Lorq.

-Aquí lo masculino y lo femenino se unen -dijo Tyy-. La espada y el cáliz, la vara y el cuenco. Complementación y éxito seguro significa; el estado cósmico de divina conciencia significa. Victoria.

-¿Y todo eso ha sido eliminado de mi futuro? -El semblante de Lorq volvió a mostrar angustia-. ¡Bravo! ¿Qué carrera sería esta si supiera desde el comienzo que iba a ganarla?

-Invertida significa obsesión por una cosa, terquedad -agregó Katin-. Negarse a saber…

De pronto Tyy recogió las cartas. Las ofreció.

-¿Tú, Katin, la lectura terminar quieres?

-¿Mmm?… Yo… Mira, perdona. No… De todos modos, sólo conozco el significado de una docena de cartas. -Se le enrojecieron las orejas-. No abriré la boca.

Un ala rozó el suelo.

Sebastián se puso de pie y a la rastra alejó a los pájaros. Uno aleteó hasta su hombro. Una brisa, y el pelo cosquilleó la frente del Ratón.

Ahora todos estaban de pie excepto Lorq y Tyy, acuclillados, el Hermafrodita entre ellos.

Nuevamente Tyy barajó los naipes y los abrió en abanico, esta vez cara abajo.

-Elija.

Dedos anchos, de uñas gruesas, tomaron el naipe:

Un obrero estaba de pie frente a una bóveda doble de piedra con una pica enchufada en la muñeca. La herramienta tallaba en el dintel una tercera estrella de cinco puntas. La luz del sol iluminaba al picapedrero y el frente del edificio. Del otro lado de la puerta, un río de oscuridad.

-El Tres de la Estrella Pentacular. Esta carta usted tapa.

El Ratón miró el antebrazo del Capitán. El enchufe oval casi se perdía entre el doble tendón de la muñeca.

El Ratón palpó el enchufe de su propio brazo. La incrustación de plástico le ocupaba la cuarta parte del ancho de la muñeca; los dos enchufes eran del mismo tamaño.

El Capitán puso sobre el *Cosmos* el Tres de Estrellas.

-Otra vez elija.

La carta salió al revés:

Un efebo de cabellera negra con un jubón de brocado y botas de cuero fileteado se apoyaba en la empuñadura de una espada, en la que se veía un saurio de plata y piedras preciosas. La figura se ocultaba bajo las sombras de unos riscos; el Ratón no alcanzó a ver si era un adolescente o una muchacha.

-El Paje de Espadas invertido. Esta carta usted cruza.

Lorq colocó la carta atravesada sobre el Tres de Estrellas.

-Otra vez elija.

Sobre una playa, en un límpido cielo con pájaros, una sola mano, que asomaba entre torbellinos de niebla, sostenía una estrella de cinco puntas encerrada en un círculo.

-El As de Estrellas. -Tyy señaló debajo de las cartas cruzadas. Lorq colocó allí la carta-. Esta carta abajo pone. Elija.

Un mocetón rubio de pie en el sendero de lajas de un jardín. Alzaba los ojos, y adelantaba la mano con el dorso hacia arriba. Un pájaro rojo estaba por posársele en la muñeca. En las piedras del sendero había talladas nueve formas estelares.

-El Nueve de Estrellas. -Le señaló las cartas dispuestas sobre la alfombra-. Esta carta atrás pone.

Lorq puso la carta.

-Elija.

Nuevamente invertida:

Entre nubes tormentosas ardía un cielo violeta. El rayo había incendiado la cúpula de una torre de piedra. Dos hombres habían saltado desde la galería superior. Uno estaba ricamente ataviado. Hasta se le podían ver los anillos de piedras preciosas y las borlas de oro de las sandalias. El otro vestía un vulgar jubón de trabajo, estaba descalzo, tenía barba.

-¡La *Torre,* invertida! -murmuró Katin-. ¡Uh-oh! Yo sé lo que... -y calló de golpe porque Tyy y Sebastián lo miraron.

-La *Torre* invertida. -Tyy señaló la parte superior de la figura formada por las cartas-. Ésta arriba pone.

Lorq colocó la carta; luego sacó la séptima.

-El Dos de Espadas, invertido.

Cabeza abajo:

Una mujer con los ojos vendados estaba sentada en una silla, de frente al océano, sosteniendo sobre los pechos dos espadas cruzadas.

-Ésta adelante pone.

Con tres cartas en el centro y cuatro alrededor, las primeras siete cartas formaban una cruz.

-Vuelva a elegir.

Lorq eligió.

-El Rey de Espadas. Aquí póngalo.

El Rey iba a la izquierda de la cruz.

-Y otra vez.

Lorq sacó la novena carta.

-El Tres de Bastos, invertido.

Que iba abajo del Rey.

-El *Diablo...*

Katin miró la mano del Ratón. Los dedos se arquearon y la uña del meñique se clavó en el brazo de Katin.

-...invertido.

Los dedos se aflojaron; Katin volvió a mirar a Tyy.

-Aquí pone. -El *Diablo* invertido iba abajo de los Bastos-. Y elija.

-La Reina de Espadas. Esta última carta aquí coloca.

Al lado de la cruz había ahora una hilera vertical de cuatro cartas.

Tyy cerró el mazo.

Se restregó los dedos contra la barbilla. Cuando se inclinó sobre los vividos dioramas, el cabello color hierro le cayó sobre el hombro.

-¿Ves a Prince allí? -preguntó Lorq-. ¿Me ves a mí, y al sol que ando buscando?

-A usted veo; y a Prince. También a una mujer, de alguna forma relacionada con Prince, una mujer morena...

-¿De cabellos negros, pero ojos azules? -dijo Lorq-. Los ojos de Prince son azules.

Tyy asintió.

-También los de ella.

-Es Ruby.

-Las cartas casi todas espadas y estrellas son. Mucho dinero veo. También mucha lucha por él y por causa de él hay.

-¿Con siete toneladas de ilirión? -masculló el Ratón-. No hace falta echar las cartas para ver...

-Chis... -Katin.

-La única influencia positiva de los Arcanos Mayores la del *Diablo* es.

Librodot

Una carta de violencia, de revolución, de lucha es. Pero también el nacimiento de una comprensión espiritual significa. Las estrellas al principio de la lectura salieron. Ellas cartas de dinero y riquezas son. Luego espadas predominan; cartas de poder y conflicto. El basto símbolo de intelecto y creatividad es. Aunque el número de bastos tres y bajo es, alto en la lectura aparece. Eso bueno es. Pero no copas, símbolo de la emoción y en especial del amor, hay. Malo es. Para bueno ser, bastos copas tener debe. -Levantó las cartas que ocupaban el centro de la cruz: el *Cosmos,* el Tres de Estrellas. El Paje de Espadas.

-Ahora... -Tyy hizo una pausa. Los cuatro hombres respiraron juntos-. Usted a sí mismo como el mundo ve. La carta que de nobleza lo cubre, de aristocracia habla. También, de cierta habilidad...

-Usted dijo que era Capitán de regatas ¿no? -preguntó Katin.

-Que el progreso material le preocupa, esta carta revela. Pero el Paje de Espadas se le cruza.

-¿Ese es Prince?

Tyy negó con la cabeza.

-Una persona más joven es. Alguien que ya cerca de usted está. Alguien que usted conoce. Un hombre moreno, quizá muy joven...

Katin fue el primero en mirar al Ratón.

-...que de algún modo entre usted y ese sol incandescente se interpondrá.

Ahora fue Lorq quien miró por encima del hombro.

-Eh, vamos. Un momento... -El Ratón miró a los demás con el ceño fruncido-. ¿Qué va a hacer? ¿Dejarme en la primera parada por unas cartas estúpidas? ¿Piensa que quiero traicionarlo?

-Aunque te echasen -dijo Tyy, mirándolo- nada cambiaría.

El Capitán le dio al Ratón una palmada en la cadera.

-No te preocupes, Ratón.

-Si no cree en ellas, Capitán ¿por qué pierde el tiempo escuchando...? -y calló porque Tyy había vuelto a colocar las cartas.

-En el pasado inmediato -prosiguió Tyy- el As de Estrellas está. Otra vez, mucho dinero, pero hacia un propósito apunta.

-Organizar esta expedición debe de haber costado un brazo y una pierna -comentó Katin.

-¿Y un ojo y una oreja? -Los nudillos de Sebastián ondularon sobre la cabeza de una de las mascotas.

-En el pasado lejano, el Nueve de Estrellas está. Otra vez una carta de riqueza es. Usted al éxito acostumbrado está. De lo mejor disfrutado ha. Pero en el futuro inmediato la *Torre* invertida aparece. Esto en general significa...

-...ir directamente a la cárcel. No se arriesgue. No -las orejas de Katin volvieron a encenderse cuando Tyy le clavó los ojos- cobre doscientas libras @. -Carraspeó.

-Prisión esta carta significa; una gran casa se derrumba.

-¿La de los Von Ray?

-La casa de quién, yo no he dicho.

Al oírla, Lorq se echó a reír.

-Después de ésa, el Dos de Espadas invertido está. De pasiones morbosas, Capitán, cuídese.

-¿Qué quiere decir con *eso*? -murmuró el Ratón.

Pero ya Tyy había abandonado la cruz de siete cartas para dedicarse a

la hilera de cuatro.

-El Rey de Espadas la empresa preside.

-¿Ese es mi amigo Prince?

-Es. La vida él puede afectarle. Él un hombre fuerte es, y usted fácilmente a la cordura llevarlo puede; también la muerte de usted. -De pronto levantó la cabeza, el rostro profundamente consternado-. También, todas nuestras vidas... Él...

Al ver que callaba, Lorq le preguntó:

-¿Qué, Tyy?

La voz de Lorq, ahora serena, se convirtió en algo más profundo, más sólido.

-Debajo de él...

-¿Qué viste, Tyy?

-...el Tres de Bastos invertido está. De la ayuda ofrecida cuídese. La mejor defensa contra el desengaño la esperanza es. El fundamento de esto el Diablo es. Pero invertido. La comprensión espiritual de que hablé recibirá. En la...

-Eh. -El Ratón miró a Katin-. ¿Qué habrá visto?

-Calla...

-...lucha inminente, la superficie de las cosas cae. Lo que pasa por dentro extraño y más extraño parecerá. Y aunque el Rey de Espadas los muros de la realidad derrumba, detrás de ellos a la Reina de Espadas encuentra.

-¿Esa es... Ruby? Dime, Tyy: ¿ves el sol?

-Ningún sol. Sólo la mujer, morena y poderosa como el hermano, una sombra arroja...

-¿A la luz de qué estrella?

-Una sombra sobre usted y Prince cae...

Lorq agitó las manos por encima de las cartas.

-¿Y el sol?

-La sombra de usted en la noche aparece. Estrellas en el cielo veo. Pero todavía ningún sol...

-¡No! -Sólo que era el Ratón-. ¡Es pura estupidez! ¡Disparates! ¡Nada, Capitán! -La uña se hundió, y Katin apartó el brazo de un tirón-. ¡No puede decirle nada con esas cartas! -De pronto se lanzó a un costado. El pie embotado pataleó entre los animales de Sebastián. Éstos se levantaron y aletearon estirando las trabillas.

-¡Eh, Ratón! Qué estás...

El Ratón barrió con el pie desnudo las cartas extendidas sobre la alfombra.

-*¡Eh!*

Sebastián tironeó de las trabillas de las sombras que se agitaban.

-¡Vamos, quietos ahora quedaos! -La mano iba de una cabeza a otra; nudillo y pulgar acariciaban suavemente el dorso de las orejas y las quijadas oscuras.

Pero ya el Ratón atravesaba a zancadas la rampa que cruzaba el estanque. A cada paso, el morral le golpeaba la cadera; desapareció.

-Iré a buscarlo, Capitán. -Katin subió la rampa a la carrera.

Cuando las alas se aquietaron junto a las sandalias de Sebastián, Lorq se puso de pie.

Tyy, de rodillas, recogía las cartas desparramadas.

-A vosotros dos en las palas pongo. A Lynceos e Idas yo relevo. -Así como el humor se traducía en angustia, así la preocupación se reflejaba en una sonrisa-. Vosotros a las cabinas marchad.

Guando Tyy se puso de pie, Lorq la tomó del brazo. Tres expresiones se sucedieron en el rostro de ella: sorpresa, temor, y la tercera en el momento en que descifró la de Lorq.

-Por lo que tú en las cartas has leído, Tyy, te agradezco.

Sebastián se acercó a sacar la mano de Tyy de la del Capitán.

-Otra vez, te agradezco.

En el corredor que llevaba al puente del *Roc,* las estrellas proyectadas flotaban a la deriva sobre el muro negro. Apoyado en el muro azul, el Ratón estaba sentado en el suelo, cruzado de piernas, el morral en el regazo. Movía la mano modelando formas en el cuero. Tenía los ojos fijos en las luces giratorias.

Katin llegó por el pasillo, las manos a la espalda.

-¿Qué demonios te pasa? -le preguntó amigablemente.

El Ratón levantó la vista y siguió con la mirada a una estrella que emergía de la oreja de Katin.

-No hay duda de que te gusta complicarte la vida.

La estrella descendió a la deriva, desapareció en el piso.

-Y ya que estamos, ¿cuál fue la carta que te guardaste en el morral?

Los ojos del Ratón se volvieron a Katin, veloces como el rayo. Parpadeó.

-Soy muy hábil para captar ese tipo de cosas. -Katin se recostó contra la pared tachonada de estrellas. El proyector del cielo raso que reproducía la noche exterior le sembraba de manchas luminosas la cara corta, el vientre largo y plano-. Esa no es la mejor forma de ganarse la estima del Capitán. Tienes algunas ideas raras, Ratón; son fascinantes, lo reconozco. Si alguien me hubiese dicho que iba a trabajar en la misma nave, hoy en el siglo XXXI, con alguien capaz de mostrarse escéptico a propósito del Tarot, me parece que no lo habría creído. ¿Eres de veras de Tierra?

-Seguro, soy de Tierra.

Katin se mordió un nudillo.

-Ahora que lo pienso, dudo que ideas tan fosilizadas puedan provenir de otro lugar que no sea Tierra. Ni bien te encuentras con gente de los tiempos de las grandes migraciones estelares, empiezas a encontrar culturas bastante evolucionadas capaces de apreciar el Tarot. No me sorprendería que en un pueblecito de la Alta Mongolia quede aún alguien que crea que la Tierra flota en un cuenco sobre el lomo de un elefante que está sobre una serpiente enroscada en una tortuga que nada en un mar de eternidad. En cierto modo me alegro de no haber nacido allí, por fascinante que sea. Produce algunos neuróticos espectaculares. Había un hombre raro en Harvard... -Se interrumpió y volvió a mirar al Ratón-. Eres un chico extraño. Estás aquí, volando en este carguero estelar, producto de la tecnología del siglo XXXI, y al mismo tiempo tienes la cabeza llena de ideas petrificadas que murieron hace mil años. Déjame ver lo que te robaste.

El Ratón metió el antebrazo en el morral, sacó la carta. La miró, anverso y reverso, hasta que Katin estiró el brazo y se la quitó.

-¿Recuerdas quién te dijo que no creyeras en el Tarot?

Katin examinó la carta.

Librodot

-Fue mi... -El Ratón tomó con las manos la boca del morral y la estrujó-. Esa mujer. En aquel entonces, cuando yo era de veras un chico, cinco o seis años.

-¿Ella también era gitana?

-Aja. Me cuidaba. Tenía cartas, como las de Tyy. Sólo que no eran tri-D. Eran muy viejas. Cuando recorríamos Francia e Italia le leía a la gente la buenaventura. Las conocía muy bien, lo que significaban las figuras y todo. Y ella me lo dijo. Decía que no le hiciera caso a nadie, que todo eso eran puras patrañas. No eran más que mentiras y no tenían ningún significado. Decía que los gitanos les habían pasado las cartas del Tarot a todos los demás.

-Eso es cierto. Probablemente los gitanos las llevaron de Oriente a Occidente en los siglos XI y XII. Y sin duda fueron ellos quienes las difundieron por toda Europa en los quinientos años subsiguientes.

-Eso es lo que ella me dijo, que las cartas pertenecieron primitivamente a los gitanos, y que los gitanos sabían: son pura patraña. Y que nunca creyera en ellas.

Katin sonrió.

-Una idea muy romántica. A mí también me gusta: la idea de que todos esos símbolos, decantados a través de quinientos años de mitología, carecen en lo profundo de significado, y no tienen ninguna relación con la mente y los actos de los hombres... hace tintinear en mí una campanilla de nihilismo. Desgraciadamente, sé demasiado acerca de esos símbolos para dejarme llevar por semejante idea. Aunque me interesa lo que tú dices. ¿Así que esa mujer con la que vivías cuando eras niño, leía el Tarot, pero insistía en que era falso?

-Aja. -El Ratón soltó el morral.- Sólo...

-¿Sólo qué? -insistió Katin.

-Sólo que una noche..., justo antes del fin. No había nadie allí, excepto gitanos. Esperábamos en una cueva, de noche. Todos teníamos miedo, pues algo estaba por suceder. Todos cuchicheaban, y si alguno de los chicos se acercaba, callaban de pronto. Y esa noche, ella leyó las cartas... sólo que no como si fuese mentira. Y todos estaban sentados alrededor del fuego en la oscuridad, escuchándola a ella. Y a la mañana siguiente alguien me despertó muy temprano, cuando el sol asomaba apenas sobre la ciudad, entre las montañas. Todo el mundo partía. Yo no fui con la Mama, la mujer que leía las cartas. Nunca más volví a ver a ninguno de ellos. Aquellos con quienes partí, desaparecieron pronto. Terminé yéndome solo a Turquía. -El Ratón acarició una forma con el pulgar, bajo el cuero-. Pero esa noche, cuando ella leía las cartas a la luz de la hoguera, recuerdo que yo estaba muy asustado. También ellos, todos, tenían miedo, sabes. Y no querían decirnos por qué. Pero era un miedo tan grande como para que consultaran las cartas, aunque supieran que todo era mentira.

-Sospecho que en situaciones críticas, la gente recurre al sentido común y renuncia a las supersticiones, hasta sentirse a salvo. -Katin arrugaba el ceño-. ¿Qué miedo sería ese?

El Ratón se encogió de hombros. -Tal vez había gente que nos perseguía. Tú sabes lo que pasa con los gitanos. Todo el mundo cree que roban. Robábamos, sí. Tal vez iban a perseguirnos desde la ciudad. Nadie quiere a los gitanos en Tierra. Y eso es porque no trabajamos.

-Tú trabajas duro, Ratón. Por eso me sorprende que hayas armado todo

Librodot

ese jaleo con Tyy. Arruinarás tu reputación.

-Nunca he andado con gitanos desde que tenía siete u ocho años. Además, tengo mis enchufes. Aunque no los conseguí hasta que fui al Instituto de Astronáutica de Cooper en Melbourne.

-¿De veras? En ese entonces habrás tenido por lo menos quince o dieciséis años. Eso es un poco tardío. En Luna obtenemos los nuestros a los tres o cuatro años, así podemos operar las computadoras de instrucción escolar. -De pronto, Katin lo miró con extrañeza-. ¿Quieres decir que todo un grupo de hombres y mujeres adultos, con hijos, vagabundeaba en Tierra de pueblo en pueblo, de país en país, *sin* enchufes?

-Sí. Creo que así era.

-Sin enchufes no puedes hacer gran cosa en materia de trabajo.

-Seguro que no.

-No es raro entonces que a los gitanos les soltaran los perros. ¡Un grupo de adultos yendo de aquí para allá sin enchufes! -Meneó la cabeza-. Pero ¿por qué no se los ponían?

-Cosa de gitanos. Nunca los tuvimos. Nunca los quisimos. Yo me los puse porque estaba solo, y... bueno, supongo que así era más fácil. -El Ratón colgó los antebrazos sobre las rodillas-. Pero esa no era razón para que nos echaran del pueblo cada vez que acampábamos. Una vez, recuerdo, prendieron a dos gitanos y los mataron. Los apalearon hasta dejarlos medio muertos, y entonces les cortaron los brazos y los colgaron de unos árboles cabeza abajo para que se desangrasen hasta morir...

-¡Ratón! -La cara de Katin se crispó.

-Yo era apenas un chiquillo, pero lo recuerdo. Tal vez fue eso lo que decidió a la Mama a consultar las cartas, para saber qué podíamos hacer aunque ella no creía. Tal vez fue eso lo que nos separó.

-Sólo en Draco -dijo Katin-. Sólo en Tierra.

La cara morena se volvió a él.

-¿Por qué, Katin? A ver, dímelo tú, dime por qué lo hacían. -Ningún signo de interrogación en esta frase. Sólo una cólera ronca.

-Porque la gente es estúpida, y mezquina, y tiene miedo de todo lo diferente. -Katin cerró los ojos-. Por eso prefiero las lunas. Hasta en una de las mayores, es difícil que se junte tanta gente como para que ocurran esas cosas. -Abrió los ojos-. Ratón, piénsalo. El Capitán Von Ray tiene enchufes. Es uno de los hombres más ricos del Universo. Y también los tiene cualquier minero, o barrendero, o cantinero, o empleado administrativo, o tú. En la Federación de las Pléyades o en las Colonias Lejanas, es un fenómeno totalmente transcultural, parte de un sistema que considera a todas las máquinas como una simple prolongación del hombre, y que ha sido aceptado en todos los niveles sociales a partir de Ashton Clark. Hasta esta conversación, yo hubiese dicho que el acople-ciborg era un fenómeno completamente transcultural también en Tierra. Entonces tú me recordaste que en esa extraña cuna ancestral, algunos lastres culturales anacrónicos han conseguido sobrevivir hasta hoy. Pero el hecho de que un grupo de gitanos sin enchufes, empobrecidos, tratando de trabajar donde no hay trabajo, diciendo la buenaventura por un método que han dejado de comprender, mientras que el resto del Universo ha aprendido lo que los antepasados de esos mismos gitanos supieran mil quinientos años atrás: eunucos sin ley que llegaran a una ciudad no hubieran sido más inquietantes para el trabajador ordinario provisto de enchufes. ¿Eunucos?

Cuando uno se enchufa a una gran máquina, se dice que uno se acopla; no puedes imaginarte cuál es el origen de esta expresión. No, el porqué de todo eso me es incomprensible. Pero en cambio comprendo un poco el cómo. -Meneó la cabeza-. Tierra es un lugar extraño. Estuve allí cuatro años en la universidad, y sólo entonces empecé a darme cuenta de que yo entendía muy poco de Tierra. Los que no hemos nacido allí quizá nunca lleguemos a comprenderla del todo. Incluso en el resto de Draco, llevamos una vida mucho más simple, me parece. -Katin miró la baraja que tenía en la mano.

-¿Conoces el nombre de la carta que robaste?

El Ratón asintió.

-El *Sol.*

-Tú sabes que si andas escamoteando cartas, es lógico que no aparezcan en la lectura. El Capitán estaba muy ansioso por ver ésta.

-Lo sé. -El Ratón pasó los dedos por la correa del morral-. Las cartas ya estaban diciendo que yo me interpondría entre el Capitán y su sol; y lo único que hice fue quitar el naipe del mazo.

El Ratón sacudió la cabeza.

Katin le tendió la carta.

-¿Por qué no la devuelves? Y de paso, podrías pedir disculpas por haber armado ese alboroto.

El Ratón bajó la vista durante medio minuto. Luego se puso de pie, tomó la carta y se alejó por el pasillo.

Katin lo siguió con la mirada hasta que dio vuelta el recodo. Entonces se cruzó de brazos y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Y su mente flotó hacia los polvos pálidos de unas lunas añoradas.

En el pasillo silencioso Katin cavilaba; al cabo de un rato cerró los ojos. Algo le tironeó de la cadera.

Los abrió.

-Eh...

Lynceos (con Idas como una sombra junto al hombro) se le había acercado, y tironeando de la cadena le había sacado la grabadora del bolsillo. Levantaba en alto la caja enjoyada.

-¿Para qué...

-...sirve esto? -concluyó Idas.

-¿Me haces el favor de devolvérmelo?

Katin estaba molesto sobre todo porque lo habían interrumpido. La insolencia de los mellizos desbordaba la copa.

-Te vimos juguetear con eso en el puerto. -Idas tomó el aparato de los dedos blancos de su hermano...

-Mira... -empezó a decir Katin.

...y se lo devolvió a Katin.

-¡Gracias! -Se dispuso a guardarlo nuevamente en el bolsillo.

-Muéstranos cómo funciona...

-...y para qué lo usas.

Katin se detuvo, hizo girar el grabador en su mano.

-No es más que un grabador matriz al que le puedo dictar notas y archivarlas. Lo estoy utilizando para escribir una novela.

Idas dijo:

-Ah, yo sé lo que...

-...yo también. Por qué quieres...

-...hacer una...

-...por qué no simplemente un psicorama...

-...es tanto más fácil. ¿Figuramos nosotros...

-...en ella?

Katin se encontró contestando cuatro cosas a la vez. Entonces se echó a reír.

-Mirad, vosotros, insignes salero y pimentero, ¡así no puedo pensar! -Reflexionó un momento-. No sé por qué quiero escribirla. Estoy seguro de que sería mucho más fácil hacer un psicorama si contase con equipo, el dinero, y un estudio de psicorama. Pero no es eso lo que quiero. Y no tengo ninguna idea de si vosotros figuraréis en «ella» o no. Ni siquiera he empezado a pensar en el tema. Todavía estoy haciendo notas sobre la forma. -Los mellizos fruncieron el ceño-. Sobre la estructura, la estética de todo el libro. No es cuestión de sentarse y ponerse a escribir. Hay que pensar. La novela era una forma de arte. Tengo que volver a inventarla antes de poder escribir una. En todo caso la que yo quiero escribir.

-Oh -dijo Lynceos.

-¿Sabéis en verdad qué es una...

-...claro que sé. ¿Experimentaste *«La Guerra...*

-...*y la Paz»*? Sí. Pero era un psicorama...

-...con Che-ong como Natacha. ¿Pero era...

-...tomado de una novela? Es verdad, yo...

-...recuerdas ahora?

-Aja. -Idas asintió, oscuro, por detrás de su hermano-. Sólo que -ahora le hablaba a Katin-, ¿cómo no sabes lo que quieres escribir?

Katin se encogió de hombros.

-Entonces, a lo mejor escribes algo acerca de nosotros si todavía no sabes qué...

-...lo podemos demandar si dice algo que no es...

-Epa -interrumpió Katin-. Tengo que encontrar un tema que pueda sustentar una novela. Ya lo expliqué: no puedo deciros si vais a figurar en ella o...

-...como quiera que sea, ¿qué clase de cosas tienes ahí? -estaba preguntando Idas por detrás del hombro de Lynceos.

-¿Mmm? Como te dije, notas. Para el libro.

-Escuchemos.

-Mirad, muchachos, no... -Se encogió de hombros. Movió los pivotes de rubí sobre la tapa del grabador, y el mecanismo de retroceso.

-Nota para mí mismo número cinco mil trescientos siete. Tener presente que la novela (por íntima, psicológica o subjetiva que parezca) es siempre una proyección histórica de su propio tiempo. -La grabación sonaba demasiado aguda y demasiado rápida. Pero facilitaba la revisión-. Para mi libro: tener conciencia de la concepción de la historia en mi propio tiempo.

La mano de Idas era una negra charretera sobre el hombro de su hermano. Con ojos de corteza y coral, arrugaban el entrecejo, articulaban la atención.

-¿Historia? Herodoto y Tucídides la inventaron tres mil quinientos años atrás. La definieron como el estudio de cuanto acontecía en el transcurso de una vida. Y durante los mil años subsiguientes fue sólo eso. Mil quinientos años después de los griegos, en Constantinopla, Anna Comnenos, con una

brillantez de jurista (y en lo esencial con el mismo lenguaje que Herodoto) escribió historia como el estudio de los acontecimientos que han quedado documentados. Me pregunto si esta encantadora dama bizantina creía que las cosas sólo sucedían cuando se escribía sobre ellas. Pero en Bizancio, los incidentes no comentados no pertenecían sencillamente al ámbito de la historia. El concepto mismo se había transformado. Transcurridos otros mil años habíamos llegado a ese siglo que se inició con el primer conflicto global y concluyó cuando fermentaba el primer conflicto entre los mundos. De algún modo había surgido la teoría de que la historia era una serie de ciclos de apogeo y decadencia a medida que una civilización prevalecía sobre otra. Aquellos sucesos que no se ajustaban al ciclo eran definidos como históricamente insignificantes. Hoy es difícil para nosotros apreciar las diferencias entre un Spengler y un Toynbee, aunque a juzgar por lo que sabemos, los puntos de vista de uno y otro fueron considerados antagónicos en un comienzo. A nosotros nos parecen meros sofismas a propósito de cuándo o dónde comenzaba un ciclo. Ahora que han transcurrido otros mil años, las teorías más aceptadas son las de Broblin y De Eiling, 34-Alvin y el Informe Crespburg. Por la sencilla razón de que son contemporáneos, comparten la misma visión histórica. Pero cuántas madrugadas he visto asomar más allá de los muelles del Charles, mientras caminaba preguntándome si compartía la Teoría de Saunders de la Convección Histórica Integral o si, después de todo, seguía estando de acuerdo con Broblin.

»Y, sin embargo, tengo la lucidez suficiente como para saber que dentro de otros mil años estas diferencias parecerán tan insignificantes como la controversia de dos teólogos medievales sobre si eran doce o veinticuatro los ángeles que podían bailar en la cabeza de un alfiler.

»Nota para mí mismo número cinco mil trescientos ocho. Nunca olvides el contorno de los sicómoros desnudos contra el bermellón...

Katin apagó el grabador.

-Oh -dijo Lynceos-. Eso fue por así decir...

-...interesante -dijo Idas-. ¿Sacaste alguna conclusión...

-...acerca de la historia quiero decir...

-...acerca de la concepción histórica de nuestro tiempo?

-Bueno, en realidad si. Es una teoría interesante por cierto. Si vosotros...

-Me imagino que es muy complicado -dijo Idas-. Quiero decir...

-...para la gente que vive ahora, captar...

-Por sorprendente que parezca, no lo es. -(Katin)-. Todo lo que se requiere es saber cómo vemos...

-...Quizá para la gente de futuras generaciones...

-...no será tan difícil...

-De veras. No habéis notado -(otra vez Katin)- que toda la matriz social se considera como...

-Nosotros no sabemos mucho de historia. -Lynceos se rascó la lana plateada-. No creo...

-...que podamos comprenderlo ahora...

-¡Claro que podéis! -(De nuevo Katin)-. Yo puedo explicar muy...

-...Tal vez más adelante...

-...en el futuro...

-...será más fácil.

De pronto, sonrisas morenas y blancas se inclinaron ante él. Los mellizos dieron media vuelta y se alejaron.

-Eh -dijo Katin-. ¿No...? Quiero decir, puedo ex... -Luego-: Oh.

Arrugó el ceño, se puso las manos en las caderas y siguió con la mirada a los mellizos que se bamboleaban por el corredor. La espalda oscura de Idas era una pantalla de constelaciones fragmentadas. Al cabo de un momento Katin levantó el grabador, movió los pernos de rubí y habló en voz baja:

-Nota para mí mismo número doce mil ochocientos diez. La inteligencia es causa de alienación e infelicidad en... -Detuvo el grabador. Parpadeando, siguió mirando a los mellizos.

-¿Capitán?

En lo alto de la escalera, Lorq separó la mano de la puerta y miró hacia abajo.

El Ratón enganchó el pulgar en una rotura del pantalón y se rascó el muslo.

-Hem... ¿Capitán? -De pronto sacó la carta del morral-. Aquí tiene su sol.

Cejas de color herrumbre se plegaron en sombras.

Ojos amarillos volcaron un resplandor sobre el Ratón.

-Yo... mmm... la tomé prestada de Tyy, se la devolveré ...

-Sube, Ratón.

-Sí, señor.

Empezó a subir la escalera de caracol. Ondas concéntricas lamían el borde del estanque. La imagen del Ratón relucía detrás de los filodendros, sobre la pared. La planta desnuda y el taco de la bota se movían con un ritmo sincopado.

Lorq abrió la puerta. Entraron, en la cabina del Capitán.

Primer pensamiento del Ratón: El cuarto no es más grande que el mío.

Segundo: Hay muchas más cosas en él.

Además de las computadoras, había pantallas proyectoras en las paredes, el piso y el cielorraso. En medio del amontonamiento de máquinas, nada personalizaba la cabina, ni siquiera había *graffiti*.

-Veamos el naipe. -Lorq se sentó sobre el rollo de cables que había en la cucheta y examinó el diorama.

Como no lo invitaron a sentarse en la cucheta, el Ratón empujó a un lado una caja de herramientas y se dejó caer de piernas cruzadas en el suelo.

Repentinamente las rodillas de Lorq se separaron, abrió los puños; le temblaron los hombros; se le crisparon los músculos de la cara. Pasado el espasmo, volvió a erguirse. Aspiró una larga bocanada de aire que estiró los cordones del jubón sobre el estómago.

-Ven a sentarte aquí.

Palmeó el borde de la cucheta. Pero el Ratón se limitó a girar en redondo sobre el piso para sentarse junto a la rodilla de Lorq.

Lorq inclinó el torso hacia delante y puso el naipe en el suelo.

-¿Esta es la carta que robaste? -El sombrío ceño habitual se extendió por toda la cara. (Pero el Ratón estaba mirando el naipe)-. Si esta fuese mi primera expedición a una estrella... -Se echó a reír-. Seis hombres adiestrados y sanos, que habían estudiado la operación hipnóticamente,

conocían el momento preciso para cada maniobra como conocían el latido de sus propios corazones, y funcionaban tan sincrónicamente como las dos capas de una cinta bimetálica. ¿Robos entre la tripulación...? -Volvió a reír, meneando lentamente la cabeza-. Estaba tan seguro de ellos. Y de quien estaba más seguro era de Dan. -Tomó al Ratón por el cabello, y le sacudió con suavidad la cabeza-. Esta tripulación me gusta más. -Señaló el naipe-. ¿Qué ves ahí, Ratón?

-Bueno. Me parece... que dos niños jugando debajo de...

-¿Jugando? -preguntó Lorq-. ¿Te parece que están jugando?

El Ratón echó el torso hacia atrás y se abrazó al morral.

-¿Qué ve usted, Capitán?

-Dos niños tomados de la mano dispuestos a la pelea. ¿Ves cómo uno es claro y el otro oscuro? Yo veo el amor contra la muerte, la luz contra la oscuridad, el caos contra el orden. Veo el choque de todos los opuestos bajo... el sol. Veo a Prince y me veo a mí.

-¿Cuál es cual?

-No lo sé, Ratón.

-¿Qué clase de persona es Prince Red, Capitán?

El puño izquierdo de Lorq golpeó débilmente en el cuenco de su palma derecha.

-Tú lo viste en color y en tri-D en la pantalla visora. ¿Necesitas preguntármelo? Rico como Creso, un psicópata malcriado; tiene un solo brazo y una hermana tan hermosa que yo... -Puño y cuenco se separaron-. Tú eres de Tierra, Ratón. El mismo mundo de Prince. Yo lo he visitado muchas veces, pero nunca viví allí. Tal vez tú sepas. ¿Por qué alguien que ha tenido todas las ventajas que es posible obtener de las riquezas de Draco puede ser un niño, un joven y un hombre...? -La voz se ahogó. Otra vez puño y cuenco-. No importa. Saca tu arpa infernal y tócame algo. Vamos. Quiero ver y oír.

El Ratón hurgueteó en el morral. Una mano sobre el mástil de madera, otra deslizándose bajo la curva y el pulido; cerró los dedos y la boca y los ojos. La concentración se convirtió en crispación; luego en distensión.

-¿Es manco, dijo usted?

-Debajo del guante negro que rompió tan dramáticamente la pantalla del visor, sólo hay mecanismos de relojería.

-Eso quiere decir que le falta un enchufe -siguió diciendo el Ratón con un áspero murmullo-. No sé cómo son las cosas allá donde usted nació; en Tierra es casi lo peor que a uno puede pasarle. Capitán, mi gente no tenía ninguno, y ahí en el pasillo Katin acaba de explicarme que por eso yo soy tan ruin. -La siringa salió del morral-. ¿Qué quiere que toque?

Aventuró unas pocas notas, unas pocas luces.

Pero Lorq una vez más miraba la carta con fijeza.

-Toca, simplemente. Pronto tendremos que enchufarnos para aterrizar en el Alkane. Vamos. Ahora. Toca, te dije.

La mano del Ratón descendió hacia...

-¿Ratón?

...y se apartó sin tocar.

-¿Por qué robaste *esta* carta?

El Ratón se encogió de hombros.

-Porque estaba ahí, nada más. Cayó sobre la alfombra, cerca de mí.

-Pero si hubiese sido otra carta, el Dos de Copas, el Nueve de Bastos,

Librodot

¿la habrías recogido?

-Supongo que sí.

-¿Estás seguro de que no hay algo especial en esta carta? Si otra cualquiera hubiese estado allí, sobre la alfombra, ¿la habrías dejado o la habrías devuelto...?

De dónde venía, el Ratón lo ignoraba. Pero era miedo otra vez. Para combatirlo, giró y se aferró a la rodilla de Lorq.

-¡Mire, Capitán! No importa lo que digan las cartas, yo voy a *ayudarle* a llegar a esa estrella ¿sabe? Iré con usted y ganará la carrera. ¡No deje que ninguna loca le diga lo contrario!

Durante la conversación Lorq había estado ensimismado. Ahora miró con atención el entrecejo oscuro.

-No te olvides de devolverle el naipe a la loca cuando te vayas de aquí. Pronto estaremos en Vorpis.

La intensidad no podía mantenerse por más tiempo. Una áspera carcajada abrió los labios morenos.

-Sigo pensando que juegan, Capitán. -El Ratón se puso de espaldas a la cucheta. Plantando el pie desnudo sobre la sandalia de Lorq, como un cachorro junto al amo, empezó a tocar.

Las luces revolotearon por encima de las máquinas, cobre y rubí, transformándose en arpegios de clavicordios; Lorq miró al muchacho sentado junto a su rodilla. Algo le sucedió. No sabía la causa. Pero por primera vez en mucho tiempo, estaba mirando a alguien por razones que nada tenían que ver con la estrella. No sabía lo que veía. Sin embargo, se reclinó y observó lo que hacía el Ratón:

Colmando casi la cabina, el gitano movía una miríada de luces del color de la llama alrededor de una gran esfera, al compás de las figuras quebradizas de una fuga grave y disonante.

5

¿El mundo?

Vorpis.

En un mundo, sobre un mundo, es tanto lo que hay...

-Bienvenidos, viajeros...

...en cambio una luna, pensó Katin cuando salían del espacio-puerto por los portalones que la aurora incendiaba, una luna tiene sus glorias grises miniaturizadas en roca y polvo.

-...Vorpis tiene un día de treinta y tres horas, una gravedad bastante alta como para acelerar el ritmo de las pulsaciones en un factor 3 del normal de Tierra luego de un período de aclimatación de seis horas...

Dejaron atrás la columna de cien metros. Las nieblas que velaban la meseta se desangraban en escamas bruñidas por el amanecer. La Serpiente, animada y mecánica, símbolo de todo ese sector espejeante de la noche, se retorcía en el mástil. En el momento en que la tripulación pisaba la carretera rodante, un sol de polos achatados diluía en rojo las heridas nocturnas.

-...con cuatro ciudades de más de cinco millones de habitantes, Vorpis produce el quince por ciento de todo el dinaplast que consume Draco. En las zonas lávicas del ecuador se extraen de la roca líquida más de tres docenas de minerales. Aquí, en las regiones polares de los trópicos, a lo largo de los cañones que corren entre las mesetas, los jinetes montados en redes cazan el arolate y el acualate. Vorpis es famoso en toda la Galaxia por el Instituto Alkane, en la ciudad capital del hemisferio norte, Phoenix...

Transpusieron el límite de la voz del infoservicio, y penetraron en el silencio. Mientras la carretera los alejaba boyando de los escalones, Lorq, en medio de su tripulación, contemplaba la plaza.

-Capitán ¿adónde ahora vamos? -Sebastián había traído una de las mascotas. El animal se le columpiaba en la cresta del hombro.

-Tomaremos un rastranieblas hasta la ciudad y de allí iremos al Alkane. El que quiera puede venir conmigo, o vagabundear por el museo, o tomarse unas horas de licencia en la ciudad. Si alguien prefiere quedarse en la nave...

-....y perder la oportunidad de ver el Alkane?

-...no cuesta mucho la entrada...?

-...pero el Capitán tiene una tía que trabaja allí...

-...entonces podremos entrar gratis -concluyó Idas.

-No os preocupéis por eso -dijo Lorq mientras trotaban rampa abajo hacia el embarcadero de amarre de los rastranieblas.

La Vorpis Polar era una sucesión de mesetas rocosas, muchas de ellas de varios kilómetros cuadrados de superficie.

Entre una y otra rodaban y caían unas nieblas espesas, que no se mezclaban con la atmósfera de nitrógeno/oxígeno. Óxido de aluminio pulverizado y sulfato de arsénico en hidrocarburos vaporizados que brotaban del suelo en convulsión llenaban los espacios entre las mesetas. Justo atrás de la altiplanicie que contenía el espacio-puerto, había otra con plantas de cultivo, oriundas de una latitud más austral de Vorpis, pero mantenidas aquí como un parque natural (castaño, herrumbre, escarlata); en la meseta más extensa se alzaba Phoenix.

Los rastranieblas, naves impulsadas por las cargas de estática (producidas por la atmósfera ionizada positiva en combinación con el óxido ionizado negativo) surcaban como embarcaciones la superficie de la niebla.

En la sala de espera, los horarios de partida flotaban bajo los ladrillos transparentes, seguidos de flechas que indicaban a la multitud las diferentes puertas de embarque:

PARQUE ANDRÓMEDA - PHOENIX - MONTCLAIR

...y un gran pájaro bañado en fuego se deslizaba a lo largo del multicromo debajo de las botas, los pies desnudos y las sandalias.

En la cubierta del rastreador, Katin se apoyó en la barandilla, observando a través de las mamparas de plástico cómo crepitaban las olas blancas, desplegándose por encima del sol para estrellarse contra el casco.

-¿Has pensado alguna vez -dijo Katin cuando el Ratón llegó hasta él chupando un trozo de azúcar cande- el aprieto en que se vería un hombre del pasado para comprender el presente? Supón que alguien haya muerto, digamos, en el siglo XXVI y despertase aquí y ahora. ¿Te das cuenta del horror y la confusión total que experimentaría sólo mirando este rastreador?

-¿Sí? -El Ratón se sacó el caramelo de la boca-. ¿Lo terminas tú? Yo no quiero más.

-Gracias. Por ejemplo, la -la mandíbula de Katin temblequeó cuando los dientes trituraron el azúcar cristalizado alrededor de la hebra de hilo-higiene. Hubo un período de mil años desde el mil quinientos al dos mil quinientos en que la gente dilapidaba una increíble cantidad de tiempo y energía en mantener las cosas *limpias.* Finalizó cuando la última enfermedad contagiosa no sólo fue curable sino imposible. Había una cosa inverosímil llamada «resfrío común» que hasta el siglo XXV podías tenerlo todos los años al menos una vez. Supongo que en ese entonces había justificaciones para semejante fetichismo: una cierta correlación entre suciedad y enfermedad. Pero después que el contagio pasó a ser una preocupación obsoleta, lo mismo le ocurrió a la sanidad. Sin embargo, si nuestro hombre de hace quinientos años te viese caminar por esta cubierta con un pie calzado y otro no, y luego te viera sentarte a comer con ese mismo pie, sin tomarte el trabajo de lavártelo... ¿tienes una *idea* de lo mal que se sentiría?

-¿Fuera de broma?

Katin asintió.

La niebla chocó con una punta de roca, chisporroteando.

-La idea de hacer una visita al Alkane me ha inspirado, Ratón. Estoy desarrollando toda una teoría de la historia. En íntima relación con mi novela. ¿No te importa concederme unos minutos? Te explicaré. Se me ha ocurrido que si uno considerase... -Se interrumpió.

Transcurrió un tiempo suficiente como para que en el rostro del Ratón se acumulase una colección de expresiones.

-¿Cuál es? -preguntó cuando comprobó que nada en la creciente cerrazón retenía la atención de Katin-. ¿Qué hay de tu teoría?

-¡Cyana Von Ray Morgan!

-¿Qué?

-*Quién,* Ratón. Cyana Von Ray Morgan. Una súbita asociación de ideas:

acabo de descubrir quién es la tía del Capitán, la curadora del Alkane. Cuando Tyy le estaba leyendo el Tarot, el Capitán habló de un tío que murió asesinado cuando él era niño.

El Ratón frunció el ceño.

-Ah, sí...

Katin meneó la cabeza, remedando la incredulidad del Ratón.

-¿Quién *qué*? -preguntó el Ratón.

-¿Morgan y Underwood?

El Ratón miró hacia abajo, a los lados y en todas las demás direcciones en que la gente busca asociaciones inesperadas.

-Supongo que ocurrió antes que tú nacieras -dijo Katin al cabo-. Pero tienes que haber oído hablar de eso, haberlo visto en algún sitio. La historia fue difundida por toda la Galaxia en psicoramas, en su momento. Yo tenía apenas tres años, pero...

-¡Morgan asesinó a Underwood! -exclamó el Ratón.

-Underwood -dijo Katin- asesinó a Morgan. Pero esa es la idea.

-En Ark -dijo el Ratón-. En las Pléyades.

-Con millones y millones de personas experimentando en psicorama toda la historia, a través de la Galaxia. En ese entonces yo no podía tener más de tres años. Estaba en casa, en Luna, mirando la inauguración con mis padres cuando ese personaje increíble del jubón azul asomó de pronto entre la multitud y cruzó a todo correr la Plaza Chronaiki con ese alambre en la mano.

-¡Lo estranguló! -exclamó el Ratón-. ¡Morgan fue estrangulado! ¡Sí, vi un psicorama sobre eso! Una vez en Ciudad Marte, el año pasado, durante el circuito triangular. Era un resumen, parte de un documental sobre otro tema.

-Underwood casi le seccionó la cabeza a Morgan -aclaró Katin-. Cada vez que he experimentado una reposición, la escena misma de la muerte estaba cortada. Pero unos cinco mil millones experimentaron todas las emociones de un hombre que a punto de prestar juramento para un segundo período como Secretario de las Pléyades, de pronto es atacado y asesinado por un loco. Todos nosotros sentimos a Underwood que caía sobre nuestras espaldas; oímos gritar a Cyana Morgan y vimos cómo trataba de separarlo; escuchamos al Senador Kolsyn que gritaba algo a propósito del tercer guardaespaldas, y esa es la parte que creó toda la confusión en la investigación posterior; y sentimos cómo Underwood nos apretaba el cuello con el alambre, cómo se nos incrustaba en la carne; lo golpeamos con nuestra mano derecha, y nuestra mano izquierda la tenía sujeta la señora Tai; y morimos. -Katin sacudió la cabeza-. Entonces el estúpido del camarógrafo (un tal Naibn'n, un imbécil, y poco faltó para que un grupo de lunáticos le saltara la tapa de los sesos, por sospecharlo implicado en el complot) enfocó con su psicomática a Cyana, no al asesino, lo que nos hubiera permitido saber quién era y adonde iba; y durante los treinta segundos siguientes todos fuimos al mismo tiempo una mujer histérica acurrucada en la plaza, abrazada al cadáver sangrante de nuestro esposo, en medio de un confuso ajetreo de diplomáticos, senadores y policías igualmente histéricos, viendo cómo Underwood zigzagueaba entre la multitud hasta escabullirse y desaparecer.

-Esa parte no la exhibían en Ciudad Marte. Pero recuerdo a la esposa de Morgan. ¿Esa es la tía del Capitán?

-Tiene que ser hermana de su padre.

-¿Cómo lo sabes?

-Bueno, ante todo, el apellido. Von Ray Morgan. Recuerdo haber leído una vez, siete u ocho años atrás, que tenía algo que ver con el Alkane. Tenía fama de ser una mujer muy brillante y sensible. Durante los primeros diez o doce años después del asesinato, fue el centro de atracción de ese sector terriblemente sofisticado de la sociedad que siempre está yendo y viniendo entre Draco y las Pléyades; se la veía en la Playa Fíame del Mundo de Chobe, o en alguna regata espacial acompañada por sus dos hijitas. Frecuentaba mucho a su prima Laile Selvin, quien también fue durante un período Secretaria de la Federación de las Pléyades. Las cintas grabadas pasaban del deseo de mantenerla al borde del escándalo al respeto por el horror que le había tocado vivir con Morgan. Hoy, si se la ve en una exhibición de arte, o un acontecimiento social, todavía es noticia, aunque en los últimos años la han dejado un poco en paz. Si es curadora del Alkane, quizá eso la absorba demasiado como para que la publicidad le interese.

-He oído hablar de ella. -El Ratón asintió y al fin alzó los ojos.

-En un tiempo fue quizá la mujer más famosa de la Galaxia.

-¿Crees que llegaremos a conocerla?

-Eh -dijo Katin, tomándose de la baranda y arqueando el cuerpo hacia atrás-, ¡eso sí que sería fantástico! Tal vez pudiera basar mi novela en el asesinato de Morgan, una especie de epopeya moderna.

-Ah, sí -dijo el Ratón-. Tu libro.

-Lo que me ha detenido hasta ahora es no haber encontrado un tema. Me pregunto cómo reaccionaría la señora Morgan si le expusiera mi idea. Oh, yo no haría nada parecido a esos crudos reportajes que aparecieron en psicorama luego del atentado. Intentaré hacer una obra de arte mesurada, documentada, que exponga el tema como el incidente que traumatizó la fe de toda una generación en el mundo ordenado y racional del hombre...

-Repíteme quién mató a quien.

-Underwood... sabes, se me acaba de ocurrir, tenía la edad que yo tengo ahora cuando lo hizo, cuando estranguló al Secretario Morgan.

-No quiero cometer una imprudencia si llego a conocerla. Lo prendieron, ¿no?

-Anduvo dos días en libertad, se entregó dos veces, y lo soltaron dos veces junto con los doscientos y pico que confesaron en las primeras cuarenta y ocho horas; llegó hasta el espacio-puerto (planeaba ir a reunirse con sus dos esposas en una estación minera de las Colonias Lejanas), cuando lo apresaron en la oficina de migraciones. ¡En eso hay material para una docena de novelas! Yo buscaba un tema que fuese históricamente significativo. Pero en el peor de los casos, esta será una oportunidad para ventilar mi teoría. La cual, como te estaba diciendo...

-¿Katin?

-Eh... ¿sí? -Los ojos de Katin, antes en nubes cobrizas, volvieron al Ratón.

-¿Qué es eso?

-¿Mmm?

-Allí.

Entre quebradas colinas de niebla, un relumbre de metal. Enseguida, una red negra y ondulante la elevó desde las olas. De unos diez metros de extremo a extremo, la red se desplomó desde la niebla. En el medio,

sujetándose con los pies y las manos, el jubón al viento, los cabellos oscuros flotando detrás de la cara enmascarada, un hombre montaba la red entre el oleaje; la niebla lo ocultó.

-Creo -dijo Katin- que es uno de esos cazadores que andan por los cañones de las mesetas, buscando el arolate natural de este mundo, y quizá también el acualate.

-¿De veras? Has estado antes aquí...

-No. En la universidad experimenté docenas de muestras del Alkane. Casi todas las grandes universidades están isosensoriadas con ellas. Nunca estuve aquí en persona; pero he escuchado la infovoz en el espacio-puerto.

-Oh.

Otros dos hombres afloraron a la superficie, montados en redes. La niebla chisporroteó. Mientras éstos descendían, emergieron un cuarto y un quinto, un sexto.

-Parece haber toda una tropa.

Los montarredes hendían las brumas, bamboleándose, eléctricos, y desaparecían para resurgir un poco más allá.

-Redes -dijo Katin casi entre dientes. Se inclinó sobre la barandilla-. Una gran red, desplegándose entre las estrellas, a través del tiempo... -Hablaba lenta, suavemente. Los jinetes desaparecieron-. *Mi* teoría: si se concibe la sociedad como...

Miró de soslayo; junto a él, un sonido que parecía un viento.

El Ratón había sacado la siringa. Por debajo de los trémulos dedos morenos unas luces grises giraban como una peonza.

A través de las imitaciones de niebla, redes de oro centelleaban y se superponían al ritmo de una melodía hexatónica. El aire era fresco y vivificante; había olor a viento; pero ni un soplo de viento.

Tres, cinco, una docena de pasajeros se congregaron para mirar. Más allá del riel, los montarredes aparecieron otra vez, y alguien, reparando en la inspiración del muchacho, dijo:

-Ohhh, ya sé lo que está... -y calló porque todos los demás también callaban.

La música concluyó.

-¡Eso hermoso fue!

El Ratón levantó la mirada. Tyy estaba de pie, escondida a medias detrás de Sebastián.

-Gracias. -Le sonrió y empezó a guardar su instrumento en el morral-. Oh. -Vio algo y volvió a levantar la vista-. Tengo algo para ti. -Metió la mano en el morral-. Encontré esto en el suelo, en el *Roc.* Supongo que... ¿se te cayó?

Miró de reojo a Katin y vio cómo se le desarrugaba el ceño. Luego miró a Tyy y sintió que se le abría una sonrisa, a la luz de la de ella.

-Yo te agradezco. -Tyy guardó el naipe en el bolsillo de la chaqueta-. ¿Tú la carta disfrutaste?

-¿Mmm?

-Tú cada carta para ganar meditar necesitas.

-¿Tú meditaste? -preguntó Sebastián.

-Oh, sí. La miré mucho. Yo y el Capitán.

-Eso bien está. -Tyy sonrió.

Pero el Ratón estaba jugueteando con la correa del morral.

En Phoenix, Katin preguntó:

-¿De verdad no quieres ir?

También ahora el Ratón jugueteaba con la correa.

-No.

Katin se encogió de hombros.

-Creo que te gustaría.

-Ya he visto museos. Sólo quiero caminar un poco.

-Bien -dijo Katin-. De acuerdo. Te veremos de vuelta en el puerto.

Dio media vuelta y subió corriendo los escalones de piedra para alcanzar al Capitán y al resto de la tripulación. Llegaron a la autorrampa que los llevaría, a través de los riscos, hacia la rutilante Phoenix.

El Ratón miró la niebla viscosa que bajaba por la pizarra. Los rastreadores más grandes -acababan de desembarcar de uno de ellos- estaban anclados a los muelles de la izquierda; los pequeños cabeceaban a la derecha. Los puentes se arqueaban sobre las rocas, cruzando las grietas que aquí y allá hendían la meseta.

El Ratón se escarbó minuciosamente la oreja con la uña del meñique, y fue hacia la izquierda.

El joven gitano había procurado vivir la mayor parte de su vida sólo con ojos, oídos, nariz, dedos de pies y manos. La mayor parte de su vida lo había logrado. Pero una que otra vez, como en el *Roc* durante la lectura del Tarot de Tyy, o durante las conversaciones con Katin y más tarde con el Capitán, hubo de reconocer que los acontecimientos del pasado afectaban el presente. A esa idea le siguió un período de introspección. En la introspección, encontró el viejo miedo. Ahora, sabía que tenía dos superficies irritables. Una de ellas, podía calmarla tañendo las placas sensibles de la siringa. Aplacar a la otra requería largas y solitarias sesiones de autodefinición. Definió: ¿Dieciocho, diecinueve?

Quizá. En todo caso, unos cuatro largos años más allá de la edad de la razón, como la llaman. Y puedo votar en Draco. Nunca lo hice, sin embargo. Una vez más buscando mi camino entre las rocas y los muelles de otro puerto. ¿Adónde vas, Ratón? ¿Dónde has estado y qué harás cuando llegues? Siéntate y toca un rato. Aunque tiene que significar más que eso. Sí. Significa algo para el Capitán. Ojalá pudiera enloquecerme así por una luz en el cielo. Casi lo consigo cuando oigo lo que él dice. ¿Quién más podría incendiar mi arpa para que remede el sol? Y qué luz debió de ser, además. El ciego Dan... y me pregunto qué aspecto habrá tenido. ¿No quieres acaso recorrer los próximos cinco quintos de tu vida con las manos y los ojos intactos? ¿Atarme a una roca, conseguir muchachas y fabricar bebés? No. Me pregunto si Katin es feliz con sus teorías y notas y notas y teorías. ¿Qué sucedería si yo intentase tocar mi siringa como él trata de hacerlo con ese libro, pensando, midiendo? Ante todo no tendría tiempo para formularme estas preguntas difíciles. Como: ¿qué piensa el Capitán de mí? Tropieza conmigo, se ríe, recoge al Ratón y se lo mete en el bolsillo. ¡Pero significa algo más! El Capitán tiene esa estrella loca. Katin teje redes de palabras que nadie escucha. ¿Yo, Ratón? Un gitano con una siringa en lugar de laringe. Pero para mí, eso no basta. Capitán ¿adónde me lleva? A ver. Claro que iré. No hay ningún otro sitio donde yo deba estar. ¿Pienso descubrir quién soy cuando llegue? ¿Será verdad que una estrella al extinguirse da tanta luz como para que yo pueda ver...?

El Ratón pasó por el puente siguiente, los pulgares en el pantalón, los

ojos bajos.

Ruido de cadenas.

Levantó la mirada.

Las cadenas reptaban sobre un rodillo de tres metros, remolcando una forma desde las neblinas. En la roca, a la entrada de un depósito, hombres y mujeres se recostaban contra máquinas gigantescas. En la cabina, el operador de la grúa conservaba la máscara. Cubierta de redes, la bestia surgió de la niebla, sacudiendo la aleta. Las redes rechinaron.

El arolate (o tal vez un acualate) medía veinte metros de largo. Grúas más pequeñas bajaron unos garfios. Los montarredes, sujetos a los flancos de la bestia, se prendieron de ellos.

En el momento en que el Ratón se abría paso entre los hombres para mirar el precipicio, alguien gritó:

-¡Alex está herido!

Un andamio bajó colgado de una polea y desembarcó a cinco tripulantes. La bestia se había inmovilizado. Arrastrándose por las redes como si fuesen un cómodo barandal, aflojaron una sección de eslabones. El jinete colgaba del centro como un peso muerto.

Uno de ellos casi dejó caer los eslabones; el herido giró contra el flanco azul.

-¡Aguántalo allí, Bo!

-¡Bien está! ¡Lo tengo!

-Súbanlo lentamente.

El Ratón escudriñó la niebla allá abajo. El primer jinete hizo pie en la roca; los eslabones resonaron contra la piedra a tres metros de distancia. Trepó, arrastrando la red. Se soltó las correas de la muñeca, desenchufó las conexiones de los brazos, se arrodilló, y se desenchufó de los tobillos mojados los tomas inferiores. Acto seguido, cargó la red sobre el hombro y la arrastró a través del muelle ancho. Las boyas que bordeaban la red absorbían aún la mayor parte del peso, haciéndola flotar en el aire. Sin ellas, calculó el Ratón, sin tomar en cuenta la gravedad ligeramente mayor, el extendido mecanismo de la trampa pesaría probablemente varios centenares de kilos.

Otros tres jinetes treparon hasta el borde del precipicio arrastrando las redes y con el cabello mojado y lacio pegado a las máscaras; alborotándose rizado y rojo en la cabeza de uno de los hombres. Alex rengueaba entre dos compañeros.

Llegaron otros cuatro jinetes. Un hombre rubio, fornido, acababa de desenchufarse la red de la muñeca izquierda, cuando miró al Ratón. Las placas rojas de los ojos relampaguearon en la máscara oscura a la par que adelantaba la cabeza, intrigado.

-Oye -era un gruñido gutural-, eso que tienen sobre la cadera, ¿qué es? -Con la mano libre se echó hacia atrás la cabellera espesa.

El Ratón lo miró de arriba abajo.

-¿Mmm?

De un puntapié el hombre se desembarazó de la red sujeta a la bota izquierda. El pie derecho estaba descalzo.

-Una siringa sensoria es ¿mmm?

El Ratón hizo una mueca.

-Aja.

El hombre asintió.

-A un chico que tocaba mejor que el diablo una vez conocí. -Calló de golpe, enderezando la cabeza. Introdujo el pulgar debajo de la mandíbula de la máscara. El protector bucal y las placas oculares se desprendieron.

Bajo el impacto, el Ratón sintió en la garganta ese cosquilleo que era otro aspecto de sus problemas de elocución. Apretó las mandíbulas y abrió los labios; luego cerró los labios y abrió las mandíbulas. Tampoco así se puede hablar. Entonces trató de expresarlo con un vacilante signo de interrogación; la voz chirrió en una exclamación involuntaria:

-¡Leo!

Las facciones insolentes se reordenaron.

-¡Tú, Ratón, eres!

-Leo, ¿qué estás...? ¡Pero...!

Leo dejó caer la red de la otra muñeca, de un puntapié desprendió el enchufe del otro tobillo, y recogió un puñado de eslabones.

-¡Tú al depósito de redes conmigo vienes! Cinco años, una docena... pero más...

El Ratón seguía sonriendo porque era lo único que podía hacer. También él recogió unos eslabones, y entre ambos arrastraron la red -con la ayuda de los flotadores de niebla- por el suelo de roca.

-¡Eh, Caro, Bolsum, este el Ratón es!

Dos de los hombres se volvieron a mirar.

-Yo de un chico siempre hablaba ¿recordáis? Este él es. Eh, Ratón, por lo menos quince centímetros creciste. ¿Cuántos años, siete, ocho hace? ¿Y tú todavía la siringa tienes? -Leo contempló el morral-. Tú bien tocas, apuesto. Pero bien tocabas.

-¿Alguna vez conseguiste una siringa para ti, Leo? Podríamos tocar juntos...

Leo sacudió la cabeza con una sonrisa tímida.

-Estambul última vez que una siringa en la mano tuve. Nunca más. Y ahora todo olvidado es.

-Oh -dijo el Ratón y sintió que había perdido algo.

-Oye, ¿esa la siringa sensoria que en Estambul robaste es?

-Desde entonces la llevo conmigo.

Leo se echó a reír y rodeó con el brazo los hombros puntiagudos del Ratón. La risa (¿advirtió el Ratón el cambio en Leo?) vibró en las palabras del pescador.

-¿Y tú la siringa todo el tiempo has tocado? Tú para mí ahora tocas. ¡Seguro! Tú para mí los olores y sonidos y colores despertarás. -Grandes dedos magullaron el omóplato moreno bajo el jubón de trabajo del Ratón-. Eh, no, Caro, a un verdadero tocador de siringa ahora verán.

Los dos jinetes se detuvieron a esperarlos.

-¿De veras eso tocas?

-Hace unos seis meses pasó por aquí un hombre que sabía tocar algunas bonitas... -Trazó dos curvas en el aire con las manos cubiertas de cicatrices; luego codeó al Ratón-: ¿Te das cuenta de lo que quiero decir?

-¡El Ratón mejor todavía toca! -insistió Leo.

-Leo sólo hablaba de ese chico que había conocido en Tierra. Decía que él mismo le había enseñado a tocar, pero cuando le dimos la siringa... -Sacudió la cabeza, riéndose.

-¡Pero este el chico es! -exclamó Leo, palmoteando el hombro del Ratón.

-¿Mmm?

-¡Oh!

-¡El Ratón este es!

Por la puerta de dos plantas de altura entraron al depósito de redes. Desde las altas perchas, las redes se columpiaban en cortinados laberínticos. Los jinetes colgaron las suyas de hileras de escarpias que descendían del cielorraso por un sistema de poleas.

Una vez las redes estiradas el jinete podía reparar las anillas rotas, ajustar las conexiones reactivas que daban a la red forma y movimiento mediante los impulsos nerviosos recibidos por las tomas.

Dos jinetes hacían rodar una gran máquina dentada.

-¿Qué es?

-Con eso al arolate carnearán.

-¿Arolate? -El Ratón sacudió la cabeza.

-Eso lo que aquí cazamos es. Acualates allá abajo cerca de Mesa Negra cazan.

-Oh.

-Pero Ratón ¿qué aquí haciendo estás? -Avanzaban en medio del cascabeleo de las anillas-. ¿Tú en las redes un tiempo te quedas? ¿Tú con nosotros un tiempo trabajarás? Yo una tripulación que otro hombre necesita conozco...

-Justamente estoy embarcado en una nave que ha atracado aquí por un tiempo. Es el *Roc,* Capitán Von Ray.

-¿Von Ray? ¿Una nave de las Pléyades es?

-Exactamente.

Leo bajó el mecanismo de escarpias que colgaba de las vigas altas y empezó a extender la red.

-¿Qué en Draco haciendo está?

-El Capitán tenía que pasar por el Instituto Alkane para obtener cierta información técnica.

Leo dio un tirón a la cadena de la polea y los ganchos rechinaron al subir otros tres metros. Empezó a extender la capa siguiente.

-Von Ray, sí. Esa una buena nave que ser tiene. Cuando por primera vez a Draco vine -pasó unas anillas negras por el gancho contiguo- nadie de las Pléyades a Draco jamás venía. Uno o dos, tal vez. Yo el único era. -Las anillas se reacomodaron con un chasquido; Leo volvió a tironear de la cadena. La parte superior de la red se elevó hasta la luz que entraba por las ventanas más altas-. Hoy mucha gente de la Federación encuentro. Diez en esta costa trabajan. Y naves de aquí para allá todo el tiempo van. -Movió tristemente la cabeza.

Alguien gritó desde el otro lado del área de trabajo.

-Eh, ¿dónde está el médico? -La voz de la mujer reverberó entre las redes-. Hace cinco minutos que Alex espera.

Las redes rechinaron cuando Leo las sacudió para cerciorarse de que estaban firmes. Miraron hacia la puerta.

-¡No te preocupes! ¡Ya vendrá! -vociferó. Tomó al Ratón por el hombro-. ¡Tú conmigo vas!

Caminaron por entre las colgaduras. Otros jinetes estaban aún enganchando las redes.

-Oye ¿vas eso a tocar?

Miraron arriba.

El jinete descendió hasta la mitad de las anillas, luego saltó al suelo.

-Eso quiero ver.

-Seguro que tocará -exclamó Leo.

-Sabes, de veras... -empezó a decir el Ratón. Aunque le alegraba ver otra vez a Leo, había estado disfrutando de sus propias cavilaciones.

-¡Bravo! Porque Leo nunca hablaba de otra cosa.

Mientras avanzaban por entre las redes, otros jinetes se les unieron.

Alex estaba sentado al pie de la escalera que subía hasta la galería de observación. Se apretaba el hombro y apoyaba la cabeza contra los peldaños. De tanto en tanto las mejillas sin afeitar se le hundían en la cara.

-Mira -le dijo el Ratón a Leo-, ¿por qué no vamos a algún sitio y bebemos algo? Podríamos conversar un poco, quizá. Tocaré para ti antes de partir...

-¡Ahora tú tocas! -insistió Leo-. Más tarde hablamos.

Alex abrió los ojos.

-¿Este es el muchacho -hizo una mueca de dolor- de quien nos hablabas, Leo?

-¿Te das cuenta, Ratón? Después de una docena de años, famoso eres. -Leo le empujó un barril de lubricante dado vuelta que chirrió sobre el cemento-. Ahora te sientas.

-Oye, Leo. -El Ratón cambió al griego-. La verdad es que no tengo ganas. Tu amigo está herido, y no quiere que lo molesten...

-¡Malakas! -dijo Alex, y escupió una espuma sanguinolenta entre sus rodillas desolladas-. Toca algo. Me harás olvidar un poco el dolor. ¿Cuándo llegará este maldito médico?

-Algo para Alex toca.

-Es que...

El Ratón miró al montarredes herido y luego a los otros hombres y mujeres alineados junto a la pared.

Una sonrisa se mezcló a la mueca de dolor en el rostro de Alex.

-Un número, Ratón.

El Ratón no quería tocar.

-Está bien.

Sacó la siringa del morral y metió la cabeza por debajo de la correa.

-Probablemente el doctor llegará justo en la mitad -comentó el Ratón.

-Espero que llegue rápido -gruñó Alex-. Sé que por lo menos tengo un brazo roto. No siento la pierna para nada, y algo me sangra por dentro... -Volvió a escupir rojo..-. Tengo que salir otra vez dentro de dos horas. Será mejor que se dé prisa en remendarme. Si esta tarde no puedo hacer esa recorrida, lo demandaré. Yo pago mi maldito seguro de enfermedad.

-Él te va a acomodar -le aseguró uno de los jinetes-. Todavía no han dejado que expire ninguna póliza. Cállate y deja tocar al muchacho... -Se interrumpió porque el Ratón ya había empezado.

La luz hería el cristal y lo convertía en cobre. Miles y miles de paneles redondos formaban la fachada cóncava del Alkane.

A la orilla del río, Katin caminaba por el sendero que serpeaba a través del jardín del museo. El río -la misma bruma espesa que en la Vorpis polar era océano- exhalaba nubes de vapor en las riberas. Más allá, fluía bajo el incandescente muro abovedado. El Capitán estaba bastante lejos delante de Katin como para que las sombras de los dos tuviesen la misma longitud

sobre las piedras pulidas. En medio de las fuentes, el elevador subía constantemente colmado de visitantes, unos centenares por vez. Pero en pocos segundos se dispersaban por los senderos multicolores que zigzagueaban entre las rocas veteadas de cuarzo. Sobre un tambor de bronce, centro de los paneles espejeantes, en la mañana rubicunda, a unos centenares de metros frente al museo, marmórea, sin brazos, se alzaba la gracia vivida de la Venus de Milo.

Lynceos entornó los ojos rosados y apartó la cara para evitar el resplandor. Idas, junto a él, miraba hacia atrás y adelante, arriba y abajo.

Tyy, su mano en la de Sebastián, lo seguía pegada a él; el cabello agitado por el aleteo de la bestia posada en el hombro rutilante del muchacho.

Ahora la luz, pensó Katin mientras pasaban bajo el arco hacia el vestíbulo lenticular, se pondrá azul. Es verdad, ninguna luna tiene atmósfera natural suficiente para producir difracciones tan espectaculares. Sin embargo, echo de menos la soledad lunar. Esta fría estructura de plástico, metal y piedra fue alguna vez el edificio más grande construido por el hombre. Cuánto hemos avanzado desde el siglo XXVI. ¿Hay hoy en toda la Galaxia una docena de edificios más grandes? ¿Dos docenas? Curiosa situación para un académico rebelde: conflicto entre la tradición así encarnada y el absurdo de una arquitectura pasada de moda. Cyana Morgan anida en esta tumba de la historia del hombre. Adecuado: el halcón blanco empolla huesos.

Del cielorraso pendía una pantalla octogonal, desde donde transmitían los anuncios para el público. Ahora estaban irradiando una fantasía lumínica.

-¿Me podría comunicar con el interno 739-E-6? -preguntó el Capitán Von Ray a la joven en la mesa de información.

Ella dio vuelta la mano y apretó los botones del pequeño intercomunicador conectado a su muñeca.

-Naturalmente.

-Hola, Bunny -dijo Lorq.

-¡Lorq Von Ray! -exclamó la muchacha del mostrador con una voz que no era la suya-. ¿Vienes a ver a Cyana?

-Así es, Bunny. Si no está ocupada. Me gustaría subir y hablar con ella.

-Espera un minuto e iré a ver.

Bunny, donde quiera que Bunny estuviese en aquel colmenar de alrededor, abandonó a la joven el tiempo suficiente como para que ésta arquease las cejas, sorprendida.

-¿Está aquí para ver a Cyana Morgan? -preguntó con su propia voz.

-Así es. -Lorq sonrió.

En ese preciso instante reapareció Bunny.

-Perfecto, Lorq. Te verá en el sudoeste 12. Allí hay menos gente.

Lorq se volvió a su tripulación.

-¿Por qué no recorren el museo un rato? Dentro de una hora tendré lo que quiero.

-¿Tiene que llevar esa... -la muchacha miró preocupada a Sebastián- esa cosa por el museo? No tenemos comodidades para animales.

A lo cual Bunny respondió:

-El hombre pertenece a tu tripulación, ¿no, Lorq? El pajarraco parece bien enseñado. -Le habló a Sebastián-. ¿Se comportará bien?

-Claro que bien se va a comportar. -Sebastián acarició la garra que se flexionaba sobre su hombro.

-Puede llevarlo -dijo Bunny a través de la muchacha-. Cyana ya va a encontrarse contigo.

Lorq se volvió a Katin.

-¿Por qué no me acompañas?

Katin trató de no mostrarse sorprendido.

-Está bien, Capitán.

-Sudoeste 12 -dijo la muchacha-. No tienen más que subir un nivel por ese ascensor. ¿Algo más?

-Nada más. -Lorq le habló a la tripulación-. Nos veremos luego.

Katin lo siguió.

Montada sobre bloques de mármol junto al ascensor en espiral, había una cabeza de dragón de tres metros. Katin observó las rugosidades del paladar en la boca de piedra.

-Mi padre la donó al museo -dijo Lorq cuando subían al ascensor.

-¿Ah, sí?

-Es de Nueva Brazillia. -Mientras se elevaban alrededor del eje central, la mandíbula cayó-. Cuando yo era chico jugaba dentro de un primo hermano.

La planta baja pululaba de turistas cada vez más pequeños.

La terraza de oro los recibió.

Salieron del ascensor.

Había cuadros a distintas distancias de la fuente de luz de la galería. La lámpara multifacetada proyectaba sobre cada marco la luz más parecida posible (según el buen saber y entender de los eruditos del Alkane) a aquella a la cual habían sido originariamente pintados: artificial o natural, sol rojo, sol blanco, amarillo o azul.

Katin miró a las diez o doce personas que vagabundeaban por la exposición.

-Cyana no estará aquí antes de un minuto o dos -dijo el Capitán-. Está lejos en muchos sentidos.

-Oh. -Katin leyó el título de la exposición.

«Imágenes de mi Gente»

En lo alto, había una pantalla anunciadora más pequeña que la del vestíbulo.

En ese preciso instante explicaba que las pinturas y fotografías pertenecían a artistas de los últimos trescientos años y mostraban a hombres y mujeres en sus momentos de trabajo o de ocio, en diversos mundos. Echando una ojeada al catálogo, Katin se sintió consternado al descubrir que sólo conocía dos nombres.

-Quise que me acompañaras porque necesitaba hablar con alguien capaz de entender.

Katin, sorprendido, lo miró.

-Mi sol... mi nova. Mentalmente estoy casi habituado a ese resplandor. Y, sin embargo, soy sólo un hombre bajo toda esa luz. Toda mi vida la gente de mi alrededor hacía por lo general lo que yo quería que hiciese. Cuando no lo hacían...

-¿Los obligaba?

Lorq entornó los ojos amarillos.

-Cuando no lo hacían, trataba de averiguar qué *podían* hacer, y los usaba para eso. Siempre aparece alguien para desempeñar las otras tareas. Quiero hablar con alguien que pueda comprender. Pero las palabras no bastan. Quisiera hacer algo para mostrarte lo que todo esto significa.

-Yo... yo no creo comprender.

-Lo comprenderás.

«Retrato de una Mujer» (Bellatrix IV); ataviada a la moda de veinte años atrás. Estaba sentada junto a una ventana, y sonreía a la luz dorada de un sol no pintado.

«Ve con Ashton Clark» (no localizado): un hombre viejo. El mameluco era de un estilo en boga doscientos años atrás. Estaba a punto de desenchufarse de una gran máquina; pero tan enorme que no se podía saber qué era.

-Esto me desconcierta, Katin. Mi familia, al menos por parte de padre, es oriunda de las Pléyades. Sin embargo, yo crecí hablando como un draconiano en mi propia casa. Mi padre pertenecía a ese núcleo enquistado de la vieja guardia de las Pléyades, que todavía conservan tanto de los antepasados de Draco y Tierra; sólo que era una Tierra que había estado muerta cincuenta años en la época en que el primero de estos pintores tomó un pincel. Cuando yo funde una familia, mis hijos hablarán probablemente en la misma forma. ¿Te parece extraño, entonces, que tú y yo estemos quizá más cerca que yo y, digamos, Tyy y Sebastián?

-Yo nací en Luna -le recordó Katin-. Sólo conozco Tierra por visitas prolongadas. No es mi mundo.

Lorq pasó por alto la aclaración.

-Hay aspectos en los que Tyy, Sebastián y yo somos muy parecidos. En esas sensibilidades básicas y definitorias nos parecemos más que tú y yo.

Una vez más Katin tardó un embarazoso segundo en reconocer la angustia en aquella cara devastada.

-Algunas de nuestras reacciones serán más previsibles para nosotros que para ti; sí, sé que no pasa de eso. -Hizo una pausa-. Tú no eres de Tierra, Katin, pero el Ratón sí. También Prince. Uno es un vagabundo, el otro es... Prince Red. ¿Existe entre ellos la misma relación que entre Sebastián y yo? El gitano me fascina. No lo comprendo. No en la forma que creo comprenderte a ti. Tampoco comprendo a Prince.

«Retrato de un Montarredes». Katin miró la fecha: este montarredes en particular, de pensativos rasgos negroides, había traspasado la niebla doscientos ochenta años atrás.

«Retrato de un Joven»: contemporáneo, sí. Estaba de pie frente a un bosque de... ¿árboles? No. Cualquier otra cosa, pero no árboles.

-A mediados del siglo XX, 1950 para ser exacto -Katin volvió a mirar al Capitán-, había en Tierra un pequeño país llamado Gran Bretaña donde se hablaba cincuenta y siete dialectos del inglés, mutuamente incomprensibles. También había un gran país llamado los Estados Unidos con casi cuatro veces la población de Gran Bretaña diseminada en un área seis veces mayor. Había variantes de acento, pero sólo en dos enclaves diminutos de menos de veinte mil personas se hablaban dialectos incomprensibles, desde la perspectiva de la lengua común. Utilizo estos ejemplos porque en ambos países la lengua era esencialmente la misma.

«Retrato de un Niño Llorando» (AD 2852 Vega IV).

«Retrato de un Niño Llorando» (AD 3052 Nueva Brazillia II).

-¿A qué te refieres?

-Los Estados Unidos fueron un producto de toda esa explosión de las comunicaciones, la migración, el intercambio de noticias, el desarrollo del cine, la radio y la televisión, que simplificó el lenguaje y los esquemas de pensamiento, no el pensamiento mismo, sin embargo; lo cual significó que una persona A podía comprender no sólo a una persona B, sino también a las personas W, X e Y. La gente, la información y las ideas circulan hoy por toda la Galaxia con mucha mayor rapidez que en 1950 a través de los Estados Unidos. El potencial de comprensión es proporcionalmente mayor. Usted y yo nacimos separados por un tercio de Galaxia. Salvo uno que otro fin de semana estudiantil que pasé en la Universidad de Draco en Centauri, esta es la primera vez que he estado fuera del Sistema Solar. Y, sin embargo, usted y yo somos mucho más parecidos en estructura informática que un habitante de Cornualles y otro de Gales mil años atrás. Recuerde eso cuando intente juzgar al Ratón... o a Prince Red. Aunque la Gran Serpiente se enrosca en las columnas de un centenar de mundos, la gente de las Pléyades y de las Colonias Lejanas la reconoce; el mobiliario de la República de Vega revela aquí y allá las mismas cosas acerca de sus dueños. Ashton Clark tiene el mismo significado para usted que para mí. Morgan asesinó a Underwood y eso pasó a ser parte de nuestras respectivas experiencias... -Calló de golpe; pues Lorq había fruncido el entrecejo.

-Querrás decir que Underwood asesinó a Morgan.

-Oh, por supuesto... Quise decir... -La turbación le quemó las mejillas-. Sí... pero no quise...

Avanzando por entre los cuadros se acercaba una mujer de blanco. Tenía el cabello plateado y peinado hacia arriba.

Era delgada.

Era vieja.

-¡Lorq! -Le tendió las manos-. Bunny dijo que estabas aquí. Pienso que podríamos subir a mi oficina.

¡Claro!, pensó Katin. La mayor parte de las fotografías que había visto de ella tenían que ser de hacía quince o veinte años atrás.

-Gracias, Cyana. Hubiéramos podido subir nosotros. No quería molestarte si estabas ocupada. No te robaré mucho tiempo.

-Tonterías. Ustedes dos vengan conmigo. He estado considerando propuestas para una media tonelada de esculturas lumínicas de Vega.

-¿Del período de la República? -preguntó Katin.

-Desgraciadamente no. De ser así, tendríamos la posibilidad de que nos las sacaran de las manos. Pero tienen cien años de más para ser de algún valor. Vengan. -Mientras los conducía entre las telas enmarcadas, consultó el ancho brazalete de metal que le cubría el enchufe de la muñeca. Una de las microesferas estaba parpadeando-. Discúlpeme, joven. -Se volvió a Katin-. ¿Usted lleva un... grabador o algo así?

-Bueno... sí, tengo.

-He de pedirle que no lo use aquí.

-Oh, yo no...

-No tanto en los últimos tiempos, pero a menudo he tenido problemas para resguardar mi vida privada. -Apoyó una mano arrugada en el brazo de Katin-. ¿Usted comprende? Hay un campo de desgrabación automática que borrará todo lo que tenga en el aparato, si llega a encenderlo.

-Katin pertenece a mi tripulación, Cyana. Pero es una tripulación muy diferente de la última. Ya no hay más misterios.

-Eso me pareció.

Retiró la mano. Katin la miró caer sobre el brocado blanco y ella dijo entonces:

-Esta mañana, cuando llegué al museo, había un mensaje de Prince para ti. -Katin y Lorq alzaron los ojos.

Llegaron al extremo de la galería.

La mujer se volvió un instante a Lorq:

-Te tomo la palabra en cuanto a los misterios.

Las cejas ponían en el rostro un brillante toque metálico.

Las cejas de Lorq eran metal herrumbrado; la línea estaba quebrada por la cicatriz. No obstante, pensó Katin, tiene que ser parte del sello de la familia.

-¿Está en Vorpis?

-No tengo la menor idea. -La puerta se dilató y la transpusieron-. Pero sabe que tú estás aquí. ¿No es eso lo que importa?

-Hace apenas una hora y media que llegué al espacio-puerto. Me marcho esta noche.

-El mensaje llegó hace una hora y veinticinco minutos. El lugar de origen estaba convenientemente mutilado como para que los operadores no lo pudieran rastrear sin dificultades. En estos momentos están tratando...

-No te preocupes. -Lorq le habló a Katin-. ¿Qué me dirá ahora?

-No tardaremos en saberlo -dijo Cyana-. Dijiste que nada de misterios. A pesar de todo, preferiría hablar en mi oficina.

Esta galería era un verdadero caos: un depósito, o material aún no seleccionado para una exposición.

Katin iba a preguntar, pero Lorq se le adelantó:

-Cyana ¿qué es toda esta chatarra?

-Creo -miró la fecha en la calcomanía dorada del cajón-, 1923: la *Corporación Eólica*. Sí, es una colección de instrumentos musicales del siglo XX. Ese es un Ondas *Martinot* inventado por un compositor francés del mismo nombre en 1942. Allá tenemos -se inclinó para leer la etiqueta- una Pianola *Duo Arts* fabricada en 1931. Y esto es... el *Violano Virtuoso* de Mili, construido en 1916.

Katin espió a través de las puertas de vidrio del frente del violano.

Cuerdas y martillos, clavijas y plectros colgaban en las sombras.

-¿Qué hacía?

-Se los instalaba en bares y parques de diversiones. La gente ponía una moneda en la ranura y automáticamente empezaba a tocar ese violín que está allí sobre la plataforma, con acompañamiento de pianola, programado en un rollo de papel perforado. -Recorrió con la uña plateada la lista de títulos-. *«El Baile de Faroleros del Barrio Negro»*... -Avanzaron a través de la acumulación de tereminas, banjos de repetición, organillos-. Algunos de los académicos más recientes cuestionan el interés del instituto por el siglo XX. Casi una de cada cuatro de nuestras galerías está dedicada a ese siglo. -Cruzó las manos sobre el brocado-. Los irrita quizá que haya sido la preocupación tradicional de los estudiosos durante ochocientos años; se resisten a ver lo que es obvio. Al comienzo de ese siglo sorprendente la humanidad estaba compuesta por muchas sociedades que vivían en un mismo mundo; al final, era en esencia lo que nosotros somos ahora: una

Librodot

sociedad unificada por la información que vivía en varios mundos. Desde entonces, el número de mundos se ha multiplicado; nuestro vínculo informativo ha cambiado de naturaleza varias veces, ha sufrido unas cuantas erupciones catastróficas, pero en lo esencial ha perdurado. Hasta que el hombre se transforme en algo muy, muy diferente, esa época será un foco del interés erudito: ese fue el siglo en que nosotros aparecimos.

-No tengo simpatía por el pasado -anunció Lorq-. No tengo tiempo para eso.

-A mí me intriga -terció Katin-. Quiero escribir un libro; quizá se refiera a esa época.

Cyana lo miró.

-¿De veras? ¿Qué clase de libro?

-Una novela, creo.

-¿Una novela? -Pasaron bajo la pantalla de los anuncios: gris-. Usted va a escribir una novela. ¡Qué fascinante! Hace algunos años yo tenía un amigo anticuario que intentó escribir una novela. Sólo llegó a terminar el primer capítulo. Pero aseguraba que era una experiencia maravillosamente esclarecedora y que le permitió llegar a las raíces mismas del proceso.

-En realidad, hace tiempo que estoy trabajando -aventuró Katin.

-Maravilloso. Tal vez, si la termina, permita que el Instituto tome un registro psíquico bajo hipnosis de esa experiencia. Tenemos una imprenta del siglo XXII en perfectas condiciones. Podríamos imprimir unos cuantos millones y distribuirlos junto con un estudio psicorámico documentado, para las bibliotecas y otras instituciones educativas. Estoy segura de poder interesar a la junta en esa idea.

-Ni siquiera había pensado en imprimirla...

Llegaron a la galería contigua.

-Sólo a través del Alkane podría hacerlo. Téngalo presente.

-Sí... Lo tendré presente.

-¿Cuándo pondrán orden en *este* caos, Cyana?

-Querido sobrino, tenemos mucho más material del que podemos exhibir. En algún sitio hay que ponerlo. Hay más de doce mil galerías públicas y setecientas privadas en el museo, y tres mil quinientos cuartos de depósito. Estoy bastante familiarizada con el contenido de la mayoría. Pero no de todos.

Caminaban bajo unos costillares altos. Las vértebras subían en arco hacia el techo. Las luces frías del cielorraso proyectaban sombras de dientes y órbitas en el pedestal de bronce de un cráneo, del tamaño de una cadera de elefante.

-Parece una exposición de osteología comparada de los reptiles de Tierra y... -Katin escudriñó las jaulas-. Yo no sabría decir de dónde proviene *eso.*

Paleta de omóplato, cintura pelviana, arco clavicular...

-¿A qué distancia exactamente queda tu oficina, Cyana?

-A unos ochocientos metros en vuelo de arolate. Tomamos el próximo ascensor.

Pasaron bajo la arcada que conducía al pozo del ascensor.

El transporte en espiral los subió una docena de plantas.

Un corredor de felpilla y bronce.

Otro corredor, con un muro de cristal...

Katin quedó sin aliento: a sus pies se dibujaba toda Phoenix, desde las

torres centrales hasta los muelles lamidos por la niebla. Aunque el Alkane no era ya el edificio más alto de la Galaxia, era de lejos el más alto de Phoenix.

Una rampa se curvaba hacia el corazón del edificio. A lo largo de los muros de mármol, colgaban las diecisiete telas de la secuencia Dehay, «*Bajo Sirio».*

-¿Son estos los...?

-Las falsificaciones de reproducción molecular de Nyles Selvin, realizadas en el dos mil ochocientos en Vega. Durante mucho tiempo fueron más famosos que los originales, que están abajo en exhibición en la Sala Verde Sur, pero hay tanta historia relacionada con las falsificaciones que Bunny decidió colgarlas aquí.

Y una puerta.

-Ya estamos.

Se abrió a la oscuridad.

-Ahora, sobrino mío -ni bien entraron, tres haces de luz se proyectaron desde lo alto y los envolvió en un círculo sobre la alfombra negra-, ¿tendrías la bondad de explicarme para qué has regresado? ¿Y qué es todo este asunto con Prince? -Dio media vuelta y encaró a Lorq.

-Cyana, quiero otra nova.

-¿Quieres *qué*?

-Tú sabes que la primera expedición tuvimos que interrumpirla. Quiero intentarlo otra vez. No se necesita una nave estelar. Eso lo aprendimos la vez anterior. Ahora tenemos una nueva tripulación y nuevas tácticas.

Los reflectores los seguían a través de la alfombra.

-Pero, Lorq...

-Antes, hubo un plan minucioso, movimientos bien aceitados, engranados, impulsados por la confianza en nuestra propia precisión. Ahora somos un desesperado manojo de ratas de puerto, con un Ratón entre nosotros, y lo único que nos impulsa es mi afrenta. Pero ese es un motivo terrible, Cyana.

-Lorq, no puedes ir y repetir...

-También el Capitán es diferente, Cyana. Antes, el *Roc* volaba bajo el mando de medio hombre, un hombre que sólo había conocido la victoria. Ahora soy un hombre cabal. También conozco la derrota.

-Pero qué quieres que yo...

-El Alkane estaba observando otra estrella a punto de entrar en estado de nova. Quiero el nombre y el momento probable en que habrá de estallar.

-¿Y así piensas partir? ¿Y qué pasa con Prince? ¿Sabe él por qué vas a la nova?

-Eso es lo que menos me importa. Di el nombre de mi estrella, Cyana.

La incertidumbre perturbó los movimientos precisos de la mujer. Tocó algo en el brazalete de plata.

Una luz nueva.

Del suelo subió una consola de instrumentos. Cyana se sentó en el banco que también había aparecido y examinó las luces del indicador.

-No sé si estoy obrando bien, Lorq. ¿Afrenta? Si la decisión no afectara mi vida tanto como la tuya, sería más fácil para mí tomarla en el espíritu con que tú me la pides. Aarón fue el responsable de mi curaduría.

Tocó el tablero y sobre ellos aparecieron...

-Hasta hoy siempre fui tan bien recibida en casa de Aarón Red como en

la de mi propio hermano. Pero la máquina ha girado tanto que quizá esto ya no sea posible. Tú mismo me has puesto en esta situación: tener que decidir y cerrar un período en que me sentí muy reconfortada.

... aparecieron las estrellas.

Repentinamente Katin reparó en las dimensiones de la sala. De unos quince metros de largo, constelada de puntos luminosos, una proyección holográmica de la Galaxia colgaba del techo, girando.

-En estos momentos hay varias expediciones de estudio. La nova que perdiste estaba allí. -Tocó un botón y una estrella entre los miles de millones entró en incandescencia, tan deslumbrante que Katin entornó los ojos. Se apagó, y una vez más todo el astrario abovedado quedó bañado en una espectral luz estelar-. En la actualidad tenemos una expedición que sigue de cerca...

Se interrumpió.

Extendió el brazo y abrió un cajón pequeño.

-Lorq, estoy realmente preocupada con todo este asunto...

-Continúa, Cyana. Quiero el nombre de la estrella. Quiero una cinta de las coordenadas galácticas. Quiero mi sol.

-Y yo haré todo lo posible por dártelo. Pero primero tendrás que ser paciente con una vieja. -Sacó del cajón, y a Katin se le ahogó una exclamación de sorpresa en el fondo de la boca, un mazo de cartas-. Quiero ver qué nos dice el Tarot.

-Ya me hice tirar las cartas para esta empresa. Si me pueden dar una serie de coordenadas galácticas, perfecto. De lo contrario, no tengo tiempo.

-Tu madre era de Tierra, y siempre mostró la vaga desconfianza del terráqueo con respecto al ocultismo, aunque intelectualmente admitía su eficacia. Espero que tú te parezcas a tu padre.

-Cyana, ya me han hecho una lectura completa. No hay nada que una segunda lectura pueda decirme.

Cyana abrió las cartas en abanico, cara abajo.

-Quizá puedan decirme algo a mí. Además, no quiero una lectura completa. Saca una.

Katin miró cómo el Capitán sacaba la carta, y se preguntó si las cartas habrían preparado a Cyana para el sangriento mediodía en la Plaza Chronaiki un cuarto de siglo atrás.

El mazo no era del tipo común tri-D diorámico que usaba Tyy. Las figuras estaban dibujadas. Las barajas eran amarillas. Bien podían ser del siglo XVII, o acaso anteriores.

En la carta de Lorq un cadáver desnudo colgaba de un árbol, de una cuerda atada al tobillo.

-El *Ahorcado.* -Cerró el mazo.- Invertido. Bueno, no puedo decir que me sorprenda.

-¿El *Ahorcado* no significa que se aproxima una gran sabiduría espiritual, Cyana?

-Invertido -le recordó ella-. Será adquirida a un alto precio. -Tomó la carta, y junto con el resto del mazo volvió a ponerla en el cajón-. Estas son las coordenadas de la estrella que quieres. -Apretó otro botón.

Una cinta de papel se desenroscó sobre su palma, mordisqueada por diminutos dientes metálicos. La levantó hasta los ojos para leerla.

-Aquí están todas las coordenadas. La hemos tenido dos años en observación. Estás con suerte. El estallido ha sido pronosticado para dentro

de unos diez o quince días.

-Magnífico. -Lorq tomó la cinta-. Vamos, Katin.

-¿Qué hacemos con Prince, Capitán?

Cyana se levantó del banco.

-¿No quieres ver el mensaje?

Lorq se detuvo.

-Está bien. Pásalo.

Y Katin vio que algo cobraba vida en el rostro de Lorq.

Se acercó a la consola mientras Cyana Morgan revisaba el índice de mensajes.

-Aquí está. -Apretó el botón.

Del otro lado del salón, Prince se dio vuelta para enfrentarlos.

-¿Qué demonios -la mano enguantada de negro derribó de la mesa un copón de cristal y el plato repujado en que descansaba- crees estar haciendo, Lorq? -La mano reapareció; la daga y el bastón de madera tallada restallaron contra el suelo desde el otro lado-. Cyana, tú también ayudas ¿no? Eres una perra traidora. ¡*Estoy* indignado! ¡Furibundo! Yo soy Prince Red... ¡yo soy Draco! Soy una Serpiente mutilada; ¡pero te estrangularé!

El mantel de damasco era un harapo entre los dedos negros; y abajo, la madera crujía astillándose. Katin se tragó otra exclamación de sorpresa. El mensaje era una proyección 3-D. A espaldas de Prince, una ventana fuera de foco derramaba la luz de algún sol matutino -probablemente Sol- sobre un desayuno aplastado.

-Puedo hacer cualquier cosa, todo lo que quiera. Tú estás tratando de impedirlo. -Se inclinó sobre la mesa.

Katin miró a Lorq, a Cyana Morgan. La mano pálida, de venas entrecruzadas, apretaba el brocado.

La de Lorq, tensa y de nudillos marcados, se apoyaba en la consola de instrumentos; dos dedos aferraban una palanca.

-Tú me has insultado; puedo ser muy malvado, por puro capricho. ¿Recuerdas esa fiesta en la que me vi obligado a romperte la cabeza para enseñarte modales? Tu existencia es un insulto para mí, Lorq Von Ray. Consagraré mi vida a reparar ese insulto.

Cyana Morgan miró de pronto a su sobrino, vio la mano sobre la palanca.

-¡Lorq! ¿Qué estás haciendo...? -Lo tomó de la muñeca; pero él tomó la de Cyana y le apartó la mano.

-Sé mucho más acerca de ti que cuando te envié el último mensaje -dijo Prince desde la mesa.

-¡Lorq, aparta la mano de ese conmutador! -insistió Cyana-. Lorq... -La frustración le quebró la voz.

-La última vez que hablé contigo, te dije que iba a detenerte. Ahora, te digo que si para detenerte tengo que matarte, te mataré. La próxima vez que hable contigo...

-La mano enguantada apuntó. Le tembló el índice...

Cuando la imagen de Prince se desvaneció, Cyana apartó de una palmada la mano de Lorq. Con un chasquido, la palanca volvió a la posición «no».

-¿Qué crees estar haciendo?

-¿Capitán...?

Bajo la rotación de las estrellas, Lorq respondió riéndose.

Cyana habló, encolerizada:

-¡Transmitiste el mensaje de Prince al sistema de anuncios públicos! ¡Ese loco blasfemo acaba de aparecer en todas las pantallas del Instituto!

Apretó con furia la placa sensitiva.

Las luces del indicador se amortiguaron.

Consola y banco se hundieron en el suelo.

-Gracias, Cyana. Ya tengo lo que vine a buscar.

Un guardia del museo irrumpió en la oficina. Un haz de luz lo iluminó cuando transponía la puerta.

-Discúlpeme, lo lamento muchísimo, pero hubo... oh, ¡un momento! -Apretó el intercomunicador de pulsera-. Cyana, ¿qué te pasó, perdiste la chaveta?

-¡Oh, Bunny, por amor al cielo! ¡Fue un accidente!

-¿Un accidente? ¿Era Prince Red, no?

-Claro que era. Mira, Bunny...

Lorq tomó a Katin por el hombro.

-Vamos.

Dejaron al guardia/Bunny discutiendo con Cyana.

-¿Por qué...? -trató de preguntar Katin por encima del hombro del Capitán.

Lorq se detuvo.

«Bajo Sirio» Nº 11 (falsificación Selvin) rutilaba en una catarata púrpura.

-Te dije que no tenía palabras para explicártelo. Tal vez esto te ayude. Ahora iremos en busca de los otros.

-¿Cómo hará para encontrarlos? Todavía están recorriendo el museo.

-¿Eso crees?

Lorq echó a andar una vez más.

Las galerías inferiores eran un caos.

-Capitán...

Katin trató de imaginar a los miles de turistas enfrentados a la vehemencia de Prince; recordó su primer encuentro con él en el *Roc.*

El piso de ónix del Salón Fitzgerald hormigueaba de visitantes. Las alegorías iridiscentes de los genios del siglo XX esmaltaban de luz las paredes abovedadas. Los niños parloteaban con sus padres. Los estudiantes charlaban entre ellos. Lorq caminaba entre el gentío a largos trancos, seguido de cerca por Katin.

Por el ascensor en espiral llegaron al vestíbulo a la altura de la cabeza del dragón.

Algo negro aleteó por encima de la multitud, fue retenido desde abajo.

-Los otros han de estar con él -gritó Katin, señalando a Sebastián.

Katin dio una vuelta alrededor de la quijada de piedra. Lorq lo alcanzó en el embaldosado azul.

-Capitán, acabamos de ver...

-...a Prince Red, como en la nave...

-...en las pantallas de anuncios, se vio...

-...vio en todo el museo. Volvimos...

-...aquí para no desencontrarnos...

-...cuando usted bajara. Capitán, que...

-Vamos. -Lorq interrumpió a los mellizos poniéndoles una mano en el hombro-. ¡Sebastián! ¡Tyy! Tenemos que volver al embarcadero y buscar al Ratón.

-¡Y salir de este mundo para ir a esa nova de usted!

-Primero vayamos al embarcadero. Luego hablaremos de adonde iremos después.

Se abrieron paso hacia la arcada.

-Supongo que tendremos que apresurarnos antes que Prince llegue aquí -dijo Katin.

-¿Por qué?

Ese era Lorq.

Katin trató de interpretar la mueca.

Era indescifrable.

-Hay un tercer mensaje en camino. Voy a esperarlo.

Luego el jardín: dorado y bullicioso.

-¡Gracias, doctor! -gritó Alex. Se masajeó el brazo: un puño, una flexión, un molinete-. Eh, muchacho. -Se volvió al Ratón-. Qué quieres que te diga, realmente sabes tocar ese instrumento. Siento que la unidad médica haya llegado justo en la mitad de la cosa. Pero gracias de todos modos. -Sonrió, luego miró el reloj de pared-. Parece que al fin y al cabo podré hacer mi recorrido. ¡Malakas!

Se alejó a paso vivo en medio de los velos tintineantes.

Leo preguntó con tristeza:

-¿Ahora la guardas?

El Ratón tiró del cordón del morral y se encogió de hombros.

-Quizá más tarde toque algo más. -Empezó a enganchar el brazo en la correa, y los dedos tropezaron con los pliegues del cuero-. Leo, ¿qué pasa?

El pescador metió la mano izquierda debajo de los eslabones deslucidos del cinturón.

-Simplemente que muy nostálgico me pones, muchacho. -Ahora la mano derecha-. Porque tanto tiempo pasado ha, que tú ya un niño no eres. -Leo se sentó en los escalones. Una sombra de melancolía le rozó la boca-. Yo aquí feliz no soy, pienso. Quizá tiempo de otra vez partir es. ¿Sí? -Asintió con una inclinación de cabeza-. Sí.

-¿Te parece? -El Ratón giró sobre el tambor para enfrentarlo-. ¿Por qué ahora?

Leo apretó los labios. El gesto era casi tan elocuente como un encogimiento de hombros.

-Cuando lo viejo veo, cuenta me doy de cuánto lo nuevo necesito. Además, por un largo tiempo en partir pensando he estado.

-¿Adónde vas?

-A las Pléyades voy.

-Si tú eres de las Pléyades, Leo. Creo que dijiste que querías ver algún lugar nuevo.

-Unos cien mundos en las Pléyades hay. Quizá en una docena he pescado. Algo nuevo quiero, sí pero también casa después de veinticinco años quiero.

El Ratón observó las facciones toscas, el pelo claro: ¿familiaridad? Uno la ajusta como si fuera una máscara para la niebla, pensó el Ratón; y luego

la pone sobre la cara que ha de llevarla. Leo había cambiado tanto. El Ratón, que había tenido muy poca infancia, perdía ahora un poco más.

-Yo sólo quiero lo nuevo, Leo. No querría volver a casa... aunque tuviese una.

-Algún día como yo las Pléyades, tú Tierra o Draco querrás.

-Sí... -Con un movimiento el Ratón se acomodó el morral sobre el hombro-. Tal vez querré. ¿Por qué no, dentro de veinticinco años?

Un eco:

-¡Ratón!

Y:

-¿Eh, Ratón?

Y otra vez:

-Ratón ¿estás ahí?

-¡Eh! -El grito del Ratón era aun más desagradable que su voz natural. Se puso de pie-. ¿Katin?

Alto y curioso, Katin apareció entre las redes.

-Qué sorpresa. No pensé que te encontraría. He recorrido el muelle preguntando a la gente si te habían visto. Un hombre me dijo que habías estado tocando aquí.

-¿Terminó el Capitán en el Alkane? ¿Consiguió lo que quería?

-Y algo más. Había un mensaje de Prince esperándolo. Lo pasó por el sistema de anuncios públicos. -Katin silbó-. ¡Qué ensañamiento!

-¿Consiguió su nova?

-La consiguió. Sólo que se ha quedado por aquí en espera de algo más. Yo no lo entiendo.

-¿Entonces partimos para la estrella?

-No. Antes quiere ir a las Pléyades. Tenemos un par de semanas de espera. Pero no me preguntes qué quiere hacer allí.

-¿Las Pléyades? -preguntó el Ratón-. ¿Es ahí donde se producirá la nova?

Katin mostró al Ratón las palmas en un ademán de desconcierto.

-No lo creo. Tal vez piense que será más seguro esperar en su tierra natal.

-¡Un minuto! -El Ratón se volvió otra vez hacia Leo-. Leo, quizá el Capitán pueda llevarte de regreso a las Pléyades.

-¿Mmm? -La barbilla de Leo se separó de las manos.

-Katin, al Capitán Von Ray no le importará llevar a Leo hasta las Pléyades ¿no?

Katin trató de parecer reticente y dubitativo. La expresión era demasiado complicada y quedó en blanco.

-Leo es un viejo amigo mío. De mis tiempos en Tierra. Él me enseñó a tocar la siringa, cuando era chico.

-El Capitán tiene mucho en que pensar...

-Sí, pero no le importaría que...

-Pero mucho mejor que yo ahora toca -terció Leo.

-Apuesto a que el Capitán aceptaría si yo se lo pidiera.

-Yo con tu Capitán problemas tener no quiero...

-Le podemos preguntar. -El Ratón se acomodó el morral a la espalda-. Vamos, Leo. ¿Dónde está el Capitán, Katin?

Katin y Leo intercambiaron la mirada de dos adultos que no se conocen pero aliados ante la vehemencia de la juventud.

-¿Y? ¡Vamos!

Leo se puso de pie y siguió al Ratón y a Katin hacia la puerta.

Setecientos años atrás los primeros colonos de Vorpis tallaron en el borde de la meseta de roca de Vorpis los Esciaros des Nuages. Entre los amarres de los rastranieblas más pequeños y los muelles donde atracaban los montarredes, los escalones gastados y descascarados descendían a la niebla blanca.

No había nadie en la escalera solitaria en la siesta de Phoenix, y Lorq la bajó lentamente entre los muros veteados de cuarzo. La niebla lamía los peldaños inferiores; las olas blancas venían rolando desde el horizonte, azuladas de sombra a la izquierda, doradas de sol a la derecha, como corderos rampantes.

-¡Eh, Capitán!

Lorq volvió la cabeza y miró para arriba.

-Eh, Capitán ¿puedo hablarle un minuto? -El Ratón bajaba la escalera a paso de cangrejo. La siringa le rebotaba contra la cadera-. Katin me dijo que iríamos a las Pléyades. Me acabo de encontrar con un hombre que conocí en Tierra, un viejo amigo. El que me enseñó a tocar la siringa. -Sacudió el morral-. Pensé que como íbamos en esa dirección, quizá podríamos dejarlo en su casa. De veras fue un buen amigo...

-Está bien.

El Ratón ladeó la cabeza.

-¿Mmm?

-Son sólo cinco horas hasta las Pléyades. Si está en la nave en el momento de partir y se queda en tu cabina de proyección, a mí no me molesta.

La cabeza del Ratón se inclinó hacia el otro costado; decidió rascársela.

-Oh. Magnífico. Bueno. -Luego se echó a reír-. ¡Gracias, Capitán! -Dio media vuelta y corrió escaleras arriba-. ¡Eh, Leo! -Subió de dos en dos los últimos peldaños-. ¡Katin, Leo! El Capitán dice que sí. -Y gritó hacia atrás-: ¡Gracias otra vez!

Lorq bajó unos escalones más.

Luego de un momento se sentó contra el muro.

Contó olas. Llegó a un número de cuatro cifras, y se interrumpió.

El sol polar era un disco sobre el horizonte; menos oro más azul.

Cuando vio la red, las manos se le deslizaron por los muslos, y se detuvieron en los huesos nudosos de las rodillas.

Unos eslabones golpearon los primeros peldaños. De pronto el jinete se puso de pie, hundido hasta la cintura en el oleaje blanquecino. Los flotadores de niebla izaron las redes. Del cuarzo brotaron chispas azules.

Lorq había estado recostado contra el muro. Levantó la cabeza.

El jinete de cabello oscuro subió los escalones; unas telarañas de metal ondulaban encima y detrás de él. Las redes chocaron contra los muros con un repiqueteo. Una media docena de escalones más abajo de Lorq, el jinete se quitó la máscara.

-¿Lorq?

Las manos de Lorq se desenlazaron.

-¿Cómo hiciste para encontrarme, Ruby? Sabía que lo harías. Dime cómo.

Ruby respiraba con dificultad, desacostumbrada al peso que llevaba encima. Las cintas se estiraban, se aflojaban, volvían a estirarse entre sus pechos.

-Cuando Prince se enteró de que te habías marchado de Tritón, envió cintas a las seis docenas de lugares en donde podías estar. Cyana fue sólo una. Luego me encomendó a mí que averiguase dónde la habían recibido. Yo estaba en el Mundo de Chobe, y cuando tú pasaste la cinta en el Alkane, vine a la carrera. -Las redes cayeron en pliegues sobre los peldaños-. Una vez que descubrí que estabas en Vorpis, en Phoenix... bueno, me costó bastante. No lo volvería a hacer, créeme. -Apoyó la mano en la roca. Las redes susurraron.

-En esta partida, Ruby, confío en la buena suerte. Una vez me dejé guiar por una computadora que planificaba las movidas. -Sacudió la cabeza-. Ahora juego a mano, a ojo y de oído. Por el momento no me va peor. Y es mucho más rápido. Siempre me gustó la velocidad. Quizá por eso soy el mismo que cuando nos conocimos.

-Una vez Prince me dijo algo muy semejante. -Ella lo miró-. Tu cara. -La pena relampagueó en la de ella. Estaba lo bastante cerca de Lorq como para tocarle la cicatriz. La mano se acercó y se retiró-. ¿Por qué nunca te hiciste...? -No terminó la frase.

-Es útil. Permite que cada pulida superficie de estos intrépidos mundos nuevos esté a mi servicio.

-¿A qué servicio te refieres?

-Me recuerdan para qué estoy aquí.

-Lorq -y la exasperación afloró en la voz de Ruby-, ¿qué te propones? ¿Qué es lo que tú, o tu familia, piensan que pueden conseguir?

-Espero que ni tú ni Prince lo sepan todavía. No he tratado de esconderlo. Pero te estoy transmitiendo mi mensaje con un método un tanto arcaico. ¿Cuánto crees que tardará un rumor en cubrir el espacio que hay entre tú y yo? -Se reclinó contra el muro-. No menos de mil personas saben lo que Prince está tratando de hacer. Esta mañana les pasé su mensaje. Ahora nada de misterios, Ruby. Hay muchos sitios donde esconderse; hay uno en el que puedo mostrarme a la luz.

-Sabemos que intentas algo que destruirá a los Red. Sólo a eso dedicarías tú tanto tiempo y esfuerzo.

-Ojalá pudiera decirte que te equivocas. -Lorq entrelazó los dedos-. Pero todavía ignoras de qué se trata.

-Sabemos que tiene relación con una estrella.

Lorq asintió.

-Lorq, quiero gritarte, desgañitarme... ¿quién crees que eres?

-¿Quién soy yo para desafiar a Prince, y a la hermosa Ruby Red? Eres hermosa, Ruby, y frente a tu belleza me siento muy solo, abrumado de pronto por la maldición de un propósito. Tú y yo, Ruby, los mundos que hemos conocido no nos han preparado para descubrir significados. Si yo sobrevivo, entonces un mundo, un centenar de mundos, una forma de vida sobrevive. Si Prince sobrevive... -Se encogió de hombros-. Y, sin embargo, quizá sea sólo un juego. No hacen más que repetirnos que vivimos en una sociedad sin sentido, que no hay solidez en nuestras vidas. Los mundos se tambalean a nuestro alrededor, y *a pesar de todo* yo sólo quiero jugar. Para lo único que me han preparado es para jugar, jugar con empeño, con tanto empeño como pueda; y con estilo.

-Me desconciertas, Lorq. Prince es tan transparente... -Enarcó las cejas-. ¿Te sorprende? Prince y yo hemos crecido juntos. Pero tú me enfrentas con lo desconocido. En esa fiesta, años atrás, cuando me deseaste ¿eso también era parte del juego?

-No... sí... Sé que no había aprendido las reglas.

-¿Y ahora?

-Sé que la salida consiste en dictarlas uno mismo. Ruby, yo quiero lo que tiene Prince... no. Quiero *ganar* lo que tiene Prince. Una vez que lo tenga, quizá cambie de idea y lo deseche. Pero quiero ganarlo. Nosotros combatimos, ¿y el curso de cuántas vidas y cuántos mundos se trastoca? Sí, todo eso lo sé. Tú lo dijiste entonces: somos especiales, aunque quizá a causa del poder. Pero si yo intentase tener siempre presente esa certeza, quedaría paralizado. Y aquí estoy, en este momento, en esta situación, con todo esto por hacer. Lo que ahora he aprendido, Ruby, es cómo puedo jugar *yo.* Cualquier cosa que haga, yo, la persona que soy y en la que me han convertido, tengo que ganar de esa forma. Recuérdalo. Ahora me acabas de hacer otro favor. En retribución, he de prevenirte. Por eso esperé.

-¿Qué te propones hacer que te obliga a una disculpa tan ampulosa?

-Todavía no lo sé -rió Lorq-. Sé que suena rebuscado ¿no? Pero es la verdad.

Ruby respiró hondo. Arrugó la frente alta cuando el viento le empujó el cabello hacia delante sobre el hombro. Tenía los ojos en las sombras.

-Supongo que también yo tendría que hacerte esa advertencia.

Lorq asintió.

-Pues dala por oída. -Ruby se separó del muro.

-De acuerdo.

-Bien. -Ruby echó el brazo hacia atrás; ¡lo lanzó hacia delante!

Y treinta metros cuadrados de trama metálica volaron por encima de ella y cayeron con estrépito sobre Lorq.

Los eslabones se le enredaron en las manos levantadas y se las golpearon. Lorq trastabilló.

-¡Ruby...!

Lanzó al aire el otro brazo; otro manto lo envolvió.

Ruby arqueó el cuerpo hacia atrás, y las redes tironearon, golpeándole los tobillos y haciéndolo resbalar.

-¡No! ¡Déjame...!

A través de los móviles eslabones vio que ella se había vuelto a poner la máscara: vidrio centelleante, los ojos; la boca y la nariz, enrejadas. Toda expresión se concentraba en los hombros gráciles, los pequeños músculos repentinamente visibles. Ruby se agachó; se le contrajo el abdomen. Los circuitos adaptadores le acrecentaban la fuerza de los brazos en una proporción de quinientos a uno. Lorq fue arrancado escaleras abajo. Cayó, chocó contra la pared. La roca y el metal le lastimaron los brazos y las rodillas.

Lo que los eslabones rendían en fuerza, lo sacrificaban en precisión de movimiento. Una creciente hinchó la red; Lorq, agachándose, logró esquivarla y trepó dos escalones. Pero Ruby volvió a atacar; fue remolcado cuatro escalones más abajo. Dos le golpearon la espalda, luego uno la cadera. Ruby lo arrastraba hacia abajo. La niebla le lamía las pantorrillas mientras retrocedía cada vez más hacia las brumas sofocantes, y se agachaba hasta que la máscara negra rozaba la superficie de la niebla.

Lorq se separó de ella bruscamente, y cayó cinco escalones más. Tendido de costado, se tomó de los eslabones y forcejeó. Ruby se tambaleó, pero Lorq sintió que el canto de otro escalón le desollaba el hombro.

Lorq soltó... las redes, y el aliento contenido. Una vez más trató de esquivar lo que se le venía encima.

Pero oyó que Ruby jadeaba.

Alzó la cara de los eslabones y abrió los ojos. Algo allí afuera...

Se precipitó como un dardo, oscuro y aleteante, entre los muros.

Ruby levantó un brazo para protegerse. Una sábana de red estalló por encima de Lorq; se elevó, evitando los eslabones.

Veinticinco kilos de metal volvieron a caer en la niebla. Ruby se tambaleó, desapareció.

Lorq descendió más escalones. La niebla le lamía los muslos.

La astringente bruma arsenical le embotaba la cabeza. Tosió y se aferró a la roca.

Esa cosa oscura revoloteaba ahora alrededor. El peso se aligeró por un momento. Lorq subió los escalones arrastrándose sobre el vientre. Sorbiendo aire más fresco, jadeante y mareado, miró hacia atrás.

La red planeó por encima de su cabeza, trabada en lucha con la bestia. Lorq subió a duras penas otro escalón, mientras la forma se libraba de la red y revoloteaba. Los eslabones le cayeron pesadamente sobre la pierna; se apartaron de él; se arrastraron escaleras abajo; desaparecieron.

Lorq se sentó y se obligó a seguir con la mirada el vuelo entre las piedras. La forma transpuso los muros, giró dos veces y luego regresó al hombro de Sebastián.

Desde la pared, el acurrucado acople-ciborg miró hacia abajo. Vacilante, Lorq se puso de pie, apretó con fuerza los párpados, sacudió la cabeza; luego, haciendo eses, subió el Esciaros des Nuages.

Sebastián estaba ajustando las anillas de acero a las garras nerviosas de la criatura cuando Lorq lo alcanzó en lo alto de la escalera.

-Otra vez yo -Lorq aspiró una nueva bocanada de aire y dejó caer la mano sobre el oro mate del hombro de Sebastián- las gracias te doy.

Desde las rocas miraron a lo lejos, donde ningún jinete quebraba la niebla.

-¿Tú en gran peligro estás?

-Estoy.

Tyy cruzó deprisa el muelle hacia Sebastián.

-¿Qué pasó? -Los ojos, vivos como el metal, centellearon entre los dos hombres-. ¡El avechucho negro suelto vi!

-Todo bien está -le dijo Lorq-. Al menos ahora. Yo un encuentro con la Reina de Espadas acabo de tener. Pero tu pájaro me salvó.

Sebastián tomó la mano de Tyy. Al sentir en los dedos las formas familiares, Tyy se quedó tranquila.

Sebastián preguntó, muy serio:

-¿Es hora de partir?

Y Tyy:

-¿Para tu sol perseguir?

-No el mío. El vuestro.

Sebastián frunció el entrecejo.

-A la Oscura Hermana Muerta ahora vamos -les dijo Lorq.

Sombra y sombra, sombra y luz: los mellizos llegaban desde el otro lado

del muelle. La expresión de desconcierto era visible en la cara de Lynceos. No así en la de Idas.

-¿Pero...? -empezó a decir Sebastián. Entonces la mano de Tyy se movió en la suya y Sebastián calló.

Lorq no se tomó el trabajo de responder a la pregunta inconclusa.

-A los otros ahora busquemos. Lo que esperaba ya tengo. Sí, hora de partir es.

Katin cayó hacia delante y se tomó de los eslabones. El eco resonó en el depósito de redes.

Leo soltó una carcajada.

-Eh, Ratón. En esa última taberna tu amigo el alto demasiado bebió, me parece.

Katin recuperó el equilibrio.

-No estoy borracho. -Levantó la cabeza y miró la malla metálica-. Necesitaría el doble de lo que tomé para emborracharme.

-Raro. Yo estoy. -El Ratón abrió el morral-. Leo, dijiste que querías que yo tocara. ¿Qué quieres ver?

-Cualquier cosa, Ratón. Lo que quieras toca.

Katin volvió a sacudir las redes.

-De estrella a estrella, Ratón; imagina, una gran red que se extiende por toda la Galaxia, tanto como el hombre. Esa es la matriz en que hoy acontece la historia. ¿No lo ves? Eso es todo. Esa es mi teoría. Cada individuo es un nudo de esa red, y los cabos intermedios son los hilos culturales, económicos y psicológicos que vinculan a los individuos entre sí. Cada movimiento histórico es un rizo de la red. -Volvió a sacudir la red-. Pasa por encima y a través de la red, estirando o encogiendo aquellos lazos culturales que conectan a un hombre con otro hombre. Si el acontecimiento es catastrófico, los lazos se rompen. La red se desgarra por un tiempo. De Eiling y 34-Alvin sólo discrepan acerca del origen de los rizos y la velocidad con que se desplazan. Pero la concepción general es la misma, te das cuenta. Quiero reflejar el impulso y el alcance de esa red en mi... mi novela, Ratón. Quiero que se extienda por toda la trama. Pero tengo que encontrar el tema central, ese gran acontecimiento que conmueve la historia, de modo que los eslabones se entrechoquen y relumbren para mí. Una luna, Ratón; retirarme a una hermosa roca, mi arte perfeccionado, para contemplar el fluir y las mutaciones de la red; eso es lo que quiero, Ratón. ¡Pero el tema se niega a aparecer!

El Ratón estaba sentado en el suelo, buscando en el fondo del morral una perilla de control que había caído de la siringa.

-¿Por qué no escribes sobre ti mismo?

-¡Ah, una idea excelente! ¿Quién la leería? ¿Tú?

El Ratón encontró la perilla y la insertó nuevamente en la espiga.

-No creo que yo pudiese leer algo tan largo como una novela.

-Pero si el tema fuese, digamos, el odio entre dos grandes familias como la de Prince y la del Capitán ¿no tendrías al menos ganas de leerla?

-¿Cuántas notas has tomado para ese libro? -El Ratón aventuró una luz a través del hangar.

-Ni la décima parte de las que necesito. Aunque está condenada a ser una reliquia de museo obsoleta, será una joya -se balanceó contra las redes-, una obra de arte -los eslabones rugieron; elevó la voz-: una obra minuciosa; ¡perfecta!

Librodot

-Yo nací -dijo el Ratón-. He de morir. Sufro. Ayúdame. Ahí tienes, acabo de escribir tu libro por ti.

Katin se miró los dedos grandes, débiles contra la malla. Al cabo de un momento dijo:

-A veces me das ganas de llorar.

El olor del comino.

El olor de las almendras.

El olor del cardamomo.

Las melodías caían y se entrelazaban.

Uñas comidas, nudillos deformados; el dorso de las manos de Katin se irisó con los colores del otoño; a través del piso de cemento la sombra bailaba en la red.

-Eh, te soltaste -rió Leo-. ¡Toca, sí, toca, Ratón! ¡Tú sí que tocas!

Y las sombras siguieron bailando hasta que las voces:

-Eh, muchachos ¿todavía...

-...están ahí? El Capitán nos dijo...

-...dijo que los buscásemos. Es...

-...es hora de partir. Vamos...

-...¡ya partimos!

6

-El Paje de Bastos.

-*Justicia.*

-*Juicio.* Mi baza. La Reina de Copas.

-As de Copas.

-La *Estrella.* Mi baza. El *Ermitaño.*

-¡Con las trompetas el camino señala! -Leo rió-. *Muerte.*

-El *Loco.* Mi baza es. Ahora: el Caballero de Oros.

-Tres de Oros.

-Rey de Oros. Mi baza es. Cinco de Espadas.

-El Dos.

-El *Hechicero;* mi baza.

Katin miraba la umbrosa mesa-tablero de ajedrez en la que Sebastián, Tyy y Leo, luego de la hora de las reminiscencias, jugaban un *Tarot-whist* de tres.

Katin no conocía bien el juego; pero ellos ignoraban esa circunstancia, y se preguntaba por qué no lo habían invitado a jugar. Hacía quince minutos que observaba el juego por encima del hombro de Sebastián (la bestia oscura acurrucada a sus pies) mientras las manos velludas repartían los naipes y los distribuían en abanico. Katin trataba de elaborar alguna ocurrencia brillante con que terciar en el juego.

Jugaban tan rápido...

Abandonó la idea.

Pero mientras iba hacia la rampa donde estaban sentados el Ratón e Idas, balanceando los pies sobre el estanque, sonrió; pulsó en el bolsillo los botones del grabador. Idas decía:

-Eh, Ratón, ¿qué pasa si muevo esta perilla...?

-¡Cuidado! -El Ratón apartó de la siringa la mano de Idas-. ¡Dejarás ciegos a todos los que están en el salón!

Idas frunció el entrecejo.

-La mía, en la época en que me dio por eso, no tenía... -La voz se fue apagando, en espera de un complemento ausente.

La mano del Ratón resbaló de la madera al acero, del acero al plástico. Los dedos rasgaron las cuerdas y arrancaron unas notas sordas.

-De veras puedes herir gravemente a alguien si no la usas como es debido. Es altamente direccional y la cantidad de luz y sonido que puedes sacarle alcanzaría para que a alguien se le desprendiese la retina o se le rompiese el tímpano. Para obtener opacidad en las imágenes holográmicas, recuerda, este instrumento utiliza un láser.

Idas sacudió la cabeza.

-Nunca tuve una el tiempo suficiente para descubrir cómo trabajan por dentro los...

Extendió la mano hasta las cuerdas menos peligrosas.

-No cabe duda que es un bonito...

-Hola -dijo Katin.

El Ratón gruñó y siguió afinando roncones. Katin se sentó al otro lado del Ratón y observó durante unos instantes.

-Acabo de pensar una cosa -dijo-. Nueve de cada diez veces, cuando

digo «hola» a alguien al pasar, o cuando la persona con quien hablo se aleja para hacer algo distinto, me paso los quince minutos siguientes repasando el incidente, preguntándome si mi sonrisa fue tomada como una familiaridad indebida, o si mi expresión sobria fue mal interpretada como frialdad. Me repito el diálogo una docena de veces, cambiando las inflexiones de la voz y tratando de extrapolar las reacciones posibles del otro...

-Eh. -El Ratón levantó la vista de la siringa-. Está todo bien. Tú me eres simpático. Sólo que estaba ocupado.

-Oh. -Katin sonrió; luego una expresión sombría borró la sonrisa.

-Sabes, Ratón, lo envidio al Capitán. Él tiene una misión que cumplir. Y su obsesión lo exime de todas esas dudas acerca de los juicios de los demás.

-A mí tampoco me pasa todo eso que tú dices -dijo el Ratón-. No mucho.

-A mí sí. -Idas miró alrededor-. Cada vez que estoy solo, lo hago todo el... -y agachó la cabeza morena para examinarse los nudillos.

-Es muy generoso de su parte darnos todo este tiempo libre y manejar la nave con Lynceos -dijo Katin.

-Sí -dijo Idas-, creo que... -y dio vuelta las manos para estudiarse las oscuras e intrincadas líneas de la palma.

-El Capitán tiene demasiadas preocupaciones -dijo el Ratón-. Y no las quiere. Esta etapa del viaje no es nada difícil, así que prefiere distraerse con algo. Eso es lo que yo pienso.

-¿Tú crees que el Capitán tiene pesadillas?

-Tal vez. -El Ratón arrancó canela del arpa, pero tan concentrada que les hizo arder la nariz y el velo del paladar.

Los ojos de Katin lagrimeaban.

El Ratón sacudió la cabeza y redujo el volumen de las perillas que había tocado Idas.

-Perdón.

-Caballero de... -Del otro lado del salón Sebastián levantó la vista de las cartas y arrugó la nariz- ...Espadas.

Katin, el único con piernas lo bastante largas, rozó con la puntera de la sandalia el agua del estanque. La grava multicolor se agitó. Katin sacó el aparato grabador y oprimió el botón.

-Las novelas se ocupaban principalmente de las relaciones humanas. -Mientras hablaba observaba más allá de las hojas las distorsiones en la pared de mosaicos-. Eran populares porque disimulaban la soledad de la gente que las leía, gente esencialmente hipnotizada por las maquinaciones de su propia conciencia. El Capitán y Prince, por ejemplo, pese a que sus obsesiones están íntimamente relacionadas...

El Ratón se inclinó y habló en la caja enjoyada:

-¡Probablemente el Capitán y Prince no se han visto cara a cara en los últimos diez años!

Katin, fastidiado, apagó el grabador. Buscó una réplica mordaz; no encontró ninguna. Así que volvió a encenderlo.

-Recordar que la sociedad que permite esto es la sociedad que ha permitido también que la novela se extinguiera. Tener presente que el tema de la novela es lo que sucede entre las caras de los seres humanos cuando hablan entre ellos. -Apagó otra vez.

-¿*Por qué* escribes ese libro? -preguntó el Ratón-. Quiero decir qué quieres hacer con él.

-¿Por qué tocas la siringa? Estoy seguro de que la razón es esencialmente la misma.

-Con la diferencia de que si yo perdiese tanto tiempo en preparativos, nunca tocaría nada; y esto es una sugerencia.

-Empiezo a comprender, Ratón. No es mi meta, sino los métodos que empleo para alcanzarla lo que te fastidia, por así decir.

-Katin, yo *comprendo* lo que estás haciendo. Quieres hacer algo hermoso. Pero esa no es la manera. Seguro, yo tuve que practicar mucho tiempo para poder tocar este instrumento. Pero si tú pretendes algo así, haz que la gente sienta y palpite con las emociones de la vida, aunque sólo sea ese hombre solitario que va a buscarla a los sótanos del Alkane. Y no la encontrará, si tú mismo no comprendes algunos de esos sentimientos.

-Ratón, tú eres una persona admirable, buena y hermosa. Pero estás totalmente equivocado. Te he mirado la cara de bastante cerca, y he visto en qué medida son formas nacidas del terror esas hermosas formas que arrancas de tu arpa.

El Ratón lo miró y unas arrugas se le marcaron en la frente.

-Podría sentarme y observarte tocar durante horas. Pero no son más que alegrías pasajeras, Ratón. Sólo cuando abstraes todo cuanto sabes acerca de la vida, y lo ordenas como una proposición que ilumina estructuras significantes, tienes a la vez lo bello y lo permanente. Sí, hay una parte de mí mismo que no he logrado preparar para este trabajo, esa que fluye y emana de ti, que brota de tus manos. Pero hay una gran parte de ti que toca para ahogar ese grito que resuena ahí dentro. -Rubricó con un movimiento afirmativo el gesto de enojo del Ratón.

El Ratón soltó una risa seca.

Katin se encogió de hombros.

-Yo leeré tu libro -dijo Idas.

El Ratón y Katin lo miraron.

-He leído un... bueno, algunos libros... -Volvió a mirarse las manos.

-¿Lo leerías?

Idas asintió.

-En las Colonias Lejanas la gente lee libros, hasta novelas a veces. Sólo que no son muy... bueno, solamente viejos... -Levantó la vista para mirar el marco en la pared: Lynceos yacía como un fantasma nonato; en el otro marco estaba el Capitán. Volvió a mirar con aire ausente-. En las Colonias Lejanas es muy distinto de... -Movió la mano en el aire, como si representase a todo Draco-. ¿Alguien conoce bien el sitio adónde vamos?

-Nunca he estado allí -dijo Katin.

El Ratón negó con la cabeza.

-Me preguntaba si allí podríamos conseguir un poco de... -Bajó la mirada-. No tiene importancia...

-Tendrías que preguntárselo a ellos -dijo Katin, señalando a los jugadores del otro lado del salón-. Es su tierra natal.

-Oh -dijo Idas-. Sí, supongo...

De pronto, saltó desde la rampa, chapoteó en el agua, vadeó el estanque, y cruzó la alfombra chorreando.

Katin miró al Ratón y meneó la cabeza.

Pero el pelo azul de la alfombra ya había absorbido el rastro.

-Seis de Espadas.

-Cinco de Espadas.

-Disculpad ¿alguno de vosotros sabe...
-Diez de Espadas. Mi baza. Paje de Copas.
-...en este mundo al que vamos, saben si...
-La *Torre.*
-(Ojalá esa carta no hubiese salido invertida en la lectura del Capitán -le murmuró Katin al Ratón-. Créeme, no augura nada bueno).
-El Cuatro de Copas.
-Mi baza. Nueve de Bastos.
-...si podemos conseguir...
-Siete de Bastos.
-...un poco de éxtasis.
-La *Rueda de la Fortuna.* Mi baza es. -Sebastián alzó los ojos-. ¿Éxtasis?

El explorador que bautizó con el nombre de Elíseo al más alejado de los planetas de la Oscura Hermana Muerta se había permitido un mal chiste. A pesar de todos los dispositivos planoformantes disponibles, seguía siendo un ascua helada, despoblada y estéril, que giraba en elipses a distancias transplutonianas de una luz espectral.

Alguien había propuesto la dudosa teoría de que los tres mundos del sistema eran en realidad lunas, que habían rotado a la sombra de un planeta gigantesco antes de la catástrofe, y habían escapado así a la furia que aniquilara al protector. Luna pobre, si luna eres, pensó Katin mientras la dejaban atrás. No has mejorado con tu papel de mundo. Una lección para los presuntuosos.

Una vez que el explorador hubo explorado un poco más, recobró el sentido de las proporciones. La sonrisa se le fue apagando al acercarse a la mitad del mundo; lo llamó Dis.

El destino del explorador sugiere que el mordisco de la sabiduría lo alcanzó demasiado tarde; desafiando a los dioses cosechó al menos una vez una recompensa clásica. La nave se estrelló en el planeta más interior. El planeta quedó sin nombre, y hasta ese momento se lo mencionaba como el otro mundo, sin pompa y sin circunstancias, y sin mayúsculas. No antes de que llegara un segundo explorador ese otro mundo reveló de pronto un secreto. Aquellas grandes planicies que a la distancia parecían escoria solidificada resultaron ser océanos... de agua, congelada. Es verdad que la capa superior de tres a treinta metros estaba mezclada con todo tipo de cascajo y desechos. Se llegó por último a la conclusión de que el otro mundo había estado alguna vez sumergido por completo debajo de tres a cincuenta kilómetros de agua. Quizá diecinueve veinteavas partes se habían evaporado en el espacio cuando la Oscura Hermana Muerta entró en nova. Esto dejó una superficie emergida un poco mayor que la del planeta Tierra. ¿La atmósfera irrespirable, la ausencia total de vida orgánica, las temperaturas sub-sub? Problemas menores comparados con el regalo de los océanos; fácilmente subsanados. Así pues la humanidad, en los primeros tiempos de las Pléyades, invadió las tierras chamuscadas y congeladas. El nombre de la ciudad más antigua del otro mundo -aunque no la más importante, pues el movimiento comercial y económico de los últimos trescientos años había provocado muchas migraciones- fue elegido cuidadosamente: la Ciudad de la Noche Horrible.

Librodot

Y el *Roc* aterrizó junto a la ampolla negra de la Ciudad que rozaba la Zarpa del Diablo.

-…de dieciocho horas. -Y ese fue el final de la infovoz.

-¿Es esto bastante hogar para ti? -preguntó el Ratón.

Leo atisbo a través del campo.

-Yo nunca este mundo recorrí -suspiró el pescador. A lo lejos, el mar de hielo resquebrajado se extendía hacia el horizonte-. Pero grandes cardúmenes de narvales segmentados de seis aletas el mar cruzan. Los pescadores con arpones largos como cinco hombres altos los cazan. Las Pléyades es; bastante hogar es. -Sonrió y el aliento escarchado subió empañándole los ojos azules.

-Este es tu mundo ¿no, Sebastián? -preguntó Katin-. Estarás contento de haber vuelto.

Sebastián apartó un ala oscura que batía delante de él.

-Mío es, pero… -Miró alrededor, se encogió de hombros-. Yo de Thule vengo. Una ciudad más grande es; a un cuarto del camino al otro mundo queda. De aquí muy lejos y muy diferente es. -Levantó la cabeza y contempló el cielo crepuscular. Hermana estaba allá arriba, una perla empañada detrás de una vaina de nubes de color metálico-. Muy diferente. -Meneó la cabeza.

-Nuestro mundo, sí -dijo Tyy-. Pero para nada nuestro hogar.

El Capitán, unos pocos pasos más adelante, se dio vuelta cuando ellos hablaron.

-Mirad. -Señaló el portalón. Bajo la cicatriz el rostro de Lorq era una máscara-. Ningún dragón en esta columna se enrosca. Esto hogar es. ¡Para ti y para ti y para ti y para mí esto tierra natal es!

-Lo bastante tierra natal es -repitió Leo. Pero su voz era reticente.

Transpusieron el portalón sin serpientes detrás del Capitán.

El paisaje tenía todos los colores de una hoguera.

Cobre: oxidándose hasta un verde moteado de amarillo.

Hierro: ceniza negra y roja.

Azufre: el óxido es un rezumante pardo purpúreo.

Las manchas de colores avanzaban desde el horizonte polvoriento y se repetían en los muros y torres de la ciudad. Una vez Lynceos bajó la orla plateada de las pestañas para mirar el cielo donde un enjambre de sombras, como enloquecidas hojas negras, parpadeaban contra el sol exhausto, siempre crepuscular, aun al mediodía. Volvió la cabeza para mirar a la criatura que en el hombro de Sebastián extendía ahora las alas y hacía chasquear la trabilla.

-¿Y cómo se siente el pajarraco en su tierra?

Extendió la mano con la intención de tomar al animal encaramado por el pellejo del cogote, sólo para ponerla bruscamente a salvo de una garra oscura. Los mellizos se miraron y se echaron a reír.

Descendieron a la Ciudad de la Noche Horrible.

A mitad de camino, el Ratón empezó a retroceder por la escalera mecánica.

-No… no es Tierra.

-¿Mmm?

Katin se deslizó a su lado, vio lo que hacía el Ratón, y también él

empezó a subir por la escalera descendente.

-Mírala desde aquí arriba, Katin. No es el Sistema Solar. No es Draco.

-Este es tu primer viaje fuera de Sol, ¿no?

El Ratón asintió.

-No será muy diferente.

-Pero míralo un poco, Katin,

-La Ciudad de la Noche Horrible -musitó Katin-. Todas esas luces. Probablemente le tienen miedo a la oscuridad.

Subiendo de cuando en cuando, manteniéndose un rato en el mismo lugar, observaron el paisaje más allá del tablero ajedrezado: piezas de juego ornamentadas, un tropel de reyes, reinas y torres que dominaban a caballos y peones.

-Vamos -dijo el Ratón.

Las planchas metálicas de veinte metros de la gigantesca escalera los transportaron abajo a toda velocidad.

-Será mejor que alcancemos al Capitán.

Las calles aledañas al campo de aterrizaje estaban repletas de hospedajes baratos. Sobre las aceras se arqueaban las marquesinas, anunciando salas de baile y psicorama. El Ratón miró a través de una pared transparente a la gente que nadaba en la piscina de un club recreativo.

-No es tan distinto de Tritón. Seis peniques @. Es evidente, sin embargo, que los precios son muchísimo más bajos.

En las calles la mitad de los transeúntes parecían ser tripulantes u oficiales. Las calles estaban atestadas. El Ratón oyó música; llegaba a través de las puertas abiertas de los bares.

-Oye, Tyy. -El Ratón señaló una marquesina-. ¿Alguna vez trabajaste en un lugar como ese?

-En Thule, sí.

«Lecturas Expertas»: las letras relumbraban, se encogían, se dilataban en el letrero.

-Nos quedamos en la Ciudad...

Todos se volvieron al Capitán.

-...cinco días.

-¿Nos vamos a alojar en la nave? -preguntó el Ratón-. ¿O aquí en la ciudad donde podremos divertirnos un poco?

Tomen esa cicatriz. Córtenla con tres líneas muy juntas cerca del extremo superior: la frente del Capitán se arrugó.

-Todos vosotros sospecháis el peligro en que estamos. -Recorrió con la mirada los edificios-. No. No nos vamos a quedar ni aquí ni en la nave. -Entró en una cabina de comunicaciones. Sin molestarse en cerrar la puerta corrediza, pasó la mano por delante de las placas de inductancia-. Lorq Von Ray habla. ¿Yorgos Setsumi?

-Yo si la reunión de junta consultiva ha terminado veré.

-Uno de sus androides igual servirá -dijo Lorq-. Sólo un pequeño favor quiero.

-Con usted, señor Von Ray, siempre en persona le gusta hablar. Un momento, ya que disponible está creo.

Una figura se materializó en la columna visora.

-Lorq, tanto tiempo sin verte. ¿Qué por ti puedo hacer?

-¿Durante los próximos diez días habrá alguien en el Taafite de Oro?

-No. Yo estoy en Thule ahora, y me quedaré hasta el mes próximo.

Presumo que estás en la Ciudad y que necesitas un lugar donde parar.

Katin ya había advertido que el Capitán había pasado de un dialecto a otro.

Había similitudes imponderables e inconfundibles entre la voz del Capitán y la de este Setsumi. Katin reconoció modalidades comunes en las que creía oír el acento de la clase alta de las Pléyades. Miró a Tyy y a Sebastian para ver si también ellos advertían ese acento. Sólo un pequeño movimiento de los músculos alrededor de los ojos, pero nada más. Katin volvió a mirar la columna visora.

-Viene gente conmigo, Yorgy.

-Lorq, mis casas son tus casas. Espero que tú y tus invitados estéis cómodos.

-Gracias, Yorgy. -Lorq salió de la cabina.

Los tripulantes se miraron.

-Existe la posibilidad -dijo Lorq- de que los próximos cinco días que pase en el otro mundo sean los últimos que pase en cualquier parte. -Los escudriñó, esperando las reacciones de ellos. Con el mismo empeño ellos trataban de ocultarlas-. Bien, podríamos pasar estos días de la manera más agradable posible. Vamos por aquí.

El mono reptó riel arriba y los lanzó a través de la Ciudad.

-¿Esa Oro es? -le preguntó Tyy a Sebastian.

El Ratón apretó la cara contra el vidrio.

-¿Dónde?

-Allí. -Sebastian señaló más allá de las plazoletas. Entre los edificios, un río deshelado quebraba la Ciudad.

-Bah, lo mismo que Tritón -dijo el Ratón-. ¿El núcleo de este planeta está siendo derretido por el ilirión también?

Sebastian negó con la cabeza.

-Todo el planeta demasiado grande para eso es. Sólo debajo de las ciudades. Esa fisura Oro llamada es.

El Ratón observó los crestones ígneos y quebradizos que caían a lo largo de la fisura lávica.

-¿Ratón?

-¿Mmm? -El Ratón levantó la vista cuando Katin sacó el grabador-. ¿Qué quieres?

-Haz algo.

-¿Qué?

-Se trata de un experimento. Haz algo.

-¿Qué quieres que haga?

-Lo que se te ocurra. A ver.

-Bueno... -El Ratón frunció el ceño-. Está bien.

El Ratón lo hizo.

Los mellizos, desde el otro extremo del vehículo, se volvieron para mirar. Tyy y Sebastian miraron al Ratón, se miraron, y se volvieron de nuevo al Ratón.

-El carácter se revela sobre todo en los actos -dijo Katin a su grabador-. El Ratón se alejó de la ventana, e hizo girar y girar el brazo. Por su expresión, me di cuenta de que le divertía que la violencia de este acto me hubiera sorprendido, y que al mismo tiempo quería saber si yo estaba

satisfecho. Volvió a dejar caer las manos sobre la ventana, respiró con cierta dificultad y flexionó los dedos sobre el antepecho...

-Eh -dijo el Ratón-. Yo no hice más que girar el brazo. El jadeo, los dedos... eso no formaba parte...

-«Eh», dijo el Ratón, enganchando el pulgar en la rotura de la pernera. «Yo no hice más que girar el brazo. El jadeo, los dedos... eso no formaba parte...».

-¡Maldito sea!

-El Ratón desenganchó el pulgar, cerró un puño nervioso, y exclamó «¡Maldito sea!»; dio media vuelta y se alejó, con aire de frustración. Hay tres tipos de actos: premeditados, habituales y gratuitos. El carácter, para que sea inmediato y aprehensible, ha de revelarse en los tres. -Katin miró hacia la delantera del vehículo.

El Capitán escudriñaba a través de la plancha curva que recubría el techo, la mirada amarilla fija en la luz mortecina que latía como la punta de fuego de una brasa gigantesca. La luz era tan débil que ni siquiera entornó los ojos.

-Estoy desconcertado -le confesó Katin a su caja enjoyada-, a pesar de todo. El espejo de mi observación gira, y lo que en un principio parecía gratuito, luego de verlo tantas veces se me revela como un hábito. Lo que me pareció un hábito es parte ahora de un vasto diseño. Mientras, lo que en un comienzo estaba cargado de sentido, estalla en gratuidad. El espejo vuelve a girar y el personaje que yo creía obsesionado por un propósito muestra que esa obsesión es sólo un hábito; los hábitos son gratuitamente no significativos; en tanto los actos que concebí como gratuitos parecen tener un propósito diabólico.

Los ojos amarillos se habían apartado de la estrella exhausta. La cara se le crispó alrededor de la cicatriz por alguna payasada del Ratón que Katin no había advertido.

Furia, reflexionó Katin. Furia, sí, se está riendo. Pero ¿cómo se puede distinguir en esa cara la risa de la furia?

Pero también los otros se reían.

-¿Qué es ese humo? -preguntó el Ratón esquivando la rejilla que humeaba entre los adoquines.

-Simplemente el resumidero de la cloaca es, creo -dijo Leo.

El pescador observó la niebla que trepaba en espiral por la columna hacia el brillante lampadario de fluorescencia inducida. A ras del suelo las pompas de vapor se henchían y desinflaban; delante de la luz bailaban y se estremecían.

-Taafite está justo al final de esta calle -dijo Lorq.

Subieron la colina pasando otra media docena de resumideros que humeaban en el anochecer perpetuo.

-Creo que Oro está justo...

-...¿justo detrás de ese malecón?

Lorq asintió.

-¿Qué clase de lugar es el Taafite? -preguntó el Ratón.

-Un lugar donde podré estar tranquilo. -Una angustia sutil turbó las facciones del Capitán-. Y donde no tendré que preocuparme por ti. -Lorq amagó un bofetón, pero el Ratón lo esquivó-. Hemos llegado.

El portón de tres metros y medio con vidrios de colores engarzados en hierro forjado, se abrió cuando Lorq extendió la mano junto a la placa.

-Se acuerda de mí.

-¿Taafite no es suya? -preguntó Katin.

-Es de un antiguo compañero de estudios, de Yorgos Setsumi, el dueño de Minera Pléyades. Unos diez años atrás yo venía aquí con frecuencia. Fue en ese entonces cuando la cerradura computó mi mano. Yo hice lo mismo por él con algunas de mis casas. Ahora no nos vemos muy a menudo pero fuimos muy amigos.

Entraron en el jardín de Taafite.

Las flores que allí crecían no estaban destinadas a que se las viera a plena luz. Los capullos eran purpúreos, castaños, violetas; colores crepusculares. Las escamas micáceas relucían en el ramaje arácnido de la tilda desnuda. Había muchos arbustos, pero las plantas más altas eran todas frágiles y ralas, para que dieran el mínimo de sombra.

El frontispicio de Taafite mismo era una forma curvilínea de cristal. En un largo trecho no había pared, y la casa y el jardín se confundían. Una especie de sendero llevaba a una escalinata tallada en la roca debajo de lo que era quizá la puerta principal.

Cuando Lorq puso la mano sobre la placa de la puerta, empezaron a encenderse luces a través de la casa, en las ventanas por encima de sus cabezas, en los fondos lejanos de los pasillos, reflejadas en los rincones, o filtrándose a través de un muro translúcido, veteado como jade violeta, o paneles de ámbar moteado de negro. Hasta por abajo: un sector del piso era transparente, y vieron luces que se encendían en habitaciones de plantas inferiores.

-Adelante.

Siguieron al Capitán a lo largo de la alfombra parda. Katin se adelantó a examinar un anaquel con estatuillas de bronce.

-¿Benin? -preguntó al Capitán.

-Creo que sí. A Yorgos lo apasiona el arte nigeriano del siglo XIII.

Cuando Katin se volvió a la pared opuesta, los ojos se le dilataron de asombro.

-Estos no pueden ser los originales. -Luego los entornó-. ¿Las falsificaciones Van Meegeren?

-No. Me temo que no sean más que viejas copias.

Katin rió entre dientes.

-Todavía tengo en la cabeza el «*Bajo Sirio*» de Dehay.

Siguieron caminando por la galería.

-Creo que aquí hay un bar. -Lorq entró por una puerta.

Las luces se encendieron sólo a medias a causa de lo que había del otro lado de la pared de vidrio de doce metros.

En el interior de la habitación las lámparas amarillas se reflejaban en un estanque de arena opalescente que caía en cascadas sucesivas de la pared de roca. La plataforma giratoria ya estaba transportando al salón bebidas refrescantes. Sobre unos flotantes anaqueles de vidrio había unas estatuillas claras. Bronces de Benin en el vestíbulo; aquí eran cicládicas primitivas, transparentes y desdibujadas. Más allá de la habitación refulgía Oro.

Allá abajo, entre los peñascos salobres, la lava flameaba como el día.

El río de roca se deslizaba meciendo las sombras de los peñascos entre los maderos del cielo raso.

El Ratón dio un paso adelante y dijo algo sin sonido.

Librodot

Tyy y Sebastian entornaron los ojos.

-¡No es algo...

-...algo digno de verse!

El Ratón corrió alrededor del estanque de arena, se recostó contra el cristal con las manos junto a la cara. Luego, volviendo la cabeza, les sonrió.

-¡Es como estar en el centro mismo de algún Infierno de Tritón!

El pajarraco encaramado en el hombro de Sebastian cayó al suelo batiendo las alas y se acurrucó detrás de su amo cuando algo estallaba en Oro. La lluvia de fuego cayó con una luz que les bajó por las caras.

-¿Qué brebaje del otro mundo queréis probar primero? -preguntó Lorq a los mellizos mientras revisaba las botellas de la plataforma.

-El de la botella roja...

-...el de la botella verde parece bueno...

-...no tanto como algunos de los productos que, conseguíamos en Tubman...

-...apuesto. En Tubman conseguíamos algo llamado éxtasis...

-...¿usted sabe qué es éxtasis, Capitán?

-Nada de éxtasis. -Lorq levantó las botellas, una en cada mano-. Roja o verde. Las dos son buenas.

-Por cierto que no me vendría mal un poco...

-...a mí tampoco. Pero supongo que él no tiene...

-...supongo que no tiene. Así que tomaré...

-...rojo...

-...verde.

-Una de cada.

Tyy le tocó el brazo a Sebastian.

-¿Qué pasa? -Sebastian arrugó el entrecejo.

Tyy le señaló la pared en el momento en que uno de los anaqueles se alejaba flotando de un cuadro largo.

-¡Una vista de Thule desde el Barranco Dank es! -Sebastian tomó a Leo por el hombro-. Mira. ¡Eso tierra natal es!

El pescador miró.

-Tú por la ventana trasera de la casa donde yo nací miras -dijo Sebastian-. Todo eso ves.

-Eh. -El Ratón se estiró para palmearle el hombro a Katin.

Katin bajó la vista de la escultura para mirar la cara morena del Ratón.

-¿Mmm?

-Esa banqueta que hay allí. ¿Recuerdas lo que decías en la nave acerca del mobiliario de la República de Vega?

-Sí.

-¿Esa banqueta es de allí?

Katin sonrió.

-No. Todo lo que hay aquí sigue el estilo de los diseños pre-estelares. Toda esta habitación es una réplica bastante fiel de una elegante mansión americana del siglo XXI o XXII.

El Ratón asintió.

-Oh.

-A los ricos siempre les fascinan las antigüedades.

-Nunca había estado en un lugar como este. -El Ratón miró alrededor-. No está mal ¿eh?

-Sí. No está mal.

-Venid a buscar vuestro veneno -llamó Lorq desde la plataforma.

-¡Ratón! ¿Ahora tu siringa tocarás? -Leo traía dos picheles, puso uno en las manos del Ratón, el otro en las de Katin-. Toca. Pronto a los muelles de hielo bajaré. Ratón, toca para mí.

-Toca algo que podamos bailar...

-...baila con nosotros, Tyy. Sebastian...

-...Sebastian, ¿tú también bailarás con nosotros?

El Ratón abrió el morral.

Leo fue a buscarse un pichel, volvió, y se sentó en la banqueta. Oro empalidecía las imágenes del Ratón; pero la música estaba adornada de agudos e insistentes cuartos de tono. Olía a fiesta. Sentado en el suelo, el Ratón balanceaba el cuerpo de la siringa contra el pie ennegrecido y calloso, marcaba el ritmo con la puntera de la bota y se mecía. Los dedos volaban. La luz de Oro, la de los artefactos del aposento, la de la siringa del Ratón, azotaban la cara del Capitán. Veinte minutos más tarde dijo:

-Ratón, te robaré por un rato.

El Ratón dejó de tocar.

-¿Qué quiere, Capitán?

-Compañía. Voy a salir.

Los bailarines pusieron caras largas.

Lorq movió una perilla en la plataforma.

-El grabador sensorio estaba funcionando.

La música empezó otra vez. Y las visiones fantasmagóricas de la siringa del Ratón volvieron a hacer cabriolas, junto con las imágenes danzantes de Tyy, Sebastian y los mellizos y el sonido de las risas...

-¿Adónde vamos, Capitán? -preguntó el Ratón. Guardó la siringa en el estuche.

-Estuve pensando. Nos falta algo aquí. Voy a conseguir un poco de éxtasis.

-¿Quiere decir que usted sabe...

-...dónde conseguir un poco?

-Las Pléyades es mi tierra -dijo el Capitán-. Quizá nos demoremos una hora. Vamos, Ratón.

-Eh, Ratón ¿dejarás tu...

-...siringa aquí con nosotros...

-...ahora? No te preocupes. No...

-...no permitiremos que le pase nada.

Con los labios apretados, el Ratón miró a los mellizos, luego al instrumento.

-Está bien. Podéis tocarla. Pero tened cuidado, ¿eh?

Se encaminó a donde Lorq lo esperaba junto a la puerta.

Leo se les unió.

-Hora de que yo también me vaya es.

Dentro del Ratón, la sorpresa se abrió como una herida sobre lo inevitable. Parpadeó.

-Por el viaje, Capitán, le agradezco.

Cruzaron el vestíbulo y el jardín de Taafite. Del otro lado del portón, hicieron un alto junto al humeante resumidero.

-A los muelles de hielo por ese camino llegas. -Lorq señaló colina abajo-. El mono hasta el final del recorrido toma.

Leo asintió. Los ojos azules captaron la mirada de los ojos oscuros del

Ratón, y una expresión de desconcierto le cruzó la cara.

-Bueno, Ratón. Quizá algún día a vernos volvamos.

-Sí -dijo el Ratón-. Quizá.

Leo dio media vuelta y echó a andar entre las humaredas del camino, el talón de la bota repiqueteando.

-Hey -llamó el Ratón luego de un momento.

Leo se volvió.

-Ashton Clark.

Leo sonrió y reanudó la marcha.

-Sabe -le dijo el Ratón a Lorq-. Probablemente no lo volveré a ver en mi vida. Vamos, Capitán.

-¿Estamos más o menos cerca del espacio-puerto? -preguntó el Ratón. Descendieron la atestada escalera de la estación del monorriel.

-Lo bastante como para llegar a pie. Estamos en Oro a unos diez kilómetros de Taafite.

Los camiones rociadores acababan de pasar. Los peatones se reflejaban en el pavimento mojado. Un grupo de adolescentes (dos de los muchachos llevaban campanillas alrededor del cuello) corrían junto a un viejo, riendo a carcajadas. El viejo se volvió, los siguió unos pasos, la mano extendida. Luego dio media vuelta y se acercó al Ratón y a Lorq.

-¿A un viejo con algo ayudan? Mañana, mañana a un trabajo me enchufo. Pero esta noche...

El Ratón se volvió al mendigo, pero Lorq siguió caminando.

-¿Qué hay allí? -El Ratón señaló una alta arcada de luces. En la calle reluciente, la gente se apiñaba delante de la puerta.

-No hay éxtasis allí.

Dieron vuelta en una esquina. En el extremo de la calle había parejas detenidas junto a una cerca. Lorq cruzó.

-Aquella es la otra punta de Oro.

Al pie de la pendiente escarpada, la roca brillante se perdía en la noche. Una pareja se alejó, iban tomados de la mano, los rostros bruñidos.

Centelleándole el pelo, las manos y los hombros, un hombre de jubón de lame subía por la acera. Una bandeja con joyas le colgaba del cuello. La pareja lo detuvo. La mujer le compró una joya al buhonero, y riéndose se la puso a su amigo en la frente. Las sartas de lentejuelas que pendían del cabujón cayeron hacia atrás y se le ensortijaron en los cabellos largos. Siempre riendo subieron por la calle mojada.

Lorq y el Ratón llegaron al final de la cerca. Una multitud de policías uniformados de las Pléyades apareció en lo alto de la escalera; tres muchachas corrieron tras ellos, gritando. Cinco muchachos les dieron alcance, y los gritos se transformaron en risas. El Ratón se dio vuelta y los vio amontonarse alrededor del buhonero.

Lorq empezó a bajar los escalones.

-¿Qué hay allí abajo? -El Ratón apresuró el paso.

Al costado de los anchos escalones, la gente bebía en mesas instaladas junto a las cafeterías talladas en la roca.

-Usted parece saber adonde va, Capitán. -El Ratón caminaba codo a codo con Lorq-. ¿Qué es *eso*? -Siguió con la mirada a una transeúnte. En medio de la gente vestida con ropas livianas, la mujer llevaba una pesada

parka orlada de piel.

-Es una de las que pescan en el hielo -le dijo el Capitán-. Leo usará una igual muy pronto. Pasan la mayor parte del tiempo lejos del sector con calefacción de la Ciudad.

-¿Adónde vamos?

-Creo que es por aquí. -Tomaron por una cornisa mal iluminada; había unas pocas ventanas en la roca. Una luz azul se filtraba por las celosías-. Estos lugares cambian de dueño cada dos meses, y hace cinco años que no bajo a la Ciudad. Si no encuentro el sitio, buscaremos otro.

-¿Qué clase de sitio es?

Una mujer lanzó un chillido. Una puerta se abrió de golpe; la mujer salió, tambaleante. Otra asomó de pronto de la oscuridad, tomó a la primera por el brazo, le dio dos bofetadas, y la arrastró al interior. La puerta se cerró de golpe con un segundo chillido. Un hombre viejo -probablemente otro pescador del hielo- sostenía contra su hombro a un hombre más joven.

-Nosotros a tu cuarto de vuelta te llevaremos. La cabeza levanta. Todo bien irá. A tu cuarto te llevamos.

El Ratón los vio alejarse haciendo eses. Una pareja se había detenido cerca de la escalera de piedra. La mujer sacudía la cabeza. Por último el hombre asintió, y volvieron sobre sus pasos.

-El lugar en que pensaba, entre otras cosas, engatusaba a la gente para que fuera a trabajar en las minas de las Colonias Lejanas, y luego cobraba una comisión por cada recluta. Un negocio perfectamente legal; hay montones de estúpidos en el universo. Yo fui capataz en una de esas minas y he visto la otra cara de las cosas. No es muy agradable. -Lorq miró el dintel de una puerta-. Nombre diferente. Mismo lugar.

Empezó a bajar la escalera. El Ratón echó una mirada furtiva a sus espaldas, luego lo siguió. Entraron en un salón largo con un bar de madera contra una de las paredes. Algunos paneles de multicromo emitían unos colores débiles.

-También la misma gente.

Un hombre mayor que el Ratón, más joven que Lorq, de cabellos ásperos y uñas sucias les salió al encuentro.

-¿Qué puedo hacer por ustedes, muchachos?

-¿Qué tiene que nos ayude a alegrarnos?

Les guiñó un ojo.

-Tomen asiento.

Figuras borrosas pasaban y se detenían frente al bar.

Lorq y el Ratón se escurrieron en un reservado. El hombre acercó una silla, la dio vuelta, y sentándose a horcajadas ocupó la cabecera de la mesa.

-¿Cuánta alegría quieren sentir?

Lorq extendió las manos palmas arriba sobre la mesa.

-Abajo tenemos un... -el hombre echó una mirada a la puerta trasera por donde la gente entraba y salía- ...un psicobaño.

-¿Qué es eso? -preguntó el Ratón.

-Un lugar con paredes de cristal que reflejan el color de tus pensamientos -le dijo Lorq-. Dejas la ropa en la puerta y flotas entre columnas de luces y en corrientes de glicerina. La calientan hasta la temperatura del cuerpo, te adormecen todos los sentidos. Al cabo de un rato, privado de contacto con la realidad sensorial, te vuelves loco. Tus propias fantasías psicóticas proporcionan el espectáculo. -Volvió a mirar al hombre-.

Quiero algo que podamos llevar con nosotros.

Detrás de los labios finos los dientes del hombre se cerraron bruscamente.

En el tablado, al fondo del salón, una muchacha desnuda se mostró a la luz coral del reflector y empezó a canturrear un poema. Los que estaban sentados en el bar marcaban el ritmo palmoteando.

El hombre escudriñó el rostro del Capitán y luego el del Ratón.

Lorq entrelazó las manos.

-Éxtasis.

Bajo la mata de pelo que le caía sobre la frente, el hombre enarcó las cejas.

-Era lo que yo suponía. -También él cruzó las manos-. Éxtasis.

El Ratón miró a la joven. Tenía en la piel un brillo artificial. Glicerina, pensó el Ratón. Sí, glicerina. Se recostó contra la pared de piedra, y se enderezó bruscamente. Unos gotas de agua se deslizaban por la roca fría. El Ratón se frotó el hombro y miró al Capitán.

-Esperaremos.

El hombre asintió. Luego de un momento le dijo al Ratón:

-¿Qué hacen usted y el hermoso para ganarse la vida?

-Tripulamos un... carguero. -El Capitán movió apenas la cabeza para transmitir su aprobación.

-Saben, hay buen trabajo en las Colonias Lejanas. ¿Alguna vez pensaron en probar suerte en las minas?

-Yo trabajé tres años en las minas -dijo Lorq.

-Oh. -El hombre quedó callado.

Al cabo de un momento, Lorq preguntó:

-¿Va a mandar a buscar el éxtasis?

-Ya lo hice. -Una sonrisa fofa le rozó los labios.

En el bar el palmoteo rítmico se convirtió en aplauso cuando la muchacha terminó el poema. Saltó del tablado, y cruzó el salón a la carrera hacia ellos. El Ratón la vio recibir algo de uno de los hombres del bar. Enseguida la muchacha abrazó efusivamente al hombre que estaba sentado con ellos. Las manos de ambos se unieron, y cuando ella desapareció en la oscuridad, el Ratón vio caer sobre la mesa la mano del hombre, los nudillos levantados ocultando algo. Lorq puso su mano sobre la del hombre, cubriéndosela por completo.

-Tres libras -dijo el hombre-, @.

Con la otra mano Lorq depositó tres billetes sobre la mesa.

El hombre retiró la suya y los recogió.

-Vamos, Ratón, ya tenemos lo que queríamos. -Lorq se levantó de la mesa y empezó a cruzar el salón.

El Ratón corrió tras él.

-Eh, Capitán. Ese hombre no hablaba como los de las Pléyades.

-En lugares como este siempre hablan tu idioma, cualquiera que sea. Ese es su negocio.

En el instante en que llegaban a la puerta, el hombre, repentinamente, los volvió a llamar. Le hizo una seña a Lorq.

-Sólo quería recordarle que vuelva cuando quiera más. Hasta la vista, hermoso.

-Ya nos veremos, feo. -Lorq salió por la puerta. En la noche fría, se detuvo un momento en lo alto de la escalera, inclinó la cabeza sobre las

manos ahuecadas e inspiró profundamente-. Ahora te toca a ti, Ratón. -Le acercó los manos-. Aspira una bocanada por mi cuenta.

-¿Qué tengo que hacer?

-Aspira hondo, rétenlo un momento, luego lárgalo.

Cuando el Ratón se inclinó, vio una sombra que no era la suya. El Ratón dio un salto.

-A ver. ¿Qué ahí tienen?

El Ratón levantó la cabeza y Lorq la bajó para mirar al policía.

Lorq entornó los ojos y abrió las manos.

El policía decidió ignorar al Ratón y miró a Lorq.

-Oh. -Pasó el labio inferior sobre los dientes superiores-. Algo peligroso podía haber sido. Algo ilegal, ¿comprende?

Lorq asintió.

-Podía haber sido.

-Estos lugares de por aquí, con cuidado que andar hay.

Lorq volvió a asentir.

También asintió el policía.

-Oiga ¿qué tal si también a la ley una pizca le pasa?

El Ratón vio la sonrisa antes que el Capitán la dejara asomar. Lorq levantó las manos hasta el policía.

-A gusto sírvase.

El policía se agachó, aspiró una bocanada, se enderezó.

-Gracias -y se perdió en la oscuridad.

El Ratón lo siguió con la mirada, meneó la cabeza, se encogió de hombros y terminó por hacerle una mueca cínica al Capitán.

Rodeó con sus manos las de Lorq, se agachó, vació los pulmones, los volvió a llenar. Retuvo el aliento durante casi un minuto, y lo soltó de golpe.

-Y *ahora* ¿qué va a pasar?

-No te preocupes por eso -dijo Lorq-. Está.

Recorrieron nuevamente la cornisa hasta más allá de las ventanas azules.

El Ratón miró el río de roca brillante.

-Sabes una cosa -dijo luego de un silencio-. Ojalá tuviese mi siringa. Quiero tocar. -Habían llegado casi a las gradas, junto a las cafeterías iluminadas al aire libre. Se oía un golpeteo de música amplificada. Alguien en una mesa dejó caer una copa que se estrelló contra la piedra; el ruido desapareció bajo una avalancha de aplausos. El Ratón se miró las manos-. Esta cosa me hace picar los dedos. -Empezaron a subir la escalera-. Cuando era niño, allá en Tierra, en Atenas, había una calle parecida. Odós Mnisicléous, corría justo por el medio de la Plaka. Yo trabajé en un par de lugares en la Plaka ¿sabe? La *«Jaula de Oro»,* el *«'O kai' H».* Se suben las escaleras desde Adrianou y allá arriba está el atrio de los fondos del Erecteión, bajo un haz de luz, sobre el muro de la Acrópolis en la colina. Y la gente de las mesas que bordean la calle rompen los platos, miran y se ríen. ¿Ha estado alguna vez en la Plaka de Atenas, Capitán?

-Una vez, hace mucho tiempo -dijo Lorq-. Tenía más o menos la edad que tú tienes ahora. Pero sólo pasé allí una noche.

-Entonces no conoce el pequeño barrio alto. No si sólo estuvo una noche. -El ronco susurro del Ratón se hizo más vehemente-. Usted anda por esa calle de escalones de piedra hasta donde terminan los clubes nocturnos y sólo queda suciedad y pasto y grava; pero si sigue andando, junto a las

Librodot

ruinas que aún asoman por encima del muro, llega a ese lugar llamado Anaphiotica. Quiere decir «Pequeña Anaphi», ¿entiende? Anaphi era una isla que quedó casi destruida por un terremoto, hace mucho tiempo. Y tiene casitas de piedra, pegadas a la ladera de la montaña, y calles de cinco metros de ancho con escaleras tan empinadas que es como trepar por una escala. Conocí a alguien que tenia una casa allí. Y cuando terminaba con mi trabajo, me conseguía unas chicas. Y un poco de vino. Hasta de niño conseguía chicas... -El Ratón chasqueó los dedos-. Trepaba al tejado de la casa por una oxidada escalera de caracol que salía de la puerta de calle, le espantaba los gatos. Entonces tocábamos y bebíamos vino y contemplábamos la ciudad que se tendía montaña abajo como una alfombra de luces, y luego montaña arriba con el pequeño monasterio como una astilla de hueso en la cima. Una vez tocamos demasiado fuerte y la vieja de la casa de arriba nos tiró una jarra. Pero nosotros nos reímos de ella y le respondimos con gritos y la vieja se levantó y bajó a buscar un vaso de vino. Y el cielo ya se ponía gris detrás de las montañas, detrás del monasterio. Eso me gustaba, Capitán. Y esto también me gusta. Ahora toco mucho mejor de lo que tocaba entonces. Eso es porque toco mucho. Quiero tocar las cosas que veo a mi alrededor. Pero hay alrededor tanto que yo puedo ver y usted no. Y eso también tengo que tocarlo. El hecho de que no se lo pueda tocar no quiere decir que no se lo pueda oler y ver y oír. Recorro un mundo y otro y me gusta lo que veo en todos. ¿Ha sentido la curva de la mano de usted en la mano de alguien más importante que nadie? Así se entrelazan las espirales de la Galaxia. ¿Ha sentido la curva de la mano cuando la otra mano ya no está y uno trata de recordar cómo era? No hay otra curva que se le pueda comparar. Yo quiero tocarlas como en un contrapunto. Katin dice que tengo miedo. Es cierto, Capitán. De todo lo que me rodea. Así que a todo lo que veo lo aprieto contra mis ojos, le meto los dedos y la lengua. Me gusta el hoy; eso quiere decir que he de vivir con miedo. Pues el hoy es pavoroso. Y al menos no me da miedo tener miedo. Katin vive en la confusión del pasado. Seguro, el pasado hace el ahora, así como el ahora hace el mañana; Capitán, hay un río que ruge junto a nosotros. Pero nosotros sólo podemos detenernos a beber en un lugar, y ese lugar se llama «ahora». Yo toco mi siringa, ve, y es como una invitación a todos para que vengan a beber. Cuando yo toco quiero que todos me aplaudan. Porque cuando toco estoy allá arriba, ve, con los volatineros, haciendo equilibrio en el filo de esa locura llameante donde la mente aún me responde. Bailo entre las llamas. Cuando toco, guío a todos los demás bailarines adonde tú, y tú -el Ratón señaló a la gente que pasaba- y él y ella no pueden llegar sin mi ayuda. Capitán, hace tres años, cuando yo tenía quince, en Atenas, recuerdo una mañana en aquel tejado. Yo estaba inclinado sobre el enrejado de la parra, los pámpanos brillantes contra mi mejilla, y las luces de la ciudad apagándose con la aurora, y el baile había cesado, y dos de las muchachas estaban reconciliándose sobre una manta roja debajo de la mesa de hierro. Y de pronto me pregunté: «¿Qué estoy haciendo aquí?» Y volví a preguntarme: «¿Qué estoy haciendo aquí?». Y entonces fue como una melodía prisionera en mi cabeza que se repetía una y otra vez. Yo *estaba* asustado, Capitán. Estaba excitado y feliz y muerto de miedo, y apuesto a que sonreía de oreja a oreja como estoy sonriendo ahora. Así es como funciono, Capitán. No tengo voz para cantar ni para gritar. Pero toco mi arpa ¿no? ¿Y qué estoy haciendo ahora, Capitán? Subiendo por otra calle de escalones de piedra a mundos de distancia, entonces amanecer,

Librodot

ahora noche, feliz y asustado como el demonio. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¡Sí! ¿Qué estoy haciendo?

-Estás desvariando, Ratón. -Lorq se soltó del poste en lo alto de la escalera-. Volvamos a Taafite.

-Oh, sí. Seguro, Capitán. -De pronto, el Ratón escudriñó el rostro devastado. El Capitán lo miró desde arriba. En lo profundo de las líneas rotas y las luces, el Ratón vislumbró humor y compasión. Se echó a reír-. Ojalá tuviese mi siringa ahora. Tocaría hasta hacerle saltar los ojos. ¡Le daría vuelta la nariz de adentro para afuera, y sería el doble de feo de lo que es ahora, Capitán! -Luego miró al otro lado de la calle: al instante el pavimento mojado y la gente y las luces y los reflejos fueron un calidoscopio detrás de las lágrimas inusitadas-. Ojalá tuviese mi siringa -murmuró otra vez el Ratón-, ojalá la tuviese conmigo... ahora.

Echaron a andar hacia la estación del monorriel.

-Comer, dormir, salarios medios: ¿cómo podría explicar el concepto actual de estas cosas a alguien, digamos, del siglo XXIII?

Katin estaba sentado un poco aparte, mirando a los bailarines, también él entre ellos, riéndose delante de Oro. De vez en cuando se inclinaba sobre el grabador.

-La forma en que manejamos estos procesos sería totalmente incomprensible para alguien de setecientos años atrás, aun cuando comprendiese la alimentación intravenosa y los concentrados nutricios. No obstante, no alcanzaría a entender cómo todos los miembros de esta sociedad, excepto los muy muy ricos o los muy muy pobres, toman su alimento cotidiano. La mitad del proceso incomprensible; y la otra mitad, repulsiva. Es curioso que el hábito de beber haya permanecido inmutable. En el mismo período en que se produjeron estos cambios (bendito sea Ashton Clark) murió prácticamente la novela. Me pregunto si hay alguna relación. Puesto que he elegido esta forma arcaica de arte, ¿he de considerar como mi público a la gente que la leerá mañana, o tendré que dirigirme al ayer? Pasado o futuro, si dejo esos elementos fuera de la narración, quizá dé más ímpetu a la obra.

El grabador sensorio había seguido registrando una y otra vez, y el salón se había poblado de bailarines múltiples y de espectros de bailarines. Idas tocaba en la siringa del Ratón un contrapunto de sonidos e imágenes. Conversaciones, reales y grabadas, resonaban en la sala.

-No obstante toda esta danza a mi alrededor, apunto a una audiencia mitológica de uno solo. ¿En qué otras circunstancias podría comunicarme?

Tyy se apartó de las Tyys y los Sebastians.

-Katin, la luz de la puerta parpadeando está.

Katin apagó el grabador.

-El Ratón y el Capitán han de haber regresado. No te molestes, Tyy. Yo les abriré.

Katin abandonó el salón y cruzó deprisa el vestíbulo.

-En, Capitán -Katin abrió la puerta de par en par-, la fiesta está... -Dejó caer la mano del picaporte. El corazón le latió dos veces en la garganta, y luego tuvo la impresión de que se le había detenido. Dio un paso atrás.

-Me parece que nos reconoces a mí y a mi hermana, así que me ahorraré las presentaciones. ¿Podemos entrar?

La boca de Katin empezó a moverse en busca de algo que decir.

-Sabemos que no está aquí. Lo esperaremos.

El portón de hierro con su ornamento de vidrios de colores se cerró sobre un velo de vapor. Lorq miró las plantas recortadas contra el ámbar de Taafite.

-Espero que todavía siga la fiesta -dijo el Ratón-. ¡Haber andado tanto para encontrarlos acurrucados y dormidos en un rincón!

-Éxtasis los despertará. -Mientras trepaba por las rocas, Lorq sacó las manos de los bolsillos. Una brisa se le coló por entre los faldones del jubón, le refrescó los espacios entre los dedos. Puso la palma sobre la placa circular de la cerradura. La puerta se abrió. Lorq Von Ray entró.

-No me da la impresión de que estén fuera de combate.

El Ratón sonrió y dio un salto hacia el salón.

La fiesta había sido grabada, regrabada y regrabada una vez más. Melodías múltiples desgranaban una docena de Tyys que bailaban a distintos ritmos. El par de mellizos se había decuplicado. Sebastian, Sebastian y Sebastian, en diversos estados de ebriedad, escanciaba bebidas rojas, azules, verdes.

Lorq entró detrás del Ratón.

-¡Lynceos, Idas! Hemos conseguido... no me doy cuenta de cuál es cual. ¡Quietos un minuto! -Palmeó en la pared el interruptor del grabador sensorio...

Desde la orilla del estanque de arena los mellizos levantaron las cabezas; las manos blancas se separaron; las morenas se entrelazaron.

Tyy estaba sentada a los pies de Sebastian, abrazándose las rodillas; los ojos grises relampagueaban bajo los párpados trémulos.

En el largo cuello de Katin la manzana de Adán subía y bajaba.

Y Prince y Ruby dejaron de contemplar Oro y se volvieron.

-Tengo la impresión de que hemos aguado la fiesta. Ruby les sugirió que siguieran divirtiéndose y se olvidaran de nosotros, pero... -Prince se encogió de hombros-. Me alegro de que nos encontremos aquí. Yorgy no quería decirme dónde estabas. Es un buen amigo tuyo. Pero no tan buen amigo como yo enemigo. -El jubón de vinilo negro colgaba flojamente sobre el pecho blanco-hueso, en el que sobresalían nítidas las costillas. Pantalón negro, botas negras. Alrededor del antebrazo, en el extremo del guante: piel blanca.

Una mano golpeó a Lorq en el esternón, y lo volvió a golpear, una y otra vez. La mano estaba adentro.

-Me has lanzado amenazas siniestras e interesantes. ¿Cómo piensas llevarlas a cabo? -Una red de exaltación retenía el miedo de Lorq.

Cuando Prince se adelantó, un ala del pajarraco de Sebastian le rozó la pantorrilla.

-Por favor... -Prince miró a la criatura. Se detuvo junto al estanque, se agachó entre los dos mellizos, ahuecó la mano artificial en la arena y recogió un puñado-. Ahhhh... -La respiración, incluso con los labios entreabiertos, era sibilante. Luego se enderezó, abrió los dedos.

El vidrio opaco cayó humeante sobre la alfombra. Idas retiró con presteza los pies. Lynceos se limitó a parpadear más rápidamente.

-¿Es esa una respuesta a mi pregunta?

-Considérala una demostración de mi amor por la fuerza y la belleza. ¿Ves? -Pateó por la alfombra los fragmentos de vidrio al rojo-. ¡Bah! Demasiadas impurezas para rivalizar con Murano. Vine aquí...

-¿A matarme?

-A razonar contigo.

-¿Qué trajiste aparte de tus razones?

-Mi mano derecha. Sé que no tienes armas. Yo confío en la mía. Esta vez los dos estamos tocando de oído, Lorq. Ashton Clark dictó las leyes.

-Prince ¿qué te propones?

-Dejar las cosas como están.

-Estancamiento es muerte.

-Pero menos destructivo que tus maniobras dementes.

-Soy un pirata ¿recuerdas?

-Vas en camino de convertirte rápidamente en el mayor criminal del milenio.

-¿Me vas a decir algo que no sé?

-Sinceramente espero que no. Por nuestro propio bien aquí, por el bien de los mundos circundantes... -Entonces Prince se echó a reír-. En cualquier desarrollo lógico de este diálogo, Lorq, yo soy quien tiene siempre *razón.* ¿Has pensado en eso?

Lorq entornó los ojos.

-Sé que lo que quieres es el ilirión -continuó Prince-. Y tu única razón para quererlo es romper el equilibrio del poder; de lo contrario no te interesaría. ¿Sabes qué sucederá?

Lorq apretó los labios.

-Yo te lo diré: arruinará la economía de las Colonias Lejanas. Habrá que buscar nuevos empleos a miles de trabajadores. El imperio llegará al borde de la guerra, tan al borde como cuando Vega fue aniquilada. En una empresa como *Transportes Red* y en esta cultura el estancamiento equivale a la destrucción. Un golpe mortal para las fuentes de trabajo de muchos draconianos, como lo sería la destrucción de mis empresas en las Pléyades. ¿Es este un buen principio para tu argumento?

-¡Lorq, eres incorregible!

-¿Te tranquiliza saber que lo haya pensado tan a fondo?

-Me espanta.

-Aquí tienes otro argumento posible, Prince: estás, luchando no sólo por Draco, sino también por la estabilidad económica de las Colonias Lejanas. Si yo triunfo, un tercio de la Galaxia progresa y dos tercios quedan atrás. Si triunfas tú, dos tercios de la Galaxia se quedan como ahora y un tercio se hunde.

Prince asintió.

-Demuéleme ahora, con *tu* lógica.

-He de sobrevivir.

Prince aguardó. Frunció el entrecejo. El ceño se borró en una carcajada de asombro.

-¿Eso es todo lo que puedes decir?

-¿Por qué habría de molestarme en decirte que los trabajadores pueden ser redistribuidos? ¿Que no habrá guerra porque hay mundos y alimentos suficientes para ellos, si se los reparte en forma adecuada, Prince? ¿Que el incremento en la producción de ilirión dará impulso a nuevos proyectos que posibilitarán la absorción de toda esa gente?

Las negras cejas de Prince se arquearon.

-¿Tanto ilirión?

Lorq asintió.

-Tanto.

Junto al ventanal, Ruby recogía los horribles trozos de vidrio. Los examinaba, distraída al parecer. Pero Prince extendió la mano, e inmediatamente Ruby se los puso en la palma. No había perdido una sola palabra de la discusión.

-Me pregunto -dijo Prince, mirando los fragmentos- si esto servirá. -Cerró los dedos-. ¿Insistes en reanudar nuestro litigio?

-Eres un tonto, Prince. Las fuerzas que despertaron la vieja hostilidad ya se movían alrededor cuando éramos niños. ¿Para qué disimular que son estos los parámetros que delimitan nuestro campo?

El puño de Prince tembló, y se abrió. Los cristales brillantes centelleaban con una luz azul.

-Cuarzo heptodino. ¿Lo conoces? Una ligera presión sobre un vidrio impuro suele producir... dije «ligera». Ese es un término geológico relativo, por supuesto.

-Estás amenazando otra vez. Vete... ahora. O tendrás que matarme.

-Tú no quieres que me vaya. Aquí se trata de concertar un combate, para decidir qué mundos caerán y dónde. -Prince sopesó los cristales-. Con uno de éstos podría atravesarte el cráneo en el punto preciso. -Dio vuelta la mano; una vez más los fragmentos cayeron al suelo-. No soy un tonto, Lorq. Soy un malabarista. Quiero que todos los mundos sigan girando alrededor de mis orejas. -Hizo una reverencia, dio un paso atrás, y el pie volvió a rozar el pájaro de Sebastian.

La bestia tironeó de la trabilla. Las alas crepitaron en el aire, sacudieron arriba y abajo el brazo de Sebastian...

-¡Abajo! ¡Abajo ahora vas...!

...la trabilla escapó de la mano de Sebastian. El pájaro se elevó, voló de un lado a otro lado el cielorraso. Luego cayó verticalmente sobre Ruby.

Ruby agitó los brazos alrededor de la cabeza. Prince se lanzó hacia ella, se agachó bajo las alas. La mano enguantada golpeó.

El pájaro gimió, retrocedió aleteando. Prince volvió a azotar con la mano el cuerpo negro. La criatura tembló en el aire, se desplomó.

Tyy gritó, corrió hacia la bestia que aleteaba débilmente patas arriba, y la arrastró. Sebastian se levantó de la banqueta con los puños crispados. Luego se arrodilló a socorrer al animal herido.

Prince volvió la mano negra. Había húmedas manchas púrpuras en el terciopelo.

-Esa fue la bestia que te atacó en el Esciaros, ¿verdad?

Ruby se irguió, siempre callada, y apartó el cabello oscuro que le caía sobre el hombro. Llevaba un vestido blanco, orlado de negro en el ruedo, el escote y los puños. Se tocó el corpiño de satén ahora salpicado de redondeles de sangre.

Prince observaba a la bestia gemebunda entre Tyy y Sebastian.

-Con esto casi saldamos la cuenta ¿no, Ruby? -Se frotó las manos: carne y negro sanguinolento.

Al verse los dedos embadurnados, frunció las cejas.

-Lorq, tú me hiciste una pregunta: ¿cuándo voy a cumplir mis amenazas? En algún momento dentro de los próximos sesenta segundos.

Pero tenemos un sol que negociar entre nosotros. Hemos oído esos rumores que tú le mencionaste a Ruby. El velo protector en que se envuelve la Gran Perra Blanca del Norte, tu tía Cyana, es sumamente efectivo. Cayó en el momento mismo en que te fuiste de su oficina. Pero hemos estado espiando por los ojos de otras cerraduras; y hemos sabido de un sol a punto de entrar en nova. Ese, y otros soles como ese, parecen haber sido durante un tiempo muy importantes para ti. -Levantó de la palma manchada la mirada de ojos azules-. Ilirión. No veo qué relación puede haber. No importa. Los hombres de Aarón están trabajando en eso.

La tensión se difundió como un dolor entre las caderas de Lorq y las terminaciones nerviosas de las últimas vértebras.

-Algo estás tramando. Adelante. Hazlo.

-Tengo que elegir la forma. A mano limpia, me parece... no. -Las cejas de Prince se arquearon; blandió el puño oscuro-. No, respeto tu intento de justificarte ante mí. ¿Pero cómo te justificas ante ellos? -Señaló con los dedos ensangrentados a los tripulantes.

-Ashton Clark estaría de tu parte, Prince. También la justicia. Yo no estoy aquí porque lo haya querido. Sólo estoy luchando por resolver un problema. La razón que me lleva a combatir contigo es creer que puedo ganar. No hay ninguna otra. Tú apoyas el estancamiento. Yo apoyo el movimiento. Las cosas se mueven. No hay en eso ninguna ética. -Lorq miró a los mellizos-. ¿Lynceos? ¿Idas?

La cara morena se alzó; la blanca se inclinó.

-¿Sabéis lo que arriesgáis?

El uno mirándolo, el otro desviando la mirada, asintieron en silencio.

-¿Queréis renunciar al *Roc*?

-No, Capitán, nosotros...

-...quiero decir, aun cuando todo...

-...todo cambie, en Tubman...

-...en las Colonias Lejanas, quizá...

-...quizá Tobías se marche de allí...

-...y se una a nosotros aquí.

Lorq se rió.

-Creo que Prince estaría dispuesto a llevaros... si vosotros quisierais.

-Embreado y emplumado -dijo Prince-. Blanqueado y denigrado, tú has vivido hasta el final tu propio mito. Maldito seas, Lorq.

Ruby se adelantó.

-¡Ustedes! -les dijo a los mellizos. Los dos la miraron-. ¿Saben lo que sucederá realmente si ayudan al Capitán Von Ray, y triunfa?

-Puede que triunfe... -Lynceos desvió la mirada.

Idas se acercó para escuchar a su hermano.

-...o puede que no.

-¿Qué dicen acerca de nuestra solidaridad cultural? -(Lorq)-. No es el mundo que tú pensabas, Prince.

Ruby giró con violencia.

-¿Acaso la prueba garantiza que es el tuyo? -Sin esperar respuesta se volvió hacia Oro-. Míralo, Lorq.

-Estoy mirando. ¿Qué ves tú, Ruby?

-Tú, tú y Prince, queréis sofocar las llamas internas que impulsan a los mundos contra la noche. Allí, el fuego ha irrumpido. Ha marcado a este mundo, a esta ciudad, así como Prince te ha marcado a ti.

-Para lucir esa cicatriz -Prince (Lorq sintió que se le endurecía la mandíbula; los músculos se le arracimaron en las sienes y en la frente) dijo con lentitud- quizá tengas que ser más grande que yo.

-Para lucirla tengo que odiarte.

Prince sonrió.

El Ratón, Lorq lo vio por el rabillo del ojo, había retrocedido hasta la jamba de la puerta, ambas manos a la espalda. Los labios laxos desnudaban los dientes blancos, unos círculos blancos le aureolaban las pupilas.

-El odio es un hábito. Durante mucho tiempo nos hemos odiado, Lorq. Creo que es hora de que yo le ponga fin. -Los dedos de Prince se cerraron y se abrieron-. ¿Recuerdas cómo empezó?

-¿En São Orini? Recuerdo que entonces eras tan malcriado y malvado como...

-¿Yo? -Las cejas de Prince volvieron a enarcarse-. ¿Malvado? Ah, pero tú eras de una crueldad flagrante. Y yo nunca te lo perdoné.

-Por burlarme de tu mano...

-¿Lo hiciste? Curioso, no lo recuerdo. Insultos de esa naturaleza rara vez los olvido. Pero no. Estoy hablando de esa exhibición de barbarie a que nos llevaste en la selva. Bestias; y ni siquiera pudimos ver los que estaban en el foso. Todas ellas, inclinadas sobre el balaustre, sudando, gritando, borrachas y... bestiales. Y Aarón era una de ellas. Lo recuerdo hasta hoy, la frente reluciente, el pelo revuelto, el semblante contraído por un grito espantoso, sacudiendo el puño. -Prince cerró los dedos de terciopelo-. Sí, el puño. Aquella fue la primera vez que vi a mi padre en ese estado. Me aterrorizó. Desde entonces lo hemos visto así muchas veces ¿no, Ruby? -Miró de soslayo a su hermana-. La noche aquella de la fusión con De Targo, cuando salió de la reunión de directorio... o siete años atrás, cuando el escándalo de la Anti-Flamina... Aarón es un hombre encantador, culto, y totalmente corrompido. Tú fuiste la primera persona que me mostró en su rostro esa corrupción al desnudo. Nunca pude perdonártelo, Lorq. Este plan tuyo, cualquiera que sea, con ese sol ridículo: tengo que impedírtelo. Tengo que detener la locura de los Von Ray. -Prince dio un paso adelante-. Si la Federación de las Pléyades se derrumba cuando se hundan los Von Ray, es tan sólo para que Draco viva...

Sebastian se le abalanzó.

Fue tan repentino, que sorprendió a todos por igual.

Prince cayó sobre una rodilla. Posó la mano sobre los terrones de cuarzo; con una llamarada azul se convirtieron en añicos. Cuando Sebastian lo golpeó, Prince arrojó uno de los fragmentos: *ziin*... El cristal se clavó en el brazo velludo del acople-ciborg. Sebastian lanzó un rugido, retrocedió tambaleándose. La mano de Prince barrió otra vez las esquirlas relucientes.

...*ziin, ziin* y *ziin.*

La sangre empezó a gotear en dos puntos del vientre de Sebastian, y en uno del muslo. Lynceos se abalanzó desde el borde del estanque.

-Eh, usted no puede...

-...¡sí que puede! -Idas retuvo a su hermano; los dedos blancos intentaron en vano quitarse el barrote negro del pecho. Sebastian se desplomó.

Ziin...

Tyy soltó un grito y cayó al lado de Sebastian, abrazándole el rostro ensangrentado y meciéndose sobre él.

…ziin, ziin.

Sebastian arqueó la espalda, jadeando. Las heridas del muslo y la mejilla, y las dos del pecho palpitaban.

Prince se puso de pie.

-Ahora voy a matarte. -Pasó por sobre los pies de Sebastian, que clavaba los talones en la alfombra-. ¿Eso contesta a tu pregunta?

Brotó de lo más hondo de las entrañas de Lorq, algo amarrado a los ayeres. En el éxtasis la forma y los contornos de las cosas eran precisos y luminosos. Algo se estremeció dentro de él. Algo que trepando desde la pelvis le desgarraba el vientre, le abovedaba el pecho y le subía como una erupción volcánica al rostro; Lorq aulló. En la aguda percepción periférica de la droga, vio la siringa del Ratón olvidada en el estrado. Se apoderó de ella de un manotón…

-¡No, Capitán!

…en el momento en que Prince acometía. Lorq lo esquivó abrazando el instrumento contra el pecho. Retorció la perilla de intensidad. El canto de la mano de Prince destrozó la jamba de la puerta (donde un momento antes se apoyaba el Ratón). El marco se abrió en astillas de más de un metro.

-¡Capitán, es mi…!

El Ratón dio un salto, y Lorq lo golpeó con la mano abierta. El Ratón retrocedió, trastabillando, y cayó en el estanque.

Lorq se escabulló de costado y giró para enfrentar la puerta mientras Prince, siempre sonriente, se apartaba.

Entonces Lorq golpeó el traste de sintonía.

Un rayo.

Fue un reflejo en el jubón de Prince; un haz compacto. Prince se cubrió rápidamente, llevándose la mano a los ojos. Luego sacudió la cabeza, parpadeando.

Lorq golpeó nuevamente la siringa.

Prince se apretó los ojos, dio un paso atrás y lanzó un alarido.

Los dedos de Lorq rasgaron con furia las cuerdas proyectoras de sonidos. Aunque el rayo era direccional, el eco rugió por toda la sala, ahogando el grito. El ruido trepidó en la cabeza de Lorq. Pero volvió a atacar el teclado de sonido. Y otra vez. A cada sacudida de la mano, Prince retrocedía, vacilante. Tropezó con los pies de Sebastian, pero no cayó. Y otra vez. Al propio Lorq le dolía la cabeza. La parte de su mente aun ajena a la furia pensó: los tímpanos, *tienen* que habérsele roto… Entonces la furia trepó más arriba, llegando al cerebro. Ya nada en él era ajeno a esa furia.

Y otra vez.

Los brazos de Prince giraban como aspas sobre su cabeza. La mano desnuda tropezó con uno de los anaqueles flotantes. La estatuilla cayó.

Enardecido, Lorq aporreó la placa de los olores.

Un hedor acre le quemó las fosas nasales, le resecó las paredes de la cavidad nasal hasta que le saltaron las lágrimas.

Prince gritó, se tambaleó; el puño enguantado se estrelló contra el vidrio, rajándolo del suelo al cielorraso.

Con los ojos empañados y ardientes, Lorq lo acosó.

Esta vez Prince golpeó el cristal con ambos puños; el vidrio estalló. Los fragmentos tintinearon contra el piso y la roca.

-*¡No!* -la voz de Ruby. Se cubrió la cara con las manos.

Tambaleándose Prince salió al exterior.

El calor abofeteó la cara de Lorq. Pero no se detuvo. Prince avanzaba haciendo eses e iba a los tumbos hacia el resplandor de Oro. Lorq cruzó la abrupta pendiente a paso de cangrejo.

Y golpeó.

La luz azotó a Prince. Debía de haber recuperado parte de la visión porque una vez más se apretaba los ojos. Cayó sobre una rodilla.

Lorq se tambaleó. Raspó con el hombro la roca caliente. El sudor le goteaba en las sienes, se le acumulaba en las cejas, le corría por la cicatriz. Dio seis pasos. En cada uno de ellos lanzó una luz más brillante que Oro; un sonido más intenso que el rugido de la lava, un olor más penetrante que los vapores de azufre que le laceraban la garganta. La furia de Lorq era real y roja, y más brillante que Oro.

-¡Gusano... demonio... basura!

Prince cayó en el momento preciso en que Lorq lo alcanzaba. La mano desnuda le saltaba sobre la piedra ardiente. Levantó la cabeza. Tenía los brazos y la cara lastimados por las esquirlas de vidrio. Abría y cerraba la boca como un pez. Los ojos enceguecidos parpadeaban y se arrugaban y volvían a abrirse.

Lorq balanceó el pie, y lo estrelló contra la cara boqueante...

Y todo se apagó.

Lorq sorbió una bocanada de gas caliente. Los ojos le dolían de calor. Dio media vuelta, los brazos resbalando contra los flancos. Bruscamente el suelo tembló. La costra negra se abrió y una bocanada de calor lo empujó hacia atrás. Se bamboleó entre las grietas. Las luces de Taafite rielaban detrás de unos velos trémulos. Sacudió la cabeza. Los pensamientos vacilaban en la quemante caja de hueso. Tosió; la tos resonó como un bramido a la distancia. Y la siringa se le había caído de las manos...

...la vio aparecer entre los bordes mellados.

Un frío le rozó la cara, se le filtró en los pulmones. Lorq se irguió. Ella lo miró largamente. Los labios se le movieron sin palabras. Lorq se acercó a ella.

Levantó la mano (Lorq pensó que lo iba a abofetear. Y no le importó) y le tocó el cuello tenso.

A ella le temblaba la garganta.

Lorq le escudriñó el rostro, el cabello enroscado alrededor de una peineta de plata. Al resplandor vacilante de Oro, la piel de ella tenía el color de una aterciopelada cáscara de nuez; sobre los pómulos, altos, el kohl le agrandaba los ojos. Pero lo espléndido en ella era el delicado movimiento ascendente de la barbilla, la expresión de la boca cobriza, fluctuando entre una sonrisa aterradora y la resignación ante algo inefablemente triste, la curva de los dedos contra la garganta.

El rostro de ella se inclinó sobre el de Lorq. Unos labios cálidos encontraron los de él, se humedecieron. Y en la nuca, siempre la tibieza de los dedos de ella, la frescura del anillo. La mano se deslizó sobre la nuca.

Entonces, detrás de ellos, Prince gritó.

Ruby se separó bruscamente, con un aullido. Sus uñas desgarraron el hombro de Lorq.

Huyó pendiente abajo.

Lorq ni siquiera la miró. El agotamiento lo inmovilizaba en el torrente.

Librodot

Avanzó con lentitud, pisando los fragmentos de vidrio. Lanzó una mirada fulmínea a los tripulantes.

-¡Vamos, maldición! ¡Fuera de aquí!

Bajo los cables agarrotados de la carne, los músculos rodaban como cadenas. El vello rojo subía y bajaba sobre el vientre agitado, brillante de sudor.

-¡Vamos de una vez!

-Capitán ¿qué pasó con mi...?

Pero Lorq ya se encaminaba a la puerta.

El Ratón miró enloquecido al Capitán, luego al llameante Oro. Cruzó como un rayo la habitación y agachándose se escurrió por el ventanal roto.

En el jardín, Lorq estaba por cerrar el portón cuando el Ratón se deslizó detrás de los mellizos, la siringa bajo un brazo, el morral bajo el otro.

-De vuelta al *Roc* -decía Lorq-. ¡Salgamos de este mundo!

Tyy y Sebastian llevaban a hombros el pajarraco herido. Katin trató de ayudarlos, pero Sebastian era demasiado bajo como para que Katin pudiese asistir realmente al acople débil y ensangrentado. Al cabo, Katin se resignó a meter las manos debajo del cinturón.

Mientras caminaban deprisa a lo largo del empedrado de la Ciudad de la Noche Horrible, la niebla se retorcía debajo de los lampadarios.

-Paje de Copas.

-Reina de Copas.

-La *Carroza.* Mi baza es. Nueve de Bastos.

-Caballero de Bastos.

-As de Bastos. La baza al pozo va.

El despegue había sido fácil. Ahora Lorq e Idas piloteaban la nave. El resto de los tripulantes estaba reunido en la sala común.

Desde la rampa, Katin observaba a Tyy y Sebastian que jugaban una partida de naipes para dos.

-*Parsifal,* el pobre loco, habiendo renunciado a los Arcanos Menores, ha de abrirse paso a través de las veintiuna cartas restantes de los Arcanos Mayores. Lo vemos al borde de un precipicio. Un gato blanco le desgarra el fondillo de los pantalones. Uno no sabe decir si caerá o echará a volar. Pero más adelante, hay una carta significativa, el *Ermitaño,* un anciano con un báculo y una linterna que al borde de ese mismo precipicio mira hacia abajo con tristeza...

-¿De qué demonios estás hablando? -preguntó el Ratón. Sin cesar recorría con el dedo una raspadura en la pulida superficie de palo de rosa-. No me lo digas. Esas malditas cartas del Tarot...

-Estoy hablando de gestas, *Ratón.* Empiezo a pensar que mi novela podría ser una historia de caballeros andantes. -Volvió a subir el volumen del grabador-. Toma por ejemplo el arquetipo del Grial. Es curiosamente inquietante que todos los escritores que se consagraran a profundizar la verdadera leyenda del Grial hayan muerto prematuramente. Malory, Tennyson y Wagner, responsables de las versiones más populares, desvirtuaron a tal punto el material básico que en ellas la estructura mítica o es irreconocible o es inútil; acaso la razón por la que se salvaron del maleficio. Pero todos los relatos auténticos acerca del Santo Grial, el *«Conte del Graal»* de Chrétien de Troyes en el siglo XII, el *«Ciclo sobre el Grial»* de

Robert de Boron en el siglo XIII, el *«Parzival»* de Wolfram von Eschenbach, o la *«Faerie Queene»* de Spenser en el XVI, todos quedaron inconclusos por la muerte de sus autores. En las postrimerías del siglo XIX un norteamericano, creo, Richard Hovey, empezó a escribir un ciclo de once dramas sobre el Grial y murió antes de que el quinto estuviese terminado. El amigo de Lewis Carroll, George MacDonald dejó inconclusa su obra *«Origins of the Legend of the Holy Grail»*. Lo mismo sucedió con el ciclo de poemas de Charles William *«Taliessin through Logres».* Y un siglo después...

-¡Quieres callarte! ¡Te juro, Katin, si pensara tanto como tú, me volvería loco!

Katin suspiró y apagó el grabador.

-Ah, Ratón, yo me volvería loco si pensara tan poco como tú.

El Ratón guardó el instrumento en el morral, cruzó los brazos sobre el cierre y apoyó la barbilla en el dorso de las manos.

-Oh, vamos, Ratón. Ya ves. He dejado de parlotear. No te enfurruñes. ¿Qué te deprime tanto?

-Mi siringa...

-Está bien, tiene una raspadura. Pero la has revisado una docena de veces y dijiste que funcionaría como siempre.

-No se trata del instrumento. -El Ratón arrugó la frente-. Lo que el Capitán hizo con... -Sacudió la cabeza al recordarlo.

-Oh.

-Pero tampoco es eso. -El Ratón se irguió.

-¿Qué, entonces?

El Ratón volvió a sacudir la cabeza.

-Cuando atravesé el vidrio roto para recuperarla...

Katin asintió.

-El calor era increíble allí afuera. Tres pasos, y no creí que pudiese llegar. Luego vi dónde se le había caído al Capitán, a mitad de camino barranca abajo. Así que entorné los ojos y seguí andando. Creí que el pie se me iba a calcinar, y debo de haber hecho la mitad del camino saltando en una pata. Como quiera que sea, cuando llegué, la recogí, y... entonces los vi.

-¿A Prince y Ruby?

-Ella trataba de subirlo a la rastra hasta las rocas. Cuando me vio se detuvo. Y yo tenía miedo. -Levantó la cabeza de entre las manos. Tenía los dedos crispados; uñas cortas y palmas oscuras-. Le apunté con la siringa, luz, sonido y olor, todo a la vez, fuerte. El Capitán no sabe cómo conseguir que la siringa haga lo que él quiere. Yo sé. Se quedó ciega, Katin. Y probablemente le reventé los tímpanos. El láser era tan directo que el pelo se le encendió, y luego el vestido...

-Oh, Ratón...

-¡Yo tenía miedo, Katin! Después de todo aquello entre el Capitán y ellos. Pero, Katin... -El susurro tropezó con toda clase de hojarasca en la garganta del Ratón-. No es bueno tener tanto miedo...

-Reina de Espadas.

-Rey de Espadas.

-Los *Amantes.* Mi baza es. As de Espadas.

-Tyy, ven y releva a Idas por un rato -llegó por el altoparlante la voz de Von Ray.

-Sí, señor. Tres de Espadas del pozo sale. Yo la *Emperatriz* dejo. Mi baza es. -Cerró las cartas y se alejó hacia la cabina de proyección.

Sebastian se desperezó.
-¿Eh, Ratón?

Librodot

7

-¿Qué?

Sebastian cruzó la alfombra azul, frotándose el antebrazo. La unidad médica de la nave le había reparado el codo fracturado en cuarenta y cinco segundos, y había demorado un poco menos con las heridas más pequeñas y brillantes. Cuando le presentaron aquella cosa negra con un pulmón maltrecho y tres costillas rotas, unas cuantas luces de colores parpadearon un rato. Pero Tyy había tocado las perillas del programador hasta que la máquina zumbó eficientemente sobre la bestia. Ahora la criatura se bamboleaba detrás de su amo, siniestra y feliz.

-Ratón ¿por qué a la unidad médica de la nave tu garganta arreglar no dejas? -Balanceó el brazo-. Un buen trabajo haría.

-No se puede. Lo intentaron un par de veces cuando yo era pequeño. También cuando me pusieron los enchufes. -El Ratón se encogió de hombros.

Sebastian frunció el ceño.

-Entonces muy grave no parece.

-No lo es -dijo el Ratón-. A mí no me molesta. No lo pueden arreglar. Algo de con-no-sé-qué neurológica.

-¿Qué eso es?

El Ratón mostró las palmas de las manos.

-Congruencia neurológica -dijo Katin-. Tus cuerdas vocales sueltas serían un defecto congénito necrológicamente congruente.

-Sí, eso era lo que decían.

-Dos tipos de defectos congénitos -explicó Katin-. En ambos, alguna parte del cuerpo interna o externa está deformada, atrofiada, o simplemente mal articulada.

-Yo tengo todas mis cuerdas vocales.

-Pero en la base del cerebro hay un pequeño manojo de nervios que si lo ves en un corte transversal reproduce poco más o menos la plantilla de un ser humano. Si esa plantilla está completa, el equipo nervioso del cerebro puede manejar un cuerpo intacto. Rara vez la plantilla tiene la misma deformidad que el cuerpo, como en el caso del Ratón. Aun cuando el defecto físico sea corregido, no hay en el cerebro conexiones nerviosas para manipular esa parte corregida.

-Eso ha de ser lo que le pasa al brazo de Prince -dijo el Ratón-. Si lo hubiese perdido en un accidente o algo así, le podrían haber injertado otro, conectando las venas y los nervios y todo lo demás y habría quedado como nuevo.

-Oh -dijo Sebastian.

Lynceos bajó por la rampa. Los dedos blancos masajeaban las protuberancias marfilinas de las muñecas.

-La verdad es que el Capitán está haciendo un vuelo muy extravagante...

Idas fue hasta el borde del estanque.

-Esa estrella a la que se dirige ¿dónde está...?

-...las coordenadas la sitúan en la punta del brazo interno...

-...de las Colonias Lejanas o sea...

-…aun más allá de las Colonias de los Confines.

-Ese un largo vuelo es -dijo Sebastian-. Y el Capitán todo el camino él solo pilotear quiere.

-El Capitán tiene muchas cosas en que pensar -sugirió Katin.

El Ratón deslizó la correa sobre el hombro.

-Y también muchas cosas en que no pensar. Oye, Katin, ¿qué hay de esa partida de ajedrez?

-Te cedo una torre -le dijo Katin-. Juego limpio.

Se sentaron frente el tablero.

Después de tres partidas, la voz de Von Ray resonó en el salón.

-Todos a las cabinas de proyección. Se acercan algunas contracorrientes bastante peligrosas.

El Ratón y Katin saltaron de las sillas-burbujas. Katin galopó hacia la puerta pequeña detrás de la escalera de caracol. El Ratón corrió por la alfombra, subió los tres escalones. Un panel de espejos se deslizó en la pared. El Ratón saltó por encima de una caja de herramientas, un rollo de cable, tres carretes del banco de memoria inutilizados por congelación (que al volver a derretirse habían dejado manchas salinas en las planchas) y se sentó en la cucheta. Sacudió los cables y se los enchufó.

Olga, desde arriba, abajo y alrededor, le hacía guiñadas solícitas.

Contracorrientes: puñados de lentejuelas rojas y plateadas.

El Capitán los llevaba corriente arriba.

-Ha de haber sido un gran corredor de regatas, Capitán -comentó Katin-. ¿Qué categoría de yate piloteaba? En la universidad había un club de regatas y tres yates para los estudiantes. En una oportunidad pensé dedicarme a eso todo un semestre.

-Cállate y asegura tu pala.

Aquí, en lo profundo de la espiral de la Galaxia, había menos estrellas. Aquí, las transiciones gravimétricas eran más paulatinas. En los vuelos por los centros galácticos, donde la condensación de la corriente era mayor, había que orientarse entre una docena de frecuencias contradictorias. Aquí, un Capitán tenía que seguir las estelas casi imperceptibles de las inflexiones iónicas.

-¿Adónde vamos, en todo caso? -preguntó el Ratón.

Lorq marcó unas coordenadas sobre la matriz estática y el Ratón las comparó con la matriz móvil.

¿Dónde estaba la estrella?

Tomemos conceptos como «distante», «aislada», «débil», y asignémosles una expresión matemática precisa. Así articuladas, se desvanecerán.

Pero un instante antes de desvanecerse, estarán allí.

-Mi estrella. -Lorq apartó las palas para que pudieran verla-. Ese es mi sol. Esa es mi nova, con una luz de ochocientos años de edad. Mírala fijo, Ratón, y sitúala bien. Si te atolondras y tu palo me oculta ese sol por un solo segundo…

-¡Vamos, Capitán!

-…te meteré por el gargüero el mazo de Tyy, a lo ancho. Vira.

Y el Ratón viró mientras la noche entera giraba alrededor de su cabeza.

-Los Capitanes de aquí -masculló Lorq cuando las corrientes se dispersaron-, no saben cómo surcar las mareas tortuosas de una constelación del tipo de las Pléyades. Las naves pierden el rumbo, giran sobre sí mismas, se meten de cabeza en toda clase de dificultades. La mitad

de los accidentes conocidos fueron causados por Capitanes excéntricos. En una ocasión conversé con algunos de ellos. Me dijeron que aquí, en los confines, eran nuestras naves las que avanzaban girando como peonzas. «Siempre se quedan dormidos sobre las cuerdas», me dijeron. -Se echó a reír.

-Hace mucho tiempo que está piloteando, Capitán -dijo Katin-. Ahora todo parece bastante tranquilo. ¿Por qué no se desenchufa un rato?

-Tengo ganas de meter los dedos en el éter y aguantar otra guardia. Tú y el Ratón manteneos atados. El resto de las marionetas puede cortar las cuerdas.

Las palas se replegaron hasta que cada una de ellas fue un simple haz de luz. Y la luz se apagó.

-Oh, Capitán Von Ray, algo...

-...algo queríamos preguntarle...

-...antes. Tiene un poco más...

-...¿puede decirnos dónde puso...

-...quiero decir si no tiene inconveniente, Capitán...

-...el éxtasis?

La noche crecía apacible alrededor de los ojos de los tripulantes. Las palas los llevaban a toda velocidad hacia el diminuto orificio de la máscara de terciopelo.

-Tienen que pasarlo bastante bien allá en las minas de Tubman -comentó el Ratón al cabo de un momento-. He estado pensando en eso, Katin. Cuando el Capitán y yo vagabundeábamos por Oro en busca de éxtasis, hubo unos nombres que quisieron engancharnos para trabajar allí. Yo me puse a pensar, sabes: un enchufe es un enchufe, y si yo estoy en uno de los extremos, no cambia mucho las cosas que en el otro haya una pala de navegación, una red para la pesca de acualates, o un cortafrío. Creo que podría ir allí por algún tiempo.

-Que el espíritu de Ashton Clark revolotee sobre tu hombro derecho y proteja tu izquierdo.

-Gracias. -Y luego de otra pausa, preguntó-: Katin, ¿por qué siempre invocamos a Ashton Clark cada vez que alguien piensa en cambiar de trabajo? Allá en Cooper nos dijeron que el hombre que inventó los acoples se llamaba Toma o algo parecido.

-Thomas -dijo Katin-. Con todo, tiene que haberle parecido una desgraciada coincidencia. Ashton Clark fue un filósofo *cum* psicólogo del siglo XXIII cuya obra permitió a Vladimir Thomas la invención de los enchufes neurales. Se me ocurre que la explicación tiene que ver con el trabajo. El trabajo, tal como la humanidad lo conoció hasta Clark y Thomas era muy diferente de lo que es hoy, Ratón. Un hombre iba a una oficina y manejaba una computadora que relacionaba cantidades monumentales de cifras: ventas de botones, digamos, o algo igualmente arcaico, en ciertas áreas del país. El trabajo de este hombre era vital para la industria botonera: necesitaban esa información para determinar cuántos botones debían fabricar al año siguiente. Pero aunque este hombre cumplía una tarea esencial para la industria botonera, y era contratado, pagado o despedido por la industria botonera, podía pasar semanas y semanas sin ver un botón. Se le pagaba cierta suma de dinero por manejar una computadora; con ese dinero su mujer compraba alimentos y ropas para él y su familia. Pero no

había ninguna relación *directa* entre su trabajo y la forma en que comía y vivía el resto del tiempo. No se le pagaba con botones. A medida que la agricultura, la caza y la pesca se convertían en la ocupación de un porcentaje cada vez más reducido de la población, esta brecha entre el trabajo del hombre y su forma de vida (lo que comía, lo que vestía, donde dormía) se fue ensanchando cada vez más y afectando a un mayor número de personas. Ashton Clark señaló lo psicológicamente perjudicial que era esto para la humanidad. Todo el sentido de autodominio y responsabilidad personal que el hombre adquiriera durante la Revolución Neolítica, cuando aprendió por primera vez a cultivar los cereales, a domesticar animales y a afincarse en un lugar elegido se veía seriamente amenazado. El peligro hizo su aparición con la Revolución Industrial y ya mucha gente antes de Ashton Clark lo había señalado. Pero Ashton Clark avanzó un paso más. Si la naturaleza de una sociedad tecnológica era tal que no podía haber entre el trabajo del hombre y su *modus vivendi* otra relación directa que la monetaria, el hombre tenía que saber al menos que estaba cambiando las cosas, directamente gracias a su trabajo, configurando cosas, haciendo cosas que antes no existían, trasladando cosas de un lado a otro. Ponía energía en su trabajo y era necesario que esos cambios se produjeran ante sus propios ojos. De lo contrario la vida le parecería completamente fútil.

»De haber vivido cien años más de una u otra forma, probablemente hoy nadie habría oído hablar de Ashton Clark. Pero la tecnología había llegado a un punto en que podía sacar algún partido de lo que Ashton Clark predicaba. Thomas inventó sus enchufes y tomas y los circuitos de respuesta neural, y toda la tecnología básica en virtud de la cual una máquina podía ser controlada por impulsos nerviosos directos, esos mismos impulsos que movilizan la mano o el pie. Y hubo una revolución en el concepto del trabajo. Todos los procesos industriales importantes fueron fragmentados en tareas que podían ser manejadas «directamente» por el hombre. Antes había fábricas enteras operadas por un solo hombre, un individuo no comprometido que abría un interruptor a la mañana, dormía la mitad del día, verificaba unos pocos controles al mediodía y a la tarde desconectaba todo antes de retirarse. A partir de entonces, un hombre iba a una fábrica, se enchufaba y podía empujar la materia prima al interior de la fábrica con el pie izquierdo, tornear con una mano miles y miles de piezas de precisión, ensamblarlas con la otra mano, y despachar con el pie derecho toda una cadena de productos terminados, que había inspeccionado uno por uno con sus propios ojos. Y era un trabajador mucho más satisfecho. La naturaleza de la mayor parte de los trabajos permitió que pudieran ser adaptados a este sistema de enchufes y ser ejecutados en forma mucho más eficiente que hasta entonces. En los contados casos en que la producción era apenas menos eficiente, Clark puntualizaba los beneficios psicológicos. Ashton Clark, se ha dicho, fue el filósofo que devolvió humanidad al trabajador. Bajo este sistema, muchas de las enfermedades mentales epidémicas causadas por la alienación en el trabajo fueron erradicadas. La transformación convirtió a la guerra de una rareza en un imposible, y luego de la conmoción inicial estabilizó la trama económica de los mundos en los últimos ochocientos años. Ashton Clark se convirtió en el profeta de los trabajadores. Por eso, aún hoy, cuando una persona está por cambiar de trabajo, invoca a Ashton Clark o a su espíritu para que lo acompañe.

El Ratón escudriñó las estrellas.

Librodot

-Recuerdo que algunas veces los gitanos maldecían en su nombre. -Pensó un momento-. Sin enchufes, también nosotros lo haríamos, me imagino.

-Hubo facciones que se resistieron a las ideas de Clark, especialmente en Tierra, que siempre ha sido un poco reaccionaria. Pero no duraron mucho.

-Síííí... -dijo el Ratón-. Apenas ochocientos años. No todos los gitanos son traidores como yo. -Pero su risa se la llevó el viento.

-En mi opinión el sistema Ashton Clark tiene un solo inconveniente grave. Y ha tardado mucho en aparecer.

-¿Sí? ¿Cuál es?

-Algo que los profesores les vienen repitiendo a los estudiantes desde hace años, parece. Lo oirás por lo menos una vez en todas las reuniones intelectuales a las que asistas. Parece que se notara hoy una cierta falta de solidez cultural. Eso es lo que la República de Vega intentó rescatar en 2800. A causa de la comodidad y satisfacción con que hoy la gente puede trabajar, en el lugar que quiera, ha habido tantas migraciones de un mundo a otro que en las últimas diez generaciones la sociedad se ha resquebrajado por dentro. No hay nada más que una sociedad interplanetaria chabacana y prostituida sin una verdadera tradición que la sustente... -Katin hizo una pausa-. Antes de enchufarme me conseguí un poco del éxtasis del Capitán. Y mientras hablaba contaba mentalmente a cuánta gente le he oído decir eso entre Harvard e Infierno-3. ¿Y quieres que te diga una cosa? Creo que están equivocados.

-¿Equivocados?

-Equivocados. Todos ellos se limitan a buscar nuestras tradiciones sociales en el lugar equivocado. *Hay* tradiciones culturales que han madurado a lo largo de los siglos, y que, sin embargo, culminan ahora en algo vital y exclusivamente actual. ¿Y sabes quién encarna esa tradición más que ningún otro que yo haya conocido?

-¿El Capitán?

-Tú, Ratón.

-¿Mmm?

-Tú recolectaste los ornamentos que recibimos de una docena de sociedades a través de los tiempos, y los incorporaste a tu propia naturaleza. Eres el producto de esas tensiones que entraron en crisis en los tiempos de Clark y las resuelves en tu siringa con pautas eminentemente actuales...

-Oh, por favor, Katin.

-He estado persiguiendo para mi obra un tema que tuviese a la vez significación histórica y humana. Tú eres mi tema, Ratón. ¡Mi libro sería *tu* biografía! Contaría dónde has estado, lo que has hecho, las cosas que has visto, y las cosas que has enseñado a otra gente. Allí está mi significación social, mi justificación histórica, la chispa entre los eslabones que ilumina la red en su totalidad...

-¡Katin, estás loco!

-No, no lo estoy. Por fin he visto lo que tengo...

-Eh, vosotros, mantened tensas las palas.

-Perdón, Capitán.

-Sí, Capitán.

-No vayáis parloteando a las estrellas si lo vais a hacer con los ojos cerrados.

De mala gana los dos acoples-ciborg volvieron a prestar atención a la noche. El Ratón, pensativo. Katin, belicoso.

-Una estrella brillante y ardiente se aproxima. Es lo único que se ve en el cielo. Recordad. Mantenedla fija en la mira y no permitáis que se mueva de ahí un solo milímetro. Ya tendréis tiempo de divagar acerca de la solidez cultural en vuestros ratos libres.

Sin horizonte, la estrella ascendió.

A veinte veces la distancia del Sol a Tierra (o de Ark a su sol), una estrella mediana del tipo G no emitía luz suficiente para defractar el día a través de una atmósfera de tipo terrestre. A semejantes distancias, hasta el objeto más brillante de la noche parecería siempre una estrella, no un sol; una estrella muy brillante.

Ahora se encontraban a una distancia de tres mil millones de kilómetros, o a un poco más de veinte distancias solares.

Era la estrella más brillante.

-Una belleza ¿eh?

-No, Ratón -dijo Lorq-. Nada más que una estrella.

-¿Cómo sabe...

-...que va a entrar en nova?

-Por la acumulación de sustancias pesadas en la superficie -explicó Lorq a los mellizos-. Un enrojecimiento apenas perceptible del color absoluto, que corresponde al enfriamiento apenas perceptible de la temperatura de superficie. También una ligera aceleración en la actividad de las manchas solares.

-Sin embargo, desde la superficie de uno de sus planetas no habría forma de saberlo.

-Dices bien. El enrojecimiento es demasiado leve para que se lo pueda detectar a simple vista. Afortunadamente esta estrella no tiene planetas. Hay algunos desechos del tamaño de una luna flotando un poco más cerca que acaso sean el fallido intento de un mundo.

-¿Lunas? ¡Lunas! -objetó Katin-. No puede haber lunas sin planetas. ¡Planetoides tal vez, pero no lunas!

Lorq se echó a reír.

-Del *tamaño* de una luna fue lo que dije.

-Oh.

Todas las palas habían sido utilizadas para lanzar al *Roc* en órbita alrededor de la estrella, una órbita de tres mil millones de kilómetros de radio.

Katin, acostado en la cabina proyectora, no se decidía a abandonar la observación de la estrella y volverse a las luces de la cabina.

-¿Qué pasa con las estaciones investigadoras enviadas por el Alkane?

-Navegan tan a la deriva y tan solitarias como nosotros. Ya tendremos noticias de ellas. Pero por ahora no las necesitamos, ni ellas nos necesitan. Cyana les avisó que veníamos. Las situaré en la matriz móvil. De este modo podréis controlar las posiciones y los movimientos. Esa es la principal estación tripulada por hombres. Está a una distancia cincuenta veces mayor que la nuestra.

-¿Estaremos dentro de la zona de peligro cuando estalle?

-Cuando entre en nova, esa estrella devorará el cielo y todo cuanto hay

Librodot

en él en muchos millones de kilómetros a la redonda.

-¿Cuándo empieza?

-Días, predijo Cyana. Pero se sabe que esas predicciones pueden adelantarse o retrasarse en unas dos semanas. Tendremos unos pocos minutos de tiempo para ponernos a salvo, si entra en nova. Ahora estamos a una distancia luz de dos horas y media de la estrella.

Las imágenes no les llegaban a través de la luz, sino por las perturbaciones del éter, que proporcionaban una visión sincrónica del sol.

-La veremos entrar en nova en el preciso instante en que se inicie el proceso.

-¿Y el ilirión? -preguntó Sebastian-. ¿Cómo lo conseguimos?

-Eso es cosa mía -le respondió Lorq-. Lo conseguiremos cuando llegue el momento. Ahora todos pueden desconectarse por un rato.

Pero ninguno se apresuró a desprenderse de los cables. Las palas disminuyeron hasta convertirse en simples líneas luminosas, pero sólo al cabo de un rato dos, y luego otras dos, se apagaron del todo.

Katin y el Ratón fueron los más rezagados.

-¿Capitán? -preguntó Katin al cabo de algunos minutos-. Estaba pensando. ¿Dijo algo especial la patrulla cuando comunicó el... accidente de Dan?

Transcurrió casi un minuto antes de que Lorq respondiese:

-No lo comuniqué.

-Oh -dijo Katin-. A decir verdad no pensé que lo hubiera hecho.

El Ratón empezó a decir «Pero» tres veces, y no dijo nada.

-Prince tiene acceso a todos los informes oficiales emitidos por la patrulla de Draco. O al menos así lo creo. Yo mismo tengo un computador que selecciona todas las emisiones de las Pléyades. El de Prince está seguramente programado para rastrear cualquier cosa vagamente relacionada conmigo. Si rastreara a Dan, encontraría una nova. Yo no quiero que la encuentre de ese modo. Preferiría que no supiera que Dan ha muerto. Las únicas personas que lo saben están en esta nave, creo. Lo prefiero así.

-¡Capitán!

-¿Qué, Ratón?

-Algo se acerca.

-¿Una nave de abastecimiento para la estación? -preguntó Katin.

-Parece demasiado lejana. Está husmeando nuestro polvillo feérico.

Lorq permaneció callado mientras la extraña nave recorría la matriz de las coordenadas.

-Desconectaos. Luego nos reuniremos en el salón.

-Pero, Capitán... -dijo el Ratón al fin.

-Es un carguero de siete palas parecido a éste, sólo que su identificación dice Draco.

-¿Qué estará haciendo aquí?

-Al salón, dije.

Katin leyó el nombre de la nave cuando el haz de identificación iluminó la base de la rejilla.

-*¿La Cacatúa Negra?* Vamos, Ratón. El Capitán nos ordenó que nos soltáramos.

Se desenchufaron y se reunieron con los demás a la orilla del estanque.

En lo alto de la escalera de caracol, la puerta se deslizó. Lorq apareció en la escalera ensombrecida.

El Ratón observó a Von Ray mientras descendía, y pensó: el Capitán está cansado.

Katin observó a Von Ray y la imagen de Von Ray reflejada en los mosaicos y pensó: sus movimientos denuncian cansancio, pero es el cansancio de un atleta antes de recobrar el aliento.

Cuando Lorq estaba a mitad de camino, la fantasía lumínica en el marco dorado de la pared más distante desapareció de pronto.

Todos se sobresaltaron. El Ratón hasta boqueó.

-Aja -dijo Ruby-. Casi un empate. ¿O no? Todavía nos llevas la delantera. No sabemos dónde piensas encontrar el premio. Esta es una carrera por etapas. -La mirada azul observó a los tripulantes, se demoró en el Ratón, volvió a Lorq-. Hasta anoche en Taafite nunca había sentido tanto dolor. Quizá he tenido una vida demasiado protegida. Pero cualesquiera que sean las reglas, hermoso Capitán -ahora había desprecio en su voz-, también a nosotros nos han enseñado a jugar.

-Ruby, quiero hablar contigo... -A Lorq le tembló la voz-. Y con Prince. En persona.

-No estoy segura de que Prince quiera hablar contigo. Las horas pasadas desde que nos abandonaste al borde de Oro hasta el momento en que conseguimos arrastrarnos a una unidad médica no es uno de mis... de *nuestros* recuerdos más placenteros.

-Anúnciale a Prince que voy a ir a *La Cacatúa Negra.* Estoy cansado de este cuento de horror, Ruby. Hay cosas de mí que vosotros queréis saber. Hay cosas que yo quiero deciros.

La mano de Ruby se movió nerviosamente hacia el cabello que le caía sobre el hombro. La capa oscura remataba en un cuello alto. Luego de un momento dijo:

-Muy bien. -Y desapareció.

Lorq miró desde lo alto a los tripulantes.

-Lo habéis oído. Volved a las palas. Tyy, he notado la forma en que mueves tus cuerdas. Tú eres sin duda quien tiene más experiencia de vuelo de todos los que están aquí. Encárgate de las tomas del Capitán. Y si algo raro sucede, *lo que sea,* que yo regrese o no, saca el *Roc* de aquí, a toda marcha.

El Ratón y Katin se miraron, luego miraron a Tyy.

Lorq cruzó la alfombra y subió por la rampa. A mitad de camino de la arcada blanca se detuvo y se miró en las aguas del estanque. Luego escupió.

Antes de que las ondas tocaran la orilla había desaparecido.

Intercambiando miradas sorprendidas, los tripulantes se retiraron del estanque.

En su cucheta, Katin se enchufó y sintonizó el alimentador sensorio fuera de la nave, para descubrir que los otros ya lo habían hecho.

Vio a *La Cacatúa Negra* que flotaba hacia la nave para recibir al chinchorro.

-¿Ratón?

-Sí, Katin.

-Estoy preocupado.

-¿Por el Capitán?

-Por nosotros.

La Cacatúa Negra, agitando las palas en la oscuridad, giró lentamente junto a ellos entrando en una órbita paralela.

-Íbamos a la deriva, Ratón, tú y yo, los mellizos, Tyy y Sebastian, todos buena gente... pero sin una meta. Entonces un hombre obsesionado por una idea nos atrapa y nos trae aquí, al filo de la nada. Y al llegar aquí descubrimos que la obsesión de este hombre ha impuesto un orden a nuestra desorientación; o quizá un caos con más sentido. Lo que me preocupa es que se lo agradezca tanto. Tendría que rebelarme, tratar de afirmar mi propio orden. Pero no. Quiero que gane esa carrera infernal. Quiero que gane, y hasta que gane o pierda, no puedo ambicionar seriamente ninguna otra cosa para mí mismo.

La Cacatúa Negra recibió al chinchorro como si fuese un cañonazo disparado al revés. Sin necesidad ahora de mantenerse en la misma órbita, se alejó de ellos a la deriva. Katin observó los giros sombríos de la nave.

-Buen día.

-Buenas noches.

-Según la hora de Greenwich es de mañana, Ruby.

-Y yo tengo la amabilidad de saludarte según la hora de Ark. Ven por aquí. -Se recogió la túnica y lo hizo pasar al corredor negro.

-¿Ruby?

-¿Sí? -La voz de ella sonó pegada al hombro izquierdo de Lorq.

-Siempre me he preguntado algo, cada vez que te veo. Me has mostrado tantas veces lo magnífica que eres. Pero centelleas bajo la sombra que proyecta Prince. Años atrás, cuando conversamos en aquella fiesta junto al Sena, creí ver de pronto lo maravilloso que sería amar a alguien como tú.

-París está a mundos y mundos de distancia, Lorq.

-Prince te domina. Te parecerá mezquino de mi parte, pero es lo que menos le perdono. Nunca has decidido por tu cuenta delante de él. Excepto en Taafite, aquella vez bajo el sol exhausto del otro mundo. Tú creías que Prince estaba muerto. Sé que lo recuerdas. Desde entonces casi no he pensado en otra cosa. Me besaste. Pero él gritó, y tú corriste a él. Ruby, Prince está tratando de destruir la Federación de las Pléyades. Es decir todos los mundos que circundan trescientos soles, y no sé cuántos miles de millones de personas. Son mis mundos. No puedo dejarlos morir.

-¿Tú derribarías las columnas de Draco y permitirías que la Serpiente reptase en el polvo para salvarlos? ¿Destruirías la economía terrestre y dejarías caer los fragmentos en la noche? ¿Hundirías a los mundos de Draco en eras de caos, guerra civil y miseria? Los mundos de Draco son los mundos de Prince. ¿Eres en verdad tan presuntuoso que piensas que él ama a sus mundos menos que tú a los tuyos?

-¿Qué amas tú, Ruby?

-Tú no eres el único que tiene secretos, Lorq. Prince y yo tenemos los nuestros. Cuando apareciste entre las rocas ardientes, sí, pensé que Prince estaba muerto. Yo tenía en la boca un diente hueco lleno de estricnina. Quería darte el beso triunfal, y lo habría hecho, si Prince no hubiese gritado.

-¿Prince ama a Draco? -Lorq giró rápidamente, la tomó por los antebrazos, la arrastró hacia él.

La respiración anhelante de Ruby le golpeó el pecho. Con los ojos abiertos, las caras se encontraron.

Los labios gruesos de Lorq apretaron la boca delicada hasta abrirle los labios y explorarle los dientes con la lengua.

Los dedos de Ruby se prendieron como garras al cabello áspero de Lorq. Unos ruidos desagradables le brotaban de la boca.

Tan pronto como Lorq aflojó la presión de las manos, ella se separó, los ojos muy abiertos; luego los párpados velaron la luz azul hasta que la furia volvió a abrirlos.

-¿Y bien? -Lorq respiraba con dificultad.

Ella se arrebujó en la capa.

-Cuando un arma me falla una vez -la voz era tan ronca como la del Ratón- la tiro. De lo contrario, hermoso pirata, tú... -¿Se había atenuado la aspereza?- *Tú y yo* estaríamos... Pero tengo otras armas ahora.

El salón de *La Cacatúa* era pequeño y desnudo. Había dos acoples-ciborg sentados en los bancos. Otro estaba de pie en los escalones junto a la puerta de la cabina proyectora.

Hombres de facciones marcadas, con uniformes blancos, a Lorq le recordaron otra tripulación que había conocido. En los hombros lucían la insignia escarlata de *Transportes Red Ltda*. Miraron de reojo a Lorq y a Ruby. El que estaba de pie entró en su cabina y la puerta metálica retumbó en el salón alto. Los otros dos se levantaron para retirarse.

-¿Prince bajará?

Ruby le señaló con un movimiento de cabeza la escalera de hierro.

-Te verá en el camarote del Capitán.

Lorq empezó a subir. Las sandalias resonaron en los escalones perforados. Ruby lo siguió.

Lorq llamó a la puerta tachonada.

Se abrió hacia dentro. Lorq entró, y un guantelete de metal y plástico en el extremo de un brazo telescópico descendió del cielorraso y le abofeteó la cara dos veces.

Lorq trastabilló contra la puerta, interiormente tapizada en cuero y con tachas de bronce, cerrándola de golpe.

-Esto -anunció el cadáver-, por maltratar a mi hermana.

Lorq se frotó la mejilla y miró a Ruby. Estaba de pie junto a la pared de jade. Las cenefas eran de color vino, como la capa.

-¿Crees que no vigilo lo que ocurre a bordo de mi nave? -preguntó el cadáver-. Vosotros, los bárbaros de las Pléyades, sois tan salvajes como decía Aarón.

Las burbujas que se formaban en el fondo del tanque le acariciaban el pie desnudo y descarnado, se adherían en racimos a la ingle enflaquecida, le trepaban por el pecho -las costillas marcadas entre jirones de piel negra- y se desplegaban en abanico alrededor de la calva quemada. La boca sin labios se abría sobre los dientes rotos. No tenía nariz. Tubos y cables serpenteaban por los enchufes putrefactos. Los tubos perforaban el vientre, la cadera y el hombro. Los fluidos se arremolinaban en el tanque y el brazo único flotaba a la deriva, los dedos carbonizados crispados en una garra tiesa.

-¿Nunca te dijeron que era mala educación mirar fijo? Me estás mirando fijo ¿sabes?

La voz salía de un parlante en la pared de cristal.

-Temo haberme deteriorado un poco más que Ruby allá en el otro

mundo.

Por encima del tanque dos cámaras móviles cambiaron de posición cuando Lorq se separó de la puerta.

-Para alguien que es dueño de *Transportes Red Ltda.* tu entrada en órbita no fue muy...

El comentario trivial no disimuló el asombro de Lorq.

Los cables para gobernar la nave estaban enchufados en tomas empotrados en la cara de vidrio del tanque. El vidrio mismo formaba parte de la pared. Los cables se enroscaban sobre los azulejos negros y dorados para desaparecer en la rejilla cobriza que cubría el frente de la computadora.

En las paredes, el piso y el cielorraso, en marcos suntuosos, las pantallas de perturbaciones del éter mostraban todas el mismo rostro de la noche:

En el borde de cada una se veía la silueta gris del *Roc.*

En el centro mismo de cada pantalla estaba la estrella.

-Desgraciadamente -dijo el cadáver-, nunca fui un deportista como tú. Sin embargo, tú quisiste hablar conmigo. ¿Qué tienes que decir?

Lorq volvió a mirar a Ruby.

-Ya se lo he dicho casi todo a Ruby, Prince. Tú lo oíste.

-No sé por qué, pero dudo que nos hayas arrastrado aquí a los dos, al borde mismo de una catástrofe estelar, para no decirnos más que eso. Ilirión, Lorq Von Ray. Ni tú ni yo hemos olvidado el motivo que te trajo aquí. No te irás sin decirnos dónde te propones conseguir...

La estrella entró en nova.

Lo inevitable es lo imprevisible.

En el primer segundo las imágenes que los rodeaban cambiaron de puntos a torrentes de luz. Y esos torrentes de luz eran cada vez más brillantes.

Ruby retrocedió contra la pared, un brazo sobre los ojos.

-¡Se adelantó! -gritó el cadáver-. ¡Se adelantó en varios días...!

Lorq dio tres pasos a través de la habitación, arrancó dos enchufes del tanque y se los puso en las muñecas. El tercer enchufe lo insertó en la toma espinal. Todas las funciones de la nave irrumpieron en él, junto con la alimentación sensoria. La visión del recinto fue desplazada por la noche. Y la noche se incendiaba.

Arrebatando el gobierno de la nave a los acoples, hizo girar a *La Cacatúa* en redondo para apuntarla hacia el nódulo de luz.

La nave se zambulló hacia delante.

Dos cámaras gemelas rotaron para enfocar a Lorq.

-Lorq ¿qué estás *haciendo*? -gritó Ruby.

-¡Detenlo! -la voz del cadáver-. ¡Nos lleva hacia el sol!

Ruby saltó sobre Lorq, lo sujetó. Giraron unidos, tambaleantes. El camarote y el sol de allá afuera se clavaba en los ojos de Lorq como una doble exposición. Ruby se apoderó de un lazo de cable, lo arrojó al cuello de Lorq, lo retorció, y trató de estrangularlo. Lorq le rodeó la espalda con un brazo, y con la otra mano le empujó la cara. Ruby gimió, y la cabeza le cayó hacia atrás (la mano de Lorq empujaba en el centro de la luz). El cabello de Ruby resbaló, se soltó; la peluca se desprendió mostrando el cráneo quemado. La piel plástica con que se había cubierto la cara se rasgó entre los dedos de Lorq. Una película gomosa se le desprendió de la mejilla manchada y descarnada. Lorq retiró bruscamente la mano. Mientras la

devastada cara de Ruby le gritaba a través del fuego, se libró de las garras que le atenaceaban el cuello y apartó a Ruby de un empujón. Ruby retrocedió, se pisó la capa, cayó. Lorq se volvió en el momento preciso en que la mano mecánica descendía del cielorraso para atacarlo.

La alcanzó en el aire.

Y su fuerza era inferior a la de un hombre.

La mantuvo sin dificultad a una brazada de distancia mientras los dedos trataban de aferrarlo desde la estrella incandescente.

-¡Basta! -rugió. Al mismo tiempo apagó la alimentación sensoria en toda la nave.

Las pantallas se agrisaron.

La alimentación sensoria de los seis acoples-ciborg de la nave ya había sido interrumpida.

En los ojos de Lorq se apagaron los fuegos.

-En nombre del cielo, Lorq ¿qué te propones *hacer*?

-¡Zambullirme en el infierno y pescar el ilirión con las manos desnudas!

-¡Está loco! -chilló el cadáver-. ¡Ruby, está loco! ¡Nos está matando, Ruby! ¡Eso es todo lo que quiere hacer, matarnos!

-¡Sí! ¡Los estoy matando!

Empujó y apretó la mano mecánica. El brazo buscó el cable que colgaba de la muñeca de Lorq. Lorq volvió a aprisionar la mano. La nave se sacudió.

-¡Por amor de Dios, Lorq, sácanos de aquí! -aulló el cadáver-. ¡Sácanos de aquí!

La nave volvió a sacudirse. La gravedad artificial cedió el tiempo suficiente como para que el líquido rompiera en olas contra el frente del tanque; luego, cuando la gravedad volvió a normalizarse, se extendió en perlas sobre el cristal.

-Demasiado tarde -murmuró Lorq-. Estamos atrapados en el tirabuzón de la gravedad.

-¿Por qué lo haces, Lorq?

-Para *matarte,* Prince. -La cara de Lorq era una máscara de furia, hasta que la risa la inundó-. ¡Eso es todo, Prince! ¡Eso es todo lo que quiero hacer ahora!

-¡No quiero volver a morir! -chilló el cadáver-. ¡No quiero arder y consumirme como un insecto!

-¿Arder? -La cara de Lorq se crispó en torno a la cicatriz-. ¡Oh, no! Será lento, más lento que antes. Diez, veinte minutos por lo menos. Ya se está calentando ¿no? Pero hasta dentro de cinco minutos no será insoportable. -El rostro de Lorq se ensombreció bajo la incandescencia dorada. La saliva le espumaba los labios con cada consonante-. Hervirás en tu tinta como un calamar... -Se interrumpió para restregarse el estómago bajo el jubón. Miró alrededor de la cabina-. ¿Qué puede arder aquí? ¿Los cortinados! ¿Tu escritorio es de madera verdadera? ¿Y todos estos papeles?

De un tirón la mano mecánica se desprendió de Lorq. El brazo se balanceó a través del camarote. Los dedos se apoderaron de la mano de Ruby.

-¡No, Ruby! ¡Detenlo! ¡No dejes que nos mate!

-Tú estás sumergido en líquido, Prince, así que los verás entrar en llamas antes de morir. Ruby, los sitios donde ya te quemaste no podrán transpirar. Así que tú morirás primero. Él podrá contemplarte unos

momentos antes de que sus propios fluidos empiecen a hervir, la goma a ablandarse, el plástico a fundirse...

-¡No! -La mano se soltó de la de Ruby, voló por la habitación y se estrelló contra el frente del tanque-. ¡Criminal! ¡Ladrón! ¡Pirata! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡No...!

La mano era ahora más débil que en Taafite.

También el vidrio.

El vidrio se quebró.

Los fluidos nutrientes salpicaron a Lorq mientras retrocedía levantando los pies. El cadáver se encogió en el tanque, enredado en los tubos y cables.

Las cámaras giraron enloquecidas fuera de foco.

La mano restalló contra los azulejos mojados.

Cuando los dedos se inmovilizaron, Ruby lanzó un grito, otro grito. Se arrojó al suelo, trepó gateando el mellado borde de vidrio, levantó el cadáver, lo estrechó contra el cuerpo, lo besó, gritó, y lo volvió a besar, mientras lo acunaba entre los brazos. El agua del charco le oscureció la capa.

De pronto el grito de Ruby se ahogó. Soltó el cuerpo, se lanzó contra la pared del tanque, y se aferró la garganta. El rostro se le enrojeció intensamente bajo las quemaduras y el maquillaje estropeado. Lentamente resbaló por la pared. Tenía los ojos cerrados cuando tocó el suelo.

-¿Ruby...?

Que se hubiese herido o no al trepar por el vidrio, no tenía importancia. El beso era lo que importaba. Tan poco tiempo después de haber sufrido quemaduras graves, pese a la eficiencia de las unidades médicas, debía encontrarse en un estado de hiperalergia. Las proteínas extrañas de los fluidos nutrientes de Prince le habían entrado en el torrente sanguíneo, provocándole una reacción histamínica general. Había sucumbido en pocos segundos al shock anafiláctico.

Y Lorq se reía a carcajadas.

Había comenzado en su pecho como un reordenamiento de guijarros. Luego se expandió en un sonido pleno, que resonó contra las altas paredes de la cabina inundada.

El triunfo era risible y atroz y suyo.

Respiró hondo. La nave le palpitaba en las yemas de los dedos. Todavía enceguecido, impulsó a *La Cacatúa Negra,* precipitándola hacia el sol en erupción. En algún lugar de la nave uno de los acoples-ciborg estaba llorando...

-¡La estrella! -gritó el Ratón-. ¡Ha entrado en nova!

La voz de Tyy irrumpió por el circuito general:

-¡De aquí nos vamos! ¡Ahora!

-¡Pero el Capitán! -gritó Katin-. ¡Mirad *La Cacatúa Negra*!

-*¡La Cacatúa,* Dios mío, está...

-...Señor, está cayendo hacia...

-...cayendo en el...

-...el sol!

-Muy bien, todo el mundo, las palas abrir. ¡Katin, yo tus palas abrir te ordené!

-Dios mío... -Katin respiró-. Oh, no...

-Demasiado brillante es -decidió Tyy-. ¡Lo sensorio apagar!

El *Roc* empezó a alejarse.

-¡Oh, Dios mío! ¡Realmente están... están realmente cayendo! ¡Es tan brillante! ¡Morirán! ¡Arderán como... están cayendo! ¡Oh, Señor, detenlos! ¡Alguien haga algo! El Capitán está allí. ¡Tienen que hacer algo!

-¡Katin! -gritó el Ratón-. ¡Por todos los infiernos, apaga el sensorio! ¿Te has vuelto loco?

-¡Están cayendo! ¡No! ¡Es como un pozo brillante en el centro mismo del todo! Están cayendo en él. ¡Oh, están cayendo! Están cayendo...

-¡Katin! -chilló el Ratón-. ¡Katin, no la mires!

-¡Crece, es tan brillante... brillante... más brillante! ¡Casi no los veo!

-¡Katin! -Súbitamente recordó, y el Ratón gritó-: ¿No te acuerdas de Dan? ¡Apaga tu alimentador!

-¡No! ¡No, tengo que verlo! Ahora ruge. ¡Está despedazando la noche! ¡Ya huele a incendio, está quemando la oscuridad! ¡Ya no los alcanzo a ver... no, allá están!

-¡Katin, basta! -El Ratón se retorció debajo de Olga-. ¡Tyy, desconecta el alimentador!

-No puedo. Yo esta nave contra la gravedad he de pilotear. ¡Katin! ¡Fuera del sensorio! ¡Te ordeno!

-Bajan... bajan... ¡los he vuelto a perder! ¡Ya no los veo mas! Y ahora toda la luz se vuelve roja... no puedo...

El Ratón sintió la sacudida de la nave en el momento en que la pala de Katin se zarandeaba frenéticamente.

De pronto Katin gritó:

-¡No veo! -El grito se transformó en sollozo-. ¡No veo *nada*!

El Ratón se hizo un ovillo sobre la cucheta, cubriéndose los ojos con las manos, temblando.

-¡Ratón! -gritó Tyy-. ¡Maldición, una pala hemos perdido! ¡Abajo!

Ciegamente, el Ratón acató la orden. Lágrimas de terror le escapaban de entre los párpados mientras escuchaba los sollozos de Katin.

El *Roc* se alejó y *La Cacatúa Negra* cayó.

Y fue nova.

De estirpe de piratas, girando enceguecido entre las llamas, pirata me llaman, asesino, ladrón.

Lo admito.

Recogeré mis premios dentro de un instante, y me convertiré en el hombre que empujó a Draco al abismo del mañana. Que haya sido para salvar a las Pléyades no atenúa la magnitud del crimen. Son los más poderosos los predestinados a cometer las mayores felonías. Aquí en *La Cacatúa Negra* soy una llama desprendida de la eternidad. Una vez le dije que ni ella ni yo éramos capaces de grandes cosas. Ni siquiera de morir con grandeza. (Hay una muerte cuya única grandeza es la de haber ocurrido en defensa del caos. Y ellos están muertos...). Tales vidas y muertes excluyen la grandeza, liberan de culpa al asesino, de júbilo al héroe benefactor. ¿Cómo soportan sus crímenes otros criminales? Los mundos huecos vomitan hijos huecos, criados tan sólo para el juego o la lucha. ¿Basta eso para ganar? He abatido un tercio del cosmos para encumbrar a otro y dejar al restante tambaleándose; y no siento pecado en mí. Ha de querer decir entonces que soy libre y malvado. Bueno, soy libre, entonces, la lloro con mis carcajadas.

Librodot

Ratón, Katin, vosotros que podéis hablar fuera de la red, ¿cuál de ustedes está más ciego por no haberme visto ganar bajo este sol? Puedo sentir el fuego que crepita junto a mí. Igual que tú, muerto Dan, andaré a tientas al amanecer y al crepúsculo, pero conquistaré el mediodía.

Oscuridad.

Silencio.

Nada.

Entonces tiembla el pensamiento: Pienso... luego... ¿soy Katin Crawford? Luchó por alejarlo. Pero el pensamiento era él; él era el pensamiento. Aquí no había sitio donde anclar.

Un centelleo.

Un tintineo.

El aroma de la alcaravea.

Comenzaba.

¡No! Con uñas y dientes, buscó otra vez refugio en la oscuridad. El oído de la imaginación recordó el grito de alguien. «Acuérdate de Dan...» y el ojo de la imaginación vio la figura del despojo tambaleante.

Otro sonido, aroma, centelleo detrás de los párpados.

Aterrorizado por el torrente, luchó por volver a perderse en la inconsciencia. Pero el terror le aceleraba el corazón y el pulso activado lo llevaba arriba, arriba, donde lo acechaba la magnificencia de la estrella moribunda.

El sueño había muerto en él.

Contuvo el aliento y abrió los ojos...

Colores pastel se perlaban ante él. Acordes agudos se sucedían en suaves armonías. Luego alcaravea, menta, sésamo, anís...

Y detrás de los colores, una figura.

-¿Ratón? -susurró Katin, y la claridad con que se escuchaba lo sorprendió.

El Ratón levantó las manos de la siringa.

Color, aroma y música cesaron.

-¿Estás despierto?

El Ratón estaba sentado en el antepecho de la ventana, los hombros y el lado izquierdo de la cara iluminados de cobre. Detrás de él el cielo era púrpura.

Katin cerró los ojos, hundió la cabeza en la almohada, y sonrió. La sonrisa se ensanchó, se ensanchó más, se abrió sobre los dientes, y de pronto bordeó las lágrimas.

-Sí. -Se serenó y volvió a abrir los ojos-. Sí. Estoy despierto. -Se sentó-. ¿Dónde estamos? ¿Es esta la estación tripulada del Alkane? -Pero del otro lado de la ventana había un paisaje.

El Ratón se descolgó del alféizar.

-La luna de un planeta llamado Nueva Brazillia.

Katin se levantó de la hamaca y fue hasta la ventana. Más allá de la trampa de la atmósfera, por encima de los escasos edificios bajos, un paisaje de rocas negras y grises se extendía como un tapiz hacia un cercano horizonte lunar. Aspiró una bocanada de aire fresco con un dejo de ozono, luego miró al Ratón.

-¿Qué pasó, Ratón? Oh, Ratón, creí que iría a despertarme como...

-Dan la vio camino al sol. Tú, cuando nos alejábamos. Todas las frecuencias se estaban dopplerizando en la banda roja. Son los ultravioletas los que desprenden retinas y hacen esas cosas que le sucedieron a Dan. Tyy encontró por fin un momento para desconectar tu alimentación sensoria. En realidad estuviste ciego un tiempo, sabes. Te pusimos en la unidad médica ni bien estuvimos a salvo.

Katin frunció el ceño.

-Entonces ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Qué sucedió después?

-Nos quedamos en las cercanías de las estaciones tripuladas, y observamos los fuegos de artificio. Tardó algo más de tres horas en alcanzar la intensidad máxima. Estábamos hablando con la tripulación del Alkane cuando recibimos la señal de *La Cacatúa Negra.* Así que nos acercamos a toda velocidad, recogimos al Capitán y soltamos a todos los acoples-ciborg de *La Cacatúa.*

-¡Lo recogieron! ¿Quieres decir que *logró* salir?

-Sí. Está en otra habitación. Quiere hablar contigo.

-¿Entonces no nos tomaba el pelo cuando decía que las naves entran en una nova y salen por el otro lado?

Se encaminaron a la puerta.

Al salir recorrieron un corredor con una pared de vidrio que daba a la luna rota. Katin estaba absorto en la maravillada contemplación de los escombros, cuando el Ratón le dijo:

-Aquí.

Abrieron la puerta.

Una rendija de luz cruzó la cara de Lorq.

-¿Quién está ahí?

Katin preguntó:

-¿Capitán?

-¿Qué?

-¿Capitán Von Ray?

-...¿Katin? -Los dedos se clavaron como garras en los brazos del sillón. Los ojos amarillos miraron, saltaron; saltaron, miraron.

-Capitán ¿qué...? -Katin contrajo la cara. Luchó contra el pánico, se obligó a parecer sereno.

-Le dije al Ratón que te trajese cuando estuvieras en condiciones de caminar. Estás... estás bien. Excelente.

La angustia inundó la carne lacerada, luego cedió. Y por un momento fue angustia.

Katin dejó de respirar.

-También tú trataste de mirar. Me alegro. Siempre pensé que tú serías el único en entender.

-Usted... ¿usted cayó en el sol, Capitán?

Lorq asintió.

-¿Pero cómo consiguió salir?

Lorq apretó la cabeza contra el respaldo de la silla. Tez cetrina, cabello rojo moteado de amarillo, los ojos huidizos; los únicos colores del cuarto.

-¿Qué? ¿Salir, dijiste? -Ladró una carcajada-. Ahora es un secreto a voces. ¿Cómo conseguí salir? -Un músculo le tembló en la ruina de la mandíbula-. Un sol... -Lorq levantó una mano, los dedos curvados como si sostuvieran una esfera imaginaria- ...un sol roto, igual que un mundo, igual que ciertas lunas. Con algo así como la masa de una estrella, la rotación

significa una increíble fuerza centrípeta que actúa sobre el ecuador. Al finalizar la acumulación de sustancias pesadas en la superficie, cuando la estrella entra realmente en nova, todo cae hacia adentro, hacia el centro. -Los dedos le temblaron-. Debido a la rotación, el material que está en los polos cae con mayor rapidez que el del ecuador. -Volvió a aferrar los brazos del sillón-. A los pocos segundos de iniciada la nova, ya no tienes una esfera, sino un...

-¡Un *torus*!

Unas líneas se marcaron en el rostro de Lorq. La cabeza le saltó hacia un costado como si tratase de evitar un gran resplandor. Luego las facciones maltrechas se volvieron para enfrentarlos:

-¿Dijiste torus? ¿Un torus? Sí. Ese sol se convirtió en una rosquilla con un agujero bastante grande como para que dos Júpiteres pasaran por él, de lado a lado.

-¡Pero el Alkane ha estado estudiando novas de cerca desde hace casi un siglo! ¿Cómo *no* lo sabían?

-La materia que se desplaza va hacia el centro del sol. La energía va hacia fuera. El cambio de gravedad hará que todo se encamine como por un embudo hacia el agujero; los desplazamientos de energía mantienen la temperatura tan fresca dentro de ese agujero como la superficie de una estrella roja gigante, muy por debajo de los quinientos grados.

Aunque la habitación era fresca, Katin vio que el sudor empezaba a correr por las arrugas de la frente de Lorq.

-La extensión topológica de un torus de esas dimensiones, la corona (todo cuanto las estaciones del Alkane alcanzan a ver) es casi idéntica a una esfera. Aunque el agujero es considerable, comparado con el tamaño de la bola de energía, sería bastante difícil encontrarlo, a menos que se supiera dónde está, o que se cayera en él por accidente. -Sobre el brazo del sillón los dedos se estiraron de pronto, temblaron-. El ilirión...

-¿Consiguió... consiguió el ilirión, Capitán?

Lorq volvió a levantar la mano ante él, esta vez cerrada en un puño. Trató de enfocarla. Intentó tomarla con la otra, lo logró sólo a medias, lo intentó de nuevo, fracasó, y probó otra vez; los dedos abiertos cubrieron los dedos cerrados. El puño doble tembló como en un ataque de perlesía.

-¡Siete toneladas! Las únicas sustancias bastante densas como para acumularse en el agujero son los elementos que están más allá del trescientos. ¡Ilirión! Allí flota en libertad, para quienquiera que se proponga entrar en la nova y arrebatarlo. Lleva tu nave allí, luego mira alrededor para ver dónde está, y atrápalo con las palas proyectoras. Se acumula en los nódulos de los proyectores. Ilirión... casi libre de impurezas. -Las manos de Lorq se separaron-. Pero... pero ve con tu alimentador sensorio, y mira alrededor para saber dónde está. -Inclinó la cabeza-. Allí estaba, el rostro... el rostro una asombrosa ruina en el centro del infierno. Y yo barrí con mis siete brazos el día enceguecedor para recoger los fragmentos de infierno que flotaban a la deriva... -Volvió a levantar la cabeza-. Hay una mina de ilirión allá, en Nueva Brazillia... -Del otro lado de la ventana un enorme planeta abigarrado colgaba del cielo-. Aquí cuentan con el equipo necesario para manipular los embarques de ilirión. Pero les hubieras visto la cara cuando aparecimos con nuestras siete toneladas, ¿no, Ratón? -Volvió a reírse estrepitosamente-. ¿No es cierto lo que digo, Ratón? Tú me describiste la cara que pusieron ¿sí?... Ratón.

-Es cierto, Capitán.

Lorq movió afirmativamente la cabeza, respiró hondo.

-Katin, Ratón, vuestra tarea ha terminado. Vuestros certificados están preparados. De aquí parten naves con frecuencia. No tendréis ninguna dificultad para embarcaros en otra.

-Capitán -aventuró Katin- ¿qué va a hacer usted?

-En Nueva Brazillia hay una casa donde pasé momentos felices cuando era niño. Regreso allí... a esperar.

-¿No hay nada que se pueda hacer, Capitán? Yo miré, y...

-¿Qué? Habla más alto.

-¡Dije que yo estoy bien, y *mire*! -La voz de Katin se quebró.

-Tú miraste cuando se alejaban, yo miré buscando el centro. La distorsión neural alcanza ya a todo el cerebro. Neurocongruencia. -Meneó la cabeza-. Ratón, Katin, id con Ashton Clark.

-Pero Capitán...

-Ashton Clark.

Katin miró al Ratón, luego otra vez al Capitán Lorq. El Ratón jugueteó nerviosamente con la correa del morral. Luego alzó los ojos. Al cabo de un momento, los dos se volvieron y salieron de la habitación en penumbras.

Una vez afuera contemplaron el paisaje lunar.

-Y bueno -musitó Katin-. Von Ray lo tiene y Prince y Ruby no.

-Ellos están muertos -le dijo el Ratón-. El Capitán dijo que los mató.

-Oh. -Katin siguió mirando el paisaje lunar. Al cabo de un rato dijo-: Siete toneladas de ilirión, y la balanza empieza a oscilar. Draco baja mientras las Pléyades suben. Las Colonias Lejanas van a sufrir algunos cambios. Bendigamos a Ashton Clark, gracias a él la reubicación de la mano de obra no es hoy tan difícil. Sin embargo, va a haber problemas. ¿Dónde están Lynceos e Idas?

-Ya se han marchado. Recibieron un astrograma de su hermano y han ido a verlo, ya que estaban aquí en las Colonias Lejanas.

-¿Tobias?

-Así es.

-Pobres mellizos. Pobres trillizos. Cuando este ilirión salga al mercado y empiecen los cambios... -Katin chasqueó los dedos-. No más éxtasis. -Levantó la mirada al cielo, casi sin estrellas-. Estamos en una encrucijada histórica, Ratón.

El Ratón se sacó un poco de cerumen de la oreja con la uña del meñique. El arete centelleó.

-Aja. En eso mismo estaba pensando.

-¿Qué harás ahora?

El Ratón se encogió de hombros.

-En realidad no sé. Así que le pedí a Tyy que me tirase las cartas del Tarot.

Katin enarcó las cejas.

-Ella y Sebastian están abajo. Los pajarracos andaban sueltos por el bar. Dejaron medio muerto de susto a todo el mundo y por poco desmantelan el sitio. -Soltó una carcajada ronca-. Los hubieras visto. En cuanto consigan calmar al patrón, van a subir a echarme las cartas. Es probable que me busque otro trabajo de acople. Ahora no hay muchas

razones para pensar en las minas. -Los dedos se le cerraron sobre el morral de cuero que llevaba bajo el brazo-. Todavía queda mucho por ver; a mí no me queda mucho por tocar. Quizá tú y yo podamos seguir juntos algún tiempo, embarcarnos en la misma nave. A ratos eres endiabladamente raro. Pero no me desagradas ni la mitad de lo que me desagrada mucha otra gente. ¿Cuáles son tus planes?

-En realidad no he tenido tiempo para pensar en planes. -Deslizó las manos bajo el cinturón y agachó la cabeza.

-¿Qué estás haciendo?

-Pensando.

-¿Qué?

-Que estoy aquí, en una luna perfectamente satisfactoria. Acabo de llevar a cabo un trabajo, así que por algún tiempo no tendré preocupaciones. ¿Por qué no tomarme un respiro y sentarme a trabajar seriamente en mi novela? -Levantó la cabeza-. Pero ¿quieres que te diga una cosa, Ratón? Ya no sé si quiero escribir un libro.

-¿Mmm?

-Cuando estaba mirando esa nova... no, después, justo antes de despertarme y pensar que tendría que pasar el resto de mi vida con gafas negras y enchufes nasales y auditivos, mientras me volvía loco a gritos, me di cuenta de lo mucho que me quedaba por ver, de lo mucho que me quedaba por escuchar, oler, gustar; qué poco conocía de esas cosas esenciales de la vida que tú tienes literalmente en las puntas de los dedos. Y entonces el Capitán...

-Demonios -dijo el Ratón. Con el pie descalzo se sacó la tierra de la bota-. ¿No vas a escribirla después de todo el trabajo que ya hiciste?

-Ratón, me gustaría escribirla. Pero todavía no he encontrado un tema. Y sólo ahora estoy preparado para salir en busca de uno. Por el momento soy sólo un hombre lúcido con mucho que decir y nada con que decirlo.

-Argucias -gruñó el Ratón-. ¿Qué me dices del Capitán y del *Roc*? *Y* dijiste que querías escribir sobre mí. Y bueno, hazlo. Y escribe también sobre ti. Escribe sobre los mellizos. ¿Piensas de veras que te harían un juicio? Se sentirían orgullosos, los dos. *Yo* quiero que la escribas, Katin. A lo mejor no podría leerla, pero te aseguro que te escucharía si tú me la leyeses.

-¿De veras?

-Seguro. Después de todo lo que has puesto en ella, si la abandonaras ahora no te sentirías nada feliz.

-Ratón, me tientas. Durante años no he querido hacer otra cosa. -Katin se echó a reír-. No, Ratón. Todavía hay en mí mucho del pensador. ¿Este último viaje del *Roc*? Advierto con demasiada claridad los modelos arquetípicos. Ya me veo convirtiéndola en una busca alegórica del Santo Grial. Esa es la única forma en que podría desarrollarla, escondiendo en ella toda suerte de simbologías místicas. ¿Te acuerdas de aquellos escritores que murieron antes de terminar de narrar la busca del Grial?

-Uf, Katin, esas son puras pamplinas. ¡Tienes que escribirla!

-¿Pamplinas como el Tarot? No, Ratón. Temería por mi vida si me embarcase en una empresa semejante. -Contempló de nuevo el paisaje. La luna, tan familiar para él, lo reconcilió un instante con todo el desconocido más allá-. Quiero hacerlo. De veras. Pero tendría que luchar desde el comienzo con una docena de maleficios, Ratón. Quizá pudiera. Pero no lo creo. La única manera de protegerme de los maleficios, supongo, sería

abandonar el libro antes de terminar la última

Atenas, junio de 1966
Nueva York, mayo de 1967

Librodot